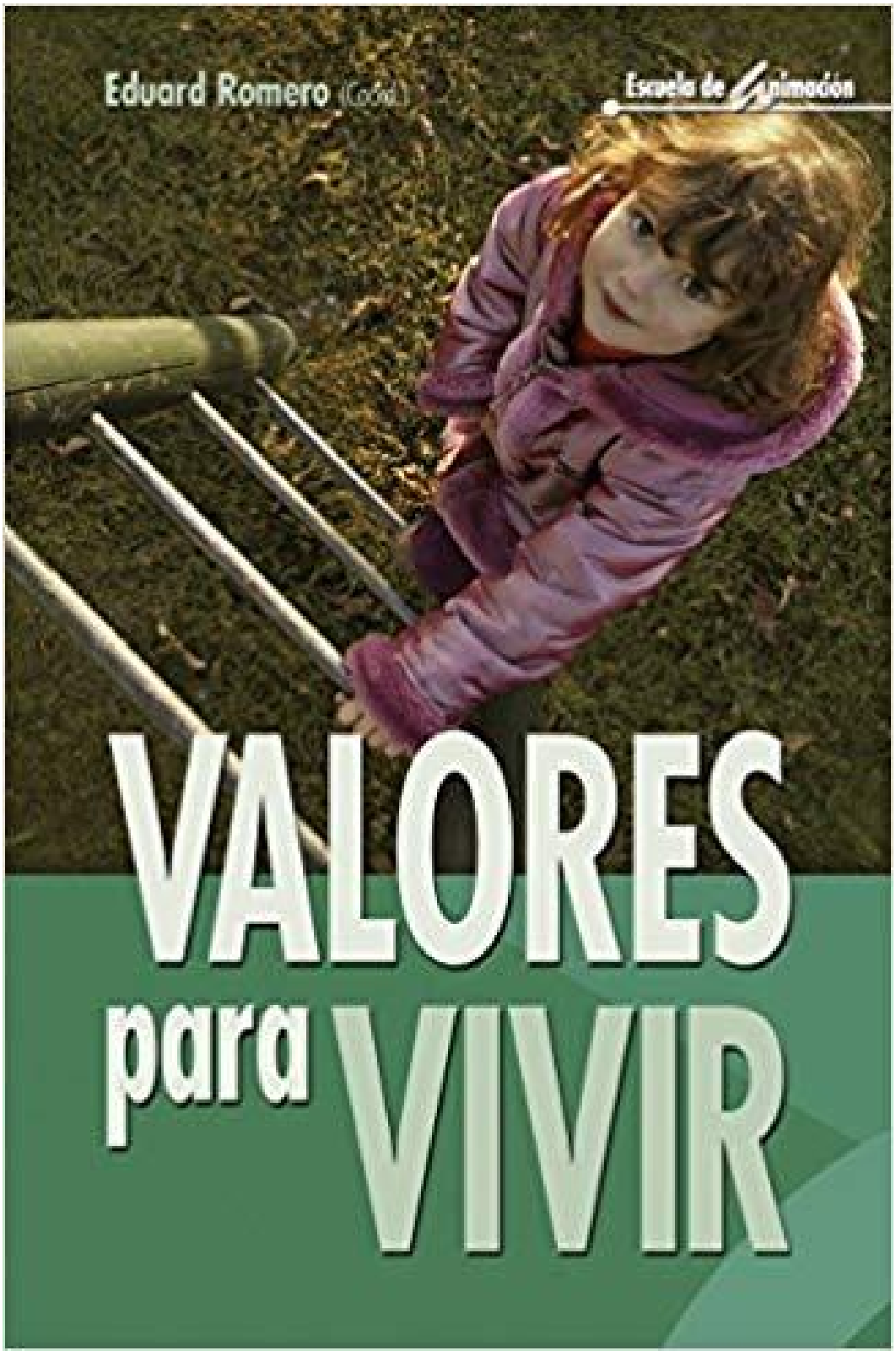

Eduard Romero (Coord.)
Escuela de Animación
VALORES
para VIVIR

Escuela de Animación

Eduard Romero Pedra (Coord.)

VALORES PARA VIVIR

EDITORIAL CCS

VALORES PARA VIVIR

Colección ***Escuela de Animación***

1. **Cómo dirigir grupos con eficacia.** Alfonso López.
2. **Guiones para encuentros de animación.** Lluís Martí - Irene Monferrer.
3. **Guía de recursos para la animación en Castilla y León.** Víctor J. Ventosa.
4. **Valores para vivir.** Eduard Romero (coord.).
5. **El juego de grupo como elemento educativo.** Raúl Gutiérrez.
6. **Métodos para la animación sociocultural.** Laura Gutiérrez.
7. **Intervención socioeducativa.** Víctor J. Ventosa.
8. **Aire libre: un medio educativo.** Manuel Aparicio.
9. **Psicopedagogía de la educación social.** Mª Socorro Entrena - Francisco A. Díaz.
10. **Manual del monitor de tiempo libre.** Víctor J. Ventosa (coord.).
11. **Recursos para el tiempo libre/1.** José Miguel Burgui.
12. **Cómo fundar una asociación.** Lluís Martí - Irene Monferrer.
13. **Ocio y personas con retraso mental.** Catalina Coll - Angels Ponce - Beatriz Vega.
14. **Recorridos urbanos en el tiempo libre.** Gustavo Esteve.
15. **Frases de sabiduría.** Antonio González.
16. **Recursos para el tiempo libre/2.** Eusebio Moreno - Francisco Pérez.
17. **Intervención educativa desde la Naturaleza.** José Manuel Rivas.
18. **La animación con personas mayores.** Carolina Elizasu.
19. **Recursos para el tiempo libre/3.** José Miguel Burgui.
20. **El léxico del animador.** Ezequiel Ander-Egg.
21. **Teoría y práctica de la educación en el tiempo libre.** Josué Llull Peñalba.
22. **Expresión musical, educación y tiempo libre.** Víctor J. Ventosa.
23. **Cómo animar un grupo.** Mª José Aguilar Idáñez.
24. **Recursos para el tiempo libre/4.** Oriol Oliveras.
25. **Valores para vivir/2.** Eduard Romero (coord.).
26. **Gotas de sabiduría.** Antonio González.
27. **Yoga en el tiempo libre.** Sergio Mario Chazin.
28. **Integración de personas con disminución psíquica en el tiempo libre.** Víctor J. Ventosa - Rafael Marset (coords.).
29. **Por qué no jugamos.** Óscar Martínez.
30. **Por qué el voluntariado.** Lluís Martí.
31. **Metodología y práctica de la animación sociocultural.** Ezequiel Ander-Egg.
32. **Teatro, sobremesas y juegos.** Bautista Araiz.
33. **Recursos para el tiempo libre/5.** Francisco Pérez.

34. **¿Qué ves a tu alrededor?** Jaume Sitjar - Lluís Martí - Irene Monferrer.
35. **Desarrollo y evaluación de proyectos socioculturales.** Víctor J. Ventosa.
36. **Técnicas de grupo.** José Pedro Espada.
37. **El animador sociolaboral.** Pedro Maya - José Joaquín Caballero.
38. **Programa de psicoestimulación preventiva.** Anna Puig.
39. **Fuentes de la animación sociocultural en Europa.** Víctor J. Ventosa.
40. **Cómo hacer reuniones eficaces.** Ezequiel Ander-Egg.
41. **Programa de entrenamiento de la memoria.** Anna Puig.
42. **Formación de voluntariado.** Gustavo Esteve.
43. **Ejercicios para mejorar la memoria.** Anna Puig.
44. **Ejercicios para mantener la cognición.** Anna Puig.

Escuela de Animación

Eduard Romero Pedra (Coord.)

VALORES PARA VIVIR

EDITORIAL CCS

Quinta edición: mayo 2010.

Página web de EDITORIAL CCS: www.editorialccs.com

Promueve esta obra: Federació Catalana de Voluntariat Social

© AA.VV.

© 1997. EDITORIAL CCS, Alcalá, 166 / 28028 MADRID

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Diagramación editorial: Concepción Hernanz
Diseño de Portada: eMeDeCe. Diseño Gráfico (Palencia)
Ilustraciones: Josep Lluís Encinas
ISBN (pdf): 978-84-8316-894-3
Fotocomposición: M&A, Becerril de la Sierra (Madrid)

Índice general

Presentación

1. **QUÉ SIGNIFICA EDUCAR EN VALORES**
   Mª Ángeles Marín Gracia

2. **LA ALEGRÍA**
   Jaume Sitjar Traveria

3. **LA BELLEZA**
   Jaume Aymar Ragolta

4. **EL DIÁLOGO**
   Mª Dolors Salat Torras

5. **LA ECOLOGÍA**
   Pere Codinachs Verdaguer

6. **LA GRATUIDAD**
   Tadeo Albarracín Montáñez

7. **LA PAZ**
   Natalia Pla/Marta Burguet

8. **EL RESPETO**
   Josep Alegre Villarroya

9. **LA RESPONSABILIDAD**
   Joana Noguera Arrom

10. LA SOLIDARIDAD
Eduard Romero Pedra

11. LA AUSTERIDAD
Manuela Pedra Pitar

12. LA COHERENCIA
Josep Miró Ardévol

13. EL COMPROMISO
Alex Masllorens Escubós

14. LA DISPONIBILIDAD
Josep M. Galofré Vilagut

15. LA ESPERANZA
Miquel Estradé Ciurana

16. LA GENEROSIDAD
Francesc Torralba Roselló

17. LA JUSTICIA
Josep M. Esquirol Calaf

18. LA SINCERIDAD
Teresa Rosell Poch

19. LA TOLERANCIA
Miquel Martí Solé

20. EVALUACIÓN DE LA EDUCACIÓN EN LOS VALORES
Angels Marín Gracia

Presentación

Una breve historia

La historia es breve y sencilla. Un hombre camina por el monte. Anda con premura pues se dirige a casa de un amigo. Es un lugareño, pero aquel paraje en concreto le es desconocido. Ha tomado un atajo intentando llegar antes, pero empieza a sentirse preocupado. No sabe dónde está y la angustia va haciendo presa en su corazón. Pensamientos pesimistas le asaltan y ello hace que pierda la esperanza. Está irremisiblemente perdido, no le cabe la menor duda. De repente, este hombre tropieza con un árbol grande y majestuoso. Firme y solemne, parece ofrecerle algo que acaba de perder. Se abraza al tronco duro y rugoso de aquel patriarca, y en este gesto tan nimio recupera la esperanza.

Este breve relato arranca uno de los capítulos que conforman este libro. Su pretensión es manifiesta: hacernos reflexionar sobre un valor que, demasiado a menudo, perdemos en aras de la inmediatez. La esperanza, la justicia, la solidaridad, la ecología y otros más, son aquellos temas de los que nos hablará este libro. De forma didáctica y sencilla, cada capítulo sugiere el estudio y la reflexión de un valor.

De esta forma, los autores de cada capítulo nos invitan a reflexionar. Presentan sus ideas y al final, mediante un breve cuestionario o unas sencillas preguntas, sacuden nuestra pereza apostando por la implicación.

La obra

Esta obra apareció publicada en dos partes. La primera, en mayo de 1995 y la segunda, en abril de 1996. Su publicación y su nacimiento suponen una historia sencilla, aunque no exenta de anécdotas, de trabajo y de entusiasmo. La génesis de esta pequeña obra hay que buscarla en la ***Federació Catalana de Voluntariat Social.***

La *Federació* nació el 18 de noviembre de 1989, en un acto pleno de significado en el Aula Magna de la Universidad de Barcelona. Habían sido dos años de trabajar duro. Expertos en el ámbito del trabajo voluntario habían hecho posible la creación de esta

entidad. En sus estatutos, su misión quedaba bien clara: potenciar el voluntariado en la sociedad; ayudar a todos aquellos que desean trabajar de forma voluntaria; colaborar en la construcción de una sociedad mejor; brindar apoyo a todas las entidades federadas de Catalunya; difundir el espíritu profundamente responsable del voluntario social. Y como uno de los muchos proyectos que se llevan a cabo desde la ***Federació***, surgió la idea de escribir algo acerca de los valores. Valores para vivir, o mejor aún, para el buen vivir. Y *Valores para vivir* fue el nombre de la colección. Ya sólo quedaba buscar quien lo escribiera, y quien pudiera ayudar en la financiación del proyecto.

La búsqueda de autores resultó interesante, pues debo hacer hincapié en que todo el trabajo se realizó de forma **voluntaria**. Podemos leer en sus *currículos* profesiones de toda índole. Autores ligados al mundo universitario, a organismos supranacionales o al mundo de la política. Y la financiación llegó de la mano de la *Generalitat de Catalunya*, concretamente del *Departament de Benestar Social*.

La aparición de esta obra se hizo en catalán. Y fue al ver la buena acogida que tuvo su presentación en Catalunya, cuando se pensó en la posibilidad de hacer una versión en castellano. No olvidemos que los valores, aquellos valores del buen vivir, carecen de fronteras o de idiomas. O aún mejor, usan el idioma de la solidaridad, del respeto, de la tolerancia y sus fronteras son siempre de ser humano en ser humano.

La razón por la cual se publicó este libro hay que buscarla en la misma razón de ser de la ***Federació Catalana de Voluntariat Social***. El trabajo voluntario y generoso, no sólo de asociaciones y grupos organizados, sino también de aquellos que piensan que la sociedad debe ser un buen lugar donde vivir, debe ir de la mano de todos y cada uno de los valores que aparecen en esta publicación.

Es por ello que en un principio, estos libros aspiraban a ser un pequeño manual práctico del voluntario. Su mismo esquema —una breve historia introductoria, unas reflexiones sobre el valor en cuestión, y unas preguntas para trabajar en grupo—, parecía más apropiado para el entorno del voluntario social.

Sin embargo, a medida que la obra iba tomando forma surgió la pregunta: ¿por qué limitar su alcance? Qué duda cabe que el valor del respeto, de la tolerancia o de la gratuidad deberían estar integrados en nuestras vidas. Y así, el sentido general de este libro amplió sus fronteras. Era importante motivar al voluntario, pero mucho más importante parecía sugerir la vida en clave de valores. Así pues esta obra, pensada y hecha por y para voluntarios, se convirtió en un pequeño y nada pretencioso «*manual de campaña*». Fácil de leer, sugiere y anima a realizar reflexiones de carácter marcadamente práctico.

Os invito, pues, a la lectura de esta obra desde un espíritu abierto y constructivo, práctico y sugerente. Acaso a partir de su lectura empecemos a hacer nuestras algunas de las propuestas que se hacen desde sus páginas.

Eduard ROMERO PEDRA
Coordinador

Capítulo 1

QUÉ SIGNIFICA EDUCAR EN VALORES

Mª Ángeles Marín Gracia

Licenciada en Psicología, Doctora en Pedagogía por la Universidad de Barcelona y Profesora titular de Diagnosis Pedagógica.

Introducción

No podemos abordar el tema de la educación en los valores sin analizar, previamente, la realidad social que nos rodea. Asistimos hoy a una conmoción histórica sobre los valores, que busca una salida humanamente satisfactoria. Los problemas y los cambios de nuestro mundo nos afectan a todos, pese a que, con frecuencia, vemos más los síntomas que las causas.

El debate ético tiene hoy una extensión social desconocida en otros tiempos. Hemos pasado, en un breve período de tiempo, de aceptar un conjunto de valores socialmente reconocidos, a una gran variedad de propuestas sobre qué es bueno para el hombre y la convivencia humana, y qué le es nocivo. Educar hoy en los valores, como señala CASTIÑEIRA (1992), resulta harto complejo porque no sólo se pone en duda un determinado valor u otro, sino que también, y de forma especial, se pone en duda la fuente desde la que justificamos públicamente nuestra actuación.

Una de las características de nuestro mundo actual es la interdependencia. ¿Podemos hablar hoy de valores universales, compartidos por todos los habitantes del planeta por encima de la diversidad de culturas? No es fácil responder a esta cuestión. Es más, el tener unos valores universales, no significa que no queden aún muchas zonas dudosas en las que el consenso es complicado. Sin embargo, el problema del actual desacuerdo ético no es culpa del pluralismo. En las sociedades democráticas el pluralismo implica, por fuerza, la confrontación y el diálogo entre los diferentes principios de valoración. El pluralismo, que no debemos confundir con el relativismo, se funda en el respeto a las personas. El desacuerdo proviene de los constantes obstáculos que ponemos a la posibilidad de articular vías de discernimiento, como dice CASTIÑEIRA (1992).

Uno de los retos que hay en toda tarea educativa, consiste en promover el diálogo, buscar los valores que nos son comunes y expresarlos de forma que se adapten a las nuevas situaciones que vivimos. Nos es preciso encontrar un sistema de valores que proporcione una base de estabilidad en nuestras vidas. La dimensión de los problemas que se nos plantean requieren la cooperación de todos los seres humanos como condición ineludible para la convivencia. Incluso en algunos lugares para la supervivencia. Sólo así construiremos la ética de la solidaridad.

Necesitamos reflexionar cuidadosa y críticamente sobre cuál es el modelo de sociedad que tenemos, y ver las consecuencias que tiene para nuestro crecimiento. Diferentes fuerzas sociales están descubriendo el papel de los valores como impulsores de la persona y de la sociedad; se está tomando conciencia de que son el eje alrededor del cual se construye la personalidad. Debemos preguntarnos cómo están afectando esta mentalidad y esta organización del tejido social, a nuestra práctica diaria, y cuáles son las muestras de vida que nuestros compañeros y amigos pueden descubrir en nuestra acción cotidiana. BARTOLOMÉ (1991).

He seleccionado algunas cuestiones interesantes, con el fin de profundizar en la comprensión del sentido de universalidad y de interdependencia. El objetivo es pensar mundialmente y actuar localmente. Para ello, empecemos analizando la realidad social para después, hacer una descripción de los valores que emergen en esta sociedad y así, ver los retos que nos plantea.

1. LA SOCIEDAD DE LA TRANSICIÓN

Así podemos llamar a nuestra época: sociedad en transición. Y ello es así, para destacar que se está formando un nuevo tipo de sociedad mundial. Como fuerzas motrices del cambio se señalan las avanzadas tecnologías, sobre todo las derivadas de la microelectrónica y de los nuevos descubrimientos de la biología molecular. Esta sociedad naciente se enfrenta, por un lado, a los problemas generados en la época de la industrialización y, por otro, a los nuevos problemas derivados de las transformaciones y avances de la sociedad de la información.

La sociedad actual es contradictoria: asentada jurídicamente sobre bases de

igualdad y justicia y, al mismo tiempo, instalada en el hedonismo, el consumismo, el confort y el desarrollo ilimitado y, por tanto, promoviendo desigualdades. Proclama la libertad y condena la violencia, pero manipula la información y viola la intimidad personal. En la actualidad la problemática es más ética que técnica. El desafío radica en la definición y ejercicio de unos valores personales que nos hagan más responsables. ¿Cuáles son las características que definen a esta sociedad en transición?

1.1. Interdependencia de las naciones

La interdependencia entre las naciones se genera a partir de la creciente conciencia de que los problemas de nuestro mundo requieren un enfoque común. Algunos de los signos que ponen de manifiesto esta realidad son: la creación de comunidades económicas y de bloques comerciales; la expansión de las conferencias internacionales para dar respuesta conjunta a los diferentes problemas.

1.2. La explosión demográfica

Con unas consecuencias muy distintas para los sectores de la humanidad que aún se hallan en proceso de desarrollo, frente a los países desarrollados. En los primeros, el crecimiento de la población provoca problemas relacionados con el aumento de la mano de obra, el paro, la emigración hacia las ciudades y otras zonas, la alimentación y la asistencia sanitaria. El crecimiento económico de estas partes del mundo se pretende realizar según modelos importados de los países desarrollados, sin el menor respeto hacia sus culturas tradicionales. Es preciso que se estudien con detalle las consecuencias de la importación de dichos modelos y ver la posibilidad de adoptar modelos alternativos, basados en la asociación y la cooperación. El aumento de la población en los sectores en vías de desarrollo, hace crecer las emigraciones internas y externas. Se cambia la pobreza del campo por la pobreza de la ciudad. Surgen así los grandes barrios marginales y marginados. Las viviendas sin condiciones higiénicas. Se forman núcleos donde menudean los problemas de educación, de atención sanitaria, de suministro de agua y otros servicios.

Por el contrario y paradójicamente, en los países desarrollados, el bajo índice de natalidad y el aumento de la esperanza de vida, comportan un incremento de población de edad avanzada, lo que repercute en la economía: pensiones, inversiones en servicios médicos, etc. La emigración hacia estos países también provoca cambios en la configuración cultural y étnica.

La coexistencia de las diversas culturas que hoy habita cualquier núcleo urbano o

rural en un país desarrollado, plantea un reto a la convivencia y al diálogo intercultural. Es un reto para nosotros propiciar este intercambio y favorecer la convivencia multicultural.

1.3. La actividad humana y el desarrollo

Hasta hace pocos años, era frecuente referirse a la situación mundial en términos de Este y Oeste. En la actualidad, las diferencias se establecen en términos de desarrollo económico. Así, nos referimos al Norte como al conjunto de territorios desarrollados y al Sur como a los subdesarrollados. Sin embargo, esta terminología no refleja fielmente la compleja situación de los distintos países; por ello, se habla también de sectores desarrollados, en vías de desarrollo y países pobres. Incluso en los pueblos en vías de desarrollo, son tan substanciales las diferencias, que deben considerarse los problemas en un contexto local, dentro del marco global del cambiante sistema económico mundial.

El crecimiento económico en los territorios desarrollados e industrializados ha sido posible gracias al incremento del consumo. Sin embargo, ¿durante cuánto tiempo será posible mantener el desarrollo partiendo de las políticas del consumo? Las repercusiones de esta sociedad del consumo desenfrenado ya están aquí, y son tanto a nivel individual como colectivo. Quizás ya vaya siendo hora de plantearnos un cambio en nuestros hábitos.

1.4. El avance de las tecnologías

En las zonas industrializadas, la sociedad actual se basa en el crecimiento tecnológico. El desarrollo de la tecnología está produciendo modificaciones en el comportamiento personal y social. El acceso a grandes bases de datos hace fácilmente detectable la vulnerabilidad de las personas. Nace una nueva civilización: la sociedad del conocimiento. La materia prima es la información, que se utiliza como un medio de control. Asistimos al nacimiento de un nuevo analfabetismo, que va más allá de saber leer y escribir: es el llamado analfabetismo funcional.

El crecimiento de la telemática favorece el trabajo a distancia, en tanto que la robótica produce la desmasificación industrial. Al propio tiempo, cada vez resulta más difícil el acceso a un puesto de trabajo sin poseer una determinada cualificación. Es preciso reflexionar sobre conceptos tales como trabajo, paro, ocio, ocupación.

1.5. La pérdida de valores

En unos casos como consecuencia de la pérdida de la fe. En otros, por la pérdida de confianza en las ideologías. Asistimos a un vacío provocado por la caída de dos ideologías que han presidido el siglo actual: capitalismo y comunismo. Ni el estado del bienestar, ni el socialismo comunista, han dado respuesta a las necesidades más profundas del hombre. La caída de las utopías ha dado paso, como señala RENAU (1989), a la cultura del individualismo, que se refugia en la vida privada; al consumo, como expresión de la subjetividad y a una cultura pragmática de lo que es posible. Cualquier intento de análisis que busque reformas radicales, es visto bajo el prisma de la desconfianza más profunda.

Se vive un antagonismo entre los valores heredados y los que presenta la sociedad. No se han ofrecido medios a los jóvenes, para discernir entre lo fundamental de las tradiciones y su expresión formal. Ello provoca un rechazo frontal a todas las tradiciones.

Las circunstancias sociales y económicas han repercutido en la configuración de nuevos modelos de comportamiento y de relaciones familiares. Un ejemplo claro es el reconocimiento de los derechos de la mujer y su acceso al mundo laboral.

Los jóvenes se sienten atraídos por la sociedad de consumo, pero carecen de medios para adquirir todo lo que ésta ofrece. Las pocas o inciertas perspectivas de futuro, magnifican el presente que se convierte así, en un valor absoluto.

¡Qué bueno sería poder contar con personas convencidas de la posibilidad de crear una cultura alternativa! Aprender a valorar de otra manera la vida personal y social. Es preciso crear un sistema de valores en el que la justicia, la solidaridad, la libertad y la gratuidad, se conviertan en principios activos de relación, organización y convivencia humanas. El eje de la reconstrucción de todo lo que supone ser hombre y mujer, pasa por la humanización de la vida social, del trabajo, del conocimiento, de la ciencia y de la técnica. Y para conseguir esta *humanización*, debemos educar y ser educados en los valores.

2. FUNCIÓN DE LOS VALORES EN LA MADURACIÓN HUMANA

Los valores ayudan a crecer y hacen posible el desarrollo armonioso de todas las capacidades del ser humano. Los valores están ligados a la propia existencia, afectan a la conducta, configuran y modelan las ideas, como también los sentimientos y nuestros actos. El hombre se construye y crece como persona, en la realización de los valores.

Los valores son dinámicos, están ligados al desarrollo de la personalidad y muy influidos por los procesos de socialización. Madurar en los valores lo conseguiremos, precisamente, mediante el proceso de valoración. ¿Qué significa, pues, el proceso de valoración?

Este proceso transcurre por las etapas evolutivas de la persona, en estrecha conexión con su maduración personal, si bien no siempre coinciden con la edad cronológica. En cada etapa de la vida de una persona, entran en juego un conjunto de valores que expresan la forma en que esa persona ve el mundo que le rodea y de qué manera se sitúa en el mismo. La persona experimenta e interpreta la realidad a través del conjunto de valores que vive en cada momento. A medida que las circunstancias de la vida van cambiando, se producen cambios en el sistema de valores que constituye nuestro núcleo referencial (FERREIROS, 1992).

2.1. El proceso de valoración

Se llama así a las etapas por las que pasa un valor, desde el momento en que lo captamos, hasta que llega a formar parte de nuestra identidad personal. No existe la neutralidad ante lo que nos emociona, nos apasiona, nos interesa y apreciamos, sino que percibimos y valoramos al mismo tiempo, pese a que el proceso es más largo, hasta que la fuerza del yo atempera y equilibra los deseos con frecuencia contradictorios. (ETXEBARRIA, 1992.)

En este proceso hay implicados una serie de elementos que deben tenerse en cuenta al plantear una educación en los valores. La dimensión cognoscitiva es una ayuda para ver las alternativas y prever las consecuencias. Pero por otro lado, si el sentimiento no interviene en este proceso de valoración, aquel valor quedará relegado a un nivel intelectual, sin que ello nos comprometa realmente. Sentimiento, emoción y valor van ligados. La realización de valores, es decir, obrar de acuerdo a los valores elegidos, es la dimensión del comportamiento. La acción es un refuerzo para el pensamiento.

El descubrimiento de los valores se realiza mediante experiencias significativas y a través de personas que los hacen visibles con sus actos. Podríamos decir que los valores se contagian, ya que son captados más fácilmente allá donde la vida de las personas manifiesta coherencia entre el pensar y el hacer, el hacer y el comunicar. *El proceso de valoración radica en la relación. Los valores nos llegan por vía relacional, es decir, por medio de los otros, si bien es imprescindible una predisposición personal abierta. A lo largo de la vida humana, el sujeto establece muchas y variadas relaciones con determinados objetos, pero estas relaciones resultan mucho más predominantes en lo que se refiere a las relaciones con las personas*. (ETXEBARRIA, 1992.)

2.2. Valores y antivalores

Llamamos antivalores a todo cuanto se opone al crecimiento armonioso de la personalidad. Todos somos libres de vivir según nuestros valores o, por el contrario, de nuestros antivalores. La elección depende de nosotros. A menudo la sociedad nos propone más posibilidades de desarrollar los antivalores que los valores. Se nos imponen como valores los antivalores de la utilidad, de la moda, del culto al cuerpo, del poder, del dinero. Cabría preguntarse: ¿qué vida social se deriva de vivir según el egoísmo, el individualismo, el consumismo?

Demasiado a menudo nos dejamos atrapar por estas propuestas que la sociedad de consumo nos hace y pensamos que la felicidad y el goce nos llegarán desde el exterior. Incluso hay quien piensa que esta felicidad se puede comprar. Ahora bien, la auténtica alegría surge del interior. Sólo la persona autónoma valora críticamente sus propios valores y los valores y antivalores de su entorno. Desde esta autonomía seremos capaces de interrogarnos, de contrastar, de elegir y aceptar la orientación de la vida a partir del propio sistema de valores. Pero a punto siempre para corregir nuestras elecciones, tan pronto constatemos que no siempre lo que se había elegido es garantía de autorrealización, ni resulta útil para los demás.

Los valores forman parte de nuestra identidad. Nos comportamos de una determinada forma porque existen unos valores que orientan y guían nuestras acciones. Ante una situación injusta, podemos optar por quedarnos de brazos cruzados o podemos pasar a la acción porque nos sentimos solidarios.

Hay toda una serie de valores universales en la carta de los Derechos Humanos, que gozan de una aceptación internacional: justicia, solidaridad, libertad, tolerancia... Esta aceptación no es solamente teórica, sino que tiene también implicaciones prácticas en la vida diaria.

Los valores no existen de forma aislada, sino jerárquicamente ensamblados en la unidad de cada persona y de cada sociedad. De forma aislada podríamos decir que todos nos gustan. Sin embargo, en la práctica elegimos y preferimos algunos y, con nuestra forma de vivir, establecemos cuáles son nuestros verdaderos valores.

Con frecuencia no coinciden los valores que proclamamos como nuestros, con los que realmente vivimos. Es lo que llamamos diferencia entre las creencias de valores que mantenemos y los valores realmente vividos. Etxebarria afirma que la discrepancia o disociación entre los valores concebidos que interiorizamos y la vivencia real, es en buena parte la causante de la alienación del hombre postmoderno.

3. LA EDUCACIÓN EN LOS VALORES

Si los valores forman parte de nuestra persona, debemos encontrar la manera de educarnos en ellos. A lo largo de toda la vida, la persona pone en juego valores. Están presentes en las decisiones y por ello, están presentes en cualquier fenómeno social, político y económico.

Educar es toda acción intencionada que se realiza para ayudar a otro a sacar fuera de sí lo mejor de él mismo. Educar en los valores no significa imponer, sino más bien proponer, *mostrar* diferentes caminos y opciones, y ayudar para que cada uno vea cuáles son los mejores para él. Educar es ayudar a desarrollar la capacidad de elección. Los valores no se enseñan, hay que vivirlos.

3.1. La educación en los valores desde el proceso de valoración

La educación en los valores ha de favorecer el desarrollo del pensamiento, la capacidad de análisis crítico y, al mismo tiempo, la afectividad. Nuestras acciones y decisiones no están guiadas sólo por la cabeza; también ponemos el corazón en todo lo que hacemos. Educar en los valores significa liberar las fuerzas existentes en la persona, despertar o reavivar su capacidad de elegir opciones libremente. Requiere un ambiente donde la persona pueda expresarse tal como es; donde se sepa acogida por lo que es, no por lo que hace, dice o tiene. En definitiva, ayudarle a descubrir los valores que vive, a analizarlos, a criticarlos, a contrastarlos hasta que lleguen a ser verdaderamente suyos.

Si la educación tiene como objetivo el desarrollo de la personalidad y, al mismo tiempo, es un medio de transformación social, es necesario saber qué valores cumplen este objetivo y cuáles no. Bajo un mismo planteamiento de libertad, unos defienden el derecho a la vida del feto y otros el derecho de la mujer al aborto. Una auténtica educación en valores nos ayudará a percibir las consecuencias e implicaciones en nuestra elección, cualquiera que sea la situación.

La educación tendrá que plantearse de forma distinta si va dirigida a niños, adolescentes o adultos. La dinámica que se lleva a cabo en el proceso de valoración, es diferente en cada etapa de la vida.

El primer paso en esta educación es descubrir los valores. La captación de un valor parte de un proceso de percepción. La percepción del sentido o significado requiere una capacidad de lectura de la realidad y del propio interior. Las situaciones sociales son signos o interrogantes a los que dar respuesta; y esta respuesta debe surgir de dentro. Para responder nos será preciso leer la realidad, ver las exigencias, descubrir las contradicciones, analizar las propuestas... y todo ello contrastarlo con nuestra propia experiencia. Sin tener en cuenta estos aspectos, no se puede tomar una opción.

Cuando una persona descubre un valor, se adhiere al mismo, lo hace suyo y éste pasa a formar parte de su experiencia personal. Desde ese instante encuentra en el valor alguna de las razones de su existencia y, por tanto, se compromete a actuar de acuerdo con sus directrices. El papel de la educación es el de animar a los jóvenes a que actúen

de acuerdo con sus metas e ideales expresados, impulsar la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. El valor vivido se transmite, se comunica a los demás, porque lo que hemos descubierto como algo bueno para nosotros, lo queremos también para los demás. Cuando comunicamos valores, nos comunicamos nosotros mismos, compartimos una parte de nuestra identidad personal. Como apunta ETXEBARRIA (1992), *nuestra tarea fundamental de educadores consistirá en desvelar, suscitar, sugerir, verbalizar, contagiar, dándonos cuenta de que los valores se entienden y se viven de forma relacional, en una constante y fecunda tensión creadora entre las realidades subjetivas y objetivas*.

3.2. La educación en los valores desde la realidad social

No basta con asumir teóricamente unos valores. Tampoco es bastante si nos limitamos a tenerlos como punto de referencia en nuestra vida privada. Empecemos por admitir y comprender que la sociedad somos todos y por tanto, de todos es la responsabilidad de mejorarla.

En tanto somos responsables de la mejora de nuestra sociedad, podemos colaborar en intentar paliar las necesidades de tanta gente, aun sabiendo que apenas hay soluciones. Nuestro actuar se limita, pues, a aliviar, a incidir en las necesidades. Pese a ello, se amplía cada vez más la conciencia de la repercusión que el trabajo personal tiene sobre la marcha universal. La sensibilidad lleva a trascender la acción personal, integrándola en estructuras intermedias que tienen más posibilidades de incidencia social.

El desarrollo pasa por una mayor y más ilustrada participación en la vida de la comunidad. Sin duda, las soluciones a los grandes problemas que hoy tenemos planteados, vendrán desde distintos frentes. Uno de ellos, como señala CAMPS (1994), es el de la corresponsabilidad. Al Estado le corresponden las iniciativas, el soporte y las políticas distributivas, pero los ciudadanos debemos cooperar y colaborar. La solidaridad significa responsabilidad para con los demás. Responsabilidad ante todas las personas, sean marginadas, desposeídas, minusválidas, enfermas, etc.

4. TENDENCIAS VALORATIVAS DE LA NUEVA SOCIEDAD

Vamos a hacer a continuación una lista, no exhaustiva por supuesto, de aquellos hitos valorativos en nuestra sociedad. En cada uno de ellos, iremos planteando algunos

interrogantes, que quieren ser orientaciones para abordar la educación en los valores. Tengamos presente que cuando pretendemos educar, debemos ser los primeros en dar respuesta a estos interrogantes.

- ***De la cantidad a la calidad***

Los cambios de la sociedad post-industrial, el rechazo a la uniformidad y el abandono del pragmatismo, han llevado a buscar antes la calidad que la cantidad. Desde el interés por mejorar la calidad de vida, hasta el hecho de conceder más valor a lo que se hace, cómo se hace y la intención de la acción. ¿A qué damos importancia en nuestra vida? ¿Damos más importancia a hacer muchas cosas o, por el contrario, a cómo las hacemos?

Hoy necesitamos una educación que haga referencia a un proceso de aprendizaje permanente de todo ser humano en la sociedad: *la educación ha de implicar consciente y decisivamente a la persona en proceso permanente y vitalicio que empiece en el hogar y la familia, que continúe en un ambiente académico adecuado y, después, en el trabajo y en las actividades de ocio, en el entorno religioso, en la comunidad y en otros grupos organizados como pueden ser las asociaciones o la vida política, y se prolongue, llegada la jubilación, en actividades personales y altruistas*. KING y SCHNEIDER (1991).

- ***De la independencia a la interdependencia***

El individualismo, consecuencia de la competitividad y del trabajo en las grandes ciudades, va cediendo su sitio, poco a poco, a la conciencia de que hoy no es posible abordar ninguna cuestión si no se hace desde la colaboración y el trabajo en equipo. Cada vez más se necesita la cooperación para abordar los problemas y dar respuesta a las necesidades que nos rodean. Podemos preguntarnos cómo potenciamos este valor desde nuestro quehacer educativo: ¿educamos para la cooperación, para el trabajo en equipo o potenciamos el individualismo?

- ***De la satisfacción de necesidades privadas a la solución de necesidades públicas***

Ante el hedonismo, el confort y el consumismo se abre paso una corriente que lucha para vencer la desigualdad social. La mentalidad consumista responde a valores propios del individualismo y la privatización. Estos valores, paso a paso, aíslan a la persona de su entorno y la encierran dentro de sí misma.

Los jóvenes buscan la proximidad del otro en grupos de referencia en los que poder comunicarse y con los que se puedan identificar. Promover estos valores supone luchar por una educación en la solidaridad y el compromiso. Podemos preguntarnos cuáles son los valores que mostramos con nuestro estilo de vida. Cuáles son nuestros compromisos con la realidad social que nos envuelve.

¿Cómo vivimos la gratuidad? ¿Fomentamos la participación y el diálogo, o vamos sólo a lo nuestro? ¿Cómo fomentar la satisfacción del deber cumplido y el esfuerzo personal, sin fomentar al mismo tiempo la competitividad y el individualismo?

- ***De la eficacia técnica a la justicia social***

La defensa de la justicia es hoy todo un reto. Sin duda, una de las grandes dificultades radica en tener que compaginar identidad cultural y respeto a las diferencias, en una sociedad en la que conviven distintas culturas. ¿Cómo favorecer la integración respetando al mismo tiempo la propia identidad cultural? ¿Educamos en el respeto a las minorías?

Los grupos ofrecen un ambiente adecuado para la promoción de estos valores. El grupo es una sociedad en miniatura. ¿Consideramos el desarrollo de valores mediante el proceso interactivo que se da en el grupo?

- ***De la uniformidad al pluralismo y la diversidad***

La imposición de la sociedad industrial de producir mucho en poco tiempo, llevó a la *estandarización* de los productos. Actualmente, cualquier empresa que quiera conservar su lugar en el mercado, tendrá que responder al desafío de la individualización de los clientes potenciales.

La atención a la diversidad también se impone en la educación. Ésta ha de preparar para la vida, y para ello, debe descubrir las diversas capacidades y posibilidades de cada persona, a fin de ver en qué medida las podemos potenciar y poner al servicio de los demás.

La mayoría de nosotros hemos sido educados para apoyarnos en certezas y en axiomas. Hoy vivimos en un mundo complejo y repleto de incertidumbre. Necesitamos desarrollar al máximo las propias capacidades de innovación y adaptación a estos cambios para poder controlar la inestabilidad.

Nuestro objetivo de conseguir una sociedad más justa y solidaria, pasa por una transformación de nuestras actitudes mentales y de nuestro comportamiento. Debemos vencer la inercia natural de resistencia al cambio, ya que los recursos y soluciones del pasado no nos sirven para enfrentarnos a los desafíos del presente.

- ***De la información a la formación de criterios de opinión***

Es innegable el papel que juegan los medios de comunicación, en la formación de la llamada opinión pública. Los periódicos, las emisiones radiofónicas y la televisión, se enfrentan a diario con la decisión de cuáles son las noticias que deben seleccionar. En sus elecciones predominan hechos e imágenes sensacionalistas. La brevedad del tiempo dedicado a la información, impone fuertes limitaciones a su tratamiento. Por otra parte, las exigencias del público (audiencias) condicionan a las empresas comerciales, propietarias de estos medios, para la selección de los productos que ofrecen: todo depende de qué es lo que se considera noticia, qué vende más. ¿Cómo podemos contribuir a generar una sociedad más informada y más formada? ¿Cómo encaminarnos hacia una ética de la imagen?

5. SER ACTORES DEL CAMBIO

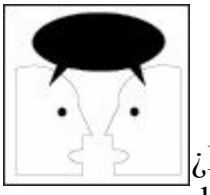
Hasta aquí hemos intentado dar unas pinceladas sobre las características de la sociedad que nos rodea, y plantear algunas cuestiones sobre el papel que la educación tiene en los valores.

Nos es imprescindible despertar nuestra capacidad creativa para dar respuesta a

estas preguntas. Debemos ser conscientes de que las respuestas generarán una manera de obrar y transmitirán unos valores. Es posible que no seamos nosotros quienes veamos los resultados, pero seguramente esos resultados no sean tan importantes como el hecho de haber despertado la sensibilidad.

La base de la pedagogía de la paz y de la no violencia, es una educación en la esperanza y en el crecimiento de la libertad (CALLEJAS, 1992). Este autor afirma que la propuesta del siglo XXI es la de pasar desde la cultura del miedo a la cultura de la esperanza. Buero Vallejo, en una entrevista concedida a la televisión, señalaba también que vivimos en una cultura plagada de miedos y que el mundo actual padece una caída en vertical de la esperanza. Faltan proyectos con esperanza, programas con esperanza, de un modo especial para la juventud.

Es importante trabajar juntos. Es preciso trabajar unidos y sumar esfuerzos; estaremos así educando en los valores de la cooperación y la solidaridad. Como dice CAMPS (1994, pp.17-18): *«los logros sociales, en especial los de largo alcance, no son nunca el resultado del esfuerzo de un solo individuo, ni siquiera de un grupo entusiasta y comprometido. Tampoco son obra exclusiva de un gobierno o una administración. Proceden de la labor voluntariosa y coherente de una serie de individuos que comulgan con unos objetivos comunes. Tal es la razón que explica la necesidad de unos valores compartidos, sin los cuales es inútil hablar de objetivos comunes».*



PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

¿Estás de acuerdo con las características con las que hemos definido a la sociedad de la transición?

2. ¿Qué repercusión crees que tiene para la educación la interdependencia de las naciones?

3. ¿Ves alguna acción concreta en la que se hagan patentes los efectos de esta conciencia social interdependiente?

4. ¿Cómo ves el tema de la realidad multicultural en tu comunidad? ¿Qué son para ti los emigrantes?

5. ¿Podrías hacer una lista de tus valores según la importancia que les concedes? Pon ejemplos prácticos basados en tu manera de

vivir.

6. Pon ejemplos de cómo se viven algunos valores como la justicia, la solidaridad, la libertad... ¿Los puedes concretar en aspectos como el medio ambiente, el trabajo, el ocio, etc.?

7. ¿Qué otros valores, positivos y negativos, encuentras en nuestra sociedad? Añádelos a la lista que se ha hecho en el texto.

8. ¿Qué valores crees que hay en las diversas *tribus* urbanas? ¿Y en los jóvenes en general?

9. Pon algunos ejemplos de valores y antivalores difundidos por los medios de comunicación. Analiza sus diferencias según el programa.

10. Haz una lista de los valores que hay detrás de los anuncios publicitarios para incitarnos a comprar. Analiza su poder de persuasión a través de las palabras y de las imágenes.

Capítulo 2

LA ALEGRÍA

Jaume Sitjar Traveria

Psicólogo y profesor. Desde 1992 colabora en equipos de trabajo de la *Federació de Voluntariat Social de Catalunya.*

1. UN DÍA LABORABLE VESTIDO DE FIESTA

No era mi cumpleaños, ni tampoco el día de Reyes; era un día laborable, pero hoy, nada me iba a detener. ¿Por qué estaba contento? Porque quería estarlo. Comprobé qué aspecto tenía y el espejo me dijo que sí, estaba contento. Y yo, galopando escaleras abajo, hoy con más prisa que nunca: habían operado a mi hermano e iba a pasar por la clínica a verlo.

Aquel autobús que se acerca a la parada, ¿es el mío? No, no es necesario que corra. Es el 27 pintado de blanco y con un anuncio extraño en él: «Dura cuatro días y tres...»; estiro un poco más el cuello y puedo acabar de leer: «los pasas enfadado».

Es temprano y en el autobús no hay más de cuatro personas. Sube un matrimonio de jubilados. Ella bromea —un poco como aquellos críos que siempre ríen—, él repite que ya no le hace tanto daño. ¿Quién es aquí el que va *vestido de fiesta*, ellos o yo? No, no suele suceder, pero se ve que todavía quedan.

No os lo había dicho, soy aprendiz de profesor. Con mis alumnos hemos hecho un pacto; nos hemos comprometido a ser serviciales y a generar alegría. Tanto si es un día frío, como si el calor nos sofoca. A esto le llamamos ir *vestido de fiesta*.

Son las 10, cambio de clase; debo esperar a que salga —siempre se demora— el profesor de matemáticas. Bien, entro como puedo y... ¡no hay derecho!: veinticinco miradas clavadas en mí y dispuestas a *devorarme*. Algo ha pasado. Y yo —qué remedio — como si no me diera cuenta de nada. Esta vez surge una buena idea: «Tú, Pedro, harás de médico de familia. Tú, Luis, de psiquiatra; Toni será el enfermo».

Empieza la puesta en escena:

—Mire, doctor, estoy desesperado. Me siento muy diferente. Toda la gente me mira como si tuviera monos en la cara. ¡Sí, he dicho diferente! Me doy cuenta de que todo el mundo va con la cara larga, hablando de la crisis, del qué podremos hacer. Unos abroncan a los otros... y yo, ya lo puede ver, sólo soy capaz de hablar sonriendo, inventando bromas y chascarrillos, aunque también debo decir que trabajo con entusiasmo. Siempre digo que sí a todo el mundo, y por la calle saludo incluso a los chiquillos como si fueran ya unos adultos.

—Bien, le voy a auscultar con cuidado... No le encuentro nada malo. Usted no está enfermo, sino sólo afligido. Es como una protesta que en su cabeza se ha dado la vuelta como un calcetín. Vaya a ver a mi amigo, el Dr. Vilaseca. Es un gran psiquiatra. Será coser y cantar, y usted saldrá contento...

—Buenos días, Dr. Vilaseca, vengo de parte de su amigo el doctor...

—Sí, me acaba de llamar por teléfono explicándomelo todo sobre usted. Usted es diferente, pero no es el único, no lo crea, ya que ello sería muy presuntuoso por su parte. Bien, ya sabemos cuál es su enfermedad y la curaremos. ¡Vamos allá! Dígase a sí mismo con convicción: soy diferente, sí, pero sólo de los más burros; ya que seguro que hay más sabios que yo. Y haga el favor de tener la voluntad de ponerse del lado de los más sabios. Todo ello significa que debe usted empujarse a crecer, a ser alegre y más diferente.

—¿Y cómo puedo empujarme a mí mismo?

—Se lo explicaré mediante un bonito cuento. Estábamos en mitad del verano. En el bosque del Caracol había un árbol más ufano que todos los demás. Le llamaban el roble del camino. Un día, mezclado entre los segadores, pasó el mago de la Gleba y, maravillado, hirió al árbol con su varita mágica. De repente, el roble adquirió la capacidad del entendimiento humano, se vio pleno de vida y dijo: «Estoy de acuerdo». Y se apresuró en chupar los jugos que le concedía la rica tierra y en abrir con fuerza sus hojas. Y así, ejerciendo su propia libertad, el roble del camino se hizo todavía más diferente a toda la coscoja del robledal. Creo, Antonio, que ya me ha entendido, ¿verdad? Y ahora le haré un informe que le servirá de receta.

¿Se puede hablar prosaicamente de la alegría? Intentaré hacerlo con una media sonrisa, dejando suficiente espacio para la inventiva del lector.

2. LOS CONTENIDOS DEL VALOR DE LA ALEGRÍA

¿Cuánto vale? ¿Cuánto cuesta? No tiene precio. No es una cuestión de valer, sino de valor. Tú, por ejemplo, o **eres alegría o no eres prácticamente nada**. *La alegría es elemento y necesidad de vida*, nos dice Kepler. Todo el mundo daría su fortuna completa a cambio de ser feliz; pero no funcionan así los valores humanos, no se compran ni se venden. ¿Qué son, pues, los valores?

Los valores son aquellos atributos que nos hacen personas de verdad. Son las cualidades que nos constituyen como grupo humano auténtico. También hemos oído hablar de la escala de valores desde un punto de vista subjetivo. Es en este sentido que cada persona tiene su propia escala de valores. Por ejemplo, la escala de valores de una persona egoísta podría ser la siguiente: 1) Que yo vaya de primera. 2) Decir siempre la última palabra. 3) Que mis negocios sucios vayan también de primera. (Y de paso, hemos descrito una escala de antivalores.)

2.1. La alegría es posible y no vale mentir

Me apunté a un curso de directivos: cuatro meses de ilusión. Todo iba perfecto; buena gente, alegría a raudales. Y un mal día, llegada la hora del diálogo, la voz fuerte de un hombre débil afirma: «No seáis ilusos, ser feliz es imposible».

¿Qué os parece? No estoy de acuerdo y no me escondo para decirlo. Siempre —horas bajas aparte— he sido feliz y alegre, y tengo la esperanza de seguir siéndolo, aun a costa de la madurez. Paulatinamente podemos ir aprendiendo el hábito de ser de verdad —lo cual incluye la alegría— a base de derribar, lentamente y a golpes de buen humor, nuestro yo imperialista.

2.2. La alegría espontánea de pequeños y mayores

«No quiero volver allá», me ha dicho Juan. Allá todo el mundo está pendiente del niño y nadie te hace caso. La alegría espontánea y encantadora de los niños, y también —a veces— de los jóvenes, ¿es sólo vitalidad, o también incontaminación idólatra? A veces encontramos gente de todas las edades que, con generosidad, nos regalan una sonrisa amigable y siempre tienen a punto la carcajada franca. ¿Cómo lo consiguen? Puede que más adelante encontremos la respuesta. De momento, podemos suponer que tanto aquellos jubilados del autobús, como Toni con su manera diferente de comportarse, han dejado atrás actitudes adolescentes y han hecho realidad aquel dicho de Michel de Montaine: *La prueba más fehaciente de la sabiduría humana es la continua alegría.*

2.3. El placer del trabajo bien hecho y el gozo de hacer el bien

Seguro que todos habremos vivido alguna situación similar. *Todo trabajo bien hecho* —dice Bergson— *es una creación, y toda creación una fuente de alegría.* Mis alumnos lo expresan más o menos así: «Cuando haces algo bien hecho, te sientes bien. Si ves a alguien que está triste, lo que debes hacer es transmitirle tu alegría; él te lo agradecerá y tú te sentirás muy feliz».

Sin apenas darnos cuenta, aquellos pequeños éxitos, aquellas pequeñas victorias nos proporcionan la mejor cura antidepresiva que puedas encontrar: la alegría de la buena acción.

> *Hasta aquí han salido las posibilidades de acción. El cómo debe vivirse el valor de la alegría. Sin embargo, me gustaría añadir mis tanteos desde que me di cuenta de que necesitaba experimentar y expresar más alegría.*

2.4. Si quieres fiesta, organízatela

Esto de *Si quieres fiesta...* es la canción que cantan mis alumnos los días nublados. Ya os podéis imaginar cómo es una escuela. Un montón de adolescentes atados a las sillas un buen rato —seis horas—, y tú que les dices: «Todo es cuestión de cogerlo por el lado simpático; la atención con afecto, no cansa».

Yo también he hecho colas, y he charlado con hombres y mujeres que no conocía de nada. Me he parado a hablar con el caminante desconocido e incluso hemos hecho camino juntos. He procurado acoger con amable sinceridad a quien venía a estorbarme. Si quieres aquella agua —si quieres labrar la alegría— no tienes otro remedio que ir a la fuente: es necesario buscar los ambientes favorables y evitar las circunstancias negativas.

2.5. Se puede compaginar con el trabajo

Ramón me ha dicho: «Aquí todo el mundo trabaja a gusto, tanto en el almacén como en la tienda. Hay satisfacción y alegría, la casa marcha bien».

A Quica daba gusto verla. Tengo un recuerdo imborrable: cabellos plateados, siempre sonriendo, siempre amable. Cuando aquella inundación arrasó nuestra casa, nos acogió durante dos meses. En su casa vivía con cinco hijos, el abuelo y el jefe de la casa, José, que era agricultor. Ella, Quica, mantenía ordenada la casa y cuidaba de las personas

que en ella habitábamos. Cuidaba de los animales y vendía la leche de las cuatro vacas.

He visto también a hombres aprisionados por actitudes negativas que no les eran propias. El hombre que no se dirige a sí mismo, sino que el trabajo —quizás demasiado — es su amo esclavizador que le ahoga hasta el estrés. Y todos le hemos advertido —a menudo en vano—, que es preciso compaginar el ganarse la vida, con el compartirla. El trabajo y la capacidad de compartir son la fuente del gozo y del optimismo más genuinos.

2.6. ¿Y los afligidos?

La anécdota que sigue es de Khalil Gibran:

> *Una vez, cuando iba a enterrar a uno de mis muertos, el enterrador se acercó y me dijo*:
>
> *— De todos aquéllos que vienen aquí a enterrar a alguien, sois el único*

por el que he sentido simpatía.

Y le repliqué:

— Me complace mucho lo que me decís, pero, ¿por qué sentís simpatía por mí?

A lo cual respondió:

— Porque todos llegan llorando, y se van llorando. Sólo vos habéis llegado riendo, y os vais riendo.

Las personas generosas son alegres. Hasta ahí de acuerdo. Sin embargo, cuando el diluvio de las incomprensiones y de las desgracias te atrapa, ¿qué haces? Entonces sólo podemos echar mano de la madurez; llorar sonriendo. La vitalidad y la despreocupación ayudan a los niños; la madurez, ayuda al adulto: es la capacidad de juicio, la humildad, el saber jugar a perder..., y todo lo que conlleva al yo verdadero y positivo.

2.7. ¿Es la alegría un negocio?

Existe el hombre que, demasiado apresurado, pierde la alegría. Mal negocio. Pero también hay quien usa la alegría, buena o falsa, para vender más. No nos engañemos, el verdadero negocio que comporta la alegría es la propia alegría. Y ello es así porque es manifestación de plenitud de ser. Y porque además de los beneficios —salud física y mental—, conlleva toda una serie de ventajas. Tal y como dijo Benjamin Franklin, *la alegría es como la piedra filosofal, todo aquello que toca, se convierte en oro.*

3. HA SIDO UN LARGO CAMINO

Incluso yo quedé convencido de aquello de *Si quieres fiesta, móntatela*, y practicaba el gesto de la sonrisa, ensayando delante del espejo... También buscaba momentos de pausa mental con el deseo de aumentar mi expresión de alegría. Y pese a ello, no avanzaba tanto como deseaba. Y de repente me llegó la luz: si la alegría nace de la satisfacción, ésta, a su vez, debe venir del buen resultado obtenido en cumplir una necesidad. ¿Y cuáles son —aparte de las materiales— las necesidades básicas del hombre? Aquellas que piden ser satisfechas. Quizás amar, dejarse querer, saber que alguien nos quiere. Y, por qué no, también conseguir victorias, pequeños éxitos, sentirse útil. Fui entendiendo que el estado de ánimo positivo y alegre que buscaba, manaría como un pozo artesiano de la fuente abundante de la estimación. Era preciso, pues, querer a la gente, los hechos,

las circunstancias. *La alegría* —dice Santo Tomás— *es el primer afecto del amor y, por consiguiente, de la entrega*. (Recuerdo que siendo un adolescente, había caído en la trampa de esperar encontrar a alguien sin defectos para concederle mi amor; ahora sé que «si quieres mula sin vicios, ve andando».)

De verdad quiero una alegría sana. Por ello empecé una nueva serie de prácticas. Procuraba mirar a todo el mundo con simpatía y también escucharlos de la misma manera. Les hablaba con toda la amabilidad de la que era capaz. En todo, en cualquier gesto o hecho —incluso los más rutinarios— ponía de mi parte, con voluntad, la máxima expresión de afecto y afabilidad. Era preciso, además, que mi aprecio fuera consciente, como aquel que palpa la tela antes de comprarla. Consciencia y expresión. Estoy satisfecho: el éxito me ha animado.

> *En el extremo opuesto de cada una de las cualidades importantes o valores de la persona y del grupo humano están, enfrentados, los antivalores. Pero no hablaremos mucho de ellos. Si acaso, lo haremos con un desprecio distante.*

Nadie es profeta en su propia tierra. Hay gente malcarada, con actitudes ásperas y recelosas; son los antípodas de aquellos que lo encuentran todo fácil. ¿Acaso han acabado de vivir antes de haber empezado a hacerlo? Quizás confunden la satisfacción con las satisfacciones materiales y egoístas. ¿O acaso quieren triunfar, sin haber antes experimentado las inacabables heridas dolorosas que conlleva la inevitable, pero bonita y desesperada lucha por vivir y convivir? Deben ser aquéllos que nunca juegan a perder, que nunca reciben afecto porque jamás se adelantaron en darlo. Hablamos de aquéllos que son la no-alegría, de aquéllos que no quieren entender lo de *Dura cuatro días y tres te los pasas enfadado*.

> *He recopilado unas afirmaciones. Honestamente las pongo en duda; es decir, hago de ellas una hipótesis mientras os invito a comprobarlas. Son los orígenes, las raíces del antivalor de la alegría.*

«El egoísmo y la alegría no se llevan demasiado bien.» «Si una persona no ha sabido seguir siendo feliz sin aquello que poseía, es que ya no era feliz.» «Aquel que daña, pierde la alegría.» «La alegría que emana de todo aquello que es material es, a menudo, pasajera.»

> *El hombre esclavizado por el dinero y el trabajo, se ha vendido la alegría.*

¿Dices que tu amargura viene del mucho trabajar? ¿Dices que es simplemente tu

temperamento? Si afirmas eso, ¡cuidado! ¡Te pierdes tanto a cambio de tan poco! El temperamento es tan incorregible como gobernable. Y el trabajo, ¿es para hacer hombres, o sólo para hacer muebles?

Las personas maduras también tropiezan, día tras día, con la irrefutable experiencia del dolor, de los contratiempos, de las mentiras y los desengaños, del cansancio, del fracaso y las derrotas. Pero han aprendido que la actitud positiva, a pesar de todo, es la única actitud capaz de hacerles ser de verdad.

4. TEXTOS

El siguiente apartado es una invitación a leer páginas bonitas sobre el valor de la alegría. Los textos que siguen a continuación, tan sólo son una muestra.

- ***Tristeza***

> *«Hay días y hay horas en que una niebla grisácea y deprimente se apodera del corazón, de la inteligencia y de la imaginación... Es el momento de hacer brotar, en medio de la noche, la lucidez, la serenidad y el coraje. La tristeza siempre se apoya en una distorsión de la realidad. Es una mirada abstracta, parcial y decapitada del misterio que nos rodea. Selecciona los puntos negros y los multiplica. Es necesario ensanchar el campo de visión a toda la riqueza del bien que viste al ser.»*
>
> (CARLES GRI I CASES. *Vivir en el gozo.*)

- ***Buen humor, sonrisa, amabilidad***

«Una vez, un amigo me contaba: «¿Te has dado cuenta de que cuando reímos, incluso las personas de facciones menos agraciadas resultan hermosas?». No, no me había dado cuenta. Después me he ido fijando, y no puedo dejar de darle la razón. El buen humor siempre favorece a aquél que lo usa: oxigena el corazón y reposa el alma. Y no es necesario decir que también beneficia a los que nos rodean, ya que alegra la vida. La sonrisa y la carcajada brotan espontáneas y frecuentes en el niño sano y en el hombre generoso. Y no sólo son señal de salud, sino que también son muy saludables. La risa relaja los nervios sin adormecerlos y ensancha el espíritu sin volverlo simple. Por otro lado, la sonrisa desprende y contagia la confianza, la serenidad, la paz. A pesar de su pequeñez, la amabilidad tiene una importancia gigantesca en la vida de cada día. En realidad, todos tenemos la imperiosa necesidad de ser tratados con amabilidad. Todos, jóvenes y viejos, anhelamos encontrar aunque sea una migaja de ternura en los demás, aquella ternura que denominamos amabilidad.»

(MARTÍ AMAGAT. *Las virtudes de andar por casa.*)

- ***La sonrisa***

«Si yo tuviera que pedir un don, un solo don, pediría, y creo que sin dudarlo, que me fuera concedido el supremo arte del sonreír. Es, a mi juicio, la cumbre de las expresiones humanas. Sé que hay sonrisas mentirosas, irónicas, despectivas... Pero más bien estoy hablando de aquéllas que brotan de un alma iluminada, de aquéllas que son como el fulgor de un relámpago en plena noche, de aquéllas que, milagrosamente, vemos surgir de la cara de un bebé de ocho meses y que algunas personas —¡muy pocas!— consiguen conservar a lo largo de toda su vida... Debe ser muy fácil enamorarse de gente o de personas que posean una buena sonrisa. ¡Y qué afortunados son aquéllos que tienen a su lado a un ser querido, en el rostro del cual aparece este maravilloso fulgor! Pero la gran pregunta sigue siendo, a mi juicio, cómo conseguir una sonrisa. ¿Es un simple don del cielo? ¿O se construye como una casa? Yo diría que una buena sonrisa es más un arte que una herencia. Es algo que debe construirse con paciencia, con laboriosidad. ¿Con qué? Merced a un equilibrio interior, con paz en el espíritu, con un amor sin fronteras. La gente que ama en abundancia, sonríe con facilidad. Porque la sonrisa es, ante todo, una gran fidelidad interior a uno mismo. Un arte que es preciso practicar con terquedad y constancia, dejando que la alegría interior ilumine todo aquello que a diario nos sucede e imponiendo a cada una de nuestras palabras la obligación de no llegar a la boca sin haberse zambullido antes en la sonrisa. De la misma manera que obligan a los niños a ducharse

antes de salir de casa cada mañana. »

(JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO. *El sacramento de la sonrisa.*)

- ***Las pequeñas alegrías***

«Es muy triste que el hecho de vivir siempre con prisas empieza ya desde la infancia, pero a menudo es realmente así... La manera que tenemos de divertirnos es tan agotadora como los trabajos más duros. La consigna es mucho y pronto. Y así vamos generando, cada vez más, diversión falsa, y cada vez menos, alegría verdadera. Es un disfrute enfermizo, impelido por una eterna insatisfacción. Yo no conozco la receta universal para curar esta enfermedad. Sin embargo, quisiera recordar un viejo remedio casero, por desgracia demasiado olvidado: el placer moderado es un placer doble. Y, sobre todo, no paséis de largo, aprovechad bien las pequeñas alegrías.»

(HERMANN HESSE. *Pequeñas alegrías.*)

Sentencias

«La alegría es plegaria, la alegría es fuerza, la alegría es amor.»

(MADRE TERESA DE CALCUTA)

«Si estás relacionado con Dios, tu única tarea es ser alegre.»

(KIERKEGAARD)

«La alegría no se encuentra en una celda alejada del dolor.»

(J. L. MARTÍN DESCALZO)

«Que tu alegría no sea fruto de las circunstancias, sino fruto de ti mismo.»

(P. DE CORINT)

«La alegría es el paso que el hombre da de una perfección pequeña a una mayor.»

(SPINOZA)

«Imagínate el cielo como quieras. Pero una cosa es bien cierta: ¡Allí se ríe!»

(F. MARZ)

«Por el mal que haya, lloraremos, pero por el bien que hay, reiremos.»

(M. ESTRADÉ)

«La alegría y la verdad son la misma cosa. Allá donde hay más gozo también se da más verdad.»

(P. CLAUDEL)

«La vida llega a ser una fiesta si eres capaz de alegrarte por las cosas cotidianas y sencillas.»

(PH. BOSMANS)

«La alegría es el ingrediente principal en el compuesto de la salud.»

(A. MURPHY)

«La vida es como un espejo. Sonreíd; él también sonríe. Enojáos; él también se enojará.»

(CONCORDIA MERRELL)

«He soñado y he visto que la vida era alegría. He despertado y he visto que la alegría era servicio. He empezado a servir y he visto que el servicio era alegría.»

(R. TAGORE)

«¡La alegría es lo que mueve las agujas del gran reloj del mundo!»

(SCHILLER)

«Dona alegría a los demás y verás qué alegría te da la alegría.»

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

A continuación se os propone un cuestionario de reflexión y diálogo. Es el momento agradable de la participación activa.

1. ¿Qué diferencia hay entre decir: «tú eres alegría», «tú eres alegre» y «tú estás alegre»?

2. ¿Con qué razones se puede defender, y con cuáles se puede rebatir, la expresión «eres alegría o no eres prácticamente nada»?

3. ¿Cuál es la protesta de Toni? En este sentido, ¿también tú eres diferente o bien te gustaría serlo? ¿Por qué razón?

4. «Estaba alegre porque me apetecía estarlo»: ¿qué os parece? ¿Suelen ir así las cosas? ¿Bajo qué circunstancias no suele ser fácil sobreponerse a un estado de ánimo de no-alegría?

5. ¿Qué quiere decir, en un sentido amplio, «por la calle saludo, incluso a niños como si fueran ya adultos»?

   ¿Cómo explicáis el comportamiento bello de ciertas personas, al estilo de Toni? Por ejemplo, de las personas de ciertos establecimientos hospitalarios.

6. ¿Es posible o no la plena felicidad? ¿A qué precio y en qué nivel del yo?

   A menudo encontramos a personas con la sonrisa siempre dispuesta. ¿Cómo lo consiguen? ¿Qué tipo de gente son?

   ¿Hasta qué punto estás de acuerdo en apreciar a las personas pese a que tengan defectos desagradables? De otra manera, nos perderíamos la alegría de querer a mucha gente.

7. ¿Podéis hacer, a partir de aportaciones diversas, una relación de

las vivencias de alegría y entusiasmo que habéis experimentado a partir de acciones o hechos bien llevados a cabo, de pequeños éxitos y victorias?

¿Por qué el egoísmo y la alegría no se llevan demasiado bien?

8. ¿Por qué, tal y como está comprobado, la atención con afecto no cansa, o cansa muy poco?

   ¿Por qué se insiste en afirmar que la amabilidad debe ser consciente y que la alegría debe expresarse?

9. ¿Hasta qué punto os parece exagerado aquello de «Dura cuatro días y tres los pasas enfadado»? ¿Qué te pierdes cada vez que estás enfadado? Y si ello pasa a ser un tanto habitual, ¿qué consecuencias tiene?

   ¿Qué significa que el temperamento es tan gobernable como incorregible?

10. Buscad una definición que os parezca válida para la palabra *alegría*. Haced la crítica de la que da este capítulo. ¿Cuáles son las necesidades más básicas del hombre (aparte de las materiales) que, al ser satisfechas, originan alegría?

Capítulo 3

LA BELLEZA

Jaume Aymar Ragolta

Doctor en Historia del Arte por la Universidad de Barcelona. Profesor de Historia del Arte y de Fe y Cultura en la Universidad Ramón Llull.

1. CARMEN Y EL MAR

Carmen tiene cincuenta y cuatro años. Trabaja como enfermera en una mutua. Ahora tienen muchos problemas y pronto podría quedarse sin trabajo. Ella trabaja en Barcelona pero vive en Masnou, a unos 18 km de la gran ciudad, en un bloque de pisos, con dos compañeras que son maestras. Cada mañana tiene que coger el tren para ir a su trabajo. El tren, a aquella hora, suele ir bastante lleno, pero con frecuencia Carmen encuentra sitio junto a una ventanilla.

Le gusta mirar el mar. Cada día el mar es diferente. Hay días en los que el sol le dibuja un camino de estrellas. Otros se ve envuelto por una neblina gris. En otros días aparece de un intenso azul. Mirar el mar le proporciona paz. Al mismo tiempo, le trae muchos recuerdos. Aquellos días de vacaciones con sus amigas, el mes de septiembre pasado, en la Costa Brava. Aquel amigo que se fue de misionero a ultramar. Aquel patrón, pariente lejano, que aún saca su barca. Carmen piensa en la fuente de riqueza que el mar ha sido y que aún sigue siendo para muchas familias; piensa en los que viven en el mar, piensa en aquella frase que leyó en una novela: *de mar a mar hay menos distancia que de ciudad a ciudad*. Piensa que el Mediterráneo ha sido escenario de muchas batallas y se siente solidaria con quienes desean convertirlo en un mar de paz.

Después mira de reojo a los que viajan con ella. Unos se ocultan tras un periódico, otros están medio dormidos, otros miran, despreocupadamente, la punta de su propio zapato. Nadie mira al mar. Carmen piensa que ella es una privilegiada. Parece como si el mar, en aquella hora de la mañana, hubiera sido creado sólo para ella. Pero también lamenta que, existiendo tanta belleza cercana, a la gente le cueste tanto captarla.

Después mira, discretamente, con lentitud, a los demás viajeros. Aquel ejecutivo que aprovecha el tiempo para revisar unos informes. Aquella muchacha que repasa unos apuntes. Aquel jubilado que parece disponer de todo el tiempo del mundo. Aquella madre de familia que acaba de dejar a su hijo en la guardería, al que no verá hasta la tarde. A Carmen le gusta mirar a la gente. Cada persona tiene su belleza y su encanto, aunque tal vez nadie lo reconozca.

A partir de ahora, Carmen tendrá una jornada muy atareada. Este año son casi la mitad de enfermeras para el mismo número de enfermos. Es agotador, pero, a pesar de todo, ella aún logra encontrar algunos momentos para charlar con sus enfermos. Algunas veces hasta se han hecho amigos. Sólo ella sabe lo que ha sucedido en su corazón cuando alguno ha muerto entre sus brazos. Ver morir a alguien le produce un gran dolor y, al mismo tiempo, le proporciona mucha paz. Al principio, curar a los enfermos, tener que lavarlos, le resultaba penoso. Ahora ya se ha acostumbrado y lo hace como la cosa

más natural. Carmen se ha acostumbrado a ver tantos cuerpos humanos, cuerpos gruesos y delgados, cuerpos de jóvenes y de ancianos, cuerpos llagados, tullidos... que ya relativiza muchas cosas. Con frecuencia piensa que la sociedad es injusta en presentar como bellas a personas que sólo se ajustan a unas determinadas proporciones. Ella piensa, e incluso lo ha comentado con alguna compañera, que cada cuerpo tiene su propia belleza.

Al final de la jornada, cuando regresa a su casa, Carmen aún encuentra un momento para entrar a ver a sus vecinos, José y Rosa. Son un matrimonio mayor. A él le han cortado una pierna y ella está muy sorda. De momento no ha habido forma de que pudieran ingresar en una residencia, a pesar de los esfuerzos que han hecho. Carmen, moviendo mucho los labios, le pregunta a Rosa cómo les ha ido el día. Luego cura el muñón de la pierna de José.

Las compañeras de piso de Carmen consideran que lo que ella hace es muy bonito, aunque piensan que trabaja demasiado y que, dentro de la desgracia, cuando se quede sin trabajo tal vez pueda ver las cosas de otra manera.

Más tarde, las tres compañeras cenan y comentan la jornada. Tienen un montón de cosas para contarse, pero ya tendrán tiempo durante el fin de semana, durante el cual irán a la Cerdaña a visitar a unos amigos. Carmen se va a dormir, cansada pero satisfecha.

Está esperanzada; sabe que mañana, bien temprano, volverá a ver el mar.

2. DESARROLLO DEL CONTENIDO

2.1. ¿Se puede definir la belleza?

Con la belleza pasa un poco como con el tiempo. Decía San Agustín: «*¿qué es el tiempo? Cuando nadie me lo pregunta, lo sé; cuando alguien me lo pregunta, no lo sé*». Una madre piensa que sus hijos son los más guapos del mundo; preguntadle por qué y, seguramente, no os lo sabrá decir. El amor debe jugar un papel importante. Unos versos dicen:

«... lo traigo andando
y cara como la tuya
no la he encontrado.
Y si la hubiera,
cara como la tuya
no la quisiera».

Cuando amamos a una persona, la encontramos bonita, aunque objetivamente no lo sea.

Algunas definiciones de belleza insisten en los elementos objetivos: proporciones, armonía, simetría, orden... Otras en elementos subjetivos. Dependen más bien de la calidad de la mirada. De hecho, los dos extremos son importantes en la experiencia estética. La belleza abunda en la realidad, pero hay que saber descubrirla.

2.2. Belleza, verdad y bien

En filosofía, la belleza, la verdad y el bien son como vasos comunicantes. Es de sentido común pensar que una cosa, para ser realmente bella, ha de ser al mismo tiempo buena y verdadera. Si no es del todo buena, si no es verdadera, no podemos considerarla bella en profundidad. Alguien podría preguntarse: ¿y qué es el bien?, ¿y qué es la verdad? En un mundo como el nuestro, abrazado al relativismo, se suelen oír afirmaciones como ésta: «***Esto, que es bueno para mí, tal vez para ti no lo sea***»; «***esto es bueno para este país,***

***pero puede no serlo para aquél* ».** Creo que es preciso tomar una determinación de una vez por todas: **es bueno, es verdadero y es bello todo cuanto nos humaniza,** todo aquello que nos hace más personas, que nos hace más conscientes de nuestros límites y, al mismo tiempo, más abiertos a lo transcendente.

2.3. Belleza y razón

Todos tenemos una idea más o menos vaga, o más o menos precisa, de los diferentes estilos artísticos. También es cierto que todos intentamos situar determinada obra de arte, en una determinada época histórica. Pero sin darnos cuenta, al clasificar corremos el riesgo de matar el espíritu que animó aquella creación. Recuerdo en estos momentos a dos grandes profesores de historia del arte. Uno de ellos era una verdadera figura en esta disciplina. Conocía muy bien los estilos, las influencias y las escuelas. Era capaz de desmenuzar el retablo, el edificio, hasta los mínimos detalles. Pero uno se quedaba como frío espectador ante la obra concreta. El otro tenía la rara virtud de entusiasmarnos ante las obras de arte. Era un maestro de la contemplación. Quizás hoy echamos en falta conocer al hombre que hizo aquella obra de arte. Durante siglos, muchas obras de arte han permanecido huérfanas de autoría, y pese a ello han sido capaces de reflejar el espíritu que las animaba.

2.4. Belleza y libertad

Voy a esbozar una cuestión que considero muy importante: **los lazos que unen belleza y libertad.** Si en otras etapas de la historia se ha seguido el criterio de la razón para guiar la libertad, ¿no podría ser un signo de nuestra época que, como una brújula, sea ahora la belleza la que le sirva de norte?

El artista siente la necesidad de emprender una tarea, cuyo término no puede prever. Pero esta necesidad va unida, simultáneamente, a una sensación de plenitud y de libertad, de luminosa liberación. Aunque pudiera parecer una paradoja, la necesidad del artista está unida a una maravillosa libertad de espíritu. Ya no concebimos la libertad como un simple puro albedrío, sino como la respuesta voluntaria a los desafíos que la vida nos va planteando.

2.5. Belleza y apertura a lo transcendente

En una baldosa de la *Pía Almoina* de Barcelona (actualmente Museo Diocesano), se descubrió una inscripción escrita en árabe que dice: «*Dios está en la belleza*». Para muchos teólogos, la belleza es, efectivamente, la primera manifestación de Dios. La contemplación de una salida del sol, o del firmamento estrellado, abre el espíritu a la pregunta sobre la belleza.

3. POSIBILIDADES DE ACCIÓN

Una acción altruista la calificamos como una buena acción. Pero cuando una acción es realmente desinteresada, solemos decir: ¡qué bonito!

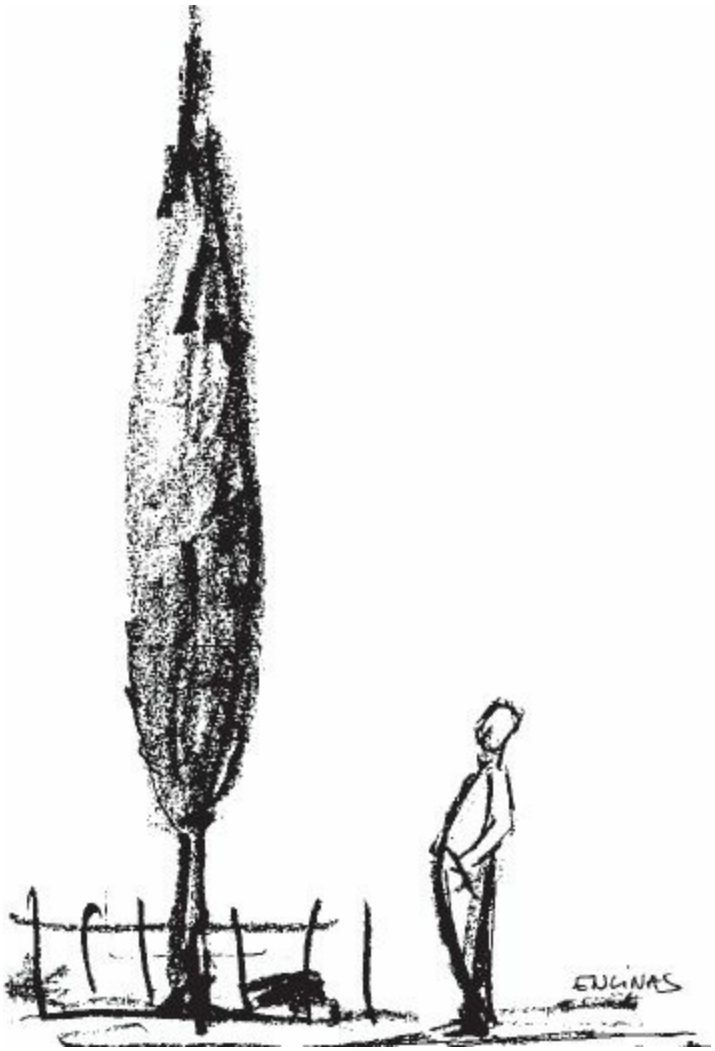
Muchas de las acciones que realizan los voluntarios son acciones hermosas. Valdría la pena imaginar qué otras acciones de voluntariado pueden ir destinadas, más directamente, a descubrir la belleza de nuestro entorno y cuáles pueden ayudarnos a potenciar nuestras posibilidades creativas.

La belleza abunda en la realidad, pero necesitamos personas que nos ayuden a descubrirla. Se precisan buenos guías turísticos no sólo para los visitantes, sino también para las gentes del lugar que, con frecuencia, son las que más desconocen el propio pueblo o ciudad, sus paisajes y sus monumentos. Tal vez no se ha insistido lo suficiente en la alta responsabilidad de los guías. El guía no debe pensar en lucirse, ni debe transmitir sus prejuicios al grupo. El guía cumple un servicio social, ayuda a los otros a fijar la mirada y a ampliar horizontes. El guía no ha de ser un erudito, ni ha de cargar a los otros con datos inútiles, ni ha de inventarse fábulas o leyendas jugando con la buena fe o la ignorancia del grupo al que acompaña. Tampoco deberá nunca ridiculizar personas o instituciones para ganarse la simpatía de los que le escuchan. Y

evidentemente, no es necesario añadir que debe estar preparado y reconocer con sencillez su ignorancia, si alguna vez se ve incapaz de responder a una pregunta. El guía da la mano y ayuda a los que saben menos a adentrarse en el entorno propio y desconocido, en el pasado y en la historia.

Todos tenemos posibilidades adormecidas. Tal vez dibujábamos y ya dejamos de hacerlo. Tal vez tocábamos el piano y otras ocupaciones nos hicieron abandonar. Tal vez nos gustaba la fotografía y nuestra cámara duerme en el fondo de un cajón. Nunca es tarde para emprender una tarea creativa. Nunca es tarde para descubrir una nueva. Se sabe que existen centros geriátricos en los que estimulan a los ancianos para que hagan manualidades. Muchos se sorprenden de las posibilidades artísticas que tenían y que nunca habían desarrollado. ¿Habrá que esperar a la jubilación para poder desarrollar nuestras potencias artísticas?

Para este cometido se necesitarán personas que, voluntariamente, ayuden a otras a potenciar sus virtudes creativas.



4. UNA MUESTRA DE ANTIVALORES

Belleza y juventud son dos realidades que, generalmente, se presentan unidas. Convencionalmente es bello lo que es joven y es joven todo lo que es bello. Desde este punto de vista, la belleza sería una cosa temporal, pasajera, restringida a una etapa de la vida. «Esta mejilla tan bella no durará ni un instante», murmuraba una anciana al oído de una joven en la *Canción de pasar cantando* de Josep M. de Sagarra y Eduard Toldrà. Nuestra sociedad ha hecho apología de la juventud y de la belleza que la acompaña, en abierta explotación de la imagen juvenil. El concepto de belleza que nuestra sociedad occidental tiene, a veces se muestra sumamente restringida. Con excesiva frecuencia la belleza se reduce a una tersura de la piel, o a unas determinadas formas anatómicas perfectamente estipuladas.

También en el mundo de la estética hay enfermedades. Los historiadores del arte han diagnosticado una buena serie a lo largo de los tiempos: el colosalismo, *l'epater le bourgeois* (voluntad de causar impresión mediante formas recargadas) o el *kistch* (ausencia de opinión que lleva a un determinado público a imitar en arte lo que cree modélico y que, generalmente, pertenece a un añorado pasado). También hoy existe una estética enferma de panteísmo, de idolatrías, de sado-masoquismo, de totalitarismo.

Es preciso que una pedagogía de la estética demuestre que la belleza no está restringida a las torres de marfil de unos cánones raquíticos y a menudo crueles, sino que muestre que la belleza abunda en la realidad y en el interior de cada ser humano.

5. SELECCIÓN DE TEXTOS

5.1. La experiencia de la estética

«Las definiciones de la belleza que encontramos en el curso de la historia de las investigaciones estéticas, no han puesto aún al descubierto el elemento común que ya Sócrates pedía como característica de las cosas bellas. Ni las brillantes definiciones que pretenden explicar la belleza por la perfección, por la dignidad, por el ideal, por el resplandor divino (...) ni las definiciones concretas que pretenden explicarla por el orden, la simetría, la unidad en la variedad, por el ritmo o por la expresión de lo característico, no consiguen satisfacer el deseo del estudioso que se plantee rigurosamente el problema. El espíritu humano va elaborando todos los elementos que le llegan de fuera y

que, al combinarse con su propia riqueza interior, originan el delicadísimo complejo de experiencia estética.»

(F. MIRABENT, *De la belleza*.)

5.2. Tiempo de contemplación

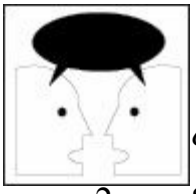
«Cuando tengáis este tiempo, mejor dicho, cuando hayamos conseguido hacer este tiempo libre, digamos rosa y clavellina, o amapola o nardo. Creedme: pronunciad vocalizando, como si estuvierais aprendiendo, el nombre del sauce y del olmo, del plátano —el plátano de todos los paseos de este país— y del ciprés y de la magnolia. No os contengáis: lanzaos a pronunciar sin freno el nombre de todas las plantas y flores que pasen por vuestro instinto de belleza. Decidlos en voz baja, muy baja, que no os oiga nadie o sólo la persona a la que amáis. Después, en seguida, mirad la clavellina o la magnolia o el ciprés, pero miradlos lentamente, con la calma de un reloj de pared. Veréis qué aroma os estremece, qué gozo de tarde de fiesta se va guareciendo en vuestros más íntimos rincones. Y notaréis cómo os eleváis en el aire, muy arriba, allá donde no recordáis haber llegado hasta ahora.»

(J. M. PUIGJANER, *Creedme: El tiempo libre nunca vendrá.*)

5.3. Lo estético y lo bello

«Para nosotros, lo estético es lo que equipara todo cuanto provoca aquel primer instante de admiración (...). Lo estético, como expresa la misma etimología, sería lo que presenta el sentido, lo que pretende o anuncia un valor. Sólo cuando cumple esta promesa, cuando realiza lo que anuncia, lo estético será, además, bello.»

(J. PLAZOLA, *Introducción a la estética.*)



PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

¿Eres consciente de que la belleza abunda en la realidad?

2. Si así es, ¿qué nos impide saborearla?

3. ¿Cultivas algún arte? ¿Cuál?

4. Independientemente de lo que hayas contestado en la pregunta anterior, ¿habías cultivado alguno y has dejado de hacerlo? ¿Por qué?

5. ¿Es preciso esperar a la jubilación para poder desarrollar nuestras posibilidades artísticas?

6. Por otra parte, ¿crees que ciertas acciones pueden adjetivarse como «bellas»? Razona tu respuesta.

7. Reflexiona y expresa lo que opinas sobre las siguientes frases:

   «El hecho de hacerse voluntario es bonito, pero poco útil».
   «La belleza interior brota libremente cuando nuestra voluntad se pone al servicio de los demás».

8. Con relación a la pregunta anterior, ¿qué quiere decir «bonito»? ¿Qué sentido tiene la palabra «útil»?

9. ¿Qué es para ti la «belleza interior»? ¿Con qué tipos de personas lo identificas?

10. Finalmente: según tu parecer, ¿qué quiere decir «poner la voluntad al servicio de los demás»?

Capítulo 4

EL DIÁLOGO

María Dolors Salat Torras

Diplomada en Enfermería y en Psicología. Colabora en varias organizaciones de voluntarios entre las que destacan: Medicus Mundi, Teléfono de la Esperanza de Barcelona y ESTREP.

1. EL HECHO REAL

María y Pepe han discutido a causa de problemas domésticos. La madre de ella les ha sugerido que lo más conveniente, cuando las cosas no funcionan, es dialogar. *Hablando se entiende la gente,* ha dicho también la suegra.

Y esta tarde han contratado un «*canguro*» y se han ido a cenar para tratar de entenderse. Un camarero les ha servido un entrante y María inicia la conversación.

—Pues tú dirás... Como lo tienes todo tan claro...

—No me vengas con ironías, que me harás perder los estribos antes de que empecemos.

—Tú tan susceptible como siempre. ¿No cambiarás nunca?

—Mira, mujer: yo venía en son de paz, pero no dejaré que me tomes el pelo. O me escuchas, o me voy. Y que hablen luego los abogados.

—Siempre tan sutil y delicado... La cuestión es no dar la cara. Siempre has sido igual de responsable.

—Mira que me enfado...

—Ya pensaba yo que hablar contigo no serviría de nada.

Este diálogo lo podéis alargar tanto como se os ocurra, pero preguntaos: ¿es de verdad un diálogo?

Según el diccionario de la Real Academia Española, diálogo, en su primera acepción, es: *conversación entre dos o más personas que, alternativamente, manifiestan sus ideas o afectos*.

Una vez leídas estas páginas, espero que todos habremos averiguado si las líneas precedentes son, o no, una muestra de diálogo.

2. CONTENIDOS DEL VALOR DIÁLOGO

En el diálogo nos comunicamos. La comunicación es básica para considerarse un ser humano.

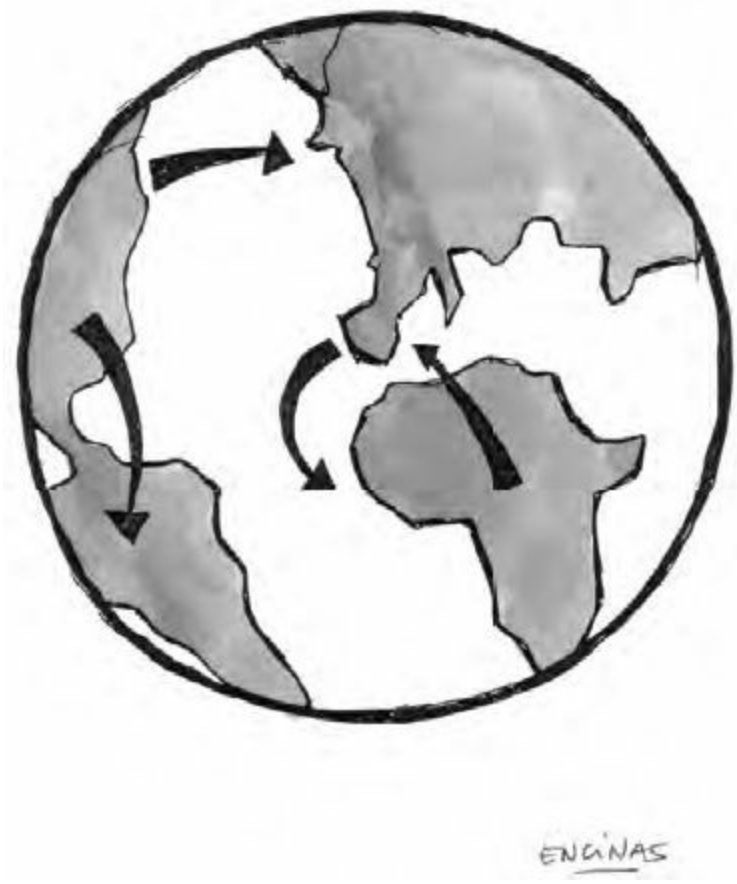
Es bien sabido que si alguien se ve privado de toda comunicación, no llega a hacerse persona.

El diálogo, la palabra, no es la única forma que las personas tenemos para comunicarnos. La palabra transmite sólo un setenta u ochenta por ciento de la información que se comunica. El resto corre a cargo del lenguaje no verbal, como por ejemplo la actitud, la relajación o tensión, el tono de voz, la posición de las manos, los «rictus» del rostro, el lugar, el momento, la sonrisa, las caricias, la presencia o no de otras personas, etc.

Nos comunicamos incluso cuando no nos comunicamos. Si un hijo, o un hermano, de pronto deja de hablarnos o visitarnos, resulta evidente que nos está comunicando algo.

El lenguaje verbal es muy útil para hablar del mundo en general, o de otras personas.

El lenguaje no verbal es básico, y altamente satisfactorio, en las relaciones personales.



2.1. Niveles de comunicación en el diálogo

Existen diversos niveles de comunicación. Cada uno con sus características específicas. Desde el simple trámite que sólo pretende cumplir, hasta aquella comunicación que, verdaderamente, nos hará crecer y nos abrirá las puertas del mundo enriquecedor del otro.

- ***Cuarto nivel: conversación tópica***

Esta es la conversación de la incomunicación. Muy frecuente en una fiesta, en la peluquería, en el ascensor, en la tienda...

Cuando alguien nos pregunta cómo estamos, lo que menos desea y espera es que le expliquemos la realidad de nuestros problemas.

Cuando decimos que estamos encantados de habernos encontrado, a menudo no hacemos sino dar una excusa para acabar con la conversación.

- ***Tercer nivel: hablar de los otros***

En este nivel nos aventuramos a hablar de los demás, pero no revelamos absolutamente nada de nosotros mismos.

El chismorreo, la trivialidad y la anécdota ajena, son nuestro refugio.

Nunca se hace un comentario personal y revelador de lo que realmente pensamos sobre el asunto de que se trate. No damos nada nuestro, ni pedimos nada de los demás.

- ***Segundo nivel: mis ideas y mis opiniones***

En este nivel sí comunico algo de mi persona. Asumo el riesgo de comentar alguna de mis ideas; revelo cierta opinión o decisión. Y mientras lo hago, te observo atentamente. Quiero estar seguro de que aceptarás mis ideas, mis opiniones, mis decisiones. Si arrugas el entrecejo, si bostezas o no dejas de mirar el reloj, casi seguro que no continuaré. Me refugiaré en el silencio, cambiaré de tema o, peor aún, trataré de decir algo que te guste.

De esta manera no me conocerás, no te habré transmitido lo que realmente soy.

- ***Primer nivel: mis sentimientos***

Tal vez algunos de nosotros creemos que, una vez expresadas nuestras ideas, opiniones y decisiones, ya no nos quedan muchas más cosas para compartir. Sin embargo, lo cierto es que lo que me hace diferente de los demás, no es sólo lo que pienso, creo u opino. También mis sentimientos me individualizan.

Si realmente quiero que sepas quién soy, debo hablarte con mis sentimientos, tanto como con mis ideas.

Puedo ser un liberal convencido o un conservador, como tantos otros. Pero los sentimientos que alimentan estas ideas son únicamente míos. Nadie experimenta el mismo sentido de frustración que yo; nadie padece los mismos miedos que yo; nadie siente las mismas pasiones que yo. Todos estos sentimientos los he de compartir contigo, si realmente quiero decirte quién soy.

Si me limito a comunicarte el contenido de mi mente, te estoy ocultando una gran parte de mí mismo.

Muchos de nosotros pensamos que los demás no soportarán una comunicación sincera. Preferimos defender nuestra insinceridad argumentando que la autenticidad podría herir a los otros y, por eso mismo, nos conformamos con una relación superficial.

Es evidente que este primer nivel de diálogo, no puede mantenerse con cualquiera ni en cualquier momento. Pero si pretendemos ser *persona*, es preciso que alguna vez nos mostremos tal y como somos ante alguien.

2.2. Reglas de comunicación

Si la amistad y el amor han de madurar entre las personas, en algún momento tendrá que haber una comunicación de primer nivel como la que acabamos de leer. No hay otra forma de conseguirlo y todas las razones que demos para justificar nuestros disimulos y nuestra falta de sinceridad, son engaños.

Es mucho mejor decirte lo que pienso de ti, que enredarme en una relación resbaladiza e incómoda. También tú tendrás que decirme cosas que te costará expresar. Pero no existe otra alternativa si queremos que crezcan la amistad y el amor. A veces nos callamos lo que nos molesta de los demás, porque creemos que, de este modo, la relación será mejor. Me callo una vez... y dos, tres, cuatro, cinco, seis... hasta que un día, haces lo mismo que haces siempre y estallo de forma incontrolada. Y tú no entiendes nada, y piensas que mi enojo está fuera de lugar. Mis buenas intenciones se han ido al traste.

Para que no nos encontremos en esta situación, o en otras parecidas, deberíamos ser capaces de contar al otro las cosas que nos molestan. Pero no podemos hacer eso de cualquier modo. Las siguientes reglas nos ayudarán a hacerlo sin generar conflictos:

a) **La comunicación no debe implicar ningún tipo de juicio sobre el otro.** Juzgar la motivación o la intención de las personas es, acaso, un acto inmaduro. La franqueza emocional no implica juicio sobre el otro. Me abstengo, incluso, de juzgarme a mí mismo.
Si yo digo: *No me encuentro bien junto a ti,* habré sido emocionalmente sincero y, al mismo tiempo, no he dicho que sea culpa tuya. Tal vez sea mi complejo de inferioridad, o que hoy me duele la cabeza. De hecho no afirmo que sea culpa de nadie; lo único que hago es expresar mi reacción emocional.

b) **Las emociones no entran en el terreno moral.** En teoría, la mayoría estaríamos de acuerdo. Sentirse frustrado, enfadado o tener miedo, no hacen a una persona ni buena ni mala. Por desgracia, en la práctica no se acepta lo mismo que en la teoría. Hay emociones que no estamos dispuestos a reconocer; nos avergüenzan nuestros propios miedos, nos sentimos culpables de nuestra ira. Las emociones no son una realidad moral, sino un hecho. Tienen que integrarse mental y afectivamente. Antes de decidir si deseo, o no, dejarme llevar por mis emociones, debo permitir que estas se manifiesten. Debo escuchar con claridad lo que me dicen. Tener experiencia de una amplia gama de emociones, forma parte de nuestra condición humana y es, a la vez, patrimonio de todos.

c) **Los sentimientos deben estar integrados a nivel intelectual y en la voluntad.** La no represión de nuestras emociones significa que tenemos que aceptarlas plenamente, lo que no significa, de ninguna manera, que vayamos a obrar siempre de acuerdo a ellas. Integrar quiere decir admitir el

sentimiento y someterlo a nuestra razón, antes que dejarnos llevar y actuar bajo la fuerza que nos despierta aquel sentimiento. Una cosa es notar que estoy enfadado contigo y otra, muy distinta, darte un puñetazo. Una cosa es tener miedo y otra dejarme paralizar de tal modo que no pueda ir al dentista. Es muy importante la capacidad de integración y demuestra la madurez de la persona. Ser capaces de reconducir nuestro miedo, hasta poder enfrentarnos al riesgo necesario, es muestra de madurez; como también lo es saber retener nuestras iras o buscar una salida para las mismas sin violencia gratuita.

d) **En la comunicación, las emociones deben presentarse con claridad.** Se dice, con razón, que nuestros sentimientos se manifiestan a través del lenguaje, o a través de nuestro cuerpo. Una causa frecuente por la que no explicamos nuestras emociones, es no querer reconocerlas. Tenemos miedo de lo que puedan pensar de nosotros. O quizás nos da vergüenza. Quien a través del diálogo no construye una relación basada en la transparencia y en la autenticidad, construye sobre arena.

e) **Excepto en raras ocasiones, es bueno manifestar la emoción en el mismo momento en que se experimenta.** Si el asunto es grave y las emociones intensas (ira, indignación...), no es bueno diferir su manifestación o, al menos, diferirla durante mucho tiempo. A menos, claro, que se trate de un incidente casual o pasajero. O incluso si al suceder, se hayan presentes personas ajenas al incidente.

2.3. Tipos de diálogo

a) **Informativo.** Sin ningún tipo de problemática. Bien al contrario, puede llegar a ser muy agradable.

b) **Para contrastar opiniones.** Abierto a la posibilidad de incorporar información del otro para modificar y enriquecer nuestra opinión. A su vez, nuestra información enriquecerá al otro. En un diálogo realmente abierto, siempre se da un mutuo enriquecimiento personal.

c) **Diálogo trampa.** Cuando nuestras palabras y nuestra actitud no van a la par. La una contradice a la otra. Nuestra comunicación no es siempre coherente. A veces, decimos una cosa con nuestras palabras, mientras manifestamos otra con nuestra actitud. ¿Qué pensar cuando nos dan la bienvenida a la vez que miran, incesantemente, el reloj? Cuando decimos algo que no va en

coherencia con nuestro pensamiento, nuestro cuerpo nos delata.

d) **Diálogo generalizador.** Deberíamos ser muy cuidadosos en el uso de las palabras. Expresiones como *siempre, nunca, todos, ninguno,* etc., son una trampa en nuestra forma de plantear un problema.

e) **Diálogo impositivo.** Se da cuando lo iniciamos sólo con la pretensión de convencer al otro de nuestros argumentos. En realidad no estamos dispuestos a cambiar ni un ápice nuestra postura.

f) **Diálogo monólogo.** Cuántas veces no habremos topado con aquella persona que, aprovechando el encuentro, habla y habla sin cesar. No importa el tema. Su parloteo es variado e interminable.

2.4. Posibilidades de acción

Cada vez que nuestra relación no funciona, tenemos la posibilidad de llegar a un entendimiento mediante el diálogo.

- ***Las relaciones personales***

Todos tenemos experiencias de relaciones familiares, de pareja o de amistad que, en un momento dado, se han roto por falta de comunicación auténtica y sincera. Deberíamos ser capaces de acoger la autenticidad del otro, aunque no nos guste. Para recobrar una buena relación, es preciso que nos abramos al otro. Sólo acogiendo y abriéndonos al otro podremos restablecer la relación. La diversidad de las personas es, al mismo tiempo, motivo de dificultad y de crecimiento.

- ***Relación con las diferencias***

Relación con grupos diferentes a nosotros a causa de la raza, la cultura, la nacionalidad, la religión, el sexo, la educación, etc. Todo lo que es diferente, es visto con recelo, con miedo o envidia. Si no conseguimos dialogar de forma abierta y sincera con quienes son diferentes, perderemos una magnífica ocasión de enriquecimiento. Porque ellos pueden tener valores iguales o superiores a los nuestros.

- ***Relación entre los pueblos y las naciones***

El diálogo también debería ser posible entre los pueblos, las comunidades y naciones. Desgraciadamente, en las relaciones internacionales, tienen mucha fuerza la competitividad, la economía y las ganas de ser más fuerte que el otro. No hay juego dialéctico ni ganas de comprender. Con estas premisas será difícil avanzar en el camino de la justicia y de la cooperación. Nuestros gobernantes, tanto locales como nacionales o internacionales, deberían potenciar el diálogo y el entendimiento. Abandonar las posturas del enriquecimiento rápido, del dominio de unos sobre los otros, o del mantenimiento de un *estatus* privilegiado, supondría un gran paso hacia una convivencia basada en la paz.

2.5. Muestra de antivalores

a) Cada vez que, en lugar de escuchar al otro mientras habla, estemos pensando en lo que le vamos a contestar, estamos ganando puntos para decir una sandez.

b) Cada vez que, tras una conversación, nos sentimos satisfechos porque hemos «machacado» al otro, nos equivocamos.

c) Cada vez que, tras un diálogo, no nos hemos comprometido dando educadamente nuestra auténtica opinión, hemos tenido un diálogo muy poco fructífero.

d) Cada vez que, durante una conversación, damos una lección magistral sin escuchar de verdad a nuestros interlocutores, estamos dando muestra, en realidad, de poca inteligencia.

e) Si en nuestros diálogos cometemos alguno de los antivalores antes mencionados, podremos afirmar, con tristeza, que habremos sostenido un diálogo pobre que, probablemente, no habrá satisfecho a nadie.

3. PALABRAS PARA PENSAR

«... y en la desnuda noche vi
a diez mil personas, tal vez más,
que charlaban sin hablar,
que oían sin escuchar,
que escribían canciones
que ninguna voz cantaba.
Nadie se atrevía
a romper los sonidos de silencio.»

(PAUL SIMON. *Sounds of silence.*)

«... como en tantos otros campos de las relaciones humanas, en la discusión está muy presente la competitividad y las ganas, por tanto, de ganar la partida al otro. Las cartas están marcadas desde el principio. No hay un juego dialéctico positivo, afán de aprender, comprensión...»

(IGNASI MORA. Diario *AVUI,* 28-5-94.)

«Nunca descubrirán quien fui en lo que hice o he dicho. Algo ahí tergiversa los hechos de mi vida, sus fines. Algo que me detenía muchas veces cuando iba a hablar.»

(KONSTANTINO KAVAFIS. *Lo oculto.*)

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. Comentad el diálogo de María y Pepe que aparece al principio de este trabajo. ¿Cuáles son las reglas que no se observan en dicho diálogo?

2. Pensad y escribid un diálogo en el que se refleje alguno de los niveles de comunicación que se han explicado. Aclarad por qué vuestro diálogo ilustra alguno de esos niveles.

3. ¿Qué sentimientos creéis que hay tras la opinión siguiente: *Tú eres una persona muy generosa?* Pensad en toda la gama de sentimientos, tanto si son positivos (admiración) como si son negativos (envidia, hipocresía).

4. Busca ejemplos que ilustren cada una de las reglas de comunicación. Procura que sean ejemplos vivos, reales o conocidos. Huye de los ejemplos tópicos.

5. Inventad un diálogo en el que aparezcan sentimientos escondidos de miedo, rabia, vergüenza. Buscad la manera de hacer una integración de estos sentimientos mediante el mismo diálogo. Hacedlo de forma que vuestro interlocutor se entere de vuestros sentimientos reales.

6. En forma de diálogo hablado, o escrito, inventad una situación de diálogo de información, otra de opinión y una tercera de imposición.

7. Piensa en algún diálogo que hayas mantenido hace poco. Recréalo intentando que exista sinceridad y autenticidad para alcanzar el nivel óptimo de comunicación.

8. ¿Qué te sugiere el fragmento de la canción de Paul Simon *The Sounds of silence*?

9. ¿Qué crees que nos da a entender el fragmento siguiente *Lo oculto*, de Konstantino Kavafis?

10. Para acabar, ¿crees que el diálogo auténtico y a un buen nivel puede ayudarte en todas tus relaciones sociales? En la familia, con tu pareja, con tus hijos, en el trabajo, en los estudios o en el mundo del voluntario. Piensa en ello y coméntalo, en un buen diálogo.

Capítulo 5

LA ECOLOGÍA

Pere Codinachs Verdaguer

Licenciado en Ciencias Sociales y en Ciencias Morales. Profesor de Sociología y Ética en la Facultad de Teología de Cataluya.

1. EL NIÑO Y EL JILGUERO

La vi y me gustó; era una historia sin palabras; eran cuatro escenas que lo decían todo.

Primera escena: Un niño de doce años está sentado en la silla de su estudio, mirando por la ventana y escuchando a un jilguero que canta desde su jaula, colgada de un clavo en el marco de la ventana; notas y trinos musicales acarician el ambiente.

Segunda escena: El niño de doce años tiene en sus manos una grabadora para registrar las melodías y tonos variados del jilguero, artista, generoso y feliz.

Tercera escena: El niño de doce años ha sacado al jilguero de la jaula, lo tiene en sus manos y le retuerce el cuello. El jilguero muere...

Cuarta escena: El niño de doce años, sentado en la silla, mira por la ventana; la jaula y el jilguero ya no cuelgan de la ventana; pero la grabadora funciona repitiendo los trinos del jilguero...

¿Podrías continuar esta historia? ¿Cómo la acabarías?:

- la grabadora se estropea y la tira por la ventana;
- el niño de doce años graba, sobre el canto del jilguero, la canción de un grupo de moda, o bien un fragmento de rock duro;
- el niño, al notar la ausencia de su amigo el jilguero, compra otro.

¿Cómo te gustaría acabar la historia? ¿Qué pretende decirnos esta historia?

2. CONTENIDOS DEL VALOR ECOLOGÍA

La Ecología está de enhorabuena. Últimamente ha entrado por la puerta grande de manos de científicos, escritores, grupos militantes, grupos de opinión y de presión.

Es un hecho: hoy, el sentido ecológico va formando parte del patrimonio cultural del pueblo. Algunos hechos son ecológicos; otros, en cambio, tienen muy poco de ecológicos.

- ***¿Qué es la ecología?***

  — Amar, valorar entrañablemente el «planeta azul».

— *Considerar* como parte de la familia los animales, los árboles, el agua, el sol, el viento.

— *Respetar* los prados, los bosques, las flores.

— *Conocer* cómo funciona por dentro este organismo vivo, enorme, que llamamos ecosistema del planeta Tierra.

— *Percatarnos* cuando alguna parte de este cuerpo vivo del planeta está enfermo o herido, y quién y cómo le ha dañado.

— *Defender* el planeta Tierra, que siempre calla por más daño que le hagan.

— *Pensar que cuando hacemos daño* a nuestro planeta, nos lo hacemos a nosotros mismos, porque formamos parte de él, somos un trozo de él.

— *Ser agradecidos* al planeta Tierra, porque da de comer a cinco mil millones de hombres y mujeres cada día.

- ***¿Qué no es ecología?***

— Ir vestido de verde y basta.

— *Vender los productos del mercado en bolsas de color verde que no son reciclables y que, producidas a millo*nes, exigen muchas materias primas y que, al llegar a casa, se tiran de forma inmediata.

— *Seguir la moda* de ir por el bosque encendiendo fuego, desparramando los restos de la comida, escarbando de forma descuidada el sotobosque, corriendo campo a través con una moto de «trial».

— *Hablar de ecología* en clase y pasarse después largas horas del viernes y sábado noche en medio del humo, tabaco, luces, ruidos, bebidas alcohólicas.

— *Irse a vivir* en medio del campo sin luz, sin tractor, sin coche, sin televisión, sin radio.

— *Creer que es una asignatura más* que es preciso aprender y aprobar.

2.1. Ecología, el «hogar del hombre»

Después de todo lo que acabamos de decir, te preguntarás: ¿Qué es, pues, y de qué trata, la ecología?

- ***Una definición sencilla***

La ecología (de oikos = casa u hogar y logos = tratado o estudio) es la ciencia que estudia y cuida de la casa planetaria que nos ha sido dada para vivir y crecer. Un «hogar» que tiene sus leyes para funcionar, vivir y reproducirse. Como todo hogar bien organizado, el mundo ecológico, complejo, compuesto por el mundo mineral, vegetal, animal y humano y, desde otra vertiente, por la hidrosfera, la biosfera, la estratosfera y la atmósfera, tiene sus propias leyes que el hombre nunca le ha dado. Son autónomas y multiseculares. Son estas leyes lo que la ecología estudia, considera y desea respetar. Conviene saberlas.

- ***Algunas leyes ecológicas que regulan la casa planetaria***

La circularidad o el crecimiento y transformación circulares; dicho de forma sencilla: la planta crece por la asimilación de elementos orgánicos absorbidos por las raíces y hojas; el animal se alimenta de plantas y de otros animales; el hombre, de plantas y animales; los deshechos de origen vegetal, animal y humano, por la acción de los enzimas, se transforman nuevamente en elementos asimilables y vuelven a enriquecer la tierra y la preparan para un nuevo proceso vital, siempre continuado y siempre repetido. Toda energía, por principio, se transforma y se conserva.

La unidad ecológica funcional es el ecosistema, o unidad constituida por un espacio geográfico, físico y homogéneo y por la comunidad de organismos que en él habitan: minerales, plantas, árboles, animales y por un determinado régimen de sol, calor, frío, viento, lluvias.

La ley de los automatismos reguladores; la naturaleza es sabia, suele decirse. Ella misma tiene establecidos unos códigos de conducta genética adquiridos a lo largo de millones de años, por los cuales todo exceso o predominio perjudicial de unos elementos sobre otros es controlado: la aparición de un exceso de individuos de una especie

terrestre o marítima, produce un aumento de la población depredadora que de ella vivirá; esta última dejará de crecer cuando el desequilibrio ecológico creado haya dado paso a una nueva situación de equilibrio o ley de la igualdad.

El sistema ecológico. De tal forma están relacionados estos múltiples elementos de un ecosistema, que una variación producida en uno de ellos de forma notable, provoca un desequilibrio y mutación en el resto; la tala de bosques o el exceso de pastos, pueden provocar cambios en el régimen de lluvias, en la repoblación de pastos, en la extinción o huida de parte de la fauna y flora del lugar, etc. La recuperación, si se produce, podría necesitar muchos años.

Equilibrio dinámico. El equilibrio de los ecosistemas no es estático, sino dinámico; es decir, un equilibrio sometido constantemente a la transformación y crecimiento y a nuevos estados de equilibrio. A esto se debe que nuestro planeta haya sufrido graves impactos ambientales, que se hayan producido mutaciones en la fauna y en la flora, en las montañas y en los mares, en la aparición y desaparición de grandes mamíferos y que se haya rehecho constantemente por la ley de la compensación, conservación y transformación de la vida.

Sistema cerrado y autónomo. El sistema ecológico es un sistema no sólo circular, sino también cerrado, autosuficiente y autorregulado. Todo elemento que interfiere negativamente, desequilibra en uno u otro grado este maravilloso equilibrio. A una agresión grave contra la estructura del sistema ecológico, corresponderán desequilibrios en cadena.

Ahora bien, este mundo equilibrado, ¿subsistirá así indefinidamente? Hasta hoy, sí; de ahora en adelante, es la gran pregunta. Sabemos que, en manos del hombre, existen artefactos capaces de entorpecer esta cadena ecológica, de romperla, de desintegrar zonas enteras de nuestro planeta e, incluso, el planeta completo.

2.2. Atentados contra el «hogar del hombre»

Hoy, nuestro planeta tiene problemas, como las personas. ¿Cuáles son? ¿Son graves? ¿Se pueden curar?

Depende de los técnicos, de los economistas, de los políticos, de los ecologistas, de ti y de mí.

- ***«He visto arder mis bosques»***

Se llama Joaquín. Tiene, mejor dicho, tenía un amplio bosque de alcornoques. Un buen

día —10 de agosto de 1994—, el verde bosque, con el blanco de la corteza de corcho, se convirtió en un inmenso esqueleto ennegrecido.

«Cuando intento recordar serenamente la borrachera de sensaciones que vivimos los días del fuego, me vienen a la memoria las caras de cuantos trabajamos juntos durante aquellas interminables horas. Eran caras de fatiga, de miedo y, no encuentro otra forma de decirlo, de "mala leche"...

Teníamos cara de cansancio; habíamos trabajado 12, 24, 36 o más horas seguidas; y mientras escribo, veo los bosques de Buixalleu, mi propia casa, quemados... Esto es algo que te mata.

Trabajábamos juntos hombres y mujeres que hablaban portugués, castellano, catalán o la lengua del grupo de muchachos negros, que aparecieron no sé de donde y se fueron sin comer casi nada, porque eran mahometanos y nosotros sólo teníamos algo de pan y embutidos de cerdo. Trabajábamos juntos hombres y mujeres del campo y de la ciudad; cazadores, ecologistas e industriales. Trabajaban juntos hombres y mujeres viejos, con jóvenes con ese aspecto de seres abandonados de la mano de Dios, que nos hace creer que son incapaces de comprometerse con algo que no sea una botella de cerveza y que, aun sin saber qué es lo que tenían que hacer, se entregaban hasta el agotamiento...

Teníamos cara de miedo, yo el primero, porque nos jugábamos la piel atravesando el frente del fuego. Y tuvimos que hacerlo más de dos veces. Daba miedo pensar cuántas horas más duraría el desastre. Daba miedo pensar en el paisaje que nos esperaba y en la barbaridad ecológica con la que, durante mucho tiempo, muchos años, tendremos que aprender a vivir. Da miedo pensar que tendrás que ver cómo se deshace el esfuerzo de 50, 80, 150, 200 años. Y pensar en la economía, en cómo conseguirás enfrentarte al intento de volver a dar sentido a lo que has recibido de tus antepasados, para poder transmitirlo a tus herederos...

Nuestras caras reflejaban la rabia por saber que, estando en nuestro terreno y sabiendo lo que debíamos hacer, alguien con legítima autoridad, pero con evidente ineptitud, te impedía hacerlo. Da rabia que, por incapacidad de quien tiene la obligación de decidir, no se haya podido evitar parte del daño que tú, tu casa, tu país, han padecido...»

(JOAQUÍN MATARÓ.)

- ***¿De qué color es el agua?***

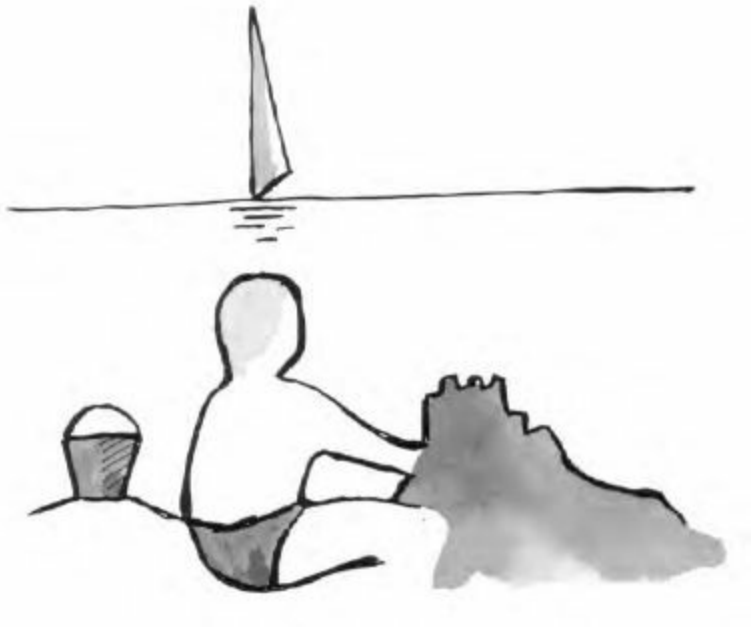
Siempre se ha dicho que el agua es «incolora, inodora e insípida».

Hoy, con frecuencia, vemos que no es así: vemos aguas fluviales con un manto de sospechosa espuma blanca; aguas manchadas de tintes textiles, aguas mezcladas con los desagües de granjas de cerdos y vacas. Aguas que hieden, aguas de color verdoso. Nuestros ríos, torrentes y fuentes están en peligro; la cuenca mediterránea arroja muchas aguas fluviales sucias, contaminadas o con materias plásticas no reciclables al «Mare Nostrum».

Cierto: algunos municipios ya tienen en marcha su «estación depuradora de aguas». Y afortunadamente tenemos pantanos, agua «almacenada» en nuestras montañas, en forma de nieve; canalizaciones, pero...

Pero el agua es un bien común y escaso y cuesta mucho dinero; cada día aumenta el consumo de agua: para la higiene personal, para uso industrial, urbano, rural. El agua es un elemento fundamental para que la función de la cadena trófica no se rompa; los animales, las plantas, la tierra y el aire necesitan agua.

¿Qué uso, o abuso, hacemos del agua?



- ***El aire que respiras está sucio***

El aire es vida. Los animales —el hombre, biológicamente, también es animal— nos alimentamos de aire. El aire es necesario para la vida de las células de nuestro cuerpo y para favorecer los procesos de combustión, transformación y asimilación de los

elementos con los que nos alimentamos; también los animales necesitan el aire para vivir; y, a su manera, también respiran las plantas y los árboles; necesitan aire, luz, calor y sol.

Si no respiramos aire limpio, nos contaminamos y notamos físicamente los efectos; nuestro cerebro, si no se oxigena, no piensa bien y funciona de forma incorrecta.

Este elemento de vida, el aire, es ensuciado por el hombre. La atmósfera se contamina con el humo de las fábricas, con los bosques que arden, con las refinerías de petróleo, con los miles y miles de tubos de escape de los automóviles.

> *«Durante la revolución industrial del siglo XIX, ya se detectó que la contaminación atmosférica podía acarrear graves problemas de salud, al comprobar cómo muchas ciudades de Europa y de los Estados Unidos de América quedaban envueltas en grandes nubes negras de humo de carbón. En los días en que el aire era más espeso, las enfermedades se multiplicaban y eran causa de muchas muertes... Tanto el dióxido de azufre (SO2), como las partículas —ya fueran solitarias o combinadas—, pueden ser causantes del aumento de enfermedades respiratorias, tales como la tos, resfriados, asma, bronquitis y enfisemas...»*

(H. F. FRENCH, Worldwatch *Limpiemos la atmósfera,* Centro Unesco de Cataluña. Documentos, nº 18/1991, p. 2-3)

2.3. La ecología humana, ¿también se degrada?

La ecología humana hace referencia a la relación del hombre con su medio ambiente y a las relaciones sociales. A semejanza de los ecosistemas de nuestro planeta, podemos hablar también de ecosistemas humanos: un barrio, una ciudad, una comarca, una zona geopolítica —el Oriente Medio, por ejemplo—, podrían ser estudiados como ecosistemas humanos, detectar qué factores hacen rico un determinado ecosistema humano, y qué problemas hacen pobre, degradante, decadente o en vías de extinción un ecosistema humano.

Pero el hombre es un animal mucho más complejo que el resto de los seres vivos. De aquí el mayor número de factores de riesgo.

El hombre tiene una vida no sólo física; tiene una vida psicológica, moral, social, ideológica, política y de convivencia especialmente compleja, delicada y sensible. Los animales padecen cuando viven en un medio ambiente desfavorable, pero el hombre vive mucho más intensamente ambientes desfavorables: enfermedades múltiples, trastornos psíquicos, enfrentamientos políticos y bélicos, comportamiento delictivo de grupos o de

personas, marginación, exilio, emigración.

2.4. Factores históricos del problema ecológico

- ***El hombre moderno***

El hombre primitivo admiraba, temía y veneraba la naturaleza. Aún hoy encontramos comunidades en África para las que la selva es su hogar, templo, dispensario medicinal, despensa, lugar de reposo para el espíritu de los muertos. Cuando los bosques se talan, todo un mundo simbólico se pierde. Y es preciso iniciar el aprendizaje de un nuevo modelo cultural foráneo, a menudo impuesto de forma brutal.

Alguien puede encontrar normal este cambio. Pero más allá de la sacralización de la naturaleza, la sabiduría y sensibilidad ecológica de esa mentalidad debería hacernos pensar. En el fondo, sin percatarnos, también nosotros —que ya estamos de vuelta— hacemos como las primitivas comunidades: los fines de semana huimos de la ciudad y del asfalto y nos refugiamos en los bosques. A nuestra manera, con otros contenidos ideológicos, volvemos a sacralizar la naturaleza, la tierra, el bosque, el arroyo, el árbol, las plantas...

En contraste con el hombre primitivo, el hombre moderno se define como centro del cosmos y está dotado de nuevos e inmensos poderes. Ya no será dominado por la naturaleza; será él quien la dominará. Dotado del poder de la razón, construirá un mundo nuevo a su imagen y semejanza. Pero, si además de la razón no pone el corazón, el sentimiento, la estética, puede producir un mundo, una ciudad, una sociedad inhumanos.

Así, la naturaleza ha pasado de ser misteriosa, sagrada y peligrosa, a ser analizada, secularizada, dominada, explotada, agotada; incluso amenazada de muerte y destrucción nuclear.

- ***El progreso incontrolado***

El hombre moderno, a través de la industrialización, del trabajo en cadena, de la fuerza motriz de la máquina de vapor, de los hidrocarburos, de la fuerza atómica, ha alcanzado un notable nivel de progreso y bienestar. No hay duda de que ello es una gran conquista. Pero una conquista no siempre pacífica, ni justa, ni ecológica. Violenta: guerras, opresión, luchas sociales. Injusta: poblaciones y zonas planetarias sumidas en la más grave pobreza y faltas de todo cuanto permite al hombre ser hombre. Antiecológica: un progreso sin control moral, ni jurídico, ni político ha dañado gravemente los escasos recursos minerales, forestales y animales de los países más pobres del planeta.

Mientras en muchos países escasean los alimentos de primera necesidad y la mayoría vive la «cultura de la pobreza y de la muerte», en occidente, en cambio, la mayoría vive la «cultura del consumo y del exceso» y las enfermedades que de ello se derivan.

- ***La tecnología fuera de control***

El poder tecnológico, de gran potencia, puede adentrarse hasta los entresijos más íntimos de la naturaleza: desde la operación quirúrgica intrauterina hasta la utilización de rocas lunares. Pero también desde la extinción de especies hasta la génesis de «monstruos humanos». Desde la manipulación de la conciencia hasta el imperio de la opinión mundial.

También la tecnología puede sentir la tentación de manipular nuestro cosmos, creando graves riesgos para su integridad y supervivencia.

Un poder tan universal y eficaz debe ser, no sólo regulado por la política, sino que también tiene que estar profundamente impregnado por la ética de la responsabilidad.

2.5. Propuestas ecológicas

Frente a esta perspectiva, se precisa un cambio de mirada, de pensamiento y de corazón; solamente desde este cambio de fondo, podremos afrontar íntegramente el problema ecológico. Creemos que este cambio podría apoyarse en estos principios:

- ***Conocimiento ecológico***

Volvamos a la historia del jilguero y la grabadora.

Estamos viviendo la cultura del «plástico», de la «lata sonora», de la hamburguesa, del sofá-cama y de la «caja mágica» de la sala de estar. Una forma artificiosa y artificial de vivir: sin esfuerzo físico, sin esfuerzo mental, sin esfuerzo para conseguir una dieta variada, sin productos de larga duración.

Son maneras y costumbres que nos alejan de la realidad viva, natural, limpia, serena. Pero la realidad material y viva ha de verse «tal y como es de verdad», tal como nos es dada. Es preciso pasear por la calle y el barrio, y ver a la gente y los problemas del «hábitat». Es necesario subir a la montaña, ver sus estratos, su antigüedad, su fauna y su flora y las plagas que puede estar padeciendo. Tenemos que escuchar el canto de aves innumerables, ver su población y el posible riesgo de extinción. Hay que observar el agua de las fuentes de la montaña y escuchar el canto relajante de los torrentes peñas abajo, e informarse de si están limpios o sufren ya focos de contaminación; hay que disfrutar de la mar limpia y jugar con sus olas, e informarse de su limpieza y de los problemas que puede padecer el fondo marino, las aguas que se sedimentan en la arena, la fauna piscícola equilibrada o en fase de extinción.

- ***Contemplación ecológica***

Más aún, hay que contemplar, admirar cada ser y cada componente de nuestro «planeta azul». Las altas montañas que esconden formidables secretos de su formación hace millones de años; los valles profundos y la riqueza de los propios ecosistemas; los animales amigos, compañeros generosos que, por ley inscrita en la naturaleza misma se nos ofrecen: carne, leche, lana, piel, abonos, fuerza motriz... y ternura, belleza, compañía, amistad. Qué triste y silencioso sería un cielo sin pájaros, un mar sin peces, la vida diaria sin los animales de compañía, la vida de la selva sin animales, fieras, reptiles... Esta contemplación nos trae a la memoria a Francisco de Asís.

En tiempos de diferencias sociales, de guerra, de discordias y malvivir, Francisco buscó una respuesta de paz, de fraternidad, de reconciliación y pobreza. Francisco hizo una obra de ecología total.

«Francisco ha desencadenado una verdadera revolución en las relaciones del

hombre con la naturaleza. Antes de él, la naturaleza no tenía categoría propia; pero ahora empieza a usar un lenguaje que los hombres podemos entender; ambos (hombre y naturaleza) se convierten en interlocutores de un diálogo y los dos (naturaleza y hombre) se necesitan mutuamente, ya que todas las criaturas forman una gran familia.»

(VISSER T. Hooft Dionisos o San Francisco.)

«Para mí, San Francisco de Asís es un auténtico fenómeno humano, un homo sapiens notable. Consiguió lo que pocos humanos han logrado: moverse sin egoísmo ni jerarquías, como un hermano, siempre hermano, incluso del viento, del agua, de los pájaros (del lobo), del hombre... bajo la paternidad de Dios.»

(FÉLIX RODRÍGUEZ DE LA FUENTE.)

«San Francisco habría de ser, para todos nosotros, una fuente de inspiración, porque se ha convertido en símbolo de paz, de protección de la naturaleza y de amor hacia los hombres. Aún queda mucho por hacer antes de que se realice el proyecto del Pobre de Asís de una manera pacífica, justa y armoniosa.»

(K. WALDHEIM, mensaje expresado durante el VIII Centenario del nacimiento de Francisco de Asís. Nueva York, 2 de diciembre de 1981.)

- ***Formación ecológica***

La educación ecológica puede tener, por decirlo de forma sencilla, dos vertientes: cultura ecológica y educación ecológica.

Cultura ecológica. No podemos tener comportamientos educados y respetuosos con la naturaleza, si no tenemos una cultura ecológica. Es decir, si no tenemos una forma de pensar, de vivir y de actuar ecológicas.

Pensar de forma ecológica nos conduce, por ejemplo, a considerarnos parte de la familia de los seres de la creación. Somos el último estadio de un proceso de formación cada vez más complejo. El soporte de nuestro espíritu, de nuestro pensamiento o de nuestra capacidad de amar —el cerebro—, está compuesto por elementos físicos y químicos de la misma naturaleza que los de los animales no pensantes. Como parte integrante de la naturaleza, debemos amarla y dejarnos amar por ella. Que el hombre pueda regular los poderes destructivos de la naturaleza, pero que la naturaleza pueda también ver respetados sus derechos. (Cf. *Carta Mundial de la Naturaleza,* aprobada por

las Naciones Unidas a finales de 1982.)

Educación ecológica. La cultura ecológica nos llevará a tratar cuidadosamente los elementos naturales como una parte integrante de la humanidad; a respetar la naturaleza y sus derechos, «derechos de la naturaleza» que se incluyen en lo que hoy se conoce como «derechos de tercera generación». Ser conscientes y sensibles ante los sufrimientos de la naturaleza. Seguro que si pudiese gritar, o manifestarse en defensa de sus derechos, lo haría. Y lo hace, con el mudo lenguaje de los hechos, cuando deja de producir aquellos productos que necesitamos porque la hemos expoliado, contaminado, quemado, desequilibrado...

- ***Vida ecológica***

Nuestro cuerpo también es un ecosistema, compuesto por múltiples elementos físico-químicos, biológicos, psicológicos, relacionales y espirituales. Todos ellos, al unirse, configuran un cuerpo vivo, una persona; como en la naturaleza, el ecosistema personal se mantiene gracias a la red de interrelaciones de todos estos elementos y al buen funcionamiento del conjunto.

La vida ecológica humana se basa en la armonía y buen funcionamiento de todos los elementos y partes del organismo.

Con frecuencia, de forma consciente o inconsciente, llevamos una vida antiecológica. Sobre todo cuando introducimos elementos que dañan esta armonía: el alcohol en cantidades excesivas, la nicotina del tabaco en cantidades excesivas, substancias alucinógenas, dietas poco variadas o excesivas. O bien cuando adoptamos formas o hábitos de vida antiecológicos: descanso insuficiente o bien ociosidad, comidas rápidas, el *fast food* con el nerviosismo y angustia de los trabajos que nos esperan, estrés por sobrecarga de responsabilidad o por falta de trabajo, soledad y ausencia de amor, falta de ideales que oxigenen el espíritu, ausencia de sentido para nuestra vida.

Salud total. No se trata de la nueva receta de una tienda dietética. Es una realidad más simple, de acuerdo con la interrelación entre los diversos componentes de nuestra persona (el cuerpo, el sentimiento, el pensamiento). Es preciso atenderlos a todos: alimentación, higiene, convivencia, ejercicio físico, paz interior y autocontrol; dominio de los sentimientos y las emociones descontroladas, las euforias y los pesimismos excesivos, las ambiciones imposibles y las frustraciones no asumidas, la necesidad de disfrutar: la satisfacción interior, la aceptación del propio yo, la alegría de vivir y la alegría de envejecer acompañados del *hobby*, los amigos, los nietos.

El respeto y el cuidado de todos estos componentes humanos, favorecen un buen funcionamiento de nuestros procesos físicos, emocionales y espirituales; este buen funcionamiento global contribuye esencialmente a la salud completa.

- ***Ética ecológica***

Las tareas y preocupaciones de la ética son la búsqueda del bien y la felicidad de la persona, la plena autorrealización, la valoración y defensa del hombre, la defensa de la vida, la propuesta de libertad, la justicia, la caridad, la solidaridad. Pero también la ética adopta forma de crítica y denuncia de lo que es inhumano o deshumanizador: manipulación ideológica; esclavitudes psicológicas, físicas, culturales, políticas; injusticias, violencias, fraudes...

Un triple problema que debe ser afrontado por filósofos, intelectuales, hombres de ciencia y de política es, en primer lugar, la posibilidad de una vida «decente» y humana para la humanidad de hoy —en realidad hoy ya no la tienen millones de hombres, sometidos a una pobreza severa y absoluta—. En segundo lugar, la seguridad de una vida «decente» y posible para la humanidad del futuro. Y en tercer y último lugar, la supervivencia del planeta tierra, como despensa de las generaciones venideras. Un planeta que, sometido a las fuerzas imprevisibles del hombre moderno, se convierte en un problema de vida o muerte y, por tanto, un problema ético de primera magnitud. Un problema ético que comporta decisiones concretas de largo alcance y de forma urgente. Sin esta dimensión de «voluntad política» del problema, el grito ecológico aparecerá tan atractivo como inoperante y todos seremos engañados.

En efecto:

> *Una exhortación pro-ecológica sin educación de los ciudadanos, una preocupación por la deforestación mundial sin un recorte sustancial de las diferencias entre Norte y Sur, una política ecológica sin una revisión o recambio de las industrias contaminantes por otras no contaminantes o debidamente recicladas, una cumbre mundial para la conservación de la naturaleza sin un presupuesto mundial —por ejemplo el 1% del PIB mundial — que la apoye, una política ecológica sin una nueva ética fuerte y moralmente vinculante, todo eso no serviría de mucho. Tal vez para banalizar y mercantilizar el producto ecológico.*

Así pues, la naturaleza se convierte en víctima y es ahora cuando el hombre, espantado ante su poder y sus excesos, empieza a hablar de «un nuevo orden mundial» y a invocar la necesidad de una «nueva ética mundial»; el hombre añora el paraíso perdido y lucha por reencontrarlo, pero no podrá sin hacer antes las paces con la naturaleza, consigo mismo y con los otros hombres.

El mito, el poema y la historia nos explican, con lenguajes diferentes, la misma realidad dramática.

Pero nos queda una gran esperanza: la posibilidad de rehacer el camino hacia el

paraíso, hacia aquel *cielo nuevo y aquella tierra nueva* de que habla San Juan en el Apocalipsis (21,1-7).

Estamos justamente aquí. Creo que el futuro de nuestro «hogar ecológico» aún está en nuestras manos.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

Busca en el diccionario el significado de la expresión «cadena trófica».

2. Una actividad fundamental para la regeneración de las plantas y árboles es a través de la «fotosíntesis»; ¿qué quiere decir y qué importancia tiene para la regeneración de la naturaleza?

3. Haz un análisis valorado de los personajes que aparecen en el relato del incendio forestal.

4. ¿Por qué crees que tenían miedo? ¿Por qué la «mala leche» y la rabia?

5. ¿Por qué es tan grave el incendio de un bosque? La deforestación progresiva, ¿cómo afecta al planeta, a la flora y fauna del ecosistema local? ¿Qué función cumplen los bosques?

6. Comenta lo que te sugieren las tristes noticias de miles de hectáreas de bosque quemadas en España cada verano.

7. «La erosión del suelo le cuesta a España 54.000 millones de pesetas al año.» (*El País,* 15 de octubre de 1994, página 30.) Busca en un diccionario el significado y efectos antiecológicos de «deforestación» y «desertización».

8. Busca en un diccionario de ecología dos problemas que la contaminación puede producir en la atmósfera.

9. Si has oído hablar del problema de la «capa de ozono», del exceso de «ionización» o del «efecto invernadero», ¿cómo crees que se

podrían paliar estos graves problemas ecológicos?

10. En la nueva Europa unida, la Europa de las regiones y de los nuevos estados, ¿qué elementos negativos de «ecología humana» encontráis (especies humanas no protegidas, especies dominantes)? ¿Cuáles positivos (mayor riqueza e intercambio de especies, equilibrio de un ecosistema europeo grande y conflictivo, fortalecimiento de las unidades ecológicas)?

Capítulo 6

LA GRATUIDAD

Tadeo Albarracín Montáñez

Licenciado en Teología.

1. LA HISTORIA DE JUAN

Cuando anochecía, vino Juan a nuestra casa. Venía para quedarse no se sabe cuánto tiempo, pero esta primera vez que lo vimos sólo trajo sus dos maletas y se marchó pronto; tenía una cena de despedida que le ofrecían sus antiguos compañeros de piso. Después lo fuimos conociendo, tardamos varios días en saber de su familia, de su pasado y de su pasado reciente, pues hablaba poco y nos fastidiaba preguntar mucho y tan seguido. Decía que las pocas palabras que conocía eran de jerga carcelaria y consideraba mejor no decirlas en nuestra casa para no pasar por grosero. Estaba saliendo de un programa de recuperación de drogodependientes y los terapeutas no aconsejaban que volviese a su ambiente de barrio, por eso nosotros haríamos como de su familia.

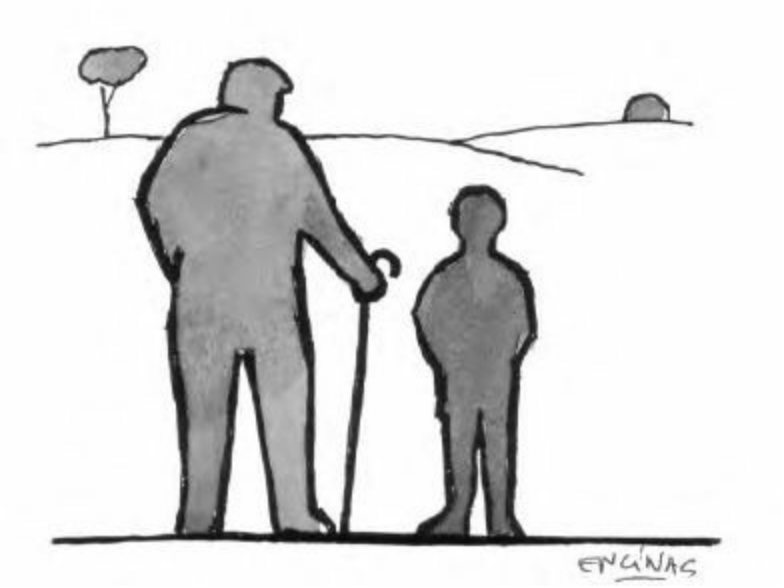
Hay personas que en poco tiempo pueden acumular vivencias de muchos años. Los treinta y tantos de Juan estaban llenos de una sucesión de hechos, que lo habían arrastrado a ese mundo de las drogas del que entonces se empeñaba por salir. Nosotros nos creíamos listos: en muchas sobremesas lo escuchábamos y elaborábamos explicaciones, la verdad, casi siempre fatalistas; que la culpa sería de aquel o de aquel otro, de la marginación, de la injusticia social, de... todo dentro del círculo vicioso del pez que se muerde la cola.

Los golpes que en su vida había recibido Juan, le habían dejado como cicatriz el que todo tiene un precio. Para escapar del ambiente familiar, buena evasión era «colocarse». Y para ello, necesitabas dinero para pagar a los camellos. Para obtener dinero, en ese estado, las radios de los coches, cuando se podían robar; y una radio, «si te pillan», podía ser igual a dos años de cárcel, la primera vez, pues en los juzgados, al contrario que en las tiendas, cuanto más se va a ellos, más se tiene que pagar.

A veces sonaba el teléfono, la cansada voz de una mujer nos preguntaba: «¿Está mi Juan?». Semanas después invitábamos a casa a la madre de Juan. Ella cada domingo traía un regalo para uno de nosotros y comíamos juntos. Así fuimos conociendo a su familia, así se hicieron frecuentes las visitas de sus hermanas a nuestra casa. Excepto aquel domingo, que no pudieron venir porque se les había roto la puerta del pequeño apartamento y no querían irse y dejarlo abierto.

Dos meses antes de morir, los efectos del sida se apoderaron del cerebelo de Juan y en cuestión de días se le fue disminuyendo la movilidad. Dificultad para caminar, imposibilidad de llevarse los alimentos a la boca, incapacidad para ducharse... Sin embargo, nos parecía que más por la enfermedad, Juan sufría por las circunstancias nuevas de su vida, que de alguna manera lo obligaban a dejarse querer. Al principio le costaba aceptar la ayuda, seguramente no se veía con fuerzas para retribuirla.

Por ese tiempo ya su familia natural tenía un piso más cerca de nuestra casa. Los fines de semana Juan se dejaba cuidar por ellos, de modo que en sus últimas semanas, compartía su pobreza con nosotros y con ellos, lo único que aparentemente tenía.



Entonces más que antes, y sin quererlo él en lo más mínimo, Juan se fue convirtiendo en el centro de la vida de un buen número de personas. Y él no tenía con qué pagarnos. La verdad es que él no podía, ni nosotros queríamos. Hay cosas que valen tanto que no se les puede poner precio.

Como si todos hubiésemos despertado de repente de un sueño, esta situación límite le permitió ver a Juan que era querido, que tenía una familia de verdad que lo amaba y cuidaba, aunque él no tuviera con qué pagarles. Esta nueva circunstancia chocaba de frente contra todo lo que había pensado a lo largo de su vida, mientras estuvo encerrado en esa mentira de que nadie lo quería porque, como no tenía nada, no valía nada y nada podía dar.

Separados de él, estamos convencidos de que aquellas circunstancias nos acercaron más a él. Paradójicamente la enfermedad empobreció a Juan, pero lo hizo mostrarse más cercano, como si se hubiese derrumbado una muralla tras la cual se escondía. Sin esa muralla resultó mucho más fácil quererlo. Y después de tantos meses todavía no sabemos cuánto nos hizo crecer a nosotros como personas cuando tan solo se dejó amar, cuando renunció a todo y permitió que todos nos iluminásemos con su pobreza, cuando se dejó querer de verdad porque ya no tenía más, porque ya no ofrecía ninguna resistencia.

2. CONTENIDOS DEL VALOR GRATUIDAD

2.1. Dar las gracias y la gratuidad

Desde pequeños se nos enseñó a «dar las gracias». Cuando alguna tía, o la abuela, o alguien nos daba algo, la madre nos recordaba: —¿Qué se dice? —¡Gracias! —respondíamos, y todos sonreían. De este hecho, aparentemente tan trivial, podemos recoger dos mensajes. Cuando con sinceridad se dice «Gracias», cuando es sincero el agradecer, se quiere reconocer en primer lugar que recibimos, que aceptamos, que hacemos nuestro lo que se nos acaba de decir, o de dar, o de ofrecer. Dar las gracias está tan unido a un sentimiento o deseo de aceptar lo que se nos ofrece, que también decimos irónicamente (y apretando los dientes) la misma palabra «¡Gracias!» cuando alguien nos da algo o nos coloca en situaciones que no quisiéramos.

Y, en segundo lugar, decir «¡Gracias!» quiere expresar que no tenemos nada para corresponder al don que se nos ha ofrecido, y es como si dijéramos al mismo tiempo: «Es gratis, no tengo cómo corresponderte».

En estas páginas queremos reflexionar sobre algo muy relacionado con el dar las gracias, con el agradecimiento, con esa actitud de reconocer la necesidad de los otros, y que lo llamamos **gratuidad.**

«Gratuidad» es un término que se cruza con la circunstancia de recibir y que expresa que nosotros no estamos en el origen de nosotros mismos, sino que recibimos un don primero. Don gratuito que no podemos justificar con nada.

La gratuidad la exponemos aquí como un valor, como algo que merece estar ligado a nuestras acciones de personas humanas. Quizá no la hayamos descubierto como valor, aunque de hecho ya la estemos viviendo en nuestro trabajo de voluntarios o en lo más cotidiano de nuestra vida. Descubrirla o hacerla consciente para disfrutarla como valor, se puede señalar como un buen objetivo del presente trabajo.

2.2. La gratuidad como valor

Los valores atraen a los hombres hacia la acción. Es decir, los valores impulsan nuestra libertad en los juicios o determinaciones que debemos tomar en cada momento de nuestra vida. Por ello, a menudo nos da la sensación de que los valores están allí. Casi inalcanzables; están al final, llamándonos a la acción, impulsándonos a correr hacia ellos.

Con la gratuidad pasa una cosa un poco diferente. Este valor lo descubrimos junto a nosotros, cuando las cosas que poseemos y la propia existencia las experimentamos como puro regalo, como puro don. A veces, fue algún hecho que nos hizo mirar más allá de nosotros mismos y fijarnos en las cosas que tenemos, las que hemos recibido, que no

las podemos justificar como nuestras porque nos llegaron como regalo y que tampoco, por más esfuerzo que hagamos, podremos pagar por ellas ningún precio, quizá para retenerlas junto a nosotros.

Ese vacío entre el don que agradecemos (que recibimos) y que no podemos pagar, lo llena la gratuidad. De modo que la gratuidad nos permite pactar entre lo que somos y lo que hemos recibido, hacer un pacto entre lo que somos y lo que podemos dar. La gratuidad nos puede poner a salvo de ese uso de nuestra sociedad consumista en la cual todo —incluso las personas— tienen un precio, y que *hay* que pagarlo para poder ser feliz.

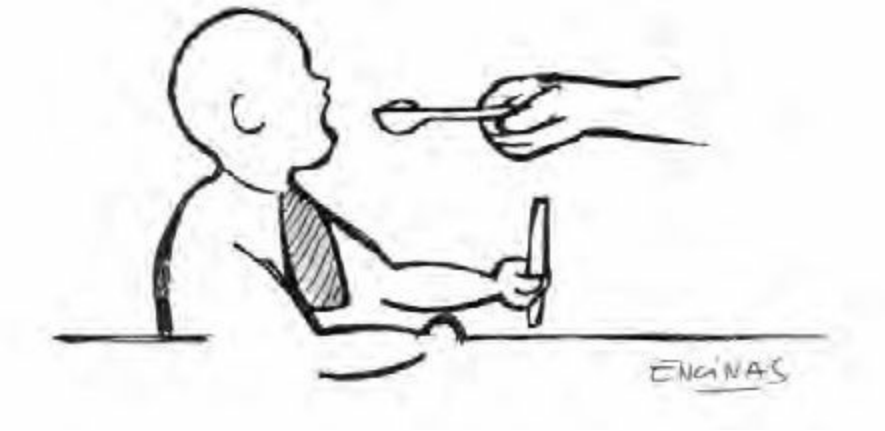
Y, una vez que hemos experimentado la gratuidad de nuestra propia vida, la gratuidad puede pasar a ser comprendida como un valor. Este valor nos lleva a querer encontrarla en nuestras acciones. Es como si una vez encontrada o descubierta la gratuidad, no la pudiéramos dejar. Por eso se hace necesario ponernos en marcha para descubrirla.

La gratuidad es un valor profundamente escondido en nuestro interior y que, al descubrirlo, imprime un sentido nuevo a nuestra búsqueda. Es decir, la gratuidad hay que experimentarla en la propia existencia para reconocerla acompañándonos en las acciones y ligada a las cosas. Así como, por ejemplo, se puede decir «construye la paz» o «busca la verdadera alegría», habrá que decir «vive la gratuidad en tu actuar» o «vive en gratuidad».

2.3. ¿Dónde se esconde la gratuidad para ir a buscarla?

Los avances de la ciencia y los logros técnicos han elevado la calidad de vida de los hombres, han empequeñecido nuestro mundo y cada vez nos desvelan más secretos de la naturaleza. En nuestro mundo de finales del siglo XX hay pocas cosas que no tengan explicación desde la ciencia y mínimos rincones donde esté vedada la entrada a la técnica. Para el logro de muchos de estos avances se ha ido recorriendo una especie de cadena o sucesión lógica de efecto-causa-efecto-causa, pensando que «todo efecto tiene una causa». De modo que se buscará controlar las causas para obtener determinados efectos.

Pero al mismo tiempo, ese desarrollo y dominio de la naturaleza lleva a muchos hombres a pensar cada vez más que la naturaleza, incluso la misma vida del hombre, depende del control que el hombre pueda ejercer sobre las causas. Con tal fundamento resulta demasiado fácil vivir pensando que la vida de cada persona está irremediablemente sujeta a esa cadena de causaefecto.



Los padres que vivieron con muchas carencias suelen inculcar, a través de la educación de sus hijos, un velado desquite: «A mí me faltó, pero que a mi hijo no le falte nunca lo que nosotros no pudimos disfrutar»; muchas técnicas de aprendizaje y «superación» se fundan sobre la competitividad. Así se educa a niños y jóvenes para que no tengan que depender de nadie. De esta manera se cierra la puerta a la gratuidad y se abre la del egoísmo.

Quizá sea en la organización del mercado y de las empresas dentro de nuestra sociedad (de liberalismo económico) donde se evidencia mejor esta «cadena». Aquí, el dinero obra como efecto y a su vez como causa; en tales condiciones todo llega a tener un «precio», por todo se puede pagar y todo se tiene que pagar. Así también el trabajo llega a desvirtuarse, se convierte en un mero medio para conseguir dinero y con él, «poder adquisitivo». Esos sacrificios por el trabajo se «recompensan» con la ostentación. La ostentación es lo más opuesto a la gratuidad.

Se busca recompensadas jornadas de trabajo extralaboral, se sacrifican horas de vida familiar, se busca un sobresueldo con el fin de poder comprar más cosas para poder mostrarlas o poner de manifiesto que se compran. Se hace gala de grandeza, se proponen cosas como dignas de verse o hacerse. En la historia reciente de nuestra sociedad se admiraban a esos hombres que, de la noche a la mañana, ascendían y mostraban con ostentación los bienes que podían darse el lujo de adquirir.

En esta lógica de la ostentación, a las cosas y a las personas se les tasa un precio. En la lógica de la gratuidad, las personas y las cosas tienen un valor. Más allá de las cosas dignas de verse o hacerse, es digna la persona que recibe todo como don gratuito.

Esa secuencia de causa-efecto impone un sistema de precios y pagos, en casi todos los órdenes de nuestra vida, que no nos permite experimentar la gratuidad, que no nos deja vivir la gratuidad, pues por todo hay que retribuir un precio. Precisamente, en esa serie de precios-pagos es donde se puede dar a conocer la gratuidad. En efecto, cuando descubrimos que hay muchas cosas que tienen tan alto valor que por ellas no podemos pagar ningún precio y, sin embargo, las poseemos. Se trata precisamente de aquellos bienes que más contribuyen a que seamos personas.

Un descubrimiento de esta constatación despliega ante nosotros un camino de «gratuidades» en muchas otras cosas, en las personas y en las acciones nuestras. Una sucesión de gratuidades que llega hasta nosotros y nos desborda.

2.4. La complejidad y la interdependencia de nuestra sociedad

Desde las épocas más primitivas de la historia de la humanidad, los hombres se han organizado para vivir juntos. Este hecho supone el origen de las culturas, es decir, la organización de las personas para satisfacer necesidades humanas. Las personas nos organizamos dentro de la cultura formando una especie de cuerpo, el cual, a su vez, funciona a la manera del cuerpo humano con diferentes organismos que se especializan en funciones específicas (nutriéndolo, regenerando los tejidos muertos, oxigenando, expulsando residuos y substancias nocivas, etc.).

De manera similar a nuestro cuerpo, la cultura designa dentro de la sociedad a diferentes grupos o estamentos que se especializan y proporcionan los diferentes elementos y servicios para el desarrollo armonioso de las personas.

Una sociedad desarrollada, como la nuestra, se caracteriza por una mayor complejidad en las relaciones, lo que trae consigo una mayor interdependencia de las personas.

> *¿Cuántas personas u organismos de nuestra sociedad han tenido que ver con nosotros desde el momento en que despertamos esta mañana? La electricidad para que funcionara el despertador, el gas para el agua caliente, todas las personas que están detrás de los productos con que preparamos el desayuno...*

Esta interdependencia de las personas en la sociedad actual no representa de ninguna manera una mengua de nuestra libertad, de nuestra acción o de nuestra elección, sino, por el contrario, nos ofrece una amplitud de posibilidades como no la tuvieron los hombres antes.

> *Pensemos que un niño que va a la escuela primaria, en medio año podrá escuchar y decir tantas palabras como durante toda su vida un hombre que hubiera vivido en la Edad Media. La interdependencia nos ofrece la posibilidad de aprovechar y desarrollar muchos más aspectos de nuestra vida de un modo más humano.*

Asimismo, la interdependencia nos lleva a poder descubrir que muchos aspectos de la vida de cada uno de nosotros dependen de otros, y, a su vez, otros dependerán en algo de nosotros. De modo que para vivir de manera más humana, aprovechando las inmensas posibilidades que nos ofrece nuestra sociedad contemporánea, necesitamos de otros. De ellos recibiremos, junto con bienes o productos, algo muy importante para nuestro desarrollo equilibrado: reconocimiento.

La vida humana en interdependencia se desarrolla en un continuo intercambio de bienes y palabras que llevan el reconocimiento. Son precisamente esos intercambios, cuando se hacen de manera gratuita, los que más nos permiten crecer, los que nos revelan como personas, aquéllos que nos permiten ser sujetos de relación.

En efecto, la personalidad se desarrolla, entre otros factores, con base en intercambios personales, intercambiando bienes y palabras. Por ejemplo, el primer bien que recibimos es la existencia de cada uno como persona. Y este primer bien, la existencia, nos viene de otros, nadie puede existir como humano si no es como don. Evidentemente nadie puede «pagar» por nacer, ni siquiera se pide nacer, tampoco nadie rechaza nacer. La existencia es un regalo.

También intercambiamos palabras y en este intercambio se revela quiénes somos, quién es cada uno, cuál es el puesto que tiene en la sociedad. Mediante el intercambio que se realiza por medio de la palabra conocemos y, sobre todo, reconocemos. Todos necesitamos un reconocimiento por parte de los otros. Necesitamos de palabras para que nos reconozcan o para reconocer a otros. Las palabras no son únicamente para transmitir información, antes que nada la palabra es para el reconocimiento.

> *Cualquier mañana de enero, mientras esperamos el autobús para ir al trabajo o al colegio, un ocasional y anónimo compañero de espera se fija en mí y dice*:
>
> *— ¡Qué frío hace!*
>
> *Yo le podré responder desde la información*:
>
> *— Claro, al salir de casa, el termómetro marcaba cuatro grados.*
>
> *Entonces habré arruinado el intento de aquella persona por un reconocimiento. Pero si mi respuesta es al menos una sonrisa, tras haber encontrado su mirada con mis ojos, entonces su palabra habrá tenido efecto y logrado un reconocimiento, e incluso puede haber sido el inicio de una amistad que nos sacará a los dos del mutuo desconocimiento.*

2.5. La gratuidad debe complementarse con la «graciosidad»

Hay épocas o circunstancias de la vida, como por ejemplo la niñez, una enfermedad, la jubilación... en la que las personas no aparecen como productivas, como si no aportaran nada y eso es poco tolerable dentro de nuestra sociedad. También hay carencias o estados de la personalidad donde por diferentes circunstancias se ha lesionado la autoestima de las personas y entonces se ven relegadas, inútiles; o en ocasiones, debido a alguna depresión o algo parecido, la persona puede figurarse que no vale para nada.

En esas situaciones también puede aparecer la gratuidad como valor, como actitud frente a la vida que se nos da con sus propias circunstancias, y puede que sean precisamente esas circunstancias que acompañan el don de la vida las que no queramos para nosotros. Hubiéramos querido tener otra familia, haber querido nacer en otro país, ser físicamente de otra manera, etc.

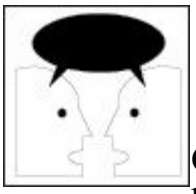
En verdad no somos dueños de nada, nada nos pertenece, somos meros administradores, recibimos para dar a los demás. ¿Cómo salimos de la infancia y nos hacemos adultos? ¿Acaso cuando uno encuentra un trabajo y se convierte en *productor*? Este es un argumento engañoso, acaso una falacia. Preferimos considerar que el paso de la infancia al ser adulto viene marcado, entre otras cosas, en la asunción de responsabilidades frente a los demás y para consigo mismo.

La sobreprotección hace que muchos padres no dejen crecer a sus hijos. Los mantienen siempre en ese estado infantil llenándolos constantemente de dones dados

«sin deseo de devolución», no les permiten un «derecho a responder». Esa actitud la estaremos repitiendo nosotros mismos cuando negamos el reconocimiento de la persona que tenemos delante, lo alienamos, lo ignoramos como «otro». Atiborrar al «otro» de dones hasta asfixiarlo es como convertirlo en «objeto» (nunca mejor dicho) de manifestaciones gratuitas de afecto a las que no puede responder.

Todo don obliga. Y es ese «dar las gracias» del que hablábamos antes. Un sincero «dar las gracias» equivale a reconocer que aceptamos lo que recibimos y lo aceptamos como nos viene dado, pero al mismo tiempo manifestamos que no tenemos nada para corresponder y por eso ese don lo colocamos en posición de respuesta. La gratuidad frente a lo que se recibe implica de alguna manera un «contra-don» como respuesta.

Podemos entender entonces que, entre personas adultas, todo lo que se intercambia en gratuidad (todo lo que se da al otro o se recibe del otro), nunca es un «objeto» terminado, no puede considerarse como un «producto acabado», sino como un nuevo punto de partida para el contra-don. El valor de la gratuidad nos permite vivir esta manera de intercambio gratuito.



PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

Comenta lo que hayas encontrado más remarcable de la historia de Juan.

2. Las personas, ¿tenemos un precio o tenemos un valor? Da razones de tu respuesta. No te limites a decir una cosa u otra. Además, no des una respuesta estereotipada. ¿Cuál es la realidad en el mundo en que vivimos?

3. Dar las gracias, agradecer las cosas, ¿crees que es signo de debilidad o, por el contrario, crees que es necesaria una gran dosis de valor para hacerlo? Razona tu respuesta.

4. Cuando decimos que algo es gratuito, nos referimos casi siempre a un precio material. ¿A qué otros ámbitos de la vida crees que se refiere la gratuidad en este capítulo?

5. A lo largo de un día, realizamos un buen montón de cosas que son o deberían ser *gratuitas*. Comenta alguna de ellas.

6. ¿Crees que nuestra sociedad debería ofrecer ciertos servicios de forma gratuita? Si así es, comenta cuáles crees que deberían ser. ¿Cómo sufragarlos? ¿Acaso merced al trabajo voluntario?

7. En los estudios, en el trabajo, en casa, ¿cómo crees que deberíamos ejercer la gratuidad? Da ejemplos concretos.

8. Busca ejemplos de personas que hayan ejercido la gratuidad a lo largo de su vida. Recuerda qué implica y qué significa vivir en la gratuidad.

9. Piensa en qué medida y en tu vida cotidiana, podrías poner en práctica algunas de las características que has encontrado en las personas de las que hablábamos en la pregunta anterior.

10. Por último, ¿conoces asociaciones, grupos u organizaciones que tengan la gratuidad como una de sus maneras de vivir?

Capítulo 7

LA PAZ

Natalia Pla

Licenciada en Filosofía. Colabora en la difusión de la *Carta de la Paz* dirigida a la ONU.

Marta Burguet

Licenciada en Pedagogía. Profesora del Departamento de Pedagogía de la Escuela de Esplai de Barcelona.

1. LA PROFUNDIDAD DE UN GESTO

Sólo aquellas flores eran testigo de lo sucedido hacía unos instantes. Seguramente, nadie se habría detenido a contemplar a tres personas que, con cierta emoción, se habían dado un discreto abrazo y con una tímida sonrisa se habían atrevido a iniciar una amistad. De hecho, nadie entre los que pasaban por la calle se había detenido. Y es que había que calar más hondo en su historia pasada, para captar la trascendencia de aquel gesto que respondía más a la acción de unos corazones libres, que a la de unas mentes demasiado estrictas y coherentes.

Les había costado tiempo y esfuerzo llegar a la situación actual y no querían ser ingenuos: sabían que, pese a estar en una buena fase, tendrían que seguir trabajando no sólo para mantenerla, sino también para mejorarla en la medida en que ello fuera realmente posible. Hasta el momento habían superado algunos obstáculos, pero el ser humano tiene necesidad de construir y ahora ellos estaban empezando a poner los cimientos.

El pasado les había ayudado a ver que hay errores que deben ser contemplados serenamente, a fin de evitarlos en el presente y en el futuro, pero que, en cualquier caso, éste era su pasado y gracias a todo cuanto había sucedido en él, bueno y malo, el presente era el que era y ellos estaban allí y podían, nuevamente esperanzados, seguir trabajando en aquel mundo que les había llamado a ser.

Demasiado tiempo habían estado separados por culpa de ideas parciales sobre su pasado histórico, que les hacía mirar con recelo a los demás. Cuando ellos se conocieron, tuvieron que hacer un esfuerzo para superar los sentimientos de rechazo —adquiridos, casi podríamos decir, con las primeras palabras—, y abrirse al evidente sentimiento de simpatía que luchaba por abrirse paso entre ellos.

Los unió el hecho de sentirse partícipes de un mismo contexto, viviendo en el mismo momento y percatándose de que, de hecho, entre ellos no habían existido cuestiones que les separasen. ¿Por qué no arriesgarse a cambiar el rumbo de la historia con una actitud de amistad entre hombres de culturas diferentes, e incluso separadas tiempo atrás?

Les unió el hecho de sentirse libres para afrontar su vida, tal como creían en conciencia que debían hacerlo; el hecho de querer amar y entusiasmar a los otros a vivir a fondo su vida actual con seriedad, conscientes de que aquella existencia era el mayor regalo que les habían hecho, pero que de nada serviría si lo conservaban bien envuelto y con el lazo atado.

Les seguía uniendo el hecho de darse cuenta de que había gente en el mundo que vivía marginada de los demás hombres, sólo en razón a su forma de ser. Creían que valía la pena trabajar con justicia, a fin de que todos cuantos realmente existen hoy, puedan hacerlo con dignidad; que se desarrollen como seres humanos al máximo posible, aun contando con las limitaciones que les son propias.

En el fondo sabían que sólo podrían conseguir paz entre sus pueblos, si borraban los resentimientos y permitían que, libremente, se estableciesen lazos de amistad entre las personas.

Si queréis saber quiénes eran, mirad cuanto os rodea: los barrios, los pueblos vecinos, todos aquéllos que, desde hace años, se separaron por culpa de un conflicto, un malentendido o un orgullo herido. Sus descendientes han heredado absurdos resentimientos hacia aquéllos que, igual que ellos mismos, existen hoy. Pero siempre hay hombres entre ellos que, aunque la gente de la calle no se dé cuenta, crean una nueva chispa de belleza en cada gesto de paz que hacen.

2. DESARROLLO DEL CONTENIDO

El deseo de vivir en paz es común a la mayoría de las personas. No obstante,

constatamos que se trata de una realidad que se rompe fácilmente. Animar a las personas a trabajar por la paz, diciéndoles que es sencillo, sería un engaño ya que, con frecuencia, el origen de los conflictos está arraigado en cuestiones profundas del ser humano muy difíciles, aunque no imposibles, de cambiar. El realismo ante las cosas y las situaciones, hace que las personas trabajen sobre la base de una meta posible, sin quedar decepcionados y paralizados ante cualquier dificultad inesperada. La paz es una meta a conseguir y mantener, algo que sería imposible sin un esfuerzo continuo.

Hay que perder de vista, también, los grandes proyectos irrealizables que deslumbran, pero que son poco efectivos. El trabajo por la paz se alimenta de pequeños hechos, tan importantes como los grandes, ya que la paz puede lograrse si todo el mundo la desea y colabora. La vocación por la paz sólo puede desarrollarse plenamente si existe un nivel de paz personal suficiente como para que, de rebote, afecte a los diferentes cuerpos sociales.

Muchos conflictos tienen su origen en hechos ocurridos en el pasado. Esto afecta tanto a la paz personal (cuando no se aceptan las circunstancias inmediatas y concretas del propio origen) como a la paz social (cuando se tienen recelos hacia algunas personas, hoy existentes, a causa de sucesos pasados).

Una reflexión serena nos permite ver que hoy somos gracias al pasado que incidió —de forma más o menos directa— en nuestro engendramiento y que fue de esta manera concreta. El caso es que si cualquier circunstancia hubiera sido distinta, nosotros no habríamos existido nunca. Podrían haber pasado otras cosas, encontrarse otras personas... Hoy existirían otros hombres y otras mujeres. Pero nosotros, no.

A partir de esta evidencia de tipo existencial, podemos reconciliarnos y contemplar nuestra forma de ser, que es la única realmente posible. La estructura genética de cada persona es fruto de unos padres concretos. Esto, ciertamente, no impide que se pueda evolucionar dentro de su realidad: somos lo que somos y lo que podemos llegar a ser. Pretender ser de otra forma radicalmente distinta, sería motivo y origen de conflictos irresolubles. La paz que nos proporciona la aceptación de nuestra forma de ser, es el mejor motor para mejorar nuestros defectos y ser más armónicos.

Lo mismo sucede con el pasado histórico que ha posibilitado la propia existencia. Somos fruto de un pasado con culpas y glorias de las que, directamente, no somos protagonistas, puesto que en el momento en que ocurrieron no existíamos. En cambio, es habitual mantener recelos hacia los descendientes de aquéllos que sufrieron un conflicto con nuestros antepasados. Son resentimientos absurdos que impiden que las relaciones humanas se desenvuelvan libremente. Renunciar a alimentar resentimientos, es renunciar al deseo de cólera, de guerra, de venganza.

Aprendamos de los errores y de los aciertos que antaño sucedieron. Una vez aceptado este pasado, trabajemos unidos para construir un presente más humano.

Haciendo las paces con el pasado, se hacen las paces con el presente y se están poniendo los cimientos para el futuro.

Dando un paso más, uno se da cuenta de que está existiendo sin haber hecho nada para llegar a ser. Lo mismo les ocurre a los demás. Por tanto, compartimos una relación básica, sólida, en la existencia. Ésta es una semilla de paz, que nos hace solidarios con todo cuanto existe; nos hace ver que toda persona, sólo por el hecho de ser, es digna de ser amada. Se trata de una relación tan básica, que se antepone a otras uniones en grupos, naciones, etc., que, llevadas al extremo, generan división y conflicto entre los hombres.

De esta hermandad existencial se deriva una consecuencia evidente: no tiene sentido que se produzca ninguna marginación entre las personas. Aún más: mientras haya personas marginadas en nuestra sociedad, la paz global no será posible. No, mientras exista menosprecio hacia más de la mitad de los integrantes de nuestra sociedad: mujeres, niños, ancianos y grupos marginados. Todos ellos han de ser reconocidos en su dignidad y con sus derechos y deberes.

El respeto a la libertad de la persona es la característica que define a una sociedad en paz. Siempre que se quebranta la libertad de la persona, impedimos que ésta desarrolle sus capacidades. Por el contrario, defender, favorecer la libertad de los individuos, es propiciar la estimación entre las personas y así contribuir a una sociedad más cordial.

2.1. Glosario de actitudes que impiden la paz

- ***Individualismo***

Se trata de una de las caras del orgullo, ya que uno cree que no necesita a nadie. Hay que reconocer la necesidad de tener amigos, de sentirnos amados. Tampoco podemos pensar en vivir aislados de los demás, ya que todo ser existente es una interpelación que se nos dirige y a la que hemos de responder; la indiferencia no es una respuesta válida.

Antídoto: La solidaridad y la amistad.

- ***Poder***

Es una mezcla de miedo a los demás y de orgullo. El ansia de poder sobre las otras personas, además de elementos de sobrevaloración de la propia persona, esconde una inseguridad en la relación con los demás como personas iguales en dignidad. Cuando uno no se atreve al diálogo, se impone. La opresión es una expresión de ello.

Antídoto: La madurez, el diálogo y el respeto.

- ***Ambición***

Es agotadora porque es inagotable. Lleva a la infelicidad, porque marca su meta en un imposible: siempre espera más. Es una falsa esperanza de progreso que no permite disfrutar del presente y evolucionar realmente. Además, no se percata de que lo más importante en la vida proviene siempre de la relación con otros, no de lo que uno mismo consigue.

Antídoto: El realismo, la solidaridad y la gratuidad.

- ***Miedo***

Inmoviliza a la persona impidiéndole ser con plenitud. En ocasiones se pretende disfrazarlo de prudencia, pero carece de la fuerza que ésta tiene para intentar hacer posible aquello en lo que cree. La persona que vive con miedo, está en permanente conflicto consigo misma y esto enturbia sus relaciones.

Antídoto: El conocimiento y la aceptación de uno mismo y de los demás.

- ***Resentimiento***

Es una especie de velo que impide ver con claridad el presente y vivirlo en paz. A menudo el origen es absurdo y mantenerlo aún lo es más, ya que es estéril.

Antídoto: El perdón y la reconciliación.

- ***Injusticia***

Mientras exista algún tipo de injusticia, no será posible la paz, ya que alimenta los resentimientos, los recelos y los anhelos de represalia. La marginación es una clara muestra de injusticia hacia unos seres que viven en condiciones inaceptables.

Antídoto: La justicia, la solidaridad.

- ***Coacción***

Es un ataque a la libertad de la persona. El respeto a la libertad es uno de los fundamentos básicos sobre los que puede edificarse una sociedad en paz, y que ésta no

sea un equilibrio de fuerzas, sino la adhesión voluntaria y consciente de las personas al hecho de vivir en sociedad de forma gratificante para todos.

Antídoto: El respeto a la libertad y la educación de la misma.

- ***Egoísmo***

Consiste en mirarlo todo desde el propio punto de vista, con lo que la visión que se obtiene es siempre muy pobre. El egoísta está inutilizado para participar en trabajos comunes, como puede ser el trabajo por la paz. Aquél que lo desea todo para sí mismo, consigue no tener nada que valga la pena, porque está ocupado protegiéndolo, con lo que pierde la oportunidad de disfrutarlo y compartirlo con los demás. El egoísta vive y muere solo.

Antídoto: La justicia, la gratuidad, la benevolencia.

- ***Envidia***

El envidioso sufre el doble, porque es lo suficiente realista como para reconocer las cosas buenas de los otros. Pero al desearlas para sí mismo, es incapaz de alegrarse por el hecho de que otro las tenga. La envidia es fuente permanente de conflicto, puesto que siempre existen en los demás cualidades que nosotros no poseemos.

Antídoto: Convivencia (que muestra la riqueza de la pluralidad), la alegría de ser como soy.

2.2. Posibilidades de acción

La educación en los valores no puede quedar reducida al ámbito escolar, como tampoco puede estar ausente de él. Las personas necesitamos de una cierta coherencia global para desarrollarnos armónicamente. Trabajar por la paz es tarea de años y es tarea a hacer en el interior de las personas. Debemos favorecer la ternura en las relaciones, elemento imprescindible en la educación por la paz.

- ***Ámbito familiar***

La familia es el entorno apropiado para que muchas actitudes se solidifiquen en las personas que están en un momento claro de formación. Cuando en el ámbito familiar estas actitudes no se dan, la persona no puede, por ella misma, descubrirlas y asumirlas.

Le es propio: evitar los resentimientos entre los miembros de la familia y entre éstos y otras personas o familias.

- ***Ámbito escolar***

Los valores no se pueden convertir en una asignatura más, sino en el ambiente que se respira en la escuela. El maestro debe ser una persona consciente de lo que quiere transmitir y debe saber que educar las actitudes es tan importante, o más, que educar la mente en los conocimientos.

Le es propio: orientar especialmente algunas actividades para potenciar la educación en los valores.

- ***Ámbito del ocio***

La primera opción es escoger entre un ocio *desconectador* de la realidad, o uno de implicación con la misma.

Le es propio: colaborar en acciones que algunas entidades desarrollan en favor de una justicia mayor en el entorno social; implicar en todas las actividades del ocio una actitud pacificadora, que no favorezca la competitividad despiadada, la agresividad, el fanatismo, etc.

- ***Ámbito laboral***

A menudo el trabajo se vive de forma conflictiva. Es preciso recuperar su dimensión realizadora de la persona humana.

Le es propio: aplicar en el trabajo asalariado las mismas actitudes que uno desarrolla en los ámbitos antes mencionados.

3. SELECCIÓN DE TEXTOS

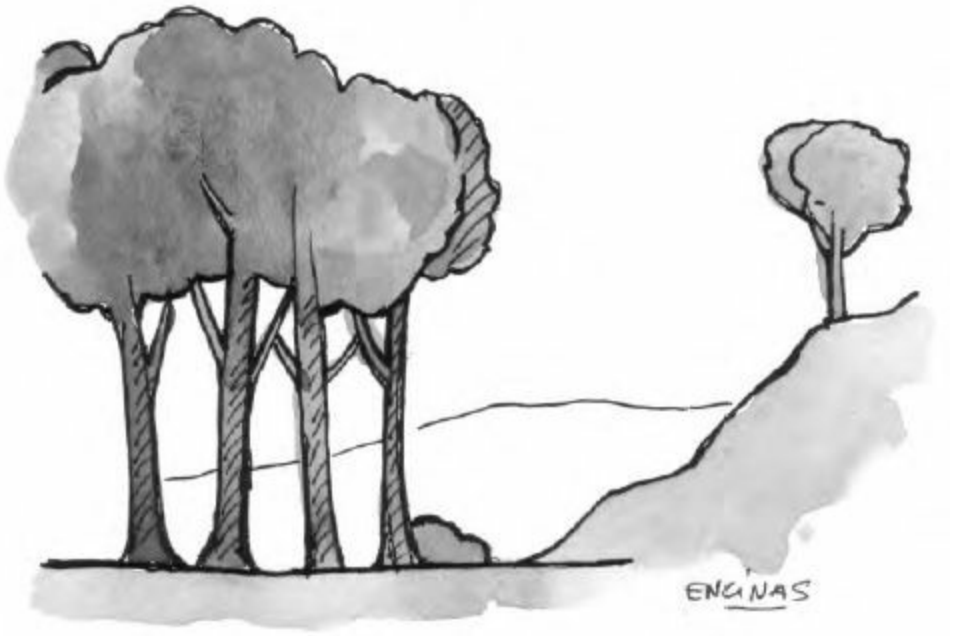
3.1. Carta de la paz, dirigida a la ONU

Amigos, amigas:

La mayoría de las personas desean en lo más profundo de su ser, la paz. Sin embargo, son patentes las trágicas y continuas quiebras de la paz entre los distintos pueblos del mundo. No es fácil la tarea de buscar soluciones adecuadas para alcanzarla. Muchos son los obstáculos.

Esta Carta desea indicar algunos principios que puedan ayudar a superar estos obstáculos y, a la vez, ofrecer unos fundamentos sobre los que construir más sólidamente la paz.

1. Los contemporáneos no tenemos ninguna culpa de los males acaecidos en la Historia, por la sencilla razón de que no existíamos.



2. ¿Por qué, pues, debemos tener y alimentar resentimientos unos contra otros si no tenemos ninguna responsabilidad de lo acontecido en la Historia?

3. Eliminados estos absurdos resentimientos, ¿por qué no ser amigos y así poder trabajar juntos para construir globalmente un mundo más solidario y

gratificante para nuestros hijos y nosotros mismos?

4. Es fructífero conocer la Historia lo más posible. Pero vemos que no podemos volverla hacia atrás. Vemos, también, que si la Historia hubiera sido distinta —mejor o peor—, el devenir habría sido diferente. Se habrían producido a lo largo de los tiempos otros encuentros, otros enlaces; habrían nacido otras personas, nosotros no. Ninguno de los que hoy tenemos el tesoro de existir, existiríamos. Esto no quiere insinuar en absoluto que los males desencadenados por nuestros antepasados no fueran realmente males. Los censuramos, los repudiamos y no queremos repetirlos.

5. Los seres humanos, por el mero hecho de existir, tenemos una relación fundamental: ser hermanos en la existencia. Si no existiéramos, no podríamos siquiera ser hermanos consanguíneos de nadie. Percibir esta fraternidad primordial en la existencia, nos hará más fácilmente solidarios al abrirnos a la sociedad. La sorpresa de existir facilitará que los presentes nos esforcemos con alegría para arreglar las consecuencias actuales de los males anteriores a nosotros.

6. Al organizar en la actualidad las nuevas estructuras sociales que se consideran oportunas para construir una sociedad más firme y en paz, es peligroso, muchas veces, pretender basarlas sobre otras estructuras antiguas, aunque en su momento las vieran convenientes. Es más sólido fundamentar las nuevas estructuras sobre unidades geográficas humanas. Sin embargo, evitando el riesgo de que éstas se encierren en sí mismas, ya que ello desemboca, casi siempre, en desavenencias de toda índole y hasta en guerras.

7. El ser humano es libre, inteligente y capaz de amar. El amor no se puede obligar ni imponer; tampoco puede existir a ciegas sino con lucidez. Surge libre y claramente o no es auténtico. Siempre que coartemos la libertad de alguien o le impidamos la sabiduría, estaremos impidiendo que esta persona pueda amarnos. Por tanto, defender, favorecer, desarrollar la genuina libertad de los individuos —que entraña en sí misma una dimensión social corresponsable—, es propiciar el aprecio cordial entre las personas y así poder edificar mejor la paz.

8. Los representantes actuales de las instituciones que han perdurado en la Historia, no son responsables de lo sucedido en el pasado, pues ellos no existían. Sin embargo, para favorecer la paz, esos representantes han de lamentar públicamente, cuando sea prudente, los males e injusticias que se cometieron por parte de esas instituciones a lo largo de la Historia. Así mismo, han de resarcir en lo posible, institucionalmente, los daños ocasionados.

9. Los progenitores son responsables de haber dado la existencia a otros seres. Por tanto, con la colaboración solidaria de la sociedad, tienen que propiciar, hasta la muerte de sus hijos (en especial los disminuidos mentales o de voluntad débil), los medios y apoyos suficientes —principalmente dejarles en herencia un mundo más en paz— para que éstos desarrollen su vida con dignidad humana, ya que no han pedido existir.

   Por otra parte, los jóvenes tienen derecho a ser motivados y entusiasmados en la alegría de existir, por el ejemplo de sus padres, familia y sociedad. Igualmente, para trabajar ahondando en las técnicas y ciencias, a fin de ellos poder, a su vez, colaborar para conseguir un mundo más en paz.

   Así mismo, es evidente que no se podrá construir la paz global, mientras en el seno de la sociedad e incluso dentro de las familias, exista menosprecio hacia más de la mitad de sus integrantes: mujeres, niños, ancianos y grupos marginados. Por el contrario, favorecerá llegar a la paz el reconocimiento y respeto de la dignidad y derechos de todos ellos.

10. Un creciente número de países reconocen ya en la actualidad, que todos tenemos el derecho a pensar, expresarnos y agruparnos libremente, respetando siempre la dignidad y los derechos de los demás. Pero igualmente, cada ser humano tiene el derecho a vivir su vida en este mundo de modo coherente con aquello que sinceramente piensa.

Las democracias, pues, han de dar un salto cualitativo para defender y propiciar, también, que toda persona pueda vivir de acuerdo con su conciencia sin atentar nunca, por supuesto, a la libertad de nadie ni provocar daños a los demás ni a uno mismo.

Sin resentimientos, desde la libertad, las evidencias y la amistad, puede construirse la paz.

Gracias, amigos y amigas...

Posdata:

Es tarea de los gobernantes concentrar sus miras al bien de los contemporáneos, pues ya existen y tienen derecho a vivir la vida con dignidad humana, sin que el bien de los presentes hipoteque el equilibrio ecológico del futuro.

Si una nación, gracias a sus políticos, va de bien en mejor, las relaciones entre sus ciudadanos actuales transcurrirán de una manera más suave y gratificante, e irán naciendo unos hijos, los cuales se alegrarán de que el país haya ido progresando, pues gracias a ello se habrán dado las condiciones precisas para los encuentros de los adultos que posibilitaron el

existir de esos hijos. Sin embargo, si algunas naciones están mal gobernadas, las relaciones interpersonales de los adultos que ahora viven se desarrollarán de otra manera más dificultosa, de ahí otros encuentros, relaciones, etc., y nacerán otros seres, distintos de los que hubieran nacido de ir la nación mejor. Los que han nacido en estas otras circunstancias, se alegrarán igualmente de que las cosas hayan ido de esa manera, pues si no, ellos precisamente no habrían sido engendrados. Claro es que estos nuevos ciudadanos deberán esforzarse para mejorar la situación cuando sean mayores.

Es evidente, pues, que en cualquier país los ciudadanos del mañana, sean quienes sean, se alegrarán siempre de lo que los respectivos gobernantes de hoy hayan hecho —mejor o peor— ya que, gracias a eso, ellos existen. Por lo tanto, el bien de los contemporáneos es el objetivo más importante de los gobernantes.

3.2. ¿Guerra y paz? Alfredo Rubio

Todos los que han pasado una guerra, recuerdan con qué ansia deseaban la paz. Podía parecer, por ello, que guerra y paz eran cosas opuestas, y que la paz podía constituir el final de la guerra y, a la vez, un objetivo digno en sí mismo: ¿cómo no, si era tan anhelada? Hasta los mismos vencedores también están casi siempre cansados de la guerra. Desean su fin, acabar con tantos esfuerzos y sangrías; alcanzar, aun con una mediocre victoria, la misma paz.

Sin embargo, la paz en sí es poca cosa; es casi sólo algo negativo: no estar en guerra, haberla terminado. La paz solamente es un medio para algo más. La mera paz sería un inmovilismo, una vacía contemplación. Claro que se puede, después de la pesadilla de una lucha cruenta, saborear la paz unos instantes, un cierto tiempo, como quien paladea un caramelo o se relame con un dulce. Pero luego viene la acción, el trabajo cotidiano, el pensar en una reestructuración del presente más adecuada, de cara al propio presente y de cara al próximo futuro. La guerra no es algo que, aunque rozando por dentro la piel del ámbito de la norma, de lo lógico, de lo conveniente, permanezca en el interior del cuerpo de la sociedad. No. La guerra es algo que escapa más allá, fuera de toda sensibilidad y control. Es un estallido, una regresión antidialogante, un gigantesco gamberrismo destructor.

Por ello, lo opuesto a la guerra ha de estar más allá también de la otra frontera opuesta. Se ha de salir también de lo corriente, lo lógico y lo previsto.

¿Qué puede ser esto que sea feliz en lugar de doloroso; deseable en vez de temido, que aúne y no disperse, que siembre amor en lugar de odio; que haga que la victoria sea

de todos en vez de sólo un bando? ¿Qué puede ser este algo que, siendo así, a la vez sea inusitado, sorprendente y plenamente adulto?

Es algo que está muy olvidado, menospreciado por una parte en aras de un trabajo calvinista, obsesionadamente productor, esclavizante, egoísta —que cree que cuanto mayor éxito se tiene en él, más bendiciones se alcanzan de lo alto—. «Esto» que tratamos de señalar, está por muchos relegado en favor de una vida ordenada maniqueamente, temerosa de los sentimientos humanos, desconfiadora de la libertad y la alegría.

Esta cosa, verdadero punto opuesto a la guerra, es nada menos que la fiesta: saber vivir la fiesta; saber vivir en fiesta.

¡La vida es fiesta! Aun con dureza y conflictos. Si los padres, los pedagogos, los gobernantes creen que ya es bastante ofrecer paz para los que viven, se encontrarán que, como el «*élan*» vital lleva necesariamente a la acción, si en ese vivir no se les promueve, además, la fiesta —burbujeante de interés y alegría—, la gente usará sus fuerzas para aquella clase de lucha que vence, doblega y obliga; hará la guerra, ya que sus energías y su trabajo no desembocan en fruición festiva.

La paz no la tomarán entonces como trampolín para el salto a la convivencia y al gozo, sino para el brinco en la vacía locura de la fuerza desatada. Si la paz no engendra fiesta convivencial, dialogante, será madre del monstruo de una nueva guerra, sin oídos y sin corazón.

A veces se hace la guerra no por ambición o idealismo, sino por tedio. Eso se ve en el vivir cotidiano: ¡cuántas veces las disputas familiares tienen origen en el aburrimiento!

Y una de las cosas que hay que recuperar para la fiesta, es el mismo trabajo. Ejercitado como un derecho; según la vocación de cada cual, sin riesgos ni incomodidades inútiles, en un clima de estética y de alegría; con compañeros amigos; con creatividad, con responsabilidad. El trabajar como preparación próxima o remota de

la fiesta.

La paz no ha de ser sólo el fundamento para una pesada reconstrucción y planeamiento de revancha; sino sobre todo, una posibilidad para vivir la gran fiesta que es la vida.

Frente a tantos seres existentes que son inmolados en la guerra por parciales ideologías, intereses o auto-mesianismos, la fiesta es la exaltación de lo vital común: imaginativa, siempre diferente, por esencia sorpresiva, siempre con el oportuno sabor del momento en que ocurre. A su vez es revitalizadora. La fiesta da fe en los demás, da esperanza en el mismo mundo que la fiesta engendra, se vive en ella la amistad en todos sus modos y matices. La fiesta, transcendiendo también la lógica, es imprevisible, gozosa, arrolladora, unificante. Esto sí es lo opuesto a la guerra. La paz es una condición y hasta puede ser el germen. Pero la paz, para no ser apenas nada, tiene realmente que estallar socialmente en flor y en fruto: belleza y ágape: ¡Fiesta!

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

En una columna, haced una lista de las personas con las que tratamos a lo largo de un día cualquiera. En otra, haced una lista de la actitud con la que nos dirigimos a cada una de ellas. Valorad si se trata, o no, de una actitud que favorezca la paz.

1. ¿A qué asocias la paz cotidianamente?
2. Personalmente, ¿te sientes en paz contigo mismo, con tu manera de ser?
3. Te lo pondremos aún más difícil: ¿Te sientes en paz con tu historia?
4. ¿Qué situaciones o realidades te hacen sentir en paz?
5. Por el contrario, ¿cuáles te privan de ella?
6. ¿Colaboras en hacer que la paz sea una realidad cada vez más universal? ¿Cómo?

7. ¿Qué tipo de conflicto te resulta más difícil vivir?

8. Repasa mentalmente un día cualquiera. Hoy, por ejemplo. ¿Tu actitud ha sido, en general, tendente a la paz o, por el contrario, tendente al conflicto?

9. ¿Y con las personas que has tratado? ¿Consigues relacionarte en paz con todas?

10. Te proponemos algo práctico: analiza cuáles son los puntos de mayor conflicto en tu relación con las personas. A continuación propónte pequeñas acciones u omisiones que ayuden a mantener una relación más pacífica. Comenta cuáles son estas pequeñas acciones y... comprométete a llevarlas a cabo.

Capítulo 8

EL RESPETO

Josep Alegre Villarroya

Educador Social.

1. PONERSE EN LUGAR DEL OTRO

Al anochecer, mientras voy hacia casa, pienso en algunas cosas. Estoy contento porque ya ha llegado el fin de semana. ¡Hace días que lo espero! Necesito desfogarme y pasármelo en grande, y las perspectivas son halagüeñas. He quedado de acuerdo con los amigos para salir el sábado en bicicleta.

La música *marchosa* de la radio-despertador ha sido como un golpe brusco en el mejor momento del sueño. La noche ha pasado sin apenas darme cuenta. Ya es hora de levantarse, aunque hoy parece más fácil hacerlo, ya que en lugar de ir a *currar*, nos iremos de *juerga*. Hago el remolón un poco más y... arriba, que tengo que hacer un montón de cosas.

Empezaré remojándome en la ducha, que tonifica el cuerpo. Después un buen desayuno para coger fuerzas. Con las prisas parece que el trabajo se me acumula: Qué ropa ponerme, la bicicleta y el casco, ¿dónde están? Los *bocatas* y la *litrona* para la hora de comer... ¡Ufff! Por fin, a trancas y barrancas, salgo a escape.

Por la avenida voy como un cohete; a estas horas no hay mucha gente e incluso puedo saltarme algún semáforo. De todas maneras, ¿para qué correr? ¡Ya esperarán! En la plaza, donde hemos quedado, llego el último pese a lo rápido que he ido. Todos me abroncan, pero no le doy importancia ya que siempre están igual. Rápidamente salimos de la ciudad. Para recuperar el tiempo perdido, circulamos por las aceras.

¡Vaya marcha! Seguro que tenemos buen aspecto, con los *chandals* chillones, trepando con las *bicis* y con este paisaje, ¡no veas! Sólo algunos excursionistas de los de a pie, entorpecen nuestro camino.

El esfuerzo pasa factura y la aventura tiene que cortarse. Un paisaje precioso provoca la tregua. Sentarnos, charlar, comer... Para pasar el rato jugamos un poco, bromeamos y nos entretenemos a base de bien. ¡Qué diversión!

Por la tarde volvemos a casa. El día ha sido fantástico y, antes de despedirnos, queremos acabar de celebrarlo tomando algo. Nos sentamos en la terraza de un bar medio vacío y continuamos la juerga. Se respira un ambiente caldeado muy *guai*: alegría, gritos... ¡Ha sido un día vivido con gran intensidad!

En casa todo cambia, ¡menudo *palo*! Aquí ha sido un día normal. Estoy reventado y no puedo con mi alma y así se lo hago saber a todos, para que no me molesten... Algo más tarde, mi madre se acerca y me dice: «deberías pensar un poco en los demás, y no solamente en ti: la habitación desordenada, el cuarto de baño inundado, la bicicleta

estorbando... y tú estirado a la pata llana».

Aquellas palabras de mi madre me han llegado al corazón. Ella es espléndida, tolerante, considerada y respetuosa.

En la cama, desvelado, pensaba. Las palabras de mi madre depuraban las imágenes del día que se sucedían en mi mente. Quizás los demás también necesitan desfogarse y pasárselo bien. En cualquier caso, no he respetado suficientemente el derecho a descansar del resto de la familia. Creo que al salir, he hecho bastante ruido. Probablemente no he sido demasiado considerado con la gente de la calle, en la montaña, en el bar... Quién sabe si la juerga con los amigotes ha sido diferente en los detalles y las formas. Probablemente, en casa, no he sido tan considerado como se merecían.

Es cierto que ponerse en el lugar del otro, es un buen ejercicio de respeto.

2. CONTENIDOS DEL VALOR RESPETO

2.1. Dignidad por principio

Todo el mundo tiene el derecho a ser respetado por lo que es y no sólo por lo que vale. Por el hecho de ser personas, todos somos intrínsecamente iguales. No hay lugar, pues, para actitudes egoístas, manipuladoras, discriminatorias... que falsifican la acción de los demás, desnivelando la dignidad que a todos nos iguala por el hecho de ser personas.

Toda persona es merecedora de nuestro respeto, incluso aunque ésta no se respete a sí misma. La dignidad nivela al pobre y al rico. Nadie es más que nadie en dignidad. Son merecedoras de respeto todas las razas, condiciones sociales, culturas, edades... y no sólo aquél que triunfa, el que tiene dinero, el que ha conseguido prestigio...

Nuestra dignidad está conectada a la de los demás y es consecuencia de nuestra condición más valiosa: ser personas. Los objetos nada añaden a esta dignidad. La dignidad personal la vamos construyendo a lo largo de nuestra vida en clave de respeto. Respeto a uno mismo y respeto a los demás. Si no respeto mi propia dignidad o la de los demás, soy menos digno, menos persona. Mi dignidad es tu dignidad; mi respeto es tu respeto. Ser conscientes de nuestra propia dignidad, nos conduce a reconocer la dignidad de los demás.

A las personas que integramos este mundo, nos mueven objetivos diferentes, ideas y gustos diversos... Vivir en armonía y en paz pasa por el respeto, la consideración, la tolerancia... mutuos. Es preciso permitir a los demás ser como deben ser, no como quisiéramos nosotros, y empezar a trabajar en favor de su dignidad. Este es el primer paso hacia el respeto.

Respetar es, pues, comprender al otro desde su punto de vista y dejarlo crecer poniendo los medios para que se realice por sí mismo y en su manera de ser. El respeto es una actitud, una manera de ser y vivir que nos hace solidarios. La persona respetuosa fomenta la acogida, la estima... de forma generosa y sincera. De esta manera contribuye a integrar su mejor yo con el mejor yo de los demás, en una fusión enriquecedora y comunicativa.

Ser natural, sencillo, tolerante, comprensivo, disponible... son valores básicos que nos hacen ser, hablar, pensar, divertir, comportar de una manera respetuosa. De hecho, el respeto debe encadenar una serie de cualidades y actitudes, propias de una persona educada. Podríamos decir que ser una persona educada implica respetarse a uno mismo, respetar a los demás y tratarlos como desearíamos ser tratados. Este trato en la relación cuida las formas y no vulnera la dignidad ni la autoestima del otro. Las palabras claras, cálidas y directas nos animan mutuamente.

La disposición interior y la repetición constante de estas actitudes, hace que lleguen a desarrollarse conjunta y armónicamente; así hacemos posible el crecimiento de la persona. Lo importante es la predisposición, ya que los momentos para ejercitar las

cualidades respetuosas siempre los tenemos. Un primer paso en el camino hacia el respeto se consigue mediante las buenas maneras y las formas cuidadosas en el momento de hablar. En este sentido, debemos potenciar actitudes cordiales y calidez humana en nuestras relaciones. Al hacerlo, ayudaremos a los demás a imitarnos y seremos respetados por ellos de la misma manera que nosotros los respetamos.

Todo ello nos hace pensar en dos aspectos del respeto. En primer lugar, el respeto pasivo que, al considerar al otro poseedor de la dignidad que le corresponde, evita cualquier situación que pudiera ser fuente de desequilibrio. Con el respeto funciona la ley de la reciprocidad: respetar para ser respetado. Y ésta es su vertiente activa, que fomenta el respeto entre todas las personas y a todos los niveles, a sabiendas de que hay más aspectos que nos acercan de los que nos diferencian.

Así pues, este tacto, consideración y comprensión de los demás, es generador de más respeto y, a la vez, de una cierta armonía compartida. Todo ello es un modo de ser propio, impreso en nuestro interior, donde no hay lugar para la crispación, la intransigencia, las salidas de tono, las palabras o los gestos hirientes, las pérdidas de control... Porque, por justicia, todos tenemos derechos y deberes. El otro puede tener un criterio personal que yo debo respetar y valorar. El otro tiene sus razones para haber obrado así... y debo esforzarme en comprenderle desde su perspectiva. Todos debemos admitir la propia equivocación y agradecer a aquél que, con ternura, nos ayuda a reencontrar el camino.

El respeto debe hacerse visible y real en actitudes tales como: valorar al otro sin creerse superior a nadie; escuchar y respetar aquello que el otro nos quiere comunicar; buscar el equilibrio y la comunión en nuestra palabra; intensificar nuestro apoyo al que está en una situación desfavorable (enfermos, niños, ancianos...). Hay, pues, diversas maneras de entender la relación entre dos personas. Podemos valorar al otro en función de la utilidad que tiene para nosotros. O bien podemos considerar al otro como digno de ser respetado y ser él mismo.

2.2. Crecimiento sincronizado

En páginas anteriores he dicho que las posibilidades de actuar siempre las tendremos, pero será necesario, previamente, alcanzar una disposición respetuosa que conceda luz a nuestro actuar.

Hay veces que, enroscados en la contemplación de nuestro propio ombligo, perdemos la perspectiva maravillosa de lo que nos rodea. Sólo superando esta fijación egocéntrica y sincronizando el paso con el de los demás en un crecimiento solidario, llegaremos a conseguir cuotas elevadas de dignidad y respeto. Aquí tenemos algunas pistas:

1. Sería bueno concretar, en la vida de cada día, el comportamiento respetuoso que conviene en cada momento: en la calle, en los transportes públicos, en las fiestas... Ejemplo: dejar salir antes de entrar, respetar el turno sin colarse, llamar a cada persona por su nombre, no gritar como si quisiéramos imponer a fuerza de voz nuestras opiniones...

2. Sería bueno hacer uso de las palabras para acercarnos e intentar encontrar siempre las cosas positivas de las personas. Ejemplo: no hablar mal de la gente, ser fiel a la palabra dada, escuchar y respetar a aquel que nos habla, no querer escuchar lo que no nos concierne...

3. Sería bueno potenciar las conductas positivas y respetuosas que queremos fomentar e intentar encontrar alternativas a los comportamientos negativos. Ejemplo: en lugar de creernos los mejores, considerarnos iguales en dignidad, hacer sentir al otro su propio valor y su propia importancia y hacerlo visible en nuestro comportamiento y en nuestra expresión, apoyar a todo el mundo y, en especial, a los más débiles...

4. Sería bueno que nos entrenáramos a ponernos en el lugar del otro como si hiciéramos su papel. Ejemplo: nos gustaría sentirnos apoyados, sentirnos comprendidos, ser tratados como iguales, que nos respetaran, que fuera reconocida nuestra valía, que estuvieran a nuestro lado en todo momento, bueno o malo; que fueran sinceros, que fueran comprensivos con nuestros errores...

5. Sería bueno ofrecer alternativas más respetuosas y educadas de actuación, predicar con el ejemplo y dar puntos de referencia. Ejemplo: ser cuidadoso con las cosas, controlar nuestros impulsos, no ponernos a la altura de comportamientos incorrectos, hablar sin gritar, ser generoso, decir palabras que hagan bien...

6. Sería bueno traspasar las apariencias y entrar en una dimensión más profunda por la cual vale la pena comprometerse. Ejemplo: tras un marginado, hay un corazón necesitado de dignidad y estima, tras un inmigrante hay una persona como nosotros, tras un enfermo hay un deseo de vivir y de no ser excluido de la sociedad, tras un objetor de conciencia hay unas manos para sembrar la paz...

7. Sería bueno desterrar las agresiones peligrosas (*no tienes ni idea, esto no te lo crees ni tú, contigo no se puede hablar...*) y poner en su lugar reacciones más constructivas (*no te he entendido bien, creo que hay algunas cosas en las cuales estamos de acuerdo, no me he explicado bien...*).

8. Sería bueno tener sumo cuidado en nuestras relaciones con los demás, superar prejuicios, escuchar con interés lo que el otro nos dice, manifestar comprensión hacia el otro, valorar las cosas positivas de aquellos que nos rodean, ser auténticos y sin máscaras...

9. Sería bueno velar por el respeto hacia las cosas que usamos y especialmente de la naturaleza (no pintar en las paredes, mantener los lugares limpios, no ensuciar ni estropear el agua, no hacer ruidos innecesarios...) incluso convertirnos en defensores activos (mejorar la naturaleza y el medio ambiente: limpieza, protección, defensa...).

Quisiera apuntar, finalmente, ocho señales luminosas como pistas para la acción, sacadas de pensadores importantes.

1. *«Vive y actúa como si de tu esfuerzo dependiera que se haga aquello que esperas o desearías esperar.»*

(LAIN ENTRALGO)

2. *«Tratad de dejar el mundo en mejores condiciones que las que tenía cuando llegasteis.»*

(BADEN POWELL)

3. *«Obra de tal manera que trates a los demás como a ti mismo, siempre*

como un fin y nunca como un medio.»

(IMMANUEL KANT)

4. *«Tratar a las personas como personas consiste en intentar ponerse en su lugar.»*

(FERNANDO SAVATER)

5. *«Es bueno dar cuando nos lo piden, pero es mejor dar cuando no nos lo piden, porque significa que comprendemos a los demás.»*

(KAHLIL GIBRAN)

6. *«Que vuestra palabra sea siempre positiva. No falseéis ni disfracéis nunca la verdad. No contaminéis a nadie de palabra ni por escrito.»*

(JOSEP Mª ALIMBAU)

7. *«Los hombres no deben ser juzgados por aquello de malo que tienen, sino por lo que conservan de bueno.»*

(MARTÍN DESCALZO)

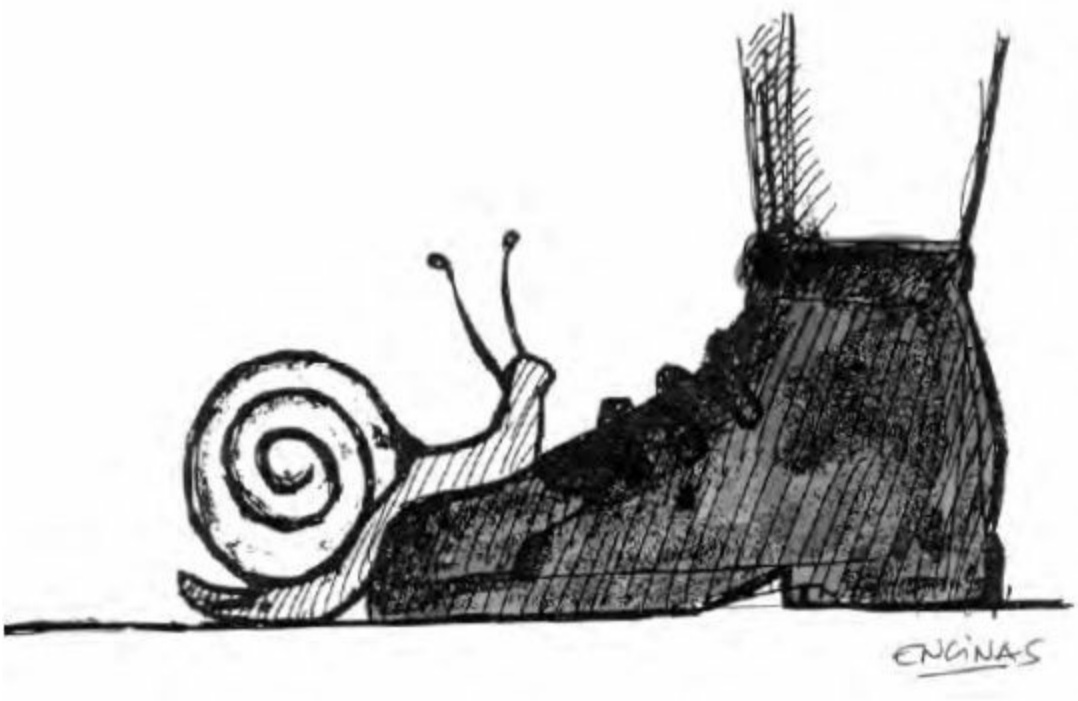
8. *«Para abrirse camino entre la gente, es más eficaz una sonrisa que un codazo.»*

(FASCIANELLI)

2.3. La armonía deshecha

Uno de los objetivos prioritarios que fomenta el respeto es el de facilitar la armonía y la felicidad de todas las personas. Más aún cuando observamos cierta frialdad en el trato, intereses egoístas, relaciones deshumanizantes, crispación y malos modos para la convivencia diaria.

En los criterios de poder, dinero, prestigio, competitividad; en el afán por aparentar, de inhibirse, de utilizar a las personas en el propio interés; en las posturas dogmáticas, utilitaristas, de superioridad respecto a los demás: ¿dónde está la dignidad y el respeto que toda persona merece?



Cuando mi «yo» es la medida de todas las cosas, cuando los demás no cuentan o sólo cuentan si sirven a mis intereses, cuando consumir o tener es más importante que la dignidad de la persona... entonces nos volvemos superficiales y nos desconectamos de la dignidad humana, nos hacemos indignos cuando pisoteamos a los demás. Esta actitud se va apoderando de nuestra persona y se ensancha en momentos concretos de nuestra actuación: vamos con prisas, vivimos crispados y en tensión, nos enfadamos por cualquier cosa, usamos malos modos, vivimos resentidos y malhumorados... y somos generadores de tensiones y angustias.

Despreciar al otro, no ser fiel a la palabra dada, hacerse el *listo* no respetando turnos ni colas, interrumpir bruscamente cuando alguien habla, escuchar conversaciones que no nos atañen... son hechos y actitudes que dificultan la convivencia fluida y se encuentran muy lejos de llevarnos hacia unas relaciones humanas profundas y enriquecedoras.

Después sentimos un vacío en nuestro interior por haber echado a perder nuestra dignidad y la del otro. La vida no es un camino de rosas sino de dificultades, frustraciones, pisotones y empujones... que debemos aprender a esquivar. Debemos crecer por caminos más serenos y dignos que nos hagan personas de verdad.

Hay personas que se descalifican con su actuación: les mueve el afán de lucro personal, se aprovechan de su posición privilegiada, usan métodos indignos (la fuerza, la violencia, la imposición...), pisotean la dignidad del otro, manipulan a personas y situaciones, viven con hipocresía (parecen muy solidarios pero les domina el egoísmo)...

Nuestra sociedad necesita personas educadas, respetuosas, abiertas, solidarias...; ser

competitivos nos hace fríos, invulnerables...; el afán por poseer y triunfar rápidamente nos hace perder la serenidad en el trato y el placer de vivir...; el vacío del egoísmo nos hace tristes, nos empobrece... En cambio, vivir en clave de respeto nos hace felices y nos dignifica como personas.

3. TEXTOS

«Una noche desperté oyendo un ruido insistente, que no paraba. Era el vecino del piso de arriba que andaba arriba y abajo, y sus pasos resonaban en el techo. ¡Aquello era insoportable! ¡Me estaba poniendo cada vez más nervioso! Y no podía dormir. Aquellos pasos me obsesionaban. Eché una ojeada al reloj; las dos de la madrugada. Entonces fue cuando me indigné. Tenía que madrugar para ir al trabajo y necesitaba descansar y dormir. Y el vecino paseándose arriba y abajo sin parar y sin la más mínima consideración. Como no podía hacer nada, me puse a maldecirlo, a quererle mal. Y pensaba: «mañana subiré arriba y le partiré la cara». En aquel tiempo era joven y podía hacerlo. Al día siguiente subí al piso de arriba y fue entonces cuando me enteré de que el hijo de mi vecino había muerto aquella madrugada y que, durante toda la noche, aquel padre afligido había paseado en brazos a aquel pobre niño, consumido por la fiebre, como para impedir que se muriera, como para infundirle vida, insuflarle vigor, hacerle llegar su ternura, para que el niño no sufriera tanto...

¡Me dio tanta pena, Señor! Hoy he vuelto a recordar aquellos pasos en plena noche... ¿Qué sabemos nosotros, Señor? Nuestra interpretación de los hechos es, a menudo, equivocada. Nos haría falta conocerlo todo, absolutamente todo para poder juzgar. Y aún así, no tendríamos bastante.»

(JOSEP Mª ALIMBAU, *Palabras para el silencio.*)

«¿En qué consiste tratar a las personas como tales, es decir, humanamente? Respuesta: consiste en intentar ponerse en el lugar del otro. Reconocer a alguien como prójimo implica, por encima de todo, la posibilidad de comprenderle desde dentro, de adoptar por unos instantes su propio punto de vista. Al fin y al cabo, siempre que hablamos con alguien, lo que en realidad hacemos es establecer un terreno en el cual, aquel que ahora es yo sabe que se volverá tú, y viceversa. Si no admitimos que hay algo fundamental, igual entre nosotros (la posibilidad de ser para el otro, aquello que el otro es para mí), no podríamos ni siquiera iniciar una charla. Pero no sólo para poder

hablar con las personas, por supuesto. Ponerse en el lugar del otro, es algo más que el principio de toda comunicación simbólica con él: se trata de no olvidar sus derechos. Y cuando los derechos fallan, intentaremos comprender las razones. Y es que todo ello, es algo a lo cual toda persona tiene derecho ante los demás, pese a que fuera la peor persona del mundo: tiene derecho —derecho humano— a que alguien intente ponerse en su lugar para poder comprender lo que hace y lo que siente. Aunque fuera para condenarlo en nombre de las leyes por las que toda sociedad se legisla. En una palabra, ponerse en el lugar del otro es tomárselo en serio, considerarlo tan real como lo eres tú mismo.

Para entender del todo lo que el otro espera de ti, no hay más remedio que quererlo un poco, aunque sea tan sólo porque también es humano... y esta pequeña pero a la vez tan importante estima, no puede ser impuesta por ninguna ley.»

(FERNANDO SAVATER, *Ética para Amador*.)

«Ética cívica, civil o laica es la propia de una sociedad civil ética. El punto de partida es el respeto al valor moral de la persona, a la dignidad del otro. Y no un valor reconocido con frialdad, sino un valor por el cual estoy afectado. Respeto moral hacia el otro, por el valor de su dignidad personal, pero respeto intelectual, también, por la aportación moral que su punto de vista puede suponer para mí. En nuestra época falta el espíritu crítico de examen y comparación de las diversas valoraciones establecidas. Es necesaria una remoralización, es decir, una recuperación de la actitud moral y de confianza ante la violencia y la agresión al lenguaje y la razón para la resolución de conflictos mediante la comprensión del punto de vista del otro, en el diálogo, y del establecimiento de una sociedad de auténtica comunicación moral y no simplemente material.»

(JOSÉ LUIS ARANGUREN, *Propuestas morales*.)

«Decálogo de la disponibilidad:

1. *Sonríe siempre, aunque no tengas ganas, y estimula tu propia alegría.*
2. *Si tienes que mandar a alguien, hazlo con el respeto y la delicadeza que usarías para ti mismo.*
3. *Que las actitudes de rechazo hacia los demás no sean tu manera habitual de comportarte.*
4. *Sé amable y respetuoso con todo el mundo, especialmente con aquellos que están cerca de ti.*
5. *Evita a los demás todas las malas experiencias que puedas.*

6. *Si te equivocas, sé respetuoso contigo mismo; aprenderás a respetar a los demás.*
7. *Cuando exijas algo a alguien, hazlo de forma serena y respetuosa. El otro es una persona digna.*
8. *Que tus debilidades sean la generosidad y el perdón.*
9. *Mira y valora, por encima de todo, aquello que hay de positivo en los demás.*
10. *Que tu disponibilidad sea por amor y no por odio.»*

(Adaptado de BERNABÉ TIERNO, *Valores humanos*.)

Sentencias finales

«Los altavoces refuerzan la voz, pero no los argumentos.»

(HANS KASPAR)

«No conocerás mi valía mientras no pueda estar a tu lado todo aquello que yo soy.»

(MARAÑÓN)

«No por el hecho de que hayas hecho callar a alguien, implica que lo hayas convencido.»

(J. MORLEY)

«Si la persona no existe por los demás, no se conoce si no es por los demás, y no se encuentra si no es a través de los demás.»

(MOUNIER)

«Respetar es aprender a cultivar la alegría, la estima, la ternura y la buena voluntad hasta el punto de decidir ser feliz cada día, haciendo feliz a los demás.»

(ELLA WEELER WILCOK)

«Cuanto más alto subimos, más nos tenemos que agachar hacia los más

pequeños.»

(CICERÓN)

«El bien de la humanidad parte de que cada uno disfrute al máximo de la felicidad, sin menoscabo de la felicidad de los otros.»

(ALDOUS HUXLEY)

«Debemos relativizar el interés propio, ya que así nos apercibiremos del interés del otro.»

(FERNANDO SAVATER)

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

El valor del respeto se mueve entre el ámbito personal y el comunitario. Por ello propongo, en primer lugar, una reflexión personal. Es bueno valorar individualmente el nivel alcanzado en el respeto. Algunos puntos podrían ser los siguientes:

— Valora las diferencias y semejanzas respecto a las personas que te rodean. ¿Eres consciente de usar agresiones peligrosas (acusar, inculpar...)?

— ¿Has experimentado personalmente agresiones de otros, o maneras constructivas de tratar (valorar, potenciar...)? ¿Cómo te has sentido en cada caso?

— ¿Cómo vives el respeto en la familia?

— ¿Qué entiendes por respetar?

2. El trabajo de voluntario es básicamente grupal; por ello supone un ámbito de reflexión fundamental, ya que en él nos jugamos gran parte de nuestras vivencias:

— ¿Cuáles son los signos que más valoras en la vida de un grupo? ¿Qué es preciso mejorar?

— ¿Cómo funciona el grupo? ¿En la línea de agresiones peligrosas (acusar...) o en la de reacciones constructivas (valorar lo positivo...)?

— ¿Cómo podríamos ir mejorando en la opción de reacciones constructivas e ir abandonando las agresiones peligrosas? Haced propuestas concretas.

— ¿Qué tipo de vivencia se fomenta en el grupo (superficial, conocimiento profundo de las personas...)?

— ¿Es discriminatorio intentar que los demás piensen como yo?

3. A partir del fragmento leído en páginas anteriores, podemos hacer una lectura personalizada o en grupo, de algunos de los aspectos que en él se tratan:

— ¿Nos vemos *retratados* en alguna situación de la historia?

— A fin de justificar le necesidad del respeto, ¿cuál podría ser un argumento válido?

— ¿Cuáles son las posibilidades de acción que hemos alcanzado, y cuáles son las que hay que hacer progresar?

— ¿Advertimos la presencia de contravalores en nuestro grupo?

— ¿Qué valoración hacemos del contenido de los textos para profundizar?

— ¿Conoces otros documentos útiles para reflexionar sobre el tema?

4. Haced una lista de situaciones, que el grupo deberá trabajar, en relación al respeto (ejemplos: darse cuenta de las diferencias individuales, mantener una clima distendido...). Luego, cada uno de vosotros ordenad la lista en orden decreciente de acuerdo a sus prioridades. Posteriormente, dialogad sobre el resultado (más valorado, menos valorado...) y concretad la manera de llevar a la práctica alguna de las situaciones.

5. Como ejercicio para ponerse en el lugar del otro propongo que, personalmente y disimulando la letra, cada uno escriba una dificultad propia en relación a los demás. Las papeletas se mezclan y se reparten sin que nadie deba tener la suya propia. La

papeleta recibida describirá la situación que deberéis asumir, intentando hacerla vuestra y aportando soluciones.

6. Para profundizar algo más en el tema os propongo simular un juicio con todas sus fases y personas que intervienen (juez, fiscal, acusado, testigos, abogado...). El tema podría ser alguno de los siguientes:

   — A la gente buena de esta generación: «En esta generación tendremos que arrepentirnos, no tanto por las acciones malas de la gente perversa, sino por el escalofriante silencio de la gente buena». (Martin Luther King, jr.)

   — A los fanáticos: «Nadie es tan peligroso en política como el portavoz de ideas fijas. O sea, el fanático». (Scondat)

   — A los que detentan el poder: «Imponer condiciones excesivamente duras, es dispensar de su cumplimiento». (Napoleón)

7. A partir de una lista de frases incompletas, que todos debéis completar, se aclaran posturas sobre el tema. Por ejemplo:

   — Si quieres conocer a una persona...

   — Respetar a los demás es...

   — Respetar es aprender a...

   — Cuando no pensamos lo que decimos...

   — La pluralidad es...

   — Lo que es bueno, lo es si...

8. A partir de algún tema polémico, agrupáos según el punto de vista que tengáis. Habrá gente neutra. El objetivo de esta actividad es ver y ser conscientes de nuestras limitaciones de percepción y comunicación. Para ello, cada uno, antes de intervenir en defensa de su postura, hará un breve resumen de lo que previamente se ha hablado.

9. Partiendo de frases y situaciones significativas, sería interesante valorar los cambios de percepción que vamos teniendo sobre las demás personas o situaciones. Podríais empezar diciendo: yo pensaba que... y ahora veo que en realidad...

10. El grupo podría elaborar unos *estatutos del respeto* o un *decálogo*

del hombre respetuoso, como fruto de la reflexión.

Capítulo 9

LA RESPONSABILIDAD

Joana Noguera Arrom

Catedrática de Teoría e Historia de la Educación en la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona. Trabaja en la Facultad de Ciencias de la Educación y Psicología.

1. FIN DE CARRERA

Fue una locura, lo reconozco. A veces pienso que estábamos de vuelta de todo. Pero no, de todo no. Teníamos que aprobar aquellas asignaturas como fuera. Bueno, «como fuera», tampoco. Había que aprobarlas entregando aquellos malditos trabajos que, como siempre, habíamos dejado para el final.

Recuerdo con cariño aquella reunión en casa de Martín. Nos gustaba aquel piso. Martín lo compartía con Sergio y con Maite. Se respiraba un cierto aire de libertad y allí pasamos muchas horas estudiando, hablando, riendo y disfrutando de una etapa tan divertida como constructiva. Con el paso de los años he llegado a pensar que no importaba la carrera, no importaban demasiado los resultados si conseguían, aquellos buenos maestros —que no profesores—, convertirnos en *libre-pensadores*. Es decir, en personas con capacidad de análisis de la realidad, de crítica, de compromiso y responsabilidad.

Sí, la recuerdo con cariño, aunque debo reconocer que también con un poco de *stress*. Sólo nos quedaban veinte días para poder entregar el último trabajo. Nuestro proyecto, como siempre, había sido más imaginativo que práctico. Más brillante que realizable. Ahora comprendíamos la sonrisa dulcemente irónica de la profesora cuando lo presentamos.

Pero decidimos «coger el toro por los cuernos». Nos reunimos en casa de Martín y nos repartimos el proyecto. «Tú te encargas de las entrevistas.» «Tú te lees los artículos y le das el resumen a Carmen para que pueda dibujar los gráficos en su ordenador.» «Carlos, tú te encargarás de ir recopilando toda la información para hacer ya, el trabajo final.» «¿De acuerdo?» Todos asentimos.

Durante quince días no nos vimos. No nos hablamos por teléfono. No vivimos. Recuerdo que todos tuvimos la sensación de que dedicábamos cuerpo y alma, a una parte de lo que devendría un todo del cual nos sentimos orgullosos.

Habíamos acordado volver a vernos en casa de Martín, el día antes de la entrega del trabajo. Carlos nos mostraría el trabajo finalizado y, si acaso hubiera alguna pequeña corrección, la haríamos a lo largo de aquella tarde.

Llegué a las cuatro menos cuarto. Carlos aún no había llegado. Charlamos y explicamos las anécdotas divertidas o chocantes de nuestra parte del trabajo. El que más contaba era Martín. Algunas de sus entrevistas habían sido realmente divertidas.

Tras una hora de risas y chascarrillos, la preocupación apareció cuando Maite, más

audaz o más impaciente, lanzó la pregunta que nadie osaba hacer: *¿alguien sabe por qué demonios no llega Carlos?* Momentos de pánico: sin Carlos no hay trabajo, y sin trabajo... «Tranquilos», dijo Martín. «Sí, sí...», afirmé yo. Y nos miramos sonriendo pensando que así conseguiríamos esconder «el puro canguelo» que nos había entrado en el cuerpo.

Tras unos minutos de comentarios tranquilizadores y sonrisas paternales, nos lanzamos en tropel hacia el teléfono. «¿Quién tiene el número de Carlos?» «¿Dónde está mi agenda?» «¡Eh! que ese es mi bolso. ¡Quita!» Alguien atinó a coger el teléfono y alguien se serenó lo suficiente para dictar el número. Es Martín quien habló:

—Hola, soy Martín. ¿Puedo hablar con Carlos, por favor? —Martín sonríe y todos sonreímos. De repente, el rostro se le ensombrece y a todos nos da un vuelco el corazón.

—¿No está? ¿Cómo que no está? —el exhabrupto ya está hecho. Martín intenta mantener la compostura.

—Ya... así que se ha ido unos días a esquiar... —todos nos quedamos *patidifusos*. ¡Se ha ido a esquiar! ¿Cómo demonios se ha atrevido a largarse cuando...?

—¿Y no le ha dejado ningún sobre? —la esperanza renace...

—Ya... ¿Tampoco ningún disquete? —de nuevo aguardamos al borde del colapso nervioso.

—Muy bien, muy bien. Gracias. Adiós, buenas tardes.

—¿Cómo qué «muy bien, muy bien»? —espeto desesperado. —¿Y el trabajo qué?

—El trabajo se ha ido a hacer gárgaras, por no decir otra cosa.

Maite, como siempre, ha dicho el pensamiento que todos teníamos.

Aquella noche volvimos a casa desazonados. Mañana hablaríamos con la profesora. Le pediríamos una moratoria pero no le explicaríamos la verdad. La responsabilidad de no entregar el trabajo a tiempo, recaía sobre todo el grupo. Al igual que el trabajo, la responsabilidad es compartida.

Al día siguiente nos vimos en clase. Estábamos en el pasillo, antes de entrar. Fumábamos unos pitillos pero apenas hablabamos. Todo el esfuerzo había servido para bien poco. Teníamos la asignatura suspendida, de eso no había duda. Apareció la profesora y al vernos, se dirigió hacia nosotros.

—Por cierto, una manera poco ortodoxa, pero ciertamente original. Cuando os vaya bien —añadió con ironía— me entregáis el original. Los gráficos no se leen bien en el fax que recibí ayer noche.

«¡Por fax!» Nos mirábamos incrédulos. Carlos había enviado el trabajo por fax

directamente al despacho de la profesora el día anterior. ¡Tan pronto lo viéramos, le estrangularíamos con nuestras propias manos! Pero el trabajo había llegado a tiempo. Carlos había sido responsable de su parte.

Aprobamos la asignatura y, pese a que la nota no fue nada espectacular, creo que aprendimos algo: a confiar en alguien cuando se hace responsable de algo.

2. CONTENIDOS DEL VALOR RESPONSABILIDAD

La característica diferencial de la persona, del ser humano, es la responsabilidad.

Ningún otro ser del mundo es capaz de ser consciente y poder entender aquello que él mismo es, qué significan las cosas del mundo y cuál es el significado de cuanto acontece a su alrededor.

El ser humano puede reflexionar y así, intentar comprender. Pero además, puede *decidir* hacer algo que juzgue como bueno, como orientado a un valor. En consecuencia, podemos decir que cada ser humano es un *sujeto moral*.

Podemos relacionar la *responsabilidad* con la palabra *firmeza*. «Es una persona firme» decimos de aquel en quien podemos confiar en su sinceridad, honestidad, coherencia; es decir, por su responsabilidad.

2.1. La responsabilidad como respuesta

La palabra responsabilidad, etimológicamente, expresa con claridad el significado del concepto; lo que entendemos por *ser responsable*.

Es responsable aquel que *responde*. El ser humano, a diferencia de cualquier otro ser, puede hablar, explicar y justificar los actos que ha realizado con libertad; puede dar razón de ellos. El ser humano es responsable porque es libre y, a su vez, la libertad humana se fundamenta en la responsabilidad moral, es decir, en la capacidad de la persona para conocer el bien, los valores y, además, poderlos vivir y practicar.

- ***Respuesta ante la propia conciencia***

La respuesta, la justificación de los actos propios empieza por dirigirse hacia el propio

sujeto. Nace y va dirigida a la *propia conciencia*, la cual es el juez más importante.

- ***Respuesta ante las otras personas***

Pero la persona responsable no es la que sólo busca justificar su vida ante sí mismo, sino que la responsabilidad le hace dirigirse hacia los demás.

Una respuesta va dirigida a otra persona.

La responsabilidad es el punto de salida de uno mismo hacia los demás y hacia sus necesidades.

Una respuesta es una *reacción* a un estímulo del exterior. Pero la respuesta responsable no es espontánea e incontrolada, sino que surge de un juicio valorativo; aquel que es capaz de dar respuesta, es quien no permanece indiferente, quien no queda insensible y paralizado ante las injusticias y las incongruencias del mundo; aquel quien, ante las debilidades y las necesidades, *se da* rápidamente para intentar equilibrar el desorden.

La respuesta responsable se da especialmente ante las necesidades de las otras personas; éste es el sentido de la mano tendida en actitud de *ayuda* dirigida a aquel que, en compañía, podrá superar su mal momento.

Respuesta que será, por ejemplo, el esfuerzo en mejorar una relación vecinal, en el trabajo, en la ciudad, en el grupo, en la familia, o en cualquiera otro ámbito de la convivencia.

La respuesta es la materialización de la apertura del propio yo. Lo es en la comunicación y en la comprensión de las situaciones y vivencias de aquellos con los que puedo entrar en diálogo y colaboración.

La respuesta radical de la persona que profundiza en el sentido de la responsabilidad, lo conduce a la comprensión, a la valoración y, por tanto, a la protección de todas las personas, así como los bienes culturales que han ido tejiendo a lo largo de su historia y que son la expresión y la manifestación de las posibilidades humanas.

De esta manera, la persona responsable respeta y dialoga con cualquier cultura, con las características diferenciales que es capaz de aceptar, siempre y cuando no entren en conflicto con los valores humanos universales.

- ***Respuesta al mundo y a la naturaleza***

La respuesta responsable también va dirigida al mundo, a la naturaleza, a la Tierra —donde arraigamos—, hasta el orbe planetario; esta Tierra, que es la casa de todos, que hemos recibido en herencia y debemos proteger para dejarla en condiciones de habitabilidad y recursos a nuestros descendientes.

No podemos ser indiferentes a la degradación que sufre la naturaleza. Debemos dar explicación a cómo hemos tratado el planeta, qué hemos hecho de sus aguas antaño transparentes, del aire puro, de la frondosidad de sus bosques, de la diversidad de los seres que lo pueblan, de la belleza de sus ciudades y, sobre todo, de las condiciones de los seres humanos que lo habitamos.

En resumen, podemos afirmar que aquel que se aísla en sí mismo, acaba sumido en la soledad y la tristeza.

Aquel que *responde* a la alegría, a la tristeza, a la inquietud de los demás, acaba encontrando el compañerismo y la felicidad de los que comparten. Y no sólo eso, sino que además acaba comprendiendo que la plenitud del ser persona no radica en tener muchas cosas, sino más bien en ser auténticos y en la propia donación.

Entender la vida de forma responsable es abrirse a los demás, es ser *corresponsable* con aquellos que forman la cordada que empuja el mundo hacia una realidad mejor.

2.2. Por un mundo responsable

¿Os imagináis cuán magnífico sería vivir entre personas auténticamente responsables?

El mundo estaría constituido por personas que, por ejemplo, serían responsables al conducir. Sabrían cuáles pueden ser las consecuencias de una mala conducción y procurarían no exceder nunca el límite de velocidad. No hablarían ni se distraerían para evitar accidentes y así poder reaccionar con prontitud ante cualquier situación inesperada. De esta manera, se evitarían muchas muertes y accidentes graves.

El mundo estaría constituido por personas que, por ejemplo, al ir de excursión serían responsables y no encenderían fuego. Así evitarían el riesgo de incendio. Tampoco tirarían basuras ni desperdicios en el agua, ni en el suelo. Las basuras ensucian y contaminan. De esta manera tendríamos bosques verdes y aguas limpias.

Podríamos alargar indefinidamente esta lista. Vamos a ver ahora cómo sería un mundo responsable en el ámbito de la familia, del trabajo, del estudio, en la vida asociativa y en la diversión y en el ocio.

- ***Responsabilidad en la familia***

Se habla de paternidad responsable. Pero no es ésta la única expresión de la responsabilidad familiar. La responsabilidad auténtica hace referencia, no sólo a la planificación responsable del nacimiento de los hijos, sino también a la entrega amorosa continuada, y a la ayuda y orientación que exige su educación.

La responsabilidad en la familia radica en la respuesta de afecto, sinceridad, compromiso y amor entre sus miembros, que proporcionan la fuerza ante las dificultades. La responsabilidad familiar se da en la corresponsabilidad en las tareas domésticas, en los proyectos y empresas comunes, y allí donde se comparten los sentimientos y los problemas de cada uno de sus componentes.

La familia, siendo responsable, no permanece cerrada en sí misma, sino que está abierta al vecindario, a la ciudad y a las realidades que la circundan.

- ***Responsabilidad en el trabajo***

Entender el trabajo de forma responsable significa asumir los objetivos sociales que éste comporta.

Consiste en considerar que el trabajo no es sólo la manera digna de ganarse la vida, sino la respuesta del esfuerzo de cada persona a la comunidad, a la sociedad.

En una sociedad así, en que el trabajo es interpretado de esta forma, no tendrían lugar las pérdidas de tiempo innecesarias, ni las rebajas en el esfuerzo, ni el falsear los logros conseguidos.

Y, entre todos, el trabajo sería más rentable, más efectivo y más beneficioso.

- ***Responsabilidad en la vida asociativa comunitaria***

Las personas responsables, en tanto que pertenecientes a una comunidad de vecinos, se sentirían responsables del mantenimiento, de la conservación e, incluso, del embellecimiento de las viviendas y del barrio.

Igualmente reaccionarían con rapidez ante los problemas de su entorno y el de sus vecinos más cercanos. Serían personas sensibles a los problemas de la ciudad y contribuirían a dinamizar su nivel cultural, social y moral.

Personas que no se quedarían indiferentes, tampoco, ante las imágenes que los medios de comunicación nos presentan sobre los grandes problemas del país, o que afectan a seres humanos de cualquier país del mundo.

Intentarían colaborar para hacer disminuir las incomprensiones y buscarían vías de solución.

- ***Responsabilidad en el estudio***

Responsabilidad en el estudio significa que éste se considera una respuesta que nos llevará a estar preparados para un trabajo futuro, que nos permitirá contribuir a la construcción de una sociedad progresiva en calidad. Es, también, la respuesta a todos los seres humanos que nos precedieron en el tiempo y nos han dejado un legado cultural, del cual podemos disfrutar y que, merced a nuestra capacidad creativa, podrá continuar avanzando de forma cada vez más humana.

- ***Responsabilidad en la diversión y en el ocio***

Significa que es necesario conservar el control suficiente en cualquier situación. Supone compartir la alegría con los que están más solos, no degradar el medio ambiente en las excursiones... y, en fin, aprovechar el ocio como el mejor medio de comunicación y enriquecimiento cultural y personal.

Podríamos seguir enumerando y no acabaríamos la lista de ejemplos de conductas responsables, porque la responsabilidad afecta a todos los tipos de situaciones en las que nos encontremos.

La vida humana es una resonancia continua de un ser que es consciente y que, al estar abierto a los demás, puede ser transparente en su obrar, porque ha intentado estar de acuerdo con aquello que todos consideramos valioso. Por la responsabilidad entra el ser humano en la vida comunitaria donde, no sólo es un individuo, un *yo*, sino que forma parte de un *nosotros* que se siente unido por la referencia común a unos valores.

Las propuestas para un actuar responsable no son propuestas ornamentales, o para que queden enunciadas como proyectos idealistas que podrán seguir sólo unos pocos, ingenuos. Todo lo contrario. El responsable, como ya sabemos, es la persona fuerte, capaz de superar la tentación fácil y hacer lo que es debido.

2.3. ¿Os imagináis un mundo no responsable?

No se precisa mucha imaginación. Casi todos los males que sufrimos vienen de la falta de responsabilidad. De la falta de responsabilidad en la familia, de la carencia de respuestas de afecto y comunicación, de la ausencia de compromiso en el amor; de todo ello provienen tantos problemas de niños y jóvenes, que se encuentran faltos de raíces, sin poder confiar en nadie y que, por ello, quedan cortados en sus posibilidades de crecimiento personal. Y por qué no hablar también de la desolación de aquellos que se sienten engañados en lo más íntimo y profundo, en el amor. O cuando la falta de responsabilidad se da entre los que gobiernan, cuando no dan respuesta a las necesidades y derechos de todos y cada uno de los ciudadanos a los cuales representan; cuando no atajan la crisis económica o evitan la incorrecta administración de los bienes públicos, dejando que beneficien a unos pocos. De la falta de responsabilidad en el trabajo, en los negocios, en la vida ciudadana, en la conducción y circulación viaria, en el ocio y diversión, en el uso de los medicamentos, en la organización de la propia vida, el estudio, el trabajo o la convivencia, provienen los desastres de los que tenemos noticia diaria en los medios de comunicación.

Muchas acciones irresponsables son castigadas por la ley. Pero hay muchas que se pueden *camuflar*.

Pocas veces, en cambio, son noticia los actos responsables. Acaso porque constituyan la normalidad de la vida humana. O quizás también porque nos hemos acostumbrado a vivir con la conducta habitual, responsable y generosa de todos aquellos que, por ser así, son el sostén de la vida colectiva. Padres, hijos y hermanos que se dan amor, ayuda, alegría mutuas. Profesionales que realizan su trabajo con ilusión y responsabilidad. Personas que llevan adelante las asociaciones y las actividades colectivas. Todas ellas no tienen otro premio que sentirse libres de sí mismas, porque consiguen llegar a ser personas responsables.

3. TEXTOS

He aquí una traducción libre del poeta catalán Joan Maragall i Gorina, referente a la libertad responsable.

«Si quieres una vida buena
no te lamentes nunca del pasado:

empieza siempre a rehacerte
como si acabaras de nacer.
Tu deber de cada día
el día te lo dirá:
complácete en aquello que hagas
y ama lo que el otro hará.
No sientas odio hacia nadie...
y deja a Dios hacer más que tú.»

Añade:

«Sigue tu curso en la vida
como los astros en el espacio:
sin prisa, a tu medida.
Mas también sin parar».

Porque:

«...quien de sí mismo no es dueño
será siempre servidor».

La responsabilidad, como respuesta, surge en último término del amor, y es en este punto donde se llega a la más alta responsabilidad. Así lo dice el mismo poeta:

«Cuando uno ama, el deber es sólo
lo que uno se manda a sí mismo».

Un amor que entra en armonía con el universo:

«Me place ver, entrada la primavera,
cómo las plantas, sin que nadie les
diga nada, cumplen con su obligación».

El poeta, en el *Canto a los jóvenes* los estimula a esforzarse por un mundo mejor, orientándolos hacia los valores y así les dice:

«Cuando veamos que el día despierta

alzaremos, cantando, el vuelo.
Como pájaros nos alzaremos
batiendo el aire en nuestro volar...».

Lo cual nos llevará a la verdadera alegría:

«Hasta que el sol, viéndonos en lo alto
nos vestirá con luces de Fiesta»

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

La responsabilidad implica llevar a cabo el compromiso que uno ha adquirido. En la historia del principio, ¿crees que Carlos se comporta de forma responsable? Procura valorar todos los factores incidentes en la historia.

2. Ser responsables nos hace fiables a los ojos de los demás. Sin embargo eso no siempre es posible. ¿Notas a faltar en tus amigos esa confianza que da la responsabilidad? ¿Lo notan a faltar ellos en ti?

3. La responsabilidad afecta también a nuestro entorno. Degradar el medio ambiente es un acto irresponsable. Piensa en cómo combinar una responsabilidad ecológica, con el respeto al desarrollo de todos los pueblos. Sé realista y huye de dar «grandes e imposibles soluciones». Empieza por cosas pequeñas.

4. Piensa en aspectos prácticos de la vida donde la responsabilidad daría buenos frutos. Te pongo un ejemplo: la conducción. ¿Eres responsable con tu vida y con la de los demás cuando conduces? ¿Crees que la mayoría de conductores lo son?

5. Una casa da mucho trabajo: la ropa, la comida, la previsión de los pagos, el alquiler, el mantenimiento. ¡Todo es trabajo!, pero... ¿nos responsabilizamos de él? Piensa que, a menudo, *ayudar* no es suficiente. Lo que realmente se necesita es compartir la

responsabilidad. ¿Te haces responsable de una parte del trabajo que se genera en tu casa?

6. La responsabilidad en el mundo laboral implica saber que, de mi trabajo, dependen como mínimo, buena parte de mis compañeros. Mi trabajo forma parte de un producto social. La responsabilidad no sólo repercute en la relación trabajador/empresa, sino que afecta a toda la sociedad. ¿Has pensado cómo combinar la responsabilidad en el trabajo con la conciencia de justicia laboral?

7. En tu barrio o en tu pueblo seguro que notas a faltar algunas cosas. Quizás sean actividades, acaso sean equipamientos. Todos podríamos sugerir mejoras. Más zonas verdes, más colegios, más centros de atención sanitaria. Sin embargo, ¿somos responsables en el mantenimiento y conservación de los que ya tenemos? Piensa en ello.

8. También es importante ser responsable en los estudios. Todos habremos podido comprobar que, cuando nos responsabilizamos de una asignatura, aprobamos. Es un esfuerzo que da resultados, casi siempre. Pero, ¿cómo combinarías tu responsabilidad en la asistencia a clase, con la solidaridad en prestar tus apuntes a quien no ha aparecido en todo el curso y te los pide?

9. La ley pena ciertas acciones irresponsables. Sin embargo, muchas otras quedan camufladas. La responsabilidad implica sentirse consciente y de acuerdo al cumplimiento de las leyes aprobadas. Pero, ¿cómo decidir cuando una ley entra en conflicto con tu manera de pensar? ¿Qué sería entonces ser responsable? ¿Serlo contigo mismo, o serlo con la sociedad? La respuesta no es fácil. Piensa en ello.

10. Por último, dedica unos minutos a pensar en positivo: la responsabilidad no es una carga pesada, es una fiabilidad constante. La responsabilidad no nos hace vulnerables, nos hace firmes. La responsabilidad no nos obliga, nos guía. ¿Aprecias la diferencia entre unas cosas y las otras?

Capítulo 10

LA SOLIDARIDAD

Eduard Romero Pedra

Licenciado en Filosofía.

1. NO SABÍA DÓNDE ESTABA

Debo reconocerlo: no sabía dónde estaba exactamente aquel país. Sí, es cierto que lo había estudiado hacía ya sus buenos años, pero la verdad, lo único que era capaz de recordar era que estaba en África. De repente, tuve la necesidad de saber con exactitud cuál era el lugar que ocupaba en el continente africano. No dudé más, desplegué un mapa del mundo y busqué con interés la ubicación de aquel país.

Resultó ser un país pequeño, no mucho más grande que Galicia o Cataluña. Rodeado de vecinos conflictivos y no siempre amistosos. Azotado por la guerra, el hambre y ahora, como si la naturaleza no tuviera bastante, agotado por una epidemia medieval: el cólera. África, continente que lo es sin saberlo, ha sido obligado a pasar de una cultura, de una economía y de unas posibilidades del neolítico, al capitalismo neoliberal más salvaje. En este cambio sin transición, en esta transformación que exige inmolar a aquellos con menos fortuna, se encuentra el pequeño estado de Ruanda.

Las noticias de los periódicos y los reportajes televisados se sucedían uno tras otro. Centenares, miles de personas estaban en auténtico peligro de muerte. Y los niños; los niños blancos y negros, amarillos, rojos o de cualquier otro color que la naturaleza pudiera inventar; los niños, los grandes inocentes de todas las calamidades provocadas por el hombre, malviven, sobreviven a duras penas, sin futuro, con una mirada grande y absorbente como aquel que, sediento, pretende beber del agua de la vida con una simple mirada.

¿Qué hacer? ¿Qué puedo hacer? Tan sólo tengo una cosa clara: ¡no puedo permanecer sin hacer nada! Además, como dijo un gran pensador: «nada del hombre me es ajeno».

Pero el problema todavía está sin solución. Y es que no todos somos héroes y no sólo eso, sino que algunos de nosotros hemos tejido ya nuestro entorno de manera que somos responsables de las vidas de nuestros hijos, de nuestros compañeros de estudios o trabajo, de nuestra pareja o de nuestros amigos. ¿Dejarlo todo y acudir allá donde siento que me necesitan? No lo puedo hacer: correría a ayudar a unos, a la vez que dejaría abandonados a todos aquellos que confían en mis conocimientos, en mi participación cotidiana, en mi capacidad de querer y ser querido.

Entonces, ¿por qué esta necesidad imperiosa de actuar, de no quedarme inmóvil e insensible? De repente creo haber encontrado una solución, pese a que intuyo que pueden haber otras muchas. Por lo menos, hay una por cada persona del mundo que se inquieta cada vez que alguien sufre, cada vez que alguien es tratado con injusticia.

¡Ya lo sé! Empezaré con un pequeño gesto. Pequeño si pretendiéramos abarcar toda la magnitud de la tragedia, pero grande para una economía sencilla como la mía: daré algún dinero a cualquiera de las organizaciones que gestionan la ayuda internacional hacia Ruanda. Esto, me comprometo a hacerlo siempre que pueda y mientras dure la necesidad. El primer paso está hecho, pero —y reconozco que es una manía personal— el dinero es demasiado impersonal, yo necesito sentirme más implicado, necesito sentir que mi ayuda tiene un aspecto más humano, más directo. No hay nada como la relación persona a persona, nada hay como sentir la estima, el respeto, la necesidad mutua.

Quizás no haya que ir demasiado lejos de casa para ver necesidad, injusticia social, la falta de oportunidades para los más jóvenes, para los mayores, para los necesitados, para todas aquellas personas que nos piden algo fácil y, a la vez, tan caro de donar: *un poco de nuestro tiempo*.

Bien, estoy satisfecho. No en grado óptimo, ya que no ignoro que mi contribución no es más que un gesto pequeño y humilde, nada espectacular, anónimo y, en realidad, de escasa importancia. Pero cuando pienso en ello, me doy cuenta de que aquel que da una parte de lo que tiene, da algo mucho más importante que aquel que regala la mitad de lo que le sobra. Me estoy moviendo, no permanezco en un inmovilismo apático y mi sensibilidad está en plena forma. Y todo ello me hace sentir vivo, pletórico de fuerza y energía. ¡*Necesito a las personas y, quizás, hay personas que me necesitan*!

2. CONTENIDOS DEL VALOR SOLIDARIDAD

2.1. ¿Hemos hablado de solidaridad?

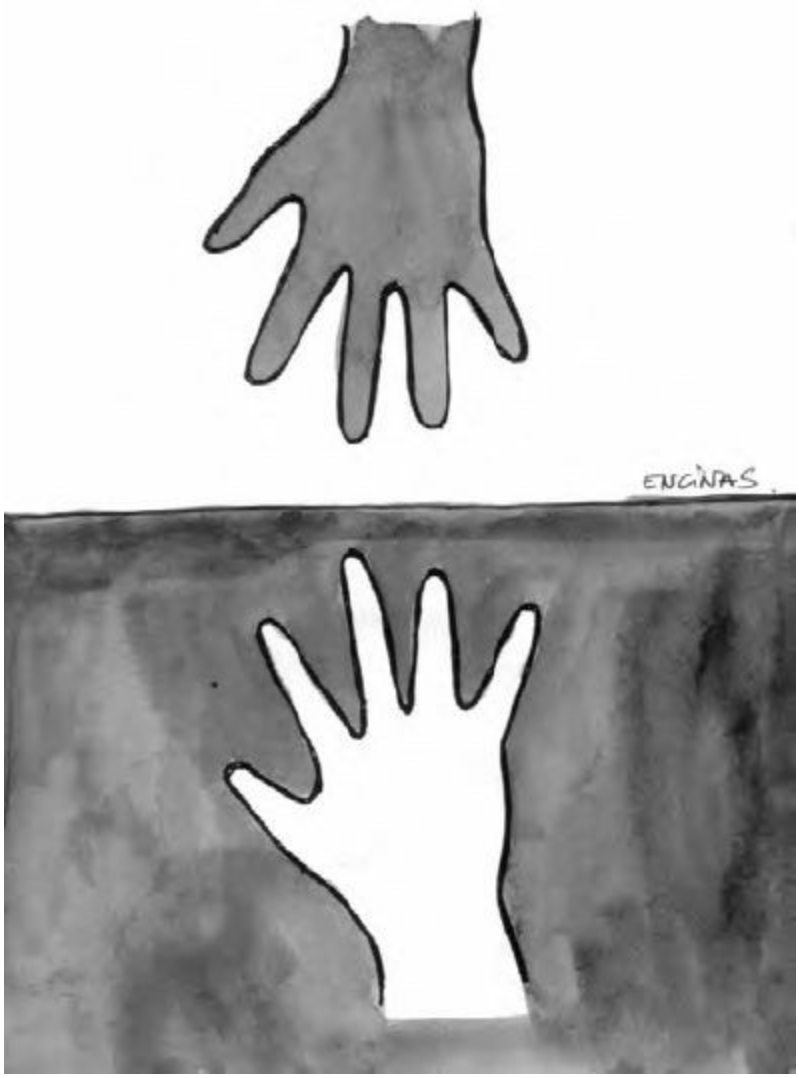
Hay algo en este pequeño relato, que habla de una palabra no pronunciada: *solidaridad*. Pero, ¿de verdad hemos hablado de solidaridad? Yo creo que sí. Podríamos empezar intentando definir qué entendemos por *solidaridad*.

Dice la definición de un diccionario: «Solidaridad: relación de *fraternidad*, de *camaradería*, de *recíproco sostenimiento*, que ata a los diversos miembros de una comunidad o colectivo, en el sentido de pertenencia a un mismo grupo y en la conciencia de un interés común».

He remarcado unas palabras que me parecen clave de bóveda para entender qué queremos decir cuando hablamos de solidaridad: *fraternidad*, *camaradería*, *recíproco sostenimiento*. Ahora bien, intentemos huir de las definiciones académicas y acerquemos un poco más el significado profundo de estas palabras a nuestras vidas cotidianas.

Una relación fraternal la sentimos hacia nuestro hermano, hacia aquellos amigos más queridos, incluso hacia aquellas personas que comparten una parte de nuestras ideas. Sin embargo, y de una manera más generosa, una relación de fraternidad la podemos sentir hacia aquellas personas por las cuales tenemos sentimientos de estima, ya sea a causa de que sufren, o acaso porque son tratados injustamente, o simplemente porque sabemos que necesitan de nuestra atención, de nuestro interés desinteresado. Y con ello, ¿no hemos abierto mucho más el abanico de posibilidades? Creo que sí. Continuemos, pues, acercando esas palabras hacia la parte más sensible de nuestro ser, intentando despertar nuestra sensibilidad adormecida.

Necesitamos a los demás, de eso no hay duda. Lo sabemos de la misma manera que reconocemos nuestra existencia, nuestra capacidad de querer, nuestra sensibilidad. Necesitamos una pareja que comparta momentos en nuestra vida, aquel amigo que llena de sentido los silencios de nuestro corazón. Necesitamos a los compañeros de juerga que nos hacen sentir vivos y alegres como una chispa. Os necesitamos, padres, que nos habéis dado la vida; os necesitamos a vosotros, hijos, que nos demostráis que la vida, a pesar de todo, continúa siendo un milagro difícil de explicar. Y si necesitamos de tanta gente, quizás es que hay muchas personas que necesitan de nosotros. Esta me parece una idea razonable, aunque nos atengamos, tan sólo, a un principio de reciprocidad. Quizás sí exista un sostenimiento recíproco entre las personas, aunque sólo fuera entre aquéllas que comparten lazos cercanos.



¡Pero seamos más generosos! Podemos también pensar, sin mucho esfuerzo, que existe un importante colectivo de personas a las cuales no conocemos, que necesitan de nuestra voluntad, de nuestra capacidad de trabajo, de nuestro saber escuchar, que necesitan el caudal de energía que a menudo desaprovechamos por no saber hacia dónde dirigirlo. Y este pensamiento vivo es, sin duda, *principio de toda solidaridad*.

Habrá alguien, quizás, que pregunte decepcionado: *¿La solidaridad es un sentimiento positivo hacia personas que son perfectos desconocidos para mí?* Sin duda, a algunos de nosotros nos resultará muy difícil obligar a nuestro corazón a tener tales sentimientos.

A lo cual respondería sin dudar: *No nos preocupemos todavía por definiciones. Siempre hay más de un camino para llegar a la meta*.

La solidaridad puede surgir de un sentimiento; ¡qué bueno sería que todos lo tuviéramos! Pero sin duda, también puede llegar a partir de una acción de nuestra voluntad intelectual. Pertenecemos al género humano y, como tales, nuestra capacidad

intelectiva percibe que nuestro entorno es mejorable. Parece ser que, aquellos que deberían hacerse cargo de la mejora no dan abasto, o no pueden, o no quieren, o no saben cómo hacerlo. ¡No me importa! ¡Contad con nosotros! Contad con una parte, grande o pequeña, de nuestra vida. Queremos mejorar nuestro entorno; queremos que, al mismo tiempo, esta mejora suponga un aumento en la calidad de vida de todas las personas del mundo.

Entonces, alguien añadirá con tristeza: *¡Caramba! Todo eso está muy bien, pero nuestras fuerzas son realmente limitadas y, a menudo, débiles*.

Parece que este último comentario nos haya hecho aterrizar de una forma más bien brusca. Una corriente de desánimo planea sobre nuestras cabezas cuando, de repente, alguien que ha estado pensando una respuesta adecuada exclama: *Pues bien, contad con nosotros en la medida en que podamos dar, en la medida en que podamos sentirnos solidarios con nuestro entorno*.

Si tu entorno es el barrio, bienvenida la solidaridad. Si es nuestra ciudad, bienvenida la solidaridad. Si es tu país, si son todos los países del mundo, si es todo el género humano, bienvenida, solidaridad.

No hay solidaridad pequeña, ni menos importante, porque no hay un hombre más pequeño que otro, no hay un hombre menos importante que otro. Cuando escuchamos, cuando acompañamos, cuando donamos, cuando trabajamos sin afán de lucro, no importa si el beneficiario es uno, o muchos. No tiene importancia la cantidad de tiempo o de esfuerzo que donamos.

Quizás ahora sí haya podido explicar claramente la solidaridad, y aquel mismo amigo que antes parecía desanimado, sonríe y exclama:

¡La solidaridad es realmente sencilla!

2.2. Entonces, ¿qué podemos hacer?

Algunos de mis amigos, al igual que yo, trabajan y estudian. También hay quien vive en pareja, incluso algún pequeño chiquillo llena la casa de ruido, alegría e... ¡impaciencia! Hay otros que sólo trabajan. ¿Sólo? A duras penas gozan de tiempo libre. También tengo amigos que no trabajan, pero que buscan, aquí y allá, para encontrar algún trabajillo, a menudo mal pagado, demasiado a menudo en condiciones que se acercan al abuso. Y todos, todo el mundo, tenemos un elemento en común que nos hermana en un grupo heterogéneo: *la falta de tiempo libre*.

Prestemos atención a la pregunta que encabeza este apartado. ¿La hemos leído? Perfecto. Entonces si damos por supuesto que no deseamos permanecer inactivos, el

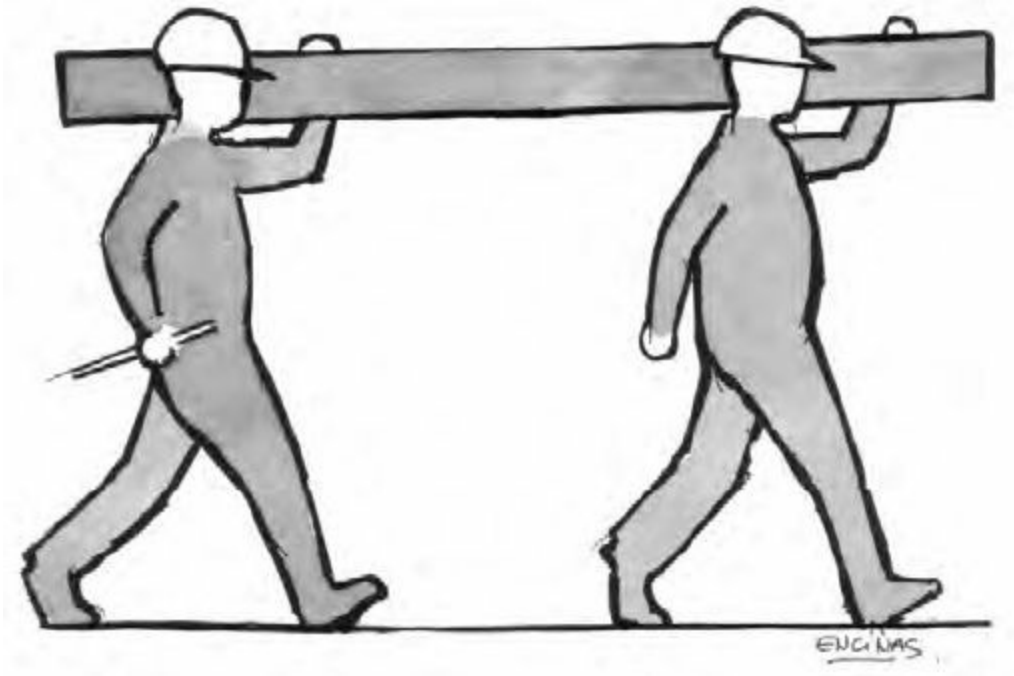
¿qué puedo hacer? es la cuestión que hace falta averiguar. No nos engañemos, nuestra interpelación no puede empezar por un *¿cómo podría hacerlo?*, ni por un *¿seré capaz de hacerlo?*

¡Por supuesto que podemos hacerlo! Estaremos más o menos cansados. Disfrutaremos de tiempo, o apenas tendremos. Viviré en casa de mis padres y seré un estudiante, o ser una mujer casada y que trabaja,o acaso aquel que busca el primer trabajo y todavía no lo ha encontrado. No importa, todos podemos encontrar aquellos espacios de tiempo, todos podemos encontrar, al final de un largo día, o de una larga semana, todavía unos restos de energía.

De verdad que la solidaridad es sólo una cuestión de tiempo. ¿Y por qué? Porque es el valor más apreciado en nuestra sociedad. Es el más escaso, el más caro y, paradójicamente, el más fácil de dar. Puede ser solidario el estudiante, el hombre y la mujer trabajadores, el político, el sacerdote, la gente joven y la gente mayor. *¡Todos podemos ser solidarios porque todos tenemos algo de tiempo y energía para dar a los demás!* Si tenemos clara esta idea, aquella cuestión que al principio parecía tan complicada, tan sólo es una incógnita de fácil resolución: tanto si he llegado desde un sentimiento, como si he elaborado un complejo entramado intelectual; tanto si tengo mucho tiempo como si apenas tengo, estoy en disposición de ser solidario. Ahora sólo me falta saber: *¿Cómo podemos ser solidarios?*

Tengo una amiga a quien le preocupaba que en muchas partes del mundo existieran presos de conciencia, presos encarcelados a causa de sus ideas y de sus creencias. Un buen día, leyendo un periódico, supo de una organización que, entre muchas otras cosas, se dedicaba a solicitar la libertad de aquellos hombres y de aquellas mujeres. Sin dudarlo, se puso en contacto con la organización. Desde hace ya mucho tiempo colabora en un pequeño gesto: escribe cartas, en tono firme, pero a la vez educado y cortés, a aquellos gobiernos que aún consideran que hay ideas peligrosas. Y este pequeño gesto se junta con cientos, acaso miles de cartas que proceden de tantos escritores anónimos.

Otros amigos dan su tiempo en una organización que atiende, de forma anónima, a aquellos que se sienten solos, que sienten angustia, que no tienen a nadie a quien explicar sus penas, sus preocupaciones. Son la voz amiga; amiga y anónima. Qué paradoja, ¿verdad? Conozco a gente que escribe, que dibuja, que administra, que acompaña, que cura, que enseña, que limpia, que ayuda a mejorar el entorno. Cualquier cualidad es aprovechable, cualquier saber se puede compartir, cualquier habilidad es útil. Tan sólo hay que ponerse en manos de aquéllos que saben dónde te necesitan a ti, que sabes pintar y dibujar; aquéllos que saben a quién hace falta animar; tú que tienes práctica en escribir; aquéllos que saben qué hace falta administrar, ordenar; a quién hace falta curar o enseñar; quién necesita que le acompañen, que le hagan aquel pequeño encargo que él o ella no se ve capaz de llevar a cabo.



Si has llegado a este punto del capítulo y todavía no lo has cerrado, aburrido; si sientes curiosidad o, sencillamente, te sientes interpelado, ¡pregunta! ¡Ponte en contacto con quienes puedan informarte! Tu solidaridad, que no es pequeña ni grande, que sencillamente es, espera impaciente a que empieces a donarla. ¡Hay tanto por hacer! Y seguro que, cerca de ti, hay alguien que te dirá dónde informarte. ¡No lo dudes más y... pregunta!

2.3. ¿Soy solidario o no lo soy?

El otro día, sin quererlo, oí una conversación entre dos personas. La cola era larga y todos permanecíamos en ordenada y paciente hilera. Aquellas dos personas, que esperaban como yo su turno, parecían preocupadas o, por lo menos, una de ellas. La otra, con gesto impaciente, aleccionaba a su compañero:

—Lo más importante es preocuparte de los tuyos y déjate de tonterías.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero siempre encuentras algo de tiempo para dedicarte. No creas que... —y el hombre serio le interrumpió con autoridad.

—Mira, Juan. Yo también he pasado por estas inquietudes que tú ahora tienes. Son muy bonitas, pero... *la solidaridad bien entendida, empieza por uno mismo*.

¿De verdad lo creéis? ¿De verdad pensáis que la solidaridad bien entendida empieza por uno mismo? ¡Lo siento, pero no! ¡Por aquí no paso! La solidaridad no se agota en el *uno mismo*. *La solidaridad es alteridad* en estado puro. Siempre es hacia

otro. La solidaridad bien entendida empieza allá donde se acaba el *yo* y empieza el *tú*.

Si creemos que todo gira a nuestro alrededor, no somos solidarios. Si con nuestro bienestar ya tenemos bastante, no somos solidarios. Si no queremos preocuparnos porque, al fin y al cabo, ¿qué podemos hacer nosotros?, no somos solidarios. Si pensamos que queremos lo mejor para nuestros hijos y olvidamos a los hijos de los demás, no somos solidarios. Si trabajo más horas de las que me tocan impidiendo, así, que contraten a otra persona, no soy solidario.

Si no trabajamos de manera que aquéllos que dependen de nosotros puedan confiar, no somos solidarios. Cuando no presto los apuntes de clase al compañero que ha faltado, por una cuestión de competitividad, no soy solidario. Cuando dejamos el grifo abierto porque en nuestra ciudad nunca ha habido problemas de sequía, no somos solidarios. Cuando decimos —no importa, yo puedo permitírmelo—, no somos solidarios. Cuando nunca tengo tiempo porque siempre puedo ganar algo más de dinero, cuando pago mal a mis trabajadores, cuando espero que las administraciones me resuelvan todos los problemas porque yo ya pago mis impuestos, no soy solidario.

¡Y parecía fácil la solidaridad! Lo es y, a la vez, no lo es. Desgraciadamente parece que todo nos empuje hacia la «insolidaridad»: una vida vivida con demasiada prisa, grandes dependencias económicas, el paro, una sociedad competitiva, donde la efectividad juega el papel que a menudo debería jugar el afecto. Es cierto, para qué negarlo. Ser solidario tiene en sí mismo, un importante componente de *nadar contra corriente*; de ser visto, a menudo, como una *especie en vías de extinción*. Quizás, incluso lleguemos a provocar una sonrisa de conmiseración en aquellos que creen que «la solidaridad bien entendida empieza por uno mismo».

Pero no mezclemos los términos: *no ser solidario es fácil, ser solidario es sencillo pero nunca fácil*. Los antivalores de la solidaridad son numerosos y, por esta misma razón, fácil de caer en ellos.

No soy solidario cuando me creo más importante que otro porque tengo más dinero, porque ocupo un cargo de mayor responsabilidad, porque mis pertenencias son más, más bonitas, más grandes. No somos solidarios cuando nuestra ambición pasa por encima de todo, cuando queremos situarnos en una posición ventajosa. No soy solidario cuando creo que aquellos que no tienen trabajo son unos vagos; aquellos que son pobres, se lo han buscado; cuando pienso que el otro siempre viene a mí a quitarme y nunca a dar; cuando estoy siempre a la defensiva ante los demás, cuando soy desconfiado a ultranza; entonces, no estoy siendo solidario.

No soy solidario si creo que el otro no tiene los mismos derechos que yo. Si bien es cierto que no todos somos iguales, no menos cierto es, que todos tenemos los mismos derechos tan sólo por ser personas, por pertenecer al género humano.

Pero, ¿qué significa todo ello? ¿Debo vivir siempre preocupado, amargado ante la

infinidad de problemas, de injusticias, de sufrimiento? Atención, no caigamos en el error. No confundamos el ser solidarios con ser dubitativos, o no ser realistas, o vivir en la inopia.

Porque, también si no soy capaz de disfrutar de la vida con alegría, no soy solidario. Si no somos capaces de vivir con ganas y energía, no somos solidarios. Cuando no me entero nunca de nada y vivo únicamente pendiente de mis necesidades, no soy solidario. Si no somos capaces de transmitir al otro la alegría de vivir, no somos solidarios. Cuando no soy capaz de querer, ni permito que me quieran, no soy solidario.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

Haz un esquema de las actividades que realizas a lo largo de una semana. Analiza las horas y en qué las utilizas. ¿Crees que serías capaz de encontrar espacios para la solidaridad? Háblalo con tus amigos y seguro que, con un poco de imaginación, alguien tiene una buena idea.

2. Haz una pequeña lista de aquellas organizaciones que conoces que trabajan solidariamente para los demás. Procura conseguir el teléfono y la dirección y apúntalo al lado. Discute con tus amigos cuál encontráis más atractiva, o cuál es la que se ajusta mejor a la cantidad de tiempo que podéis dar.

3. Comenta cuáles son aquellas actitudes cotidianas que te parezca que pecan de «insolidarias». Preguntaos si hay una voluntad clara en no ser solidario, o todo viene dado por el tipo de vida que llevamos. Por otro lado, averiguad si estas actitudes pueden ser compensadas de alguna manera. Para empezar, haceos un propósito de cambio sencillo.

4. ¿Creéis que a vuestro alrededor hay cosas mejorables? Si así es, ¿debemos participar para mejorarlas? ¿Debemos escribir quejas y más quejas a nuestro ayuntamiento reclamando una acción inmediata de la administración? ¿Debemos permanecer cruzados de brazos ya que nada podemos hacer? Discute estas respuestas y razona por qué escoges una y no la otra. Procura no caer en la

grandilocuencia o en los imposibles; al contrario, proponte pequeñas metas que estén a vuestro alcance.

5. Intenta recordar si en los últimos años, en todo el mundo, ha habido hechos en los que ha faltado una respuesta solidaria. Piensa en guerras, en hambrunas, pero también piensa en tu barrio, si conoces a alguien que haya sufrido por falta de solidaridad. Explica el caso y, a continuación, propón una solución viable y posible. Piensa en qué tipo de solidaridad plausible hubiera hecho falta.

6. Recoge la lista que hemos hecho antes sobre las organizaciones que trabajan en pro de la solidaridad, y repartíos el trabajo de llamar e interesaos por la actividad que llevan a cabo. No os dé miedo concertar una entrevista. Siempre estaréis a tiempo de decir que no, pero, por lo menos, ¡id a preguntar!

7. Ya hemos visto que la solidaridad *es sencilla, pero nada fácil*. Seguro que conocéis ejemplos directos de personas solidarias. ¿Consideráis que su actitud es *contagiosa?* ¿Vale la pena copiar su ejemplo?

8. He aquí un viejo refrán: «Obras son amores, que no buenas razones». No puede dudarse de la interpretación *solidaria* que se le puede adjudicar. ¿Perdemos el tiempo hablando de la solidaridad en lugar de *perderlo* en hacer solidaridad?

9. Cuando alguien nos pide ayuda y no se la prestamos... Cuando alguien espera nuestra presencia y no se la concedemos... Cuando alguien gime cerca de nosotros y no le oímos... Estas, u otras experiencias posibles, ¿nos dejan *mal sabor de boca*? O, por el contrario, ¿somos tan *duros* que no nos conmueven lo más mínimo?

10. Ahora, para finalizar estas propuestas, os invito a que adquiráis el compromiso de meditar seriamente en los males que aquejan a las gentes de vuestro entorno. A que intentéis ser internamente sinceros y saquéis conclusiones. Si todo ello os impele a ser solidarios, ¡enhorabuena!

Capítulo 11

LA AUSTERIDAD

Manuela Pedra Pitar

Licenciada en Ciencias Eclesiásticas y en Teología por la Facultad de Teología de Catalunya. Diplomada en Psicología por la Escuela de Psicología de Barcelona.

1. EL GRUPO DE AMIGOS

Tal vez nunca se nos haya ocurrido reflexionar sobre la austeridad. Pero también podría ser que, pese a ello, este valor no fuese un desconocido en nuestra existencia. Aun sin haberlo pensado de una forma consciente, podría ser ésta una de esas cuestiones que pertenecen al inconsciente colectivo y que, de una u otra forma, están presentes en la escala de valores que fundamentan nuestra existencia personal, a pesar de que la tengamos tan arrinconada que nos pueda parecer muy lejos de nuestros planteamientos.

Cuando me pidieron hacer este pequeño estudio, lo primero que experimenté fue curiosidad y, a continuación, una interpelación. En primer lugar la palabra: ¿sabía cuál era su significado con exactitud? Bueno, eso era fácil de resolver, porque para estos casos existen los diccionarios. Así que sólo necesitaba consultar el léxico de la lengua. La definición nos dice que la austeridad es la cualidad de obrar y vivir con rigidez y severidad. Mal principio, pensé, no me gusta mucho la palabra *rigidez*. Tampoco me entusiasma la *severidad*.

Se me ocurrió buscar en otros diccionarios, de esos que llaman especializados. El resultado fue completamente nulo. En ninguno de los libros que consulté existía referencia alguna al término *austeridad*. Así que no me quedaba más remedio que buscar por otros derroteros.

¿Bibliografía dedicada al tema? Parecía inexistente, al menos en una primera búsqueda. Y cuando he preguntado a especialistas en ética y moral, me he encontrado que incluso me miraban un tanto extrañados. Alguien me ha hecho llegar la noticia de que actualmente no era objeto de interés para los estudiosos. Y, por tanto, si llegaba a encontrar alguna publicación, estaría tan obsoleta que resultaría muy difícil aplicarla a la vida de hoy.

Con todo esto mi interés aumentaba. Aunque debo reconocer que también iba surgiendo una especie de inquietud y de perplejidad y, por qué no decirlo, una fuerte curiosidad por desentrañar cuestión tan intrincada.

De entrada tuve que asumir la evidencia: no podía buscar inspiración o soporte en libros escritos recientemente. Pero, ¿y el libro de la vida?

¿Conozco a alguien que, en su manera de vivir, diga palabras que puedan expresar adecuadamente lo que parece que podría entenderse ahora como austeridad? ¡Ah, sí! Inmediatamente me vino a la memoria aquel grupo de jóvenes, chicos y chicas, con quienes nos reunimos puntualmente, desde hace años, para tratar de ir descubriendo cuál es la verdadera vida humana, cuáles son los valores por los que una persona puede llegar

a ser auténticamente humana. Y de rebote, también me vino al pensamiento aquella persona, y aquella otra y la de más allá que aparecían como libros vivientes donde descubrir este valor.

El descubrimiento fue en verdad motivo de gran alegría. No necesitaba inquietarme más en buscar palabras impresas, porque sólo mirando en profundidad el grupo de amigos, abundantes palabras vivientes me hablaban de la austeridad en forma atractiva, positiva y alegre. Mis amigos, jóvenes y mayores, aquellos que en su vivir tienen este valor en un lugar tan importante que lo convertía en punto de referencia para mí, no tienen nada de rigidez ni de severidad. En todo caso me parecía ver en ellos, que el haber asumido o estar incorporando este valor en su vida, les daba un talante abierto, una madurez humana y una libertad de pensamiento y de acción, que si fuesen de otra manera tal vez no tendrían.

2. CONTENIDOS DEL VALOR AUSTERIDAD

2.1. Una palabra antipática

El hecho de buscar placer y conseguir bienes materiales y de consumo al precio que sea parece ser, hoy en día, un imperativo inapelable. Por ello, todo cuanto pueda parecer un contrapunto a estos ideales, es rápidamente sepultado en el pozo más profundo de la conciencia personal y colectiva. Por este motivo, la austeridad ha dejado de ser considerada tema de interés en las mal llamadas sociedades del bienestar.

Las etimologías griega y latina de la palabra austeridad, hacen referencia a algo que es áspero, duro. Por extensión, austeridad evoca renuncia, voluntad de ignorar algo que está a nuestro alcance, para así asumir un estado de vida fundamentado en valores más elevados.

La austeridad, en sentido amplio, tendría que verse como una disciplina de vida, como la actitud de saber elegir las cosas que nos ayudan a ir en la dirección en la que vemos nuestro proyecto de vida. Disciplina de vida del todo indispensable para que haya una verdadera madurez psicológica. Disciplina de vida para que la nave de nuestra vida no vaya a la deriva, arrastrada por todos los vientos y todas las corrientes.

El proceso de madurez psicológica exige disciplina. Y esto debe ser visto, no tanto como algo represivo de nuestras tendencias más espontáneas, sino como una fuerza que regula y dirige nuestras energías, tanto biológicas como psicológicas, para un total desarrollo de nuestra personalidad humana. Desarrollo que comienza por ser beneficioso

para nosotros mismos, pero que además nos abre al reconocimiento del valor supremo de la vida de los demás.

Si somos capaces de entender la austeridad como disciplina de vida, ésta deja de verse como una cuestión meramente «severa» y poco motivadora, o como un fenómeno raro y reservado a unos cuantos de temperamento «severo» y «rígido», para entenderla como una experiencia profundamente humana, común y necesaria para todos. Si existen renuncias, éstas tienen, en cualquier caso, un cariz tremendamente positivo. Estas renuncias se convierten en extremadamente motivadoras y, por ello, alegres y dinámicas ya que se trata, ni más ni menos, que de llegar a ser lo que hemos de ser.

Por tanto, en sentido amplio, tomando su inicial apariencia negativa y la sobreabundancia positiva que realmente entraña, la austeridad, además de ayudarnos a sujetar con firmeza el timón de nuestra vida, nos lleva hacia algo indispensable: abrirnos a las necesidades de los otros. Nos ayuda a desarrollar actitudes generosas hacia los que nos rodean y a regular las exageradas exigencias de nuestro «ego».

2.2. Motivaciones para la austeridad

La austeridad sería muy poca cosa si quedara reducida al puro ámbito del autodominio. A pesar de ser éste muy importante en el itinerario de la madurez personal, sería del todo insuficiente si la austeridad quedase encerrada en nosotros mismos. Éste, como todos los verdaderos valores, empieza en el acto personal para acabar proyectándose en la acción social.

Precisamente porque es un factor imprescindible para una personalidad lograda, es un valor que supera con mucho la esfera individual, para trascender a lo social y colectivo. Y aún más, la madurez del ser personal es medida por el grado de empatía, solidaridad y responsabilidad en las relaciones humanas.

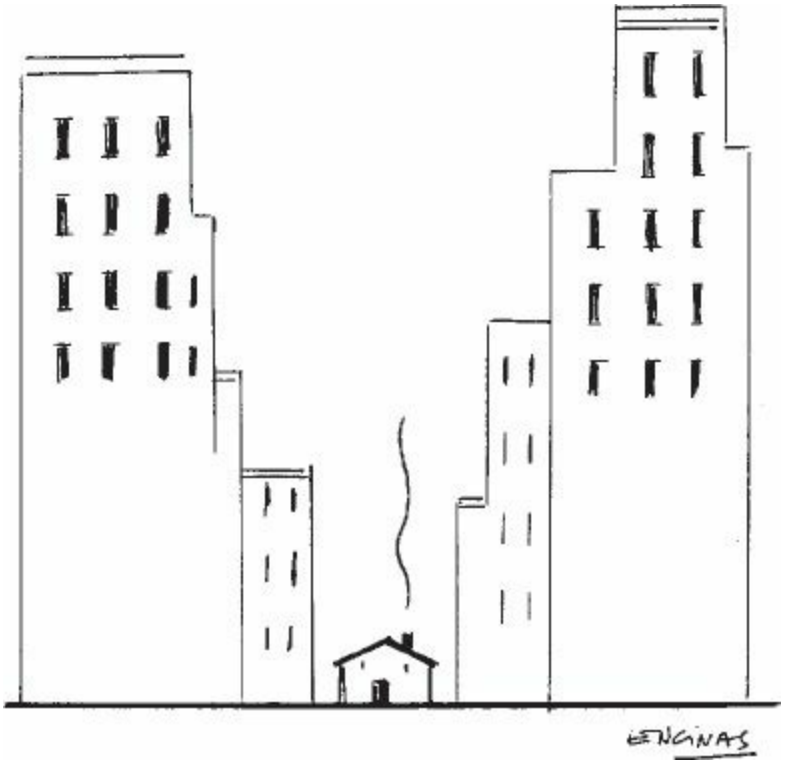
Dicho de otra forma: nadie hace la peripecia increíble de vivir por el mero interés de llegar a quedar «bien acabado», y «expuesto» en un escaparate para ser motivo de contemplación de los que, ocasionalmente, quieran mirarlo. La realización de los valores es lo que nos permitirá salir del aislamiento y la alienación del individualismo, llevándonos a formar parte de la realidad viviente.

Por este motivo, a medida que en los actos concretos de la vida vayamos incorporando un talante de austeridad en nuestras costumbres, llegaremos a ser personas globalmente austeras y, en ello mismo, estaremos en disposición de dar un lugar a los otros seres existentes dentro de nuestro corazón y de nuestra mente. Digo seres existentes y no tan sólo personas vivientes, porque el valor de la austeridad hará posible que sepamos dar un lugar en el mundo a todo cuanto existe, ya se trate de personas, ya

de la naturaleza. La austeridad nos permitirá observar la realidad de forma nueva. Dejaremos de usar y abusar de las cosas desconsideradamente. El respeto por las cosas es siempre compañero inseparable de la austeridad.

A poco que tengamos incorporados en nuestra personalidad un pequeño abanico de valores, de esos que llamamos humanizadores porque nos permiten ser cada vez más persona, dichos valores nos llevarán, ineluctablemente, a ponernos nosotros mismos en el lugar que nos corresponde, al lado de todos los vivientes y de todo lo existente. No por encima ni como centro del universo, sino dejando que todo sea lo que ha de ser, sin abusar de nada ni de nadie.

La voluntad se determina motivándola, es decir, asumiendo razones para obrar. Determinarse significa decidirse con conocimiento de causa y, por ende, con responsabilidad. Determinarse por el valor de la austeridad nos sitúa en el camino de buscar el bien común por encima del bien particular. Por tanto, la austeridad es motor de otros valores que, si no fuera por ella, quedarían ahogados en el pozo del individualismo egoísta. Y por todo ello consideramos la austeridad, como postura indispensable para la incorporación de otros valores sociales.



2.3. ¿Qué es ser austero?

Cuando incorporamos de forma responsable la austeridad a nuestra vida, lo que hacemos

es optar por el uso moderado, y desde la sobriedad, de los bienes que tenemos a nuestro alcance, ya sean materiales, de orden intelectual o de prestigio y consideración personal. Sobriedad que nos ayudará a mantenernos en una considerable libertad para vivir en generosidad, en creatividad y en justicia. Optamos con la sabiduría del que no se deja deslumbrar por la avaricia compulsiva del tener.

Volviendo la mirada a los amigos que, tal vez por motivos muy diferentes, viven este valor de forma tan testimonial, me percato de la cantidad de decisiones personales que han intervenido en su ser austero. Pero también se evidencian unos cuantos trazos comunes, que hacen que todos se parezcan un poco.

Ninguno de ellos, de ellas, se pone a sí mismo como centro del mundo, por lo que al no sentirse más importantes ni mejores que las otras personas, quedan libres del instinto desmesurado de posesión, de tener cosas que los eleven por encima de los demás. Por ello, escapan a la tiranía de querer tener, cuanto más mejor, insaciablemente.

También los veo sin ansia de poder, sin deseo de dominar siempre y en cualquier parte. Su modestia personal les hace contemplar con tranquilidad alegre, pacífica y pacificadora, la existencia de los otros, sin rivalidades, sin competiciones orgullosas, aceptándose a sí mismos y a los demás.

Los veo íntegros y honestos, pues se mantienen lejos de las relaciones sociales de injusticia, basadas en la acumulación de bienes por unos cuantos y en la insuficiente valoración del trabajo de muchos.

Aparecen siempre disponibles hacia los demás, porque son sencillos, generosos, abiertos a dar y a compartir.

Para ellos, una vida austera es la consecuencia lógica de su visión del mundo; es más una cuestión de coherencia interna y de opción de estilo de vida que no una renuncia explícita.

Los amigos en los que descubro el valor de la austeridad, han optado por mantenerse libres, a fin de poder realizar las obras propias de los hombres y mujeres de bien. Ellos hacen una opción de fraternidad: todos los hombres y mujeres tienen una misma dignidad. Todos merecen ser considerados en un plano de igualdad, por lo que «recortan» su «tener», e incluso su «lugar», para que otros sean más y tengan más vida. Renuncian no sólo a consumir de forma egoísta, sino que también ceden, en favor de otros, bienes intelectuales y de relación.

El vivir solidario a que les lleva la austeridad también les hace tener una mentalidad ecológica. Se sienten responsables de los bienes de la naturaleza y de la cultura. Porque son austeros, han optado por vivir sin lujos superfluos. Parece que a ellos no les cuesta practicar la justicia, porque por austeridad saben darse a sí mismos lo que es necesario, pero desde la sobriedad, sin tomar nada de lo que también es necesario a

los otros.

2.4. La fuerza de la austeridad

La austeridad nos concede autonomía frente al consumismo que esclaviza la sociedad moderna. Tiene, además, una fuerza evidente de testimonio, pues resalta el predominio de la conducta racional y moral por encima de la puramente instintiva (instinto de posesión). La austeridad posibilita mostrarse en desacuerdo con una cultura que postula la producción por la producción y el consumo por el consumo, sin tener en cuenta a tantas personas que, injustamente, quedan arrinconadas en la cuneta de la vida.

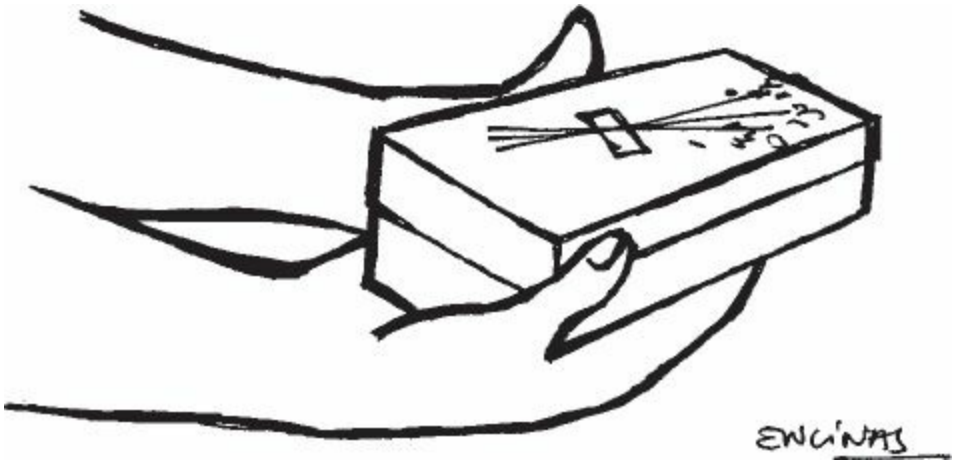
Pero además de esto, que en sí ya sería suficientemente importante, la austeridad tiene una fuerza motriz que hace emerger aspectos de la personalidad que sin ella quedarían sin desvelar.

La austeridad viene determinada por el objetivo que nos propongamos asumir en nuestra existencia. En la vida ordinaria tratamos nuestra persona —y a la proyección que de ella hacemos— en función de la relación que deseemos establecer con el mundo que nos rodea: el yo personal aparece como un símbolo del nexo que queremos mantener con el mundo exterior. Y por ello es fundamental nuestra actitud respecto al uso de los bienes que tenemos a nuestro alcance.

Por eso la austeridad es siempre **la expresión corporal y visible de nuestras opciones básicas:** ¿cómo nos situamos ante nosotros mismos y ante la sociedad? ¿Qué queremos hacer con nuestra vida? ¿En qué valores concretamos el sentido que tiene para nosotros? ¿Qué clase de personas somos y estamos abocados a ser?

He aquí su fuerza. La austeridad, en cierta manera, nos define.

La austeridad es una expresión de decencia moral y humana. No podemos acapararlo todo para nosotros, dejando a los otros las migajas de lo que no hemos sido capaces de agarrar. No podemos acumular desaprensivamente para tener en abundancia, cuando tantos otros no llegan a lo necesario. El desorden y la incontinencia en el tener y en el consumo en el que tan inconscientemente estamos inmersos, reduce sus exigencias por la moderación de la austeridad.



Una de las originalidades de la especie humana es esta capacidad de renuncia voluntaria. Hay algo en los hombres y en las mujeres que desborda, y desbordará siempre, al puro instinto: la conciencia moral. Sólo nosotros podemos percibir y modificar los instintos más primarios de la naturaleza y dar paso a una conciencia superior alcanzando el sentido de la fraternidad.

Allí donde radica la nobleza del ser humano, y también lo más conmovedor, es precisamente esta *vocación a la austeridad* que impulsa a ir más allá de los límites del puro instinto, para alcanzar lo que es radicalmente mejor. Pasar del interés por uno mismo al interés por los otros, no es enfrentamiento de dos realidades, sino complementariedad. Paradójicamente, cuanto más capaces somos de renunciar, para un bien mayor, más llegamos a realizarnos.

La madurez real del psiquismo humano exige una inmersión en lo más noble que puede existir en nuestro interior. Por eso pide trascender siempre la mezquindad de los intereses del ego individual.

La austeridad comporta una auténtica elegancia de espíritu.

2.5. ¿Ha quedado claro qué es la austeridad?

No debemos confundir la austeridad con otras cuestiones que son claramente antivalores y, como tales, desorganizadores en la búsqueda de una personalidad verdaderamente madura. La austeridad, para que sea un auténtico valor, presupone un equilibrio entre las diferentes tendencias que puede haber en nosotros. Por otra parte, existen verdaderos vicios o defectos de la personalidad que, equivocadamente, pueden hacer pensar que pertenecen a un talante austero.

En principio valga decir que la austeridad no es, de ninguna de las maneras, un repliegue mezquino sobre nosotros mismos, ni puede representar un empequeñecimiento

de la vida personal. Al contrario, la austeridad nos concederá un corazón magnánimo y generoso, lo que siempre lleva a una experiencia de expansión personal y colectiva. Nuestra sobriedad tiene un motivo que no acaba en nosotros, sino que comporta una expansión altruista hacia los otros.

Valga también decir que la austeridad no se identifica con la pobreza sociológica. La austeridad es absolutamente independiente a la posición social en que nos encontramos encuadrados. En principio no existe una relación directa entre pobreza sociológica y austeridad, ya que la una no presupone la otra. El hecho de que la pobreza sociológica suponga renunciar por fuerza a no pocos de los bienes de consumo que están al alcance de otras escalas económicas, no significa, ni mucho menos, que se tenga este valor incorporado a la conciencia personal ni a la colectiva.

La austeridad es una posición ética, que acompaña al proceso de toma de decisiones por las que concretamos voluntariamente nuestro estilo de vida. Decidir cómo queremos intentar vivir, comporta un grado de libertad personal que pone de manifiesto que no se está atrapado en ningún condicionante sociológico.

La posibilidad de vivir con austeridad está al alcance de todos. No es una decisión que esté predeterminada por el estado económico. Podemos, en cualquier caso, hacer una opción por la austeridad, ya que ésta no se limita a los bienes económicos y de consumo, sino que abarca los más nobles aspectos de la conciencia, tales como la voluntad de no quedarse para uno mismo, en un repliegue narcisista, la multitud de riqueza que cada persona conlleva.

Pero también es cierto que toda opción por la austeridad, si no va acompañada por la sobriedad y el distanciamiento de la fascinación que ejerce el dinero, a la larga resulta falsa e ilusoria.

En los antípodas de la austeridad, tradicionalmente se han colocado la malversación y el despilfarro. Pero es preciso alertar a propósito de otros contravalores que podrían adoptar la apariencia de austeridad. Contravalores que, en realidad, no son más que disfraces de la mezquindad y la avaricia y, por tanto, clara negación de la auténtica austeridad. No olvidemos que ésta surge siempre de una grandeza de espíritu.

Precisamente esta forma de ser ruin, que nos lleva a vivir desarrollando comportamientos miserables con nosotros mismos y con los demás, se da cuando concedemos al dinero y a las riquezas el valor más grande. Tan grande que pasan a ser el motivo principal por el que nos movemos; tan grande que llegan a constituirse en ídolos a los que supeditamos y sacrificamos la dignidad y la calidad de la persona humana. Nos volvemos mezquinos, avaros, ruines, porque tenemos miedo de perder lo que acumulamos. Cuando de alguna forma no sólo no nos pertenece, desde el punto de vista de la justicia distributiva, sino que además aniquila la dignidad de toda una vida.

Para vivir austeramente, deberemos conformar un proyecto de vida, donde la

integridad y la dignidad sean fundamentos en los que ir ensamblando los demás valores. Un proyecto de vida surgido de un compromiso ético, que ayude a decidir correctamente en todo instante.

La falta de austeridad que vemos en las sociedades occidentales, es consecuencia de la idealización irracional que se hace hoy del éxito. Éxito en el cual quedan englobados el dinero, la fama, el poder, la atracción física. La dignidad de la vida humana queda postergada a un nivel muy bajo en el «ranking» de valores que forman el substrato del ideal del éxito. La avaricia de fama, de poder, de dinero, etc., toman el papel de verdaderos valores, pasando así a ocupar lugares de preferencia.

La malversación ostentosa y exhibicionista, típica de nuestras sociedades, comporta la más absoluta negación de la austeridad. Y la falta de sensibilidad respecto del gran valor de la justicia distributiva, ahoga el valor de la austeridad que, por esencia, es un valor modesto y oculto, pero que sin él, los grandes valores de la paz y el respeto a toda persona, quedan abortados en su mismo inicio.

2.6. Propuestas para una vida austera

Si bien es cierto que no hay recetas que sirvan para todos, sí que hay caminos para ir incorporando a nuestra vida un talante austero. Hay dos formas contrapuestas de organizar la existencia, que nos definen inequívocamente: el ser o las apariencias. Dicho de otro modo: la verdadera realización personal o el espectáculo exhibicionista del tener.

Sólo nos podemos sentir en paz con nosotros mismos cuando nuestra vida está presidida por la verdad que irradia de la austeridad. Austeridad que, impensadamente, se traduce en placer, pues las opciones tomadas lúcida y responsablemente, siempre son portadoras de felicidad.

Bajo el punto de vista individual, en la opción por un vivir austero, es preciso tener en cuenta las necesidades particulares de cada uno; necesidades reales que dependen de la biología y de la biografía personal; de nuestras preferencias, de nuestras dificultades y límites y, también, de la situación en la sociedad en que está enraizada nuestra vida.

La concreción de la austeridad tendría que hacerse, en líneas generales, de acuerdo con la problemática de nuestro mundo contemporáneo, como son el hambre y el desarrollo, los conflictos sociales, la ecología, el tercer mundo, etc. Pero siempre es una cuestión de sensibilidad y decisión personal que se ha de afrontar desde una escala de valores y criterios que permitan discernir entre lo que es realmente necesario y lo que es superfluo, o incluso superficial.

Sobradamente conocida es la definición que hizo Juan XXIII de lo que es

superfluo, diciendo que, para él, superfluo era todo aquello que uno posee y de lo que otro carece. Se trata de un pensamiento de gran valor ético y de difícil realización, dada su sublimidad.

Aquí radica el problema. Para cada uno, lo necesario y lo superfluo exige un discernimiento cuidadoso y razonable. Discernimiento que es preciso ir revisando y actualizando, dentro de una gran honestidad. En un momento de la vida tendrá unas acotaciones que pueden no servir más adelante, por lo que deberán plantearse de nuevo.

Como criterios de discernimiento entre otros muchos, podríamos encontrar algunos preguntándonos lo siguiente:

¿No es preferible, porque nos hace más humanos, la relación de fraternidad que la acumulación de bienes económicos?

La amistad desinteresada y auténtica, ¿no vale más que la prepotencia exhibicionista y vanidosa de lo que poseemos?

La competitividad desmesurada, ¿tal vez es portadora de más felicidad que la solidaridad y la paz?

La delicadeza de conciencia y el compañerismo; la solicitud y estimación reales, ¿no son formas de vivir que nos autorrealizan más y mejor que el individualismo egoísta?

¿Realmente vale la pena optar por la avaricia y la mezquindad, que nunca pueden proporcionar la alegría de vivir?

Es cierto que necesitamos cosas, pero debemos estar alerta en medio de una sociedad que ha hecho del crear necesidades innecesarias, la categoría fundamental de su funcionamiento.

Sepamos decir «no, gracias» ante el desenfreno consumista, pero no sólo para ahorrar unas *pesetillas*, sino también para poder compartir.

«No, gracias», porque eso no lo necesitamos, porque lo vemos claramente superfluo y, además, porque tenerlo nos deshumaniza al potenciar nuestra falta de solidaridad.

«No, gracias», a uno mismo, ante el instinto de poseer con desmesura que nos hace olvidar que vivimos en un mundo poblado de amigos y amigas. Con nuestra renuncia podemos alcanzar, entre todos, una vida más humana.

Reflexionemos sobre nosotros mismos, sin engañarnos, cómo y de qué forma vemos en la austeridad algo interesante que incorporar a nuestra vida. Cómo y de qué forma orienta nuestras decisiones.

Aún mejor. Sepamos descubrir, en nuestros compañeros y amigos que han sabido acoger este valor como esencial para una vida más digna, toda la bondad, la verdad y la belleza que en ellos y en ellas ha engendrado la austeridad. Nuestros amigos, con la fragancia de su vivir modesto, nos enseñarán cómo discernir lo superfluo de lo que es necesario. Sepamos admirar y aprender, viendo en ellos y ellas palabras vivas, que nos hablan aquí y ahora de austeridad; que nos invitan a inspirarnos en ellos y ellas como en libros vivientes, para que también nosotros logremos ser más humanos a través de la austeridad.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

La austeridad, ¿da un «estilo» a nuestra vida?

2. ¿Tenemos suficiente libertad para elegir de qué manera queremos llegar a ser personas? Explica el por qué de tu respuesta.

3. ¿Crees que en el tema del consumo nos dejamos arrastrar por la corriente dominante?

4. ¿Sabemos decir «no, gracias» a los contravalores que nos quieren aprisionar?

5. Cita una lista de 10 cosas que consideres superfluas en tu vida. Analízalas en profundidad pues, considerarlas superfluas, debería obligarnos a tender a desprendernos de ellas.

6. ¿Tenemos el coraje suficiente de tomar decisiones que van contra corriente? Piensa en el fenómeno de las modas.

7. Cita las diferencias fundamentales que hayas entendido entre la austeridad de la que hablamos, y la pobreza socio-económica.

8. ¿Crees que una persona pobre (sociológicamente hablando) es una persona austera?

9. ¿Crees que una persona de un estado económico acomodado puede ejercer la austeridad? Si así es, ¿cómo?

10. Si pudiste hacer la lista de 10 cosas superfluas en tu vida. ¿Cómo crees que deberías planteártela a partir de ahora? Cita ejemplos concretos y haz propuestas realizables.

Capítulo 12

LA COHERENCIA

Josep Miró Ardévol

Ingeniero agrícola. Miembro fundador de *Convergència Democràtica de Catalunya.* Presidente y fundador del Banco de Alimentos de Barcelona.

1. LA PARADOJA

Supongo que a todos nos pasa algo parecido. Lo formularemos de una manera o de otra. Quizás ni siquiera lleguemos a entender del todo el por qué de ello. Me refiero a aquellas situaciones en que, ante el conflicto, tomamos una decisión que nos cuesta. O sencillamente que nos repele.

—¡Hay que ser coherente! —nos decimos.

Y esta afirmación nos tranquiliza un poco. Hay que ser coherente, es decir... bien... ¿qué querrá decir realmente esta frase?

Seguro que a todos nos ha pasado algo parecido. La coherencia se esgrime como el gran justificante. Apacigua esa inquietud y nos permite seguir *tirando*.

El otro día, sin pretenderlo, oía los comentarios de un grupo de jóvenes. Eran un grupillo de aspecto amistoso y alegre. Hablaban animadamente. Por lo que llegué a oír, alguien del grupo había asegurado que si Fulanito conseguía salir con Menganita, se comía la gorra.

Alarmado miré hacia su mesa. No había ninguna gorra a la vista. ¡Menos mal!, pensé. Quienquiera que fuera el incauto que había hecho aquella afirmación, no se merecía un manjar tan poco *alimenticio*. La conversación se fue animando. «No eres coherente», acusó una voz que sobresalió entre las demás.

Al fin había descubierto al pobre infeliz. Ante aquella sentencia lapidaria, un joven de pelo muy corto y ojos vivos, bajó la mirada avergonzado. Aquel «No eres coherente» le había golpeado en su amor propio. En su propia autoestima. ¿Acaso perdería la confianza de sus amigos? ¿Ya no era de fiar? Finalmente su rostro se avivó de nuevo con una sonrisa. «De acuerdo, dijo resuelto, me la comeré.»

No lo pude evitar: solté la carcajada. Ellos volvieron la cabeza y una veintena de ojos se fijaron en mí. Una chica empezó a reír de una manera muy contagiosa. Otra la secundó y en unos segundos, todos nos reíamos a carcajadas. Fueron unos momentos realmente divertidos.

Más tarde, cuando ya volvía a casa, recordaba el incidente entre divertido e interesado. Y debo reconocer que me preguntaba si aquel muchacho se comería, finalmente, la gorra. Según parecía, la coherencia obligaba a cometer aquella barbaridad. Pero, ¿de verdad era así? ¿Hasta dónde llegaba la coherencia? ¿Cuándo dejaba de serlo?

2. CONTENIDOS DEL VALOR COHERENCIA

2.1. La coherencia es un valor modesto

Para poder entendernos, es necesario empezar estableciendo una definición del término. Valga la siguiente: *coherencia como la capacidad de obrar de acuerdo con las propias convicciones*. Esta puede ser una definición tan válida como cualquiera otra, pero me permite remarcar algunas características.

Para empezar diré que convicción, en el sentido en que la utilizo, significa conciencia; y en este sentido podríamos constatar cómo la coherencia es esa actitud que nos permite relacionar el sistema de creencias de cada uno con la actuación externa.

Estamos, por lo tanto, frente a lo que llamaremos un **valor instrumental**. No se trata de una gran virtud, como puede ser el sentido de la justicia, o la dimensión de la esperanza, que por sí mismas predisponen a obrar bien. La coherencia sólo es un instrumento de la persona. Utilizarlo bien o mal es el reto. Se puede ser personalmente coherente y, de forma colectiva, nefasto para los demás.

No debemos utilizar, pues, la calificación de *coherente* como un elogio «*per se*». Más bien la utilizaremos como una descripción de una capacidad instrumental; algo así como la memoria, la velocidad o la fuerza.

La coherencia, para ser generadora de actos virtuosos, tiene que cumplir dos condiciones: fundamentarse en la recta conciencia, y ejercitarse en el valor de obrar.

Así pues, la conciencia es esencial. Sin ella, la coherencia puede convertirse en tozudez e incluso en egoísmo. Ella es la norma esencial de nuestra conducta, antes que cualquier otro criterio. Si hasta la dimensión religiosa del hombre se somete a la conciencia, que se antepone a la ley, ¿cómo no han de ser sujetos de su juicio todas las demás cuestiones? Pero el hecho de que la conciencia prevalga sobre la norma, no significa, como es lógico, que cualquier decisión sea válida, ya que, como en otros aspectos de la vida humana, es necesario que la conciencia que decide esté bien formada.

¿Cómo se forma y cómo se desarrolla la recta conciencia? Creo que de una forma no muy diferente a la manera en que configuramos otras dimensiones de la persona, como la inteligencia, la memoria, la fuerza o la resistencia. La forma de hacerlo es aplicándola, ejercitándola. En una palabra: utilizándola.

La conciencia se forma a partir del examen de los hechos cotidianos. Dicho examen se realiza a la luz de nuestro sistema de creencias, las cuales deberían estar dirigidas al bien personal y al de la colectividad.

El desarrollo de esta conciencia recta, sobre la que se asienta todo acto coherente, necesita de cuatro grandes virtudes, es decir, de cuatro grandes autopistas que nos conducen a obrar bien. La primera es la gran virtud aristotélica de la prudencia, que nos da la regla y medida de todos los comportamientos y que guía el juicio de la conciencia. Gracias a esta virtud podemos aplicar, con un pequeño margen de error, nuestros principios generales a casos particulares; podemos superar las dudas que, en una situación concreta, se nos pueden presentar sobre el bien que podemos hacer y el mal que debemos evitar. La prudencia es esa virtud que prepara la capacidad de razonar para discernir cuál es el verdadero bien y escoger los medios para llevarlo a cabo. No se puede confundir, no tiene nada que ver, con la timidez, a pesar de que en el criterio popular se confundan con frecuencia. Menos aún con el temor, el disimulo o la debilidad. Una persona prudente no es aquella que siempre dice «amán», ni tampoco la que siempre lleva la contraria, pese a saber que se estrella contra una pared; es la que busca el bien, porque ha encontrado el camino para llegar a él.

Otra gran autopista, otra gran vía que prepara la conciencia, es el sentido de la justicia. Junto con la prudencia, posiblemente sea la virtud más necesaria —y posiblemente la más ausente— entre los políticos. La justicia es la virtud de saber dar a cada uno lo que realmente le corresponde, no lo que nos conviene, no lo que nos interesa. Naturalmente, la justicia sólo puede dispensarla la persona interiormente fuerte. Y ésta es, precisamente, la tercera vía, la fortaleza. Fortaleza que expresa la capacidad para perseverar, resistir, ser constante en la búsqueda del bien; es la voluntad férrea de resistir a los obstáculos; es la capacidad de renuncia de ventajas, o la aceptación de inconvenientes, a favor de los principios en que se cree. La fortaleza es el antídoto del temor y la capacidad para defender una causa justa. Ella constituye los cimientos sobre los que se edifica la solidez del edificio interior.

La última condición virtuosa a considerar aquí es, probablemente, la menos valorada hoy día a pesar de que, por ejemplo, es esencial para construir una sociedad económicamente sostenible, respetuosa con el medio. Se trata de la virtud de la templanza, que modera la atención al placer y vela por el equilibrio en el uso y provecho de los bienes. Significa autocontrol y es una condición necesaria para la honestidad y la discreción. Difícilmente una persona que no tenga capacidad para autocontrolar la búsqueda de satisfacciones, del tipo que sean, será una persona discreta, digna de confianza.

2.2. El valor de obrar

Hemos ido descubriendo una parte de las condiciones. Tenemos definida, *grosso modo*, la conciencia bien formada. Pero para ser coherente, que es la expresión de una acción, de una actitud, necesitamos la capacidad para llevarla a cabo, es decir, para sacar «fuera»

lo que la conciencia es.

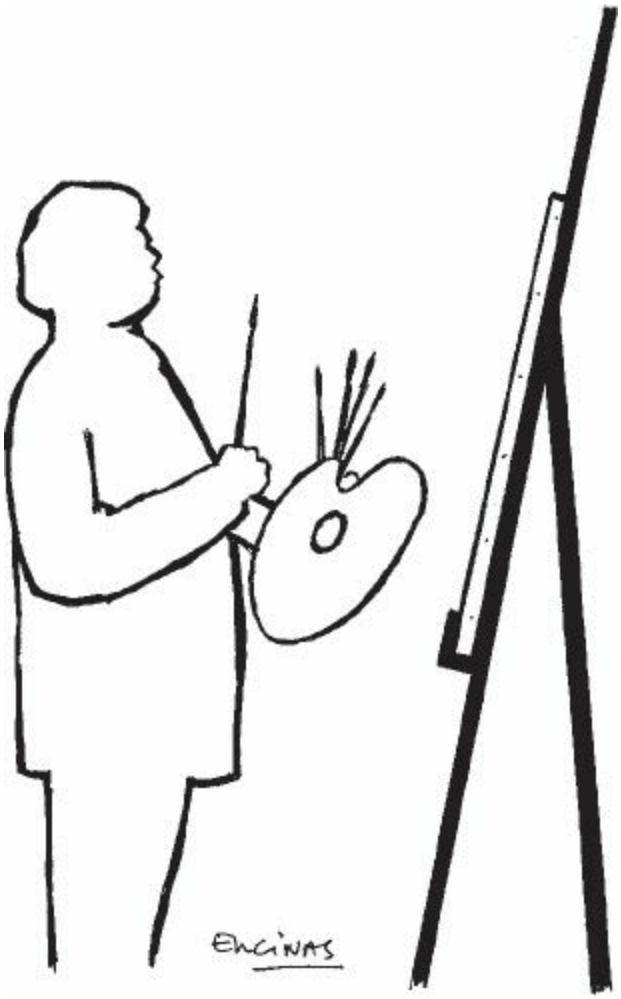
Tomemos el ejemplo de un diputado. Es un ejemplo válido ya que, ética y técnicamente, es una persona que debería actuar de forma coherente aunque fuera, simplemente, por *profesionalidad*.

Aunque a veces lo olvidemos, el diputado, como cualquier otra persona, no debería estar sujeto a ningún mandato imperativo. En tanto esto fuera así, sólo actuaría de acuerdo con su conciencia. Pero en la práctica no siempre sucede de esta manera. El diputado vota según la férrea disciplina de su grupo. Cierto es que en la mayoría de situaciones, no existe discrepancia entre lo que el diputado vota —hace— y lo que le dicta su conciencia. Pero no creamos que siempre es así. María Rubíes, desgraciadamente ya desaparecida, fue dirigente y fundadora de *Convergència Democràtica de Catalunya* en Lérida. Tuvo que dimitir como diputada en el parlamento de Catalunya por su disconformidad con la política del gobierno en lo tocante a los juegos de azar. María consideró que era más importante ser coherente con sus creencias, que la responsabilidad que tenía como diputada.

Un caso aún más extremado y complejo: el rey de Bélgica, Balduino, una persona que durante su vida fue extraordinariamente popular entre los belgas, tanto entre valones como entre flamencos, renunció a la corona durante dos días para no tener que firmar la ley del aborto, aprobada por el Parlamento belga. El rey Balduino consideró que era más importante su conciencia como católico que su cargo como jefe de estado. Actuó con coherencia.

Utilizo estos dos ejemplos, que tienen unas innegables connotaciones polémicas, para poner de relieve que, a pesar de ser una virtud modesta —como decía el principio —, en determinadas circunstancias y, sobre todo, en determinadas actividades profesionales, puede desencadenar auténticas convulsiones. Pero no nos engañemos. La coherencia de un superior, un compañero, un subordinado, es admirable justo hasta el límite en que afecta negativamente a nuestros propios deseos.

Como es lógico, no todo depende de las actitudes personales. Si bien es falso considerar, como las modas de los años sesenta y setenta pretendían, que todo es culpa del «sistema», tampoco es exacto llevar la historia al extremo opuesto y pensar que sólo la actitud de la persona es decisiva. Ésta, a su vez, se ve afectada, para bien o para mal, por lo que podríamos llamar condiciones objetivas. Es decir, las estructuras sociales y económicas, los grandes modelos intelectuales, los estados de opinión creados por los *mass-media*... Todo ello convierte la opinión personal y la actitud diferente, en una verdadera heroicidad. Y nadie está llamado a ser, por obligación, un héroe.



Así pues, la coherencia personal es posible, porque existe el valor de obrar de acuerdo con las propias convicciones. Pero, ¿cómo armonizar la actitud coherente con la prudencia?

Imaginemos otro caso. Un dirigente de un colectivo participa en un coloquio, en el que se constata que prácticamente todos los asistentes son contrarios a las tesis que él trata de defender. En circunstancias como ésta, he visto cómo se producen, a veces, curiosas transformaciones que hacen que el ponente vaya modulando su mensaje hasta adaptarlo, casi por completo, a la opinión mayoritaria que se respira en la sala. Nuestro dirigente no ha sido prudente, porque no ha intentado hacer su discurso de la forma más eficaz posible ante un auditorio adverso, sino que simplemente, ha renunciado. Este exceso de «prudencia» delata una nueva actitud: el temor. Si por las dificultades del entorno, se renuncia a mantener, aunque sea discretamente, lo que son las propias convicciones, no se hace uso de la virtud de la prudencia, sino que sencillamente se renuncia a lo que se cree.

En este sentido, la habilidad ayuda a ligar coherencia y prudencia. Es, pues, una condición si no necesaria, sí deseable. Incluso San Pablo alecciona a sus seguidores recordándoles que cuando se dirijan a los no creyentes —a los que piensan de forma

totalmente distinta—, deben hacerlo con gracia, con la suficiente dosis de sal y pimienta para suscitar el interés de los que escuchan. Ya que no compartirán nuestra posición, al menos intentemos despertar su interés. Y en este sentido tampoco deberíamos confundir la coherencia con un constante combate de boxeo contra la vida. Más bien, y abundando en las comparaciones deportivas, la coherencia estaría más cerca del judo tradicional o el *aikido*, donde se utiliza el impulso del otro —de la circunstancia— para alcanzar una posición de ventaja.

2.3. La coherencia, un gran valor para los dirigentes públicos

He empezado diciendo que para cada uno de nosotros la coherencia es, realmente, una virtud pequeña. Pero esta afirmación tiene una excepción importante cuando nos referimos a personas que tienen responsabilidades públicas. Ya lo hemos visto al hablar de María Rubíes o de Balduino de Bélgica. Evidentemente, es esencial para políticos, alcaldes, diputados, concejales, responsables electos de organización del partido. Pero su necesidad es extensible a cualquier otra función de responsabilidad social y dimensión pública. Desde un presidente de cooperativa a un jefe sindical, pasando por el responsable de una asociación cultural o deportiva. En todos estos casos, la coherencia es un valor esencial.

¿Por qué lo es? Simplemente, porque es el único «marcador», el único sistema de señales que permite mantener la confianza en aquella persona. Aquel que no es profesional de la política, no sigue con todo detalle, día a día, lo que se hace y, mucho menos, las interioridades de lo que se hace. En este caso, no hay más remedio que confiar en la persona que ostenta el cargo. Si no es así, el funcionamiento es imposible. Por tanto, la coherencia en un hombre público es el acto primigenio que tiene como respuesta la confianza de los ciudadanos.

Los primeros interesados en que los dirigentes públicos sean coherentes, son los ciudadanos. Son ellos quienes someterán a examen su actuación. De esta manera, se sabrá en seguida si su actitud es coherente o, simplemente, están ante un oportunista con capacidad de comunicación, dotado por la madre naturaleza para darnos gato por liebre con la mayor facilidad. Una sociedad responsable, formada por personas con un elevado sentido de la exigencia, criba de forma sistemática, prácticamente inconsciente, a todos sus dirigentes públicos separando a los coherentes de los que no lo son. De esta forma se consigue en el conjunto de la sociedad, cuadros dirigentes que no emiten señales falsas. A partir de aquí, una sociedad puede aspirar a mucho.

Por el contrario, aquellos colectivos frívolos que se dejan llevar sólo por las habilidades comunicativas del dirigente, crean estructuras sociales incapaces de ser eficaces.

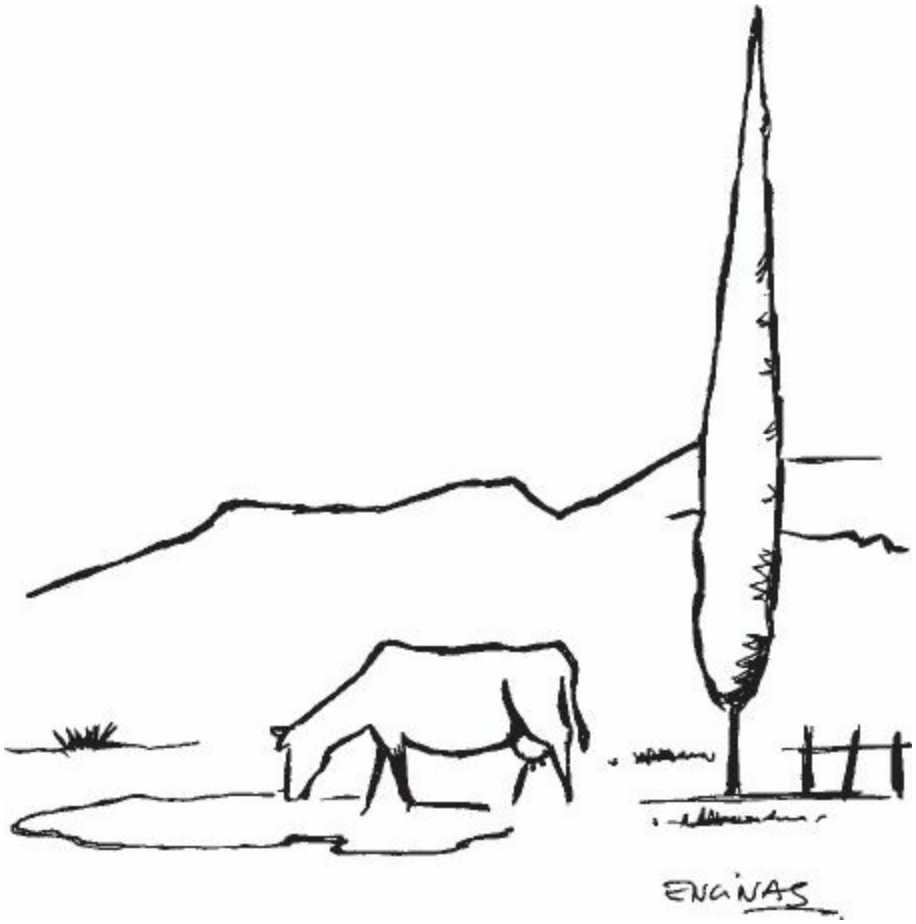
La coherencia en un cargo público exige un mínimo de concreción, porque, ¿cómo podremos saber si hará lo que dice y dice lo que hará, si no sabemos con exactitud a qué se está comprometiendo a decir y a hacer? El compromiso, vinculado al acto coherente, necesita de la concreción. Bien es cierto que aquellos dirigentes que se comprometen poco, disminuyen su margen de error. Cuanto más hábil es un dirigente para evitar definirse sin menguar su prestigio, tanto mejor le va a él y peor al colectivo. Y exactamente lo mismo en sentido inverso. Una sociedad suficientemente preparada para exigir concreciones a sus líderes políticos y sociales, es una sociedad que, con toda certeza, irá bien.

Pongamos un ejemplo. Un filósofo, un moralista, nos anunciará que la justicia es necesaria y clamará para que se aplique. Un político que sólo nos dijera lo mismo que el filósofo o el moralista, debe ser rechazado porque está eludiendo su responsabilidad, que no es otra que la de decirnos *cómo* será aplicada la justicia en las condiciones concretas de que se trate. Esto mismo podría decirse sobre la enseñanza, la sanidad, etc.

Por tanto, la coherencia se manifiesta claramente en el compromiso y éste en la concreción. Pero si concretamos en el orden práctico de la vida, automáticamente estaremos introduciendo la necesidad de optar, de elegir entre diversas soluciones y de crear una jerarquía, un orden de prioridades. Esto va primero, esto otro segundo... aquello lo último. Porque casi nunca se dan las circunstancias que permitan hacer y decir a la vez todo cuanto es necesario.

El dirigente público tiende, lógicamente, a olvidar sus compromisos incumplidos y los cambios de opinión. Es tarea del conjunto de la sociedad, tener buena memoria y resaltar unos y otros. No es fácil esto, porque vivimos en una sociedad donde predomina, avasalladora, la información; donde los sucesos de hoy desplazan a los de ayer y así sucesivamente. Así, la constancia en el seguimiento facilitará siempre la buena memoria.

En definitiva: la coherencia es una modesta virtud personal, pero una enorme necesidad colectiva.



2.4. La coherencia se educa en el sacrificio

No se puede ser coherente si:

a) No se tiene una conciencia formada.

b) Se tiene una conciencia tipo «goma de mascar».

c) No se tiene valor.

Para poder ser coherente en cuestiones importantes, deberíamos estar dispuestos a un determinado nivel de sacrificio personal y de renuncia. Si uno reniega del sacrificio, o no está dispuesto en ningún caso a prescindir de alguna cosa que tiene y que puede perder, difícilmente podrá tener actitudes coherentes. Más bien tenderá a moldearse a la circunstancia, a la persona, o al grupo.

Sacrificio y renuncia son palabras que pueden parecer fuertes y que, probablemente, no forman parte del sistema de valores en que nos movemos hoy en día.

Incluso me atrevería a señalar que, al menos como tendencia, se marcan actitudes opuestas. Es una opción. Ahora bien, que quede claro que, aquellos que son educados en el rechazo al sacrificio y a la renuncia, lo son también para no ser coherentes, para no asumir compromisos reales.

El sacrificio y la renuncia, palabras un tanto ingratas son, como casi todas las dimensiones humanas, sujeto de entrenamiento y, por tanto, de mejora. Nadie nace espontáneamente predispuesto para el sacrificio o la renuncia. Basta observar a un niño: es incapaz de aceptar ningún sacrificio ni de renunciar a nada. Ante cualquier privación a su bienestar, muestra su más enérgica disconformidad con ruidosos llantos. El sacrificio y la renuncia son valores aprendidos, son valores culturales. Por el contrario, la indolencia espiritual, el hedonismo mal entendido, o la autosatisfacción son pulsiones biológicas. Podemos limitar estas pulsiones desarrollando y educando la capacidad de sacrificio y de renuncia, que son como una especie de acto voluntario y, como tal, se desarrolla ejercitándolo. Uno desarrolla el músculo tríceps si utiliza la fuerza del antebrazo para empujar o golpear. Del mismo modo puede educarse la actitud para el sacrificio y la renuncia. En este entrenamiento, y como una consecuencia involuntaria pero muy importante, seguro que generaremos alegría que hará feliz a las personas que nos rodean.

3. UNA ULTIMA REFLEXIÓN

Si recordamos la pequeña anécdota que os expliqué al principio de este capítulo, resulta evidente que no debemos confundir la coherencia con la tozudez; no es un relámpago, sino una actitud deliberada, y por tanto debería ser permanente ante la vida. Sería encomiable que una coherencia razonada y razonable fuera ejercida en todos los campos y dimensiones que componen nuestra vida, pero probablemente no es así. Para unos será más fácil mantener esa actitud en la actividad profesional, para otros en su vida familiar, o acaso en un ámbito más reducido. Tampoco tenemos que obsesionarnos con ello, ya que es muy importante aprender a vivir con las propias limitaciones. Además, no debemos tampoco olvidar que la coherencia, en tanto virtud privada, es más bien modesta.

Cuando uno sale a comprar algo, examina los productos, escoge algunos y deja otros. Sin embargo, con los valores que pautan nuestro actuar, no podemos hacer lo mismo. Los valores, en tanto fundamentos de la coherencia, los aceptamos en bloque. Sean los que sean. No resultaría coherente la actitud del acérrimo defensor de los derechos de los animales que, al mismo tiempo, se muestra indiferente ante el sufrimiento humano. Y viceversa, aquel que clama en favor de los débiles, no debería ser insensible a la crueldad cotidiana con los que, como los animales, son el paradigma de la

mayor debilidad.

Acaso nadie está obligado a la coherencia. Pero resulta muy difícil convivir con personas que no la ejercen, porque uno acaba absolutamente perdido en la relación con ellas.

Si bien la coherencia no es obligatoria para nadie, sería muy recomendable que la sociedad, que tiene derecho a perseguir la felicidad como colectivo, busque la manera en que sus miembros desarrollen de forma natural esta condición. Todos viviríamos mejor. Mejoraría nuestras relaciones ya que nos sentiríamos más seguros en ellas. También podríamos sentirnos más satisfechos de las decisiones de nuestros dirigentes, pese a que a veces no pudiéramos comprender todos los entresijos de su actuar.

Sería bueno que la sociedad educara en la coherencia. Por descontado que esto no sería un «master», ni siquiera una asignatura o un cursillo. Educar en la coherencia implicaría que los padres fueran capaces de transmitir, a través de sus hechos, sólidos y claros valores a sus hijos; que los educadores —auténticamente maestros— fuesen capaces de desarrollar una enseñanza en el mismo sentido. Naturalmente es imposible que la coherencia aflore cuando estas condiciones no se dan. Si los padres renuncian a su función y responsabilidad y la delegan en la escuela, la substituyen por dinero y servicios, se confunden con unos simples amigos de sus hijos, la sociedad verá debilitarse su nivel de coherencia. Para los educadores aún es más complejo, especialmente por dos razones. Primera, por una excesiva dimisión de los padres, que obligan a las escuelas a ejercer un papel que no les corresponde. Y también por una cuestión de profesionalidad. Lo óptimo es que el educador sea una persona de auténtica vocación, que sea feliz impartiendo conocimientos a los niños y a los jóvenes. En la práctica, esta función debería tener un reconocimiento social y su correspondiente traducción económica, que en realidad no tiene. Es muy posible que, después de la renuncia de muchos padres, el segundo problema en importancia de nuestra sociedad sea la minusvaloración —también económica— de los maestros. Si un futbolista profesional, sin ser excepcional percibe pequeñas fortunas; si aceptamos que un cantante, simplemente discreto, ingrese millones al año y, al mismo tiempo, somos incapaces de valorar el papel esencial del maestro, tarde o temprano esa sociedad acabará quedando desplazada por otras sociedades que no cometan el mismo pecado o, cuando menos, lo cometan en menor medida.

En definitiva: la construcción de una sociedad virtuosa en coherencia, exigiría padres y madres dispuestos a ejercer como tales, educadores valorados como maestros y políticos capaces de dar lecciones con su tarea cotidiana.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

Ser coherente no es ser tozudo. Más bien es ser tenaz. ¿Conoces la diferencia entre la tozudez y la tenacidad?

2. Cuando aquel joven decide comerse la gorra, en realidad está dando muestras de una cierta tozudez. O acaso de no entender demasiado la coherencia. ¿Qué habrías argumentado tú en su caso si también te hubieran acusado de incoherencia?

3. A menudo vemos actos que consideramos incoherentes en las demás personas. Pero, ¿qué actuaciones podrían juzgar como incoherentes los demás respecto a ti? ¿Siempre haces aquello a lo que te has comprometido?

4. La coherencia no basta con sentirla. Ciertamente, tal y como se expresa en este capítulo, es un valor de obrar. Cita otros valores que tú creas que se demuestran en nuestras obras.

5. Al margen de tu afinidad ideológica, ¿juzgas la actuación de María Rubies o la de Balduino de Bélgica correcta, o crees más bien que deberían haberse doblegado a las circunstancias? ¿Por qué?

6. «Sacrificio» y «renuncia» son dos palabras que no están *muy de moda últimamente*. ¿Por qué crees que es así? Al dar tu respuesta,

procura huir de los tópicos tales como «la sociedad de consumo...», «la tendencia general...», etc. Comprométete en tu respuesta.

7. En un cargo público, ¿qué significa la renuncia con tal de mantener la coherencia?

8. En nuestro quehacer diario, ¿qué significa el sacrificio como camino hacia una mayor coherencia?

9. La coherencia, al igual que otros valores, puede/debe ser aprendida. Padres y educadores parecen ser los artífices ideales. Pero, ¿cómo podemos practicar la coherencia en el grupo de amigos? ¿Será beneficioso para el grupo? ¿Por qué?

10. Si has llegado hasta aquí en tu lectura, parece que el tema de los valores te interesa. Si así es, reflexiona en tu interior: si me interesa vivir en los valores, debo procurar ser más coherente. La coherencia hará que mi persona sea más fiable. Me educará en la solidaridad y me hará sentir mejor. Piensa en ello.

Capítulo 13

EL COMPROMISO

Alex Masllorens Escubós

Periodista, Licenciado en Ciencias de la Información. Colaborador habitual de diversas ONGs.

1. COMPROMETIDOS CON LA FELICIDAD

Fina y Pepe son de Sant Andreu, según ellos, el mejor barrio de Barcelona. Viven con Cesca, de veinte años, Pablo, de dieciséis, y Clara, de once.

Fina y Pepe lo tienen muy claro. Deben compartir lo que poseen con otras personas que lo necesitan tanto o más que ellos. ¡Y no es que vayan sobrados de dinero! Pero se consideran privilegiados, porque pudieron ir a la escuela de pequeños. Además, crecieron en el seno de una familia donde recibieron unos valores y donde se sintieron queridos desde el primer día.

—Si todo esto no lo compartiéramos, nunca podríamos ser felices —comenta Fina a algunos amigos, que piensan que Fina dedica demasiado tiempo a los demás.

Para la hija mayor, la cuestión no puede ser planteada en estos términos. A sus veinte años, Cesca tiene muy claro que el mundo no le gusta tal y como está. Y que debe luchar para cambiar a fondo sus estructuras. En el barrio, Cesca es una de las pocas jóvenes que milita en un partido y colabora en la asociación de vecinos.

—El problema es que, dedicando tanto tiempo a los demás como hacen mis padres, tampoco acabas de sentirte feliz en este mundo tan mal repartido —se queja Cesca—. Si miras a tu alrededor con ganas de descubrir de verdad todo lo que hay, te das cuenta de la cantidad de personas que no tienen motivo alguno para estar contentas. Muchos adultos se sienten angustiados y tristes cuando constatan su impotencia ante la pobreza y la infelicidad.

Pero Cesca ha aprendido que la mejor manera de combatir aquello que no le gusta, es tomando compromisos concretos. Ella ve cómo sus padres, de vez en cuando, también se entristecen al conocer casos concretos de personas que lo pasan mal: padres y madres en el paro que no saben cómo llegar a final de mes. Familias separadas durante años. Niños y niñas maltratados o enfermos...

Pepe y Fina han descubierto que, en lugar de quejarse por cómo es el mundo, mejor es comprometerse con aquellos que sufren desgracias, ayudarlos de alguna manera y alegrarse cuando dan un paso adelante, por pequeño que sea, para dar la vuelta a una vida aparentemente sin salida.

—Cuando alguien lo ve todo negro, aunque puedan haber razones objetivas para verlo así, es bueno hacer lo que esté en nuestras manos para que entre un poco de luz en su vida —nunca se cansa de repetir Fina.

Tres mañanas a la semana, esta mujerona que sabe sacar fuerzas de flaqueza en los

peores momentos, se va en metro a la cárcel, a enseñar a leer y a escribir a algunos chicos jóvenes presos, u otros no tan jóvenes que no tuvieron la oportunidad de ir a la escuela cuando deberían haberlo hecho. O bien extranjeros que han llegado hace poco y han ido a parar directamente a la cárcel, sin haber tenido tiempo de aprender ni unas palabras de nuestra lengua.

Pepe, por el contrario, no dispone de tanto tiempo libre. Han convenido que sería él el encargado de ganar el pan para todos, pero aprovecha algunos ratos, cuando el trabajo se lo permite, sea por la tarde o los fines de semana, para hacer gestiones con la furgoneta, cuando se lo pide Fina, o algunas de las asistentes sociales de la cárcel. Lleva paquetes con ropa o recados a las familias, les acompaña a hacer algunas gestiones que son complicadas... Y como es un hombre con un gran empuje, también organiza conciertos y verbenas en los centros penitenciarios. Se pone en contacto con grupos y conjuntos musicales y les convence para ir a tocar ante los presos.

El compromiso de Fina y Pepe no se acaba aquí. Son incapaces de diferenciar lo que es el trabajo o el tiempo libre, de las actividades que llevan a cabo como voluntarios de prisiones. Ciertamente, no les queda mucha vida privada. Algunas asistentes sociales y algunos amigos les han dicho que quizás se pasan de la raya, pero ellos responden que no lo saben hacer de otra manera.

—A veces —explica Cesca, la hija mayor— yo también pienso que se pasan un poco. Se han implicado tanto en aquello que hacen, que apenas tienen tiempo para ellos mismos y, ni siquiera, para dedicarlo a mis hermanos. No estoy segura de que Clara entienda y valore lo que hacen sus padres y quizás, algún día, les reprochará que no hayan estado más con ella. Aunque también es cierto que cuando nos hablan a los tres de cómo ayudan a estas personas o a aquellas otras y de todo lo que hacen por ellas, nos parece estupendo y les animamos a continuar.

Incluso Cesca, un par de veces, ha cedido su habitación a algún huésped desconocido. La primera vez, hará unos meses, fue durante tres días. Un muchacho árabe, Ahmed, consiguió su primer permiso gracias a que Pepe garantizó que viviría en su casa y se hizo responsable de ello.

—Si no lo hubiéramos hecho así —cuenta Pepe— Ahmed no podría haber disfrutado de aquel permiso ya que no tiene familia en España. La dirección de la cárcel lo concedió porque había alguien que se hacía cargo de él.

De esta manera, Ahmed pudo pasar tres días fuera del centro penitenciario. Aquel gesto lo agradeció mucho. Pasadas las 72 horas, Pepe le acompañó «para dentro». El juez opinó que Ahmed podría gozar de otros permisos similares y le buscaron un piso de la orden de los Padres Mercedarios, donde sería bien recibido y estaría en buena compañía cada vez que le concedieran un permiso.

De vez en cuando, cuando a algún amigo preso le ha sido concedido el «tercer

grado», Pepe y Fina se afanan en intentar conseguirle algún trabajo, por modesto que sea. Cuando un recluso llega a este punto, disfruta de unas horas al día para salir a trabajar. De esta manera, se supone que puede reintegrarse en una sociedad que no se lo pone nada fácil. Al mismo tiempo, ello le permite ir ahorrando para cuando salga en libertad. Desgraciadamente, lo de encontrar trabajo se ha puesto realmente difícil. Por más que se den buenas referencias, muchas personas se niegan a dar trabajo a alguien que ha pasado por la cárcel.

—Nuestra sociedad todavía tiene demasiados prejuicios. En lugar de ayudarles a rehabilitarse, parece que hagamos todo lo posible para que no lo consigan —se lamenta siempre Fina.

Su hija mayor, además de trabajar unas horas en un despacho, estudia Económicas. Siempre sueña en que si algún día consiguiera montar un pequeño negocio, contrataría a algún ex-preso e, incluso, a la mujer de algún preso. Acaso la primera sería Zhora.

Zhora fue la otra persona a quien Cesca tuvo que ceder su habitación. Y lo hizo sin recelos, pese a que siempre es un poco antipático tenerse que instalar durante dos semanas en el sofá-cama del comedor. Pero Zhora y sus hijos se lo merecían. El marido está en la cárcel desde hace un año, pendiente todavía de juicio. Le acusan de un delito que nadie cree que lo haya cometido, pero la víctima afirmó que le había atacado un árabe con una navaja y le «trincaron». Para su desgracia, ni en la comisaría ni en la prisión le tradujeron de qué se le acusaba. No pudo defenderse. Más tarde, durante la rueda de reconocimiento, la víctima dudó y dijo que quizás sí era el que le había amenazado con una navaja para robarle quince mil pesetas.

Zhora está convencida de que su marido jamás pincharía a nadie con una navaja. Pero no basta con ello. El abogado de oficio dice que no hay pruebas para condenarlo, pero desde ello hace ya casi doce meses y mientras, Zhora no tiene trabajo y los tres niños han tenido que ir tirando como podían. Yendo de la Ceca a la Meca.

Afortunadamente, y a pesar de la desgracia, desde que han conocido a esta familia de Sant Andreu, las cosas han mejorado mucho. Primero fueron acogidos en su casa durante dos semanas. Más tarde, Fina y Pepe intercedieron ante el asistente social, y con la perseverancia del que es capaz de mover montañas, han conseguido que una

comunidad parroquial les ceda, temporalmente, un piso en el barrio, muy cerca de donde ellos viven. Han matriculado a los tres niños en la escuela y han encontrado una casa donde Zhora limpia unas horas a la semana y se gana, por primera vez en su vida, un pequeño sueldo.

Cesca y Zhora se han hecho muy amigas. La verdad, Zhora no es mucho mayor que ella. La casaron en Marruecos con quince años y a los veintidós, ya tenía tres hijos. Pablo y Clara también colaboran: hacen de «canguros» algunos ratos y gracias a todas estas ayudas, y gracias muy especialmente por haber conocido a una familia tan solidaria, la vida les ha hecho un giro copernicano.

A veces a Zhora le sobrevienen malas ideas y le parece que nunca antes había estado tan bien. Pero entonces se acuerda de su marido preso, se arrepiente de sus malos pensamientos y siente unas fuertes ganas de llorar.

Cuando Zhora se lo cuenta a Fina, ésta le quita importancia y le dice que es natural que los tenga. Nunca habían vivido en un piso para ellos solos. Además, ya hace unos meses que está aprendiendo a leer y escribir en castellano. A ella, a quien nadie jamás había considerado suficientemente digna como para enseñarle otra cosa que no fueran las tareas domésticas.

Cuando la casaron con Driss, a duras penas acababa una infancia a marchas forzadas. Y ahora, Fina le asegura que intentará hacerla entrar en un curso de auxiliar del hogar. De esta manera, podrá encontrar un trabajo más fiable y mejor pagado.

Pero de todo aquello bueno que han sido capaces de poner en marcha Fina, Pepe y sus tres hijos, esta familia aparentemente tan sencilla y normal, de aquello de lo que pueden estar más contentos, es de que cuando empezaron, estaban ellos y su compromiso y, ahora, han animado a todo un grupo de vecinos del barrio.

Ahora hay un grupo formalmente constituido de gente del barrio. Les apoyan en sus actividades y no pierden la ocasión de montar «tenderetes» en la calle, para recoger algún *dinerillo* para los presos. El grupo se ha comprometido de forma activa, a hacer todo aquello que esté en sus manos para mejorar la situación de algunos reclusos y ya han organizado un par de exposiciones de artistas presos.

También han organizado algún debate sobre las prisiones en España y la experiencia de otros países en la búsqueda de alternativas a la cárcel. Incluso cuando ha hecho falta, no han dudado en denunciar alguna administración de justicia que de tan lenta, acaba siendo ineficaz.

A menudo, Fina y Pepe acaban creyendo que, tal como funciona hoy la justicia, la principal función de las prisiones es «quitar de la circulación» a aquellos a quienes la sociedad considera peligrosos. Y no porque objetivamente hagan más daño a más personas, sino porque el tipo de mal que se les atribuye está peor visto, y causa un mayor

rechazo.

—Esta hipocresía y estas contradicciones, son las que debemos poner de manifiesto allá donde podamos —apunta Fina muy convencida—. Este es nuestro doble compromiso: convencer a todos los que podamos de la necesidad de cambiar el mundo ya que todos contribuimos en mayor o menor medida a perpetuar las injusticias; pero al mismo tiempo, ayudar a personas concretas, víctimas de alguna injusticia, a salir del agujero en que se encuentran.

2. CONTENIDO DEL VALOR COMPROMISO

En mi opinión, una persona comprometida con la sociedad debería tener tres características fundamentales: la solidaridad, la gratuidad y el compromiso.

De hecho, creo que son tres cualidades fundamentales para cualquier otra actuación importante en nuestras vidas. Aquellas acciones de las cuales podemos sentirnos más orgullosos como personas, es probable que sean acciones que hayamos llevado a cabo por motivos solidarios (es decir, pensando en el bien que hacemos), sin pedir nada a cambio —gratuitamente— (porque estamos convencidos de que si está en nuestras manos ayudar a alguien, debemos hacerlo) y sin desfallecer cuando surjan las primeras dificultades, o cuando nos apetecería más probar otras experiencias más nuevas, dejando colgado aquello que habíamos empezado.

Acaso de todas las cualidades que he referido, la que suele estar menos clara es, precisamente, la del **compromiso**. Muchas personas creen que su solidaridad queda sobradamente justificada por la gratuidad de su labor voluntaria. Por lo tanto, según este razonamiento, el compromiso sería algo secundario. Pero he aquí que la falta de un compromiso firme puede provocar y de hecho provoca, un daño mayor que si nunca hubiera iniciado esa labor de ayuda.

¡Cuántas veces nos encontramos con gente que abandona el compromiso que había adquirido! Y cuánto daño se puede hacer a una persona con ello, aunque sea de forma inconsciente.

Por ello es tan importante que insistamos en este aspecto siempre que nos sea posible, y que adquiramos compromisos siendo plenamente conscientes de lo que ello significa. Si alguien recibe nuestra ayuda, sea en unas simples visitas semanales, o acaso en unas clases de idioma, es necesario que seamos conscientes de que, con toda seguridad, a aquella persona le estamos abriendo un horizonte del cual carecía hasta ahora. No podemos abandonarle irresponsablemente.

Si nuestro compromiso es en el campo del voluntariado, es fundamental que

precisemos si nuestra acción voluntaria es por un tiempo determinado, o es posible que algún imprevisto justificado nos impida continuarla. También es importante que todas las partes tengan muy claro en qué consistirá la relación que se inicia. Ello evitará malentendidos.

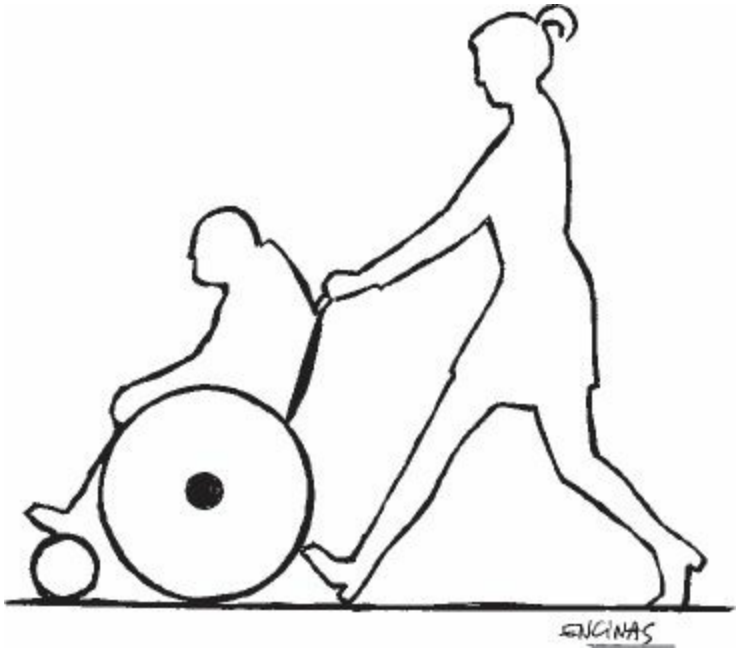
2.1. Hombres y mujeres comprometidos

El voluntariado puede ser, en líneas generales, una buena escuela en todos los ámbitos de la vida. En realidad, todos los valores que son importantes para un/a voluntario/a lo son también para todos aquellos que, de verdad, pretenden llegar a ser personas humanas, con todo lo que implica el concepto.

Y así, ¿cómo podríamos imaginar a una persona-persona, sin capacidad real para el compromiso? ¿Cómo es posible que nos creamos hombres y mujeres excepcionales, si no nos sentimos realmente comprometidos con nuestros principios y con la solidaridad más elemental, que nos empujará a luchar por la igualdad en dignidad de todos los seres humanos?

Si alguien se hace voluntario, damos por supuesto que no lo hace por pasar el rato y llenar el tiempo libre. Hay otras actividades que, a corto plazo, pueden resultar más gratificantes y no tan arriesgadas. En principio, el voluntario es consciente de las desigualdades que existen en nuestro mundo y siente en su interior, como una voz que le anima a rebelarse ante la injusticia. La primera expresión de esta rebeldía es el compromiso concreto. Acercarse a alguien que es víctima de una desigualdad y ofrecerle un servicio concreto.

También hay gente que simula no ver las injusticias o acaso que no le importan. Personas que se convencen de que nada pueden hacer para cambiar el mundo. El voluntario, es cierto, se compromete en unas acciones que por sí solas no cambiarán el mundo (y es bueno ser conscientes de nuestras limitaciones), pero quizás, sumadas al resto de compromisos concretos de otros hombres y mujeres, en la misma ciudad, en el mismo país, en todo el planeta, hagan que el mundo sea un poco más solidario y que todavía valga la pena llamarse persona entre tanta incomprensión y tanta violencia.



2.2. No sólo voluntarios

A mi juicio, la capacidad de mantener compromisos es un elemento fundamental en la vida de todas las personas así como en las relaciones sociales del resto de la población. Una sociedad, en la que una buena parte de sus componentes son incapaces de contraer compromisos, es una sociedad fragmentada, no cohesionada, insolidaria. En estas condiciones, no hay posibilidad de construir un mínimo proyecto común que le dé un sentido como pueblo.

Hoy en día, y sin duda en mayor medida que en otros momentos de la historia, corremos el peligro de desentendernos de los demás y mirar sólo por nosotros. Con la excusa de una tecnología que hace posible la intercomunicación inmediata y continuada de las personas, el mundo tiende a configurarse, paradójicamente, como la suma de individualidades sin ningún proyecto de vida en común.

Por ello, hoy más que nunca, es importante ofrecer resistencia. Resistencia que, sin necesidad de entrar en lucha contra los usos y costumbres, ni contra las modas inevitables, sea capaz, como mínimo, de dar el siguiente testimonio: también en este mundo que está en periodo de formación, es de vital importancia la existencia de algunos valores. Continúa siendo fundamental nuestro **compromiso**, como defensa activa de aquellos valores que nos ayudan a mantener unas relaciones humanas pletóricas de sentido.

Esta manera de ver las cosas, compatible al cien por cien con los nuevos tiempos que ya se perfilan, nos pide, como nunca, compromisos concretos. Sin duda el camino

del voluntariado es uno, pero no es menos seguro que podemos implicarnos en cualquier actividad de tipo social, recreativo, religioso, político, sindical, deportivo... o de cualquier otro tipo.

Y sobre todo, que todos y cada uno de nuestros compromisos sean compatibles con nuestra visión del mundo y nuestro actuar, tanto en nuestra vida pública, como en la privada.

2.3. Una muestra de antivalores

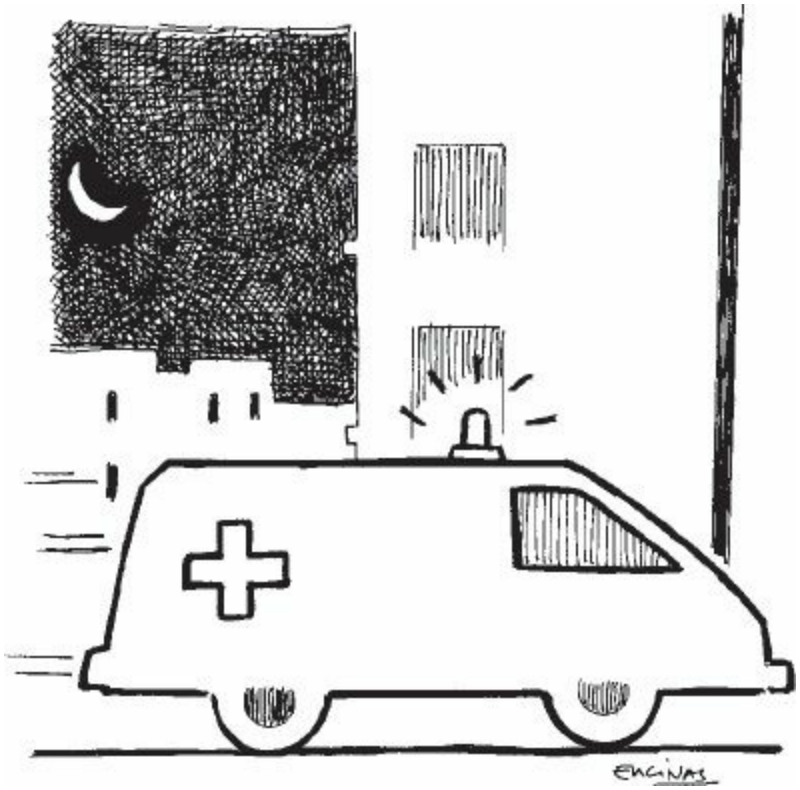
Aquellas personas que quieren comprometerse, o sencillamente, aquéllas que dicen defender unos valores, deben tener muy claro hasta dónde quieren llegar y, sobre todo, por dónde están dispuestas a pasar.

Existe un proverbio chino que dice: «no hay un camino hacia la paz, la paz es el camino». Parafraseando podríamos afirmar que no hay camino hacia el compromiso, el compromiso es el camino. De la misma manera para cualquier otro valor. Tenemos que desconfiar de aquellos que utilizan métodos que contradicen lo que dicen defender.

Una buena muestra de antivalores (y no sólo de un *anti-compromiso*) podría ser este fragmento de *Honoré de Balzac*:

> *«Ganar una fortuna rápidamente es el problema que se proponen resolver en este instante cincuenta mil jóvenes que se hallan en la misma situación. Usted es una unidad de esta cifra. No hay dinero para todos. Tan sólo unos pocos alcanzarán el éxito. Calcule el esfuerzo a realizar y piense en cómo será de encarnizado el combate. ¿Quiere saber cuál es la única manera de abrirse camino entre esta turba? Con la brillantez del genio o merced a la habilidad de la corrupción. Hay que entrar en esta masa de hombres como una bala de cañón o arrastrándose como una peste. Todos se inclinan ante el poder del genio; se le odia, se le calumnia porque hace presa en las cosas sin repartirlas. Pero al final, si persiste, se cede ante él y lo enaltecen los mismos que esperan envanecerse con su brillo. En pocas palabras, se le adora de rodillas, tras haber hecho todo lo posible por enterrarlo en el fango. La corrupción es el arma de la mediocridad. Verá usted a mujeres, el marido de las cuales gana 6.000 francos de sueldo, gastándose 6.000 francos en vestirse; verá a empleados con 1.000 francos comprando tierras. El hombre honrado es el enemigo a combatir; es el que calla y rehusa ciertas participaciones. Y no hablemos ya de aquellos pobres idiotas que siempre cumplen con su obligación, sin encontrar nunca una recompensa a su trabajo. Y a los que yo llamo los "benditos" de Dios. En ellos está la virtud*

en todo su apogeo, pero también la miseria. Me imagino la cara que pondría esta buena gente si Dios les gastara la broma pesada de ausentarse el día del Juicio final».



3. TEXTOS

«La gota agujerea la piedra no por su fuerza, sino por su constancia.»

(OVIDIO)

«La sociedad dual es, sobre todo, una sociedad insolidaria. (...) Entre sus manifestaciones pueden citarse: el hecho de refugiarse, cada vez más, en la vida privada; la ausencia de eco que encuentran hoy en día los ideales, o los proyectos colectivos; el abandono de la escena pública, la cual queda en manos de grupos cada vez más reducidos e incontrolados; la falta de interés por la militancia política o sindical... Todos estos hechos justifican el calificativo de «insolidaria» para esta sociedad que, por otro lado, se afirma que ya está saliendo de la crisis. ¿De qué crisis? Porque quizás, esta insolidaridad es la más grave de las secuelas de la crisis.»

(ILDEFONSO CAMACHO)

«Mi experiencia me indica que cuando las personas se informan, no sólo a través de los medios de comunicación escrita o audiovisual, sino directa y personalmente, viendo y juzgando por ellas mismas, es también cuando acaban implicándose en aquello de lo cual hablan y quieren intervenir en la realidad, cambiarla. La otra opción, aquella de decir que los problemas son demasiado grandes para nosotros y que tan sólo las administraciones pueden resolverlos, no es sólo la postura cómoda, sino también la inmadura e insolidaria.

La opinión pública es clave y la actitud autocrítica y combativa de los ciudadanos, de todos los ciudadanos, es vital. Yo no me cansaré de reivindicar la necesidad de estar informados (bien informados) como arma para combatir el desencanto y la desmovilización social. Cierto es que hay síntomas que indican una mayoría de gente despreocupada por todo lo que no sea actuar en beneficio propio, pero también hay signos de personas y grupos que van por otros derroteros.»

(ALEX MASLLORENS)

«No basta con levantar al débil, después, todavía es necesario sostenerlo.»

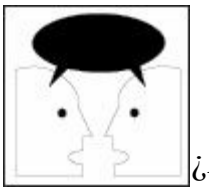
(SHAKESPEARE)

«La mayor fuerza motriz del voluntariado seguirá siendo su radical y personal libertad para comprometerse, para convertir un tiempo libre de ocio en un tiempo liberado para la solidaridad.

Cualquier acción generosa, cualquier gesto gratuito, cualquier pensamiento desinteresado sólo puede identificarse como voluntariado si es concebido libremente. El voluntariado debe partir siempre de la libertad y oponerse siempre a la instrumentalización. La libre autonomía del voluntariado concede a la acción voluntaria dos cualidades esenciales: su carácter personal y su carácter gozoso.»

(JOAQUÍN GARCÍA ROCA)

«La acción voluntaria sólo tiene calidad ética cuando es la opción libre de un sujeto en el interior de una triple aspiración: la estima de sí mismo, la solidaridad con los demás y el compromiso por una sociedad justa.»



PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

¿A qué crees que se compromete una persona cuando se hace voluntario?

2. ¿Qué te parece que alguien mezcle aquello que hace como voluntario con el resto de su tiempo y de su vida privada? ¿Te parece positivo o negativo?

3. ¿Estás de acuerdo con algunos de los amigos de Fina y Pepe cuando dicen que dedican demasiado tiempo a los demás?

4. ¿Te gustaría tener unos padres como los de Cesca, Pablo y Clara, o más bien te molestaría que fuesen como ellos y te complicaran la vida?

5. ¿Alguna vez has sentido admiración hacia unas personas realmente comprometidas en una causa?

6. ¿Has leído algún libro donde aparezcan uno o más personajes que defienden con valentía sus ideales? ¿Cuál?

7. ¿Y tú? ¿Te sientes verdaderamente comprometido con alguien o con algún tipo de militancia (formativa, educativa, cívica, ecológica, religiosa, sindical, política, humanitaria...)?

8. ¿Estás de acuerdo con Cesca en que el mundo no te gusta como está?

9. ¿Crees que vale la pena hacer algo para cambiarlo?

10. ¿Has pensado qué puedes hacer tú?

Capítulo 14

LA DISPONIBILIDAD

Josep M. Galofré Vilagut

Licenciado en Teología y en Filosofía y Letras.

1. DISPONED DE MI SABIDURÍA

Cuenta la leyenda que hubo un sabio muy sabio. Y valga la redundancia. Su saber abarcaba la mayor parte de los ámbitos de una vida acaso más sencilla, pero no por ello menos difícil de vivir. De vivir bien, se sobrentiende. La gente del pueblo le escuchaba y aprendía. Todos trabajaban, incluido el sabio, para mantener la prosperidad del pueblo, pero siempre encontraban unas horas al día para charlar, para compartir, para aprender los unos de los otros.

Un día pasó un viajero y coincidió su estancia con una de las charlas del sabio. El hombre se quedó impresionado e iba reflexionando sobre lo que había oído mientras proseguía su camino. Otros viajeros pasaron y pronto se corrió la voz: valía la pena andar unos kilómetros para escuchar sus palabras.

El pueblo tuvo que acoger, en poco tiempo, a un centenar de viajeros. Luego a un par de centenares. Más tarde, ya eran un millar. Todos venían por unos días a oír las palabras del sabio. La situación se hizo complicada: problemas de alimentación, de higiene, de convivencia, de idioma. Hubo una reunión en casa del sabio. Acudieron representantes del pueblo y de los visitantes. Coincidieron en que tenían que hacer frente a aquella situación y poner todos de su parte para organizar la vida doméstica del pueblo.

Unos organizaron la intendencia. Otros la estancia. Aquéllos, las reuniones, ahora multitudinarias. Había que prever los discursos en varios idiomas. El problema de las intervenciones quedaba, de momento, sin resolver, pero aquéllos que habían venido a escucharle, no se quedarían defraudados.

Al principio, el sabio redactaba las charlas y pasaba las notas a unos alumnos aventajados y conocedores de otras lenguas. Más tarde, ante la necesidad de aumentar las charlas, se limitaba a esbozar unas notas directivas, las cuales las pasaba a aquellos alumnos aventajados, que a su vez eran aventajados en imitar su estilo. El último paso ya fue dedicarse más a la administración de aquella *factoría de la sabiduría*. Sus alumnos, de tan aventajados, le aventajaban en las ideas: ellos mismos pensaban, esbozaban y redactaban los discursos.

El número de visitantes decreció. Quizás los mensajes continuaban siendo muy sabios, pero se encontraba a faltar aquel aire fresco y espontáneo de la charla directa, de la discusión inteligente, del trato directo con las personas y sus ideas. Alguien reclamó la presencia del sabio pero le dijeron que no estaba disponible. Que estaba preparando nuevos discursos, nuevas ideas, nuevas charlas.

El hombre sabio no tardó en darse cuenta de lo absurdo de aquella situación. Llamó

a sus alumnos aventajados, a los alumnos de sus alumnos, y a los ayudantes de aquéllos. Les entregó una hoja escrita con una frase y les anunció que aquélla era su charla para aquél día. Les pidió que la tradujeran, la leyeran, la comunicaran o la pintaran por las paredes, le daba igual, pero quería estar seguro de que todo el pueblo, incluidos los visitantes, se enteraba del mensaje.

Al caer la tarde, la hora esperada de la charla, una muchedumbre se apiñaba en la plaza. Nadie se percató de la presencia del sabio entre el gentío. Sus alumnos aventajados leyeron la frase. Hubo unos instantes de estupor ante la brevedad del mensaje y luego, un mar de murmullos invadió el ambiente. Lentamente la muchedumbre se fue dispersando. Unos grupos se fueron por aquí y otros por allá.

El sabio caminaba en medio de un grupo. Iban discutiendo sobre el significado del mensaje cuando uno de los del grupo, habitante del pueblo desde hacía tiempo, le reconoció. Entonces la charla se animó. El sabio les explicó cuáles eran las razones de su mensaje y unos se mostraron favorables y otros disintieron. Unos y otros tuvieron una charla amable y animada. Cuando ya anochecía, quedaron en verse el día siguiente. No eran muchos, pero sentían que habían recuperado algo perdido. Unos y otros volvían a estar disponibles.

2. CONTENIDO DEL VALOR DISPONIBILIDAD

2.1. Un valor muy alto

Me toca hablar de la *disponibilidad*. Y creo que en la escala de valores de cada persona, debería ocupar un puesto realmente alto en el *ranking*. Tendría que ser uno de los primeros (le toca, se lo merece...).

Cuando me pidieron hacer esta colaboración en forma de escrito, no dudé en contestar que sí. (Alguien pensará que eso, antes que estar «disponible», es ser «tonto»... y quizás tenga la parte de razón que a nadie podemos negar.) Pero más que de tonto, creo que pequé de ingenuo y de presuntuoso.

Por eso, después de haber dicho aquel «sí», tuve la sensación de que acababa de «meter la pata».

Sin embargo, cuando me dijeron que tenía que hablar de la *disponibilidad*, empecé a rehacerme. Es uno de los valores que más me gustan. Creo que es un valor que da mucha felicidad. Felicidad a quien la ejerce y a quienes reciben sus consecuencias. Estoy

absolutamente convencido de ello...

Así pues hablar —como aquel que lo hace a un amigo— de algo de lo que uno está totalmente convencido, no es demasiado difícil. O eso creo...

2.2. ¿Quién está «disponible»?

Los diccionarios dicen algo así como que la disponibilidad es «una disposición habitual de ponerse espontáneamente al servicio de quien tenga necesidad».

De la misma definición se desprende que sólo podemos considerar «disponibles» a aquellas personas que «habitualmente» están dispuestas a ayudar, no a aquellas que lo hacen una vez al año...

Y lo hace con espontaneidad, es decir, sin pensárselo demasiado, con naturalidad. Con una cierta alegría...

Por lo que llevamos dicho ya se ve que la disponibilidad sólo es posible desde una cierta **libertad interior**. O sea, que aquel que no sabe relativizar las cosas de este mundo (y esto es lo que quiere decir ser libre), difícilmente tendrá la capacidad de ponerse al servicio de los demás. De todos los «demás»: de los que me caen bien y de los que se me antojan antipáticos; de los ricos y de los pobres; de los miembros de mi familia y de los de fuera de casa...

Aquí los tenemos. Viven a nuestro lado:

—Marta está casada y tiene cuatro críos. Sus padres, ya mayores, viven con ella. No le falta trabajo, pero siempre encuentra tiempo para ayudar a la señora Manolita —una viejecilla imposibilitada— que vive en la misma escalera.

—Marcos tiene dieciséis años y es un buen muchacho. Vive con su madre, viuda, y dos hermanos menores. Estudia formación profesional —especialidad en electrónica— con ayudas y becas oficiales: no le va del todo mal. Su madre limpia en otras casas para tirar la suya adelante. Cuando Marcos llega a las dos de la tarde, calienta la comida que su madre ha dejado preparada. Pone la mesa y come con sus hermanos (la madre llega a las tres y los dos pequeños tienen que volver a la escuela a las tres y cuarto). Marcos recoge la mesa y acompaña a su madre mientras ésta come. Marcos siempre está contento...

—Nuri estudia tercero de Biología. Los fines de semana (no todos) acude a una residencia geriátrica a ayudar («para hacer lo que sea», dice ella). Es su segundo año de voluntaria. Manuel y Tomasa la esperan con mucha ilusión, cada sábado, porque les explica cosas y les regala retazos de alegría. La verdad es que Nuri tiene una risa que se

contagia con facilidad y les encanta a todos los viejecillos de la residencia.

—Marta, Marcos y Nuri no son los únicos en pensar en los demás. No son los únicos en saber que no debemos ser felices en solitario. No son los únicos en entender que, en este mundo y en esta época que nos ha tocado vivir, o somos solidarios y serviciales o no seremos nada.

2.3. Cómo estar disponibles

Para poder estar «disponible» es preciso ser humilde. Es necesario relativizar la propia importancia. Y hay que estar convencido de que la vida nos ha sido dada en favor de los demás.

Mi vida es un ***valor social***. Vivimos en función de la sociedad, cara a la sociedad, frente a los demás...

Yo existo para los demás, en función de los demás... y para realizarme como persona, necesito de los demás. Estar «disponible» no significa dar cosas (o hacer cosillas) a los demás. No se trata de dar, sino de darse. Éste es el verdadero disponible.

Y para llegar a esta conclusión es necesario tener la convicción clara de que la vida no es nuestra (abusamos con exageración de los adjetivos posesivos). Nada es nuestro: ni la vida, ni la salud, ni la carrera u oficio, ni la pareja, ni los hijos, ni el coche, ni el piso... Todo nos ha sido «prestado» durante un tiempo. Todo nos ha sido dejado en función de los demás.

El tiempo tampoco nos pertenece. Los ingleses afirman que *time is money* y nosotros respondemos que *el tiempo es oro*. Pues bien, el valor del tiempo hay que buscarlo en ponerlo a disposición —disponibilidad— de los demás. Hay que ser humilde para entender todo esto, para entender que nada es mío. Ni siquiera el tiempo (uno de los

valores al cual se le concede más importancia).

Cuando se llega de forma pacífica a la aceptación de que las cosas son así, es cuando nos encontramos en la situación óptima para ofrecer la propia vida (que no es tan propia como parecía), a los demás...

2.4. Personas *light*

Dicen que estamos en la civilización de lo *light*, que significa aquello que es ligero, suave, sutil, fácil, frívolo... O sea, adjetiva cosas que no tienen demasiado peso ni consistencia.

Tras la Coca-Cola *light* (sin coca, sin cola, sin nada...) nos llega la invasión de alimentos y bebidas *light*: Ni engordan ni aumentan el volumen de nuestros «michelines».

Deseamos cosas que halaguen nuestros sentidos, que nos agraden —pero que no nos perjudiquen ni fisiológica ni estéticamente...

Hagamos un paralelismo con las costumbres del vivir cotidiano: muchos desearían una ética *light*, una moral suave, ligera casi *vegetal*; una ética que no haga daño, que no cueste ni duela.

Y debido a esta filosofía de la vida *light* estamos cayendo en la trampa de la comodidad, del individualismo y del «ande yo caliente...».

Y así no somos personas disponibles, sino personas *light*, sin peso específico ni verdadera entidad humana. Nos cuesta reconocerlo. Nos avergüenza constatar que el individualismo nos corta las alas. Y, a la vez, preferimos darle otro nombre a las cosas con tal de disimular nuestra mediocridad ambiental.

Y así, al egoísmo descarado que nos impele a buscar sólo aquello que nos interesa, le llamamos «tener un espíritu despierto y emprendedor». A cierta intoxicación burguesa que se infiltra en nuestra manera de vivir y nos conduce a la comodidad y a la superficialidad anímica, le llamamos «prudente adaptación a las exigencias de la vida moderna». Y a la mediocridad y al hecho de buscar en todas las cosas el placer material y todo aquello que halaga nuestros sentidos, le llamamos «tener un espíritu liberal y postmoderno».

Tendremos que luchar contra la civilización de lo *light* si queremos ser ***personas***. Nos tocará nadar contracorriente si queremos estar **disponibles**. Deberemos atrevernos a llamar a las cosas por su nombre si no queremos engañarnos a nosotros mismos y a las generaciones que nos siguen.

2.5. «Yo trabajo para los demás»

Si queremos ser felices tendremos que *trabajar para los demás*. Las cualidades que nos han sido dadas deben ser puestas al servicio —disponibilidad— de los que pasan por el camino de nuestra vida.

Servir a los demás es la gran oportunidad que tenemos para realizarnos y ser personas de verdad.

Pero todo ello debe ser llevado a cabo con generosidad, con desinterés. No tenemos que hacerlo para que nos lo agradezcan o para que nos digan lo buenos que somos... Tenemos que hacerlo porque las personas, por el mero hecho de serlo, merecen nuestro interés y nuestro amor.

En la Edad Media, en una ciudad de Alemania se estaba acabando una magnífica catedral. Por fuera ya estaba lista. Y por dentro, un escultor local, encaramado a los andamios, iba esculpiendo figurillas en los capiteles más altos. Su labor era de pura filigrana. Un día llegó a la ciudad un gran comerciante. Las autoridades le invitaron a subir y admirar el trabajo de aquel viejo escultor.

Al hombre de negocios ya no le hizo mucha gracia tener que trepar por aquellos andamios (ya se sabe que en los negocios es fundamental «tocar con los pies en el suelo»). Pero cuando vio a aquel viejecillo que, con su martillo y su cincel esculpía con tanta ilusión aquellas estatuas, quiso darle, de inmediato, una lección de pragmatismo. Le dijo:

—«Oíd, buen hombre. Desde allá abajo, la gente que entre en la catedral, apenas verá estas estatuas que estáis haciendo con tanto esmero. No es necesario, pues, que os esforcéis tanto...».

Y el viejecillo, tras mirarlo de arriba abajo le dijo no sin cierta ironía:

—«Oíd, señor, es que yo no trabajo para los de abajo, sino para los de arriba...».

Pues bien, me parece que también nosotros deberíamos trabajar por algo más que no fuera el recibir felicitaciones, o por vanagloriarnos. Si deseamos trabajar con ilusión, con rectitud en nuestras intenciones y con espíritu de fe... No tenemos que trabajar para ser «admirados», sino que debemos hacerlo para contribuir a la felicidad de los demás.

2.6. Es mejor dar que recibir

Deberíamos ser capaces de dar, pero con buena cara, con ganas, con ilusión. Cuando nos hacen un favor y nos queda la desagradable sensación de que nos lo han hecho

obligados, siempre tenemos la tentación de decir que no se molesten, que ya nos apañaremos.

Y es que uno de los rasgos más simpáticos de la persona disponible de verdad, es saber hacer las cosas con naturalidad y alegría, de manera que los favorecidos por su actuación, apenas se aperciban de la ayuda recibida.

Por ello, el auténtico «disponible» no cree hacer algo especial o que merezca mención honorífica. No. Más bien cree hacer la cosa más normal del mundo. Algo así como estar cumpliendo un deber, el deber de ser ***persona humana***. Al fin y al cabo, para ello está en este mundo: para ser útil a los demás, para ayudar siempre que pueda, para luchar por un mundo más justo, más agradable y solidario...

San Juan Bosco, que murió en el año 1888, tras dedicar toda su vida a los jóvenes más necesitados, les dijo en una ocasión: «Vosotros sois mis amos». Tan claro tenía que «servir a los demás» era una obligación y, al mismo tiempo, un derecho al cual no quería renunciar.

2.7. Plantear bien la cosa

Cuando estudiaba bachillerato, mi profesor de matemáticas solía decirnos: «un problema mal planteado no tiene solución. En cambio, un problema bien planteado ya está solucionado en un ochenta por ciento. Tan sólo quedará hacer las operaciones».

En el problema de la **convivencia humana**, es preciso que todos sepamos ***plantear bien el problema***. Y el planteamiento correcto radica en aceptar como axioma, que la **disponibilidad** no es tanto un **deber** como un **derecho** de la persona... Tengo el *derecho* de ayudar a los demás. Tengo el *derecho* de ser útil a todo aquel que me necesite. Tengo el *derecho* de experimentar la alegría de darme a los demás y así ser, cada día, más feliz.

En la parábola del «buen samaritano» se describen de forma clara los resultados negativos de no saber plantearse bien el problema de la ayuda al otro. Tanto el sacerdote como el levita «pasaron de largo» sin ayudar a aquel hombre malherido. Plantearon mal el problema. Se hicieron a sí mismos una pregunta que no era la adecuada. En efecto, se dijeron: «¿Qué me pasará si me detengo a ayudar?». Y la respuesta no era difícil de prever: «si me paro, perderé el tiempo, me mancharé de sangre, incluso podría *cargármelas*... Nada, nada, no nos compliquemos la vida...». Y pasaron de largo.

Por el contrario, el samaritano se hizo la pregunta correcta. Y esta era: «¿Qué le pasará a **él** si no me paro? Puede morir, desangrarse». Se detuvo y acertó.

2.8. Saber detenerse

Para poder tener el gran don de la disponibilidad, uno ha de saber pararse. No podemos ir tan deprisa por la vida si queremos ser útiles. Si vamos como desesperados es muy difícil que nos demos cuenta de las necesidades de las personas que viven a nuestro alrededor.

Un padre obsesionado por su trabajo difícilmente estará atento a las dificultades de su hijo adolescente. Una madre que no se detiene a ver crecer a su hija, difícilmente encontrará el tiempo o el momento para descubrir el problema y adivinar por qué cada noche llora sola, en la habitación... Vamos demasiado deprisa. No sabemos detenernos. No sabemos escuchar. Nos cuesta meditar y reflexionar. Nos cuesta estar quietos, en silencio, para pensar un poco...

Dice el padre Ballarín, en uno de sus libros, que no es verdad que el hombre venga del mono. Afirma —con gran ironía— que es el mono el que desciende del hombre. Y lo explica diciendo que hace muchos años, unos hombres dejaron de pensar, de reflexionar, de detenerse y estar quietos, y les salió cola. Y se convirtieron en monos, saltando y brincando de rama en rama.

Un mono sería —según la hipótesis del padre Ballarín— un hombre que perdió la propiedad de *pararse y estar en silencio*.

3. TEXTOS

He aquí unas citas que nos pueden ayudar:

«Algunos oyen con las orejas, otros con el estómago, otros con el bolsillo... y otros no oyen nada.»

(KHALIL GIBRAN)

«Cuantas menos cosas hacemos, más corta parece la vida.»

(GUILLERMO VON HUMBOLDT)

«Hay que ser pobre para conocer el lujo de dar.»

(GEORGE ELIOT)

«¿Dices que nada sale de la nada? No te preocupes, con el barro de la tierra haz una copa para que beba tu hermano.»

(ANTONIO MACHADO)

«El egoísmo social es una suerte de sepulcro.»

(VÍCTOR HUGO)

«Ser bueno sólo para ti, es no ser bueno para nadie.»

(VOLTAIRE)

«El que quiera ser importante que se ponga al servicio de su hermano.»

(JESÚS DE NAZARET)

«El amigo seguro se conoce en la acción insegura.»

(DALAI LAMA)

«El hacha del leñador le pidió al árbol su mango. Y el árbol se lo dio.»

(RABINDRANATH TAGORE)

«El premio de toda buena acción es haberla hecho.»

(SÉNECA)

«Bueno es dar cuando nos piden. Pero es mejor dar cuando no nos piden, porque ello significa que comprendemos a los demás.»

(KHALIL GIBRAN)

«Frío e insípido es el consuelo cuando no le acompaña alguna ayuda concreta.»

(PLATÓN)

«Es poco lo que das, lo que te pertenece. Cuando das de ti mismo es cuando realmente das. Hay algunos que dan poco de lo mucho que tienen... y lo hacen para recibir agradecimientos, y su deseo inconfesable hace indeseable su donación. Y aquellos que teniendo poco lo dan todo. Ellos son los que creen en la vida y su caja nunca queda vacía. Los hay que dan con gozo y este gozo es su recompensa. Los hay que dan con dolor y el dolor es su bautismo.

Y también aquellos que dan y no les duele, ni buscan ningún goce, ni se sienten virtuosos al hacerlo. Dan de la misma manera que el mirta esparce su fragancia en los valles lejanos. Dios habla a través de las manos de ellos, y tras sus ojos sonríe a la tierra. Es bueno dar cuando nos piden, pero es mejor comprender, y dar antes de que nos lo pidan.
Y para aquel que tiende sus manos, la búsqueda del que espera es un goce mayor que el de dar. A menudo decís: "Ya quisiera yo dar, pero sólo a aquellos que lo merecen". Pero los árboles de vuestro huerto no piensan así; ni tampoco los rebaños de vuestros pastos»

(KAHLIL GIBRAN, *El profeta*)

La madre: —«¿Sabías que Dios te estaba mirando cuando cogías aquella galleta de la cocina?».
El niño: —«Sí, lo sabía».
La madre: —«¿Y qué crees que te decía Dios?».
El niño: —«Me decía: no estás solo: somos dos; por tanto, coge dos galletas».

(ANTHONY DE MELLO, *La oración de la rana*)

«Si yo hablase los lenguajes de los hombres y de los ángeles pero no amase, sería como las campanas que tocan o los platillos que tintinean. Si tuviese el don de profecía y penetrase todos los designios ocultos de Dios y todo el conocimiento; si tuviese tanta fe que fuera capaz de mover las montañas, pero no amase, no sería nada. Si repartiese todos mis bienes a los pobres, incluso si me vendiese a mí mismo como esclavo y tuviese así un motivo de gloria, pero no amase, de nada me serviría.
El que ama es paciente, es bondadoso. El que ama no tiene envidia, no es presumido ni orgulloso, no es grosero ni egoísta; no se irrita ni se venga; no se alegra de la mentira, sino que encuentra el gozo en la verdad; todo lo justifica, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.
El amor no morirá nunca...»

(San Pablo a los Corintios, 1Cor 13, 1-7)

Preguntó un gurú a sus discípulos:
—«¿Sabríais decirme cuándo acaba la noche y empieza el día?».
Uno de ellos dijo:
—«Cuando ves un animal a distancia y puedes ditinguir si es una vaca o un caballo».
—«No» —dijo el gurú.
—«Cuando miras un árbol a distancia y puedes distinguir si es un mango o una palmera».
—«Tampoco» —dijo el gurú.
—«Está bien —dijeron los discípulos— dínoslo tú.»
—«Cuando miras a un hombre a la cara y reconoces a tu hermano; cuando miras a una mujer a la cara y ves en ella a tu hermana. Si no sois capaces de esto, sea la hora que sea, para vosotros aún será de noche...»

(ANTHONY DE MELLO. *La oración de la rana*)

El señor les decía a aquellos que siempre tenían miedo de quedarse sin nada para ellos y constantemente llevaban control estricto de su generosidad:
—«Si en tu casa tienes dos sillas y te sientas en una y guardas la otra sin ofrecerla a tu prójimo, llegará un día que la encontrarás carcomida y comprobarás, enojado, que nunca has podido tumbarte a descansar en el sofá de tu vecino».
Y también les decía:
—«Un día la llama quiso conservar para ella sola la luz que desprendía y

aquel día la llama se extinguió, murió del todo».

(P. J. YNARAJA. *Nuevas parábolas*)

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

A todo el que quiera ser persona le pediríamos una serie de cualidades. La de la disponibilidad, ¿debería entrar? ¿Por qué?

2. Dentro de una escala hipotética de «valores», ¿qué lugar debería ocupar?

3. ¿Cómo estamos de *disponibilidad*? ¿Por qué, en general, encontramos tantas dificultades a la hora de ponernos al servicio de los demás?

4. ¿En qué medida el «consumismo» (y el materialismo que está detrás) os parece que nos impide estar «disponibles» para los que nos necesitan?

5. Hoy está muy de moda trabajar «de cara a la galería». Todos quieren «salir en la foto»... ¿Por qué cuesta tanto trabajar sin pretender vanagloriarse?

6. Para poder estar al servicio de los demás (=disponibilidad) se necesita ser persona de «paz interior», de paz espiritual que permita «pararnos» ante los problemas de los demás... ¿Qué importancia (y qué tiempo) damos —en nuestra vida— al silencio, a la reflexión, a no ir atolondrados por la vida?

7. ¿Nos hacemos siempre la pregunta adecuada? Es decir: ¿qué le pasará al otro si yo no me «detengo»?

8. Estar disponible no significa estar a la disposición de todo aquello que deseen los demás. ¿Cómo compaginar la disponibilidad con una cierta independencia?

9. Cita aquellas actitudes prácticas que nos hacen ser disponibles. Cita también aquellas que no nos hacen estar disponibles.

10. Piensa en tu trabajo, en los estudios, en tu casa. ¿Qué puedes mejorar respecto a la disponibilidad?

Capítulo 15

LA ESPERANZA

Miquel Estradé Ciurana

Monje de la Abadía de Montserrat.

1. SABER ESPERAR

Hace mucho tiempo que me muevo por las montañas de Montserrat como para perderme, pero la verdad es que más de una vez me he perdido. Una vez fue particularmente pintoresco. Un día que me apetecía andar, para ir a la casa Masana, donde me esperaban unos amigos, bajé hasta Collbató para seguir por la Viña Nueva e ir tirando. Sabedor de que mi sentido de la orientación no es precisamente brillante, entré en una masía a preguntar el camino. «Seguid que no tenéis pérdida, es todo recto.» No hacía mucho que andaba, y aquel camino que tenía que ser todo recto, se partía en dos. No me tocaba otro remedio que escoger uno de los dos. Para hacerlo más divertido, al cabo de un rato, otra bifurcación. A la una me esperaban en la casa Masana y ya eran más de las doce; no sabía hacia dónde ir y, también debido quizás al fuerte sol del mediodía, me sentí angustiado. Ni caminando se me pasaba esa angustia. En un recodo, vi allá a lo lejos la casa Masana, pero no tenía ni idea de cómo llegar; en ese momento, ya me encontraba bien lejos de un camino marcado, y aquella angustia se convirtió en pánico. Incapaz de razonar, me sentí irremisiblemente perdido. Andando como un autómata, me topé con un gran pino, alto, magnífico, tan ancho que yo solo no podría abarcarlo con los brazos. Era antes de los incendios de 1986. El pánico me hacía sentir como si flotara. En aquellos momentos no tenía ni fe ni esperanza. Excepto aquel pino, para mí no había otra realidad que la sensación de encontrarme perdido. ¡Y me esperaban en casa Masana! No sé por qué extraño instinto, me abracé con fuerza a aquel pino y empecé a respirar pausadamente. El contacto material con el pino me hizo aterrizar en la realidad, pude razonar de nuevo y siguiendo una clara deducción, llegué, en cinco minutos, al camino que pasa bajo la Roca Horadada y que llega hasta casa Masana.

¿Qué tiene que ver esto con nuestro tema? Es sencillo: el pánico me había hecho perder la esperanza de llegar a casa Masana antes de la una, y el pino me la devolvió. ¿Cómo? El pánico era la irrealidad, la imaginación, todo aquello impreciso y turbio que pasaba por mi cabeza. El contacto con el pino fue la *bajada* a la realidad, al suelo, a no hacer caso de aquellos pensamientos negros y absurdos. El miedo ahogaba la esperanza, mientras que la realidad me la devolvió y me la mantuvo. El realismo, necesario para la esperanza.

Otra aproximación al tema nos la puede proporcionar un hecho banal que le puede suceder a cualquiera. Un buen día, agotados y con unas ganas terribles de sentarnos, nos dejamos caer en la primera silla que encontramos y, apenas la tocamos, la silla se desmonta: rota, descoyuntada, chafada, acaso sorprendida por nuestro peso, ¡da igual! Otra vez nos ha fallado una esperanza por no contar suficientemente con la realidad.

Dábamos por supuesto que la silla serviría como tal, y resultó que era una silla estropeada e inútil para su función. La lección que aprendo de esta anécdota es que, cualquier cosa que quiera ser un buen punto de referencia para la esperanza, es preciso que sea de verdad, aquello que debe ser, no sólo que aparente serlo. Otra condición para la esperanza es, pues, además del realismo, la coherencia.

A estas dos aproximaciones, añadiré otra, que la introduzco también a partir de un ejemplo que quizás alguien haya vivido en persona. Supongamos que de repente nos encontramos mal y vamos al médico; nos recomiendan uno que dicen que es muy bueno. Vamos a su consulta, nos visita más bien con una cierta superficialidad, nos receta no se qué, y literalmente nos despacha. No sabemos la causa ni las excusas, pero aquel día, aquel médico no podía estar por nosotros. Y a nosotros no nos bastaba con saber que era muy buen médico, necesitábamos saber que éramos alguien para él, constatar que sentía un auténtico interés por nosotros. Quizás sea abusar de una palabra, pero como no es grave, lo hago: para poder infundir confianza, necesitábamos saber que era un buen médico y, a la vez, teníamos que sentirnos *queridos* por él. Además del realismo y la coherencia, la estima o, si lo preferís, el interés.

Estos tres ejemplos nos llevan justo al lugar donde quería llegar: a una descripción de la esperanza. Yo diría sencillamente que la esperanza es fe en un amor. Una descripción que, de tan corta que es, podría parecer pobre, pero yo la doy por clara y válida. Para llegar a ella, no me han hecho falta elucubraciones filosóficas, ni siquiera profundas y sabias disquisiciones. Me ha bastado con escuchar con atención el latido de la vida preguntándome: ¿cuándo vive una persona con esperanza? Y por honestidad he tenido que responderme: cuando se siente querida.

Podríamos decirlo de otra manera: una persona vive con esperanza cuando sabe que es alguien para alguien, cuando sabe que, por lo menos, cualquier cosa buena o mala que pudiera sucederle, precocupa a alguien. Pueden ser muchos y muy altos los obstáculos, los sufrimientos, las preocupaciones, las angustias, las circunstancias adversas. Pero todos nos sentimos capaces de soportarlo, aunque no necesariamente de superarlo, si estamos convencidos de que somos alguien para alguien.

2. CONTENIDO DEL VALOR ESPERANZA

Siempre me ha impresionado la anécdota que cuenta Saint-Exupéry de su amigo Guillaumet, aviador como él, el cual, debido a una avería de su avioneta, tuvo que atravesar andando los Andes en condiciones inhumanas hasta encontrar, al cabo de varios días, un rincón habitado. Las únicas palabras que le entendieron los que le auxiliaron fueron: «Os juro que ningún animal habría sido capaz de hacer lo que yo he hecho». Cuando días después, ya bastante repuesto, explicaba desde el hospital a sus

amigos la aventura con pelos y señales, uno le preguntó de dónde había sacado las fuerzas, y él les dio una respuesta genial: «Mirad, abandonar y echarlo todo a rodar era una idea que me venía a menudo. Pero enseguida pensaba: si mi mujer me cree vivo, cree que camino; si mis compañeros me creen vivo, creen que camino. Y yo sería un cerdo (*cochon*) si no andara». Saberse querido, que quiere decir también valorado, saber que era alguien para alguien, saber que había quien se sentía profundamente afectado si le pasaba algo, mantenía a Guillaumet en aquel esfuerzo sobrehumano que le conservó viva la esperanza de salir con vida.

2.1. La esperanza: fe y amor

Dos son los términos que hemos dado de esperanza: fe y amor. Son los puntales que la aguantan, los dos valores que la estructuran. Si no queremos que nos suceda como con la silla rota, tendremos que estar bien atentos para que la fe sea fe, y el amor, amor. El tono, el tintineo, el valor de nuestra esperanza dependerá de cómo sean el amor y la fe en los que creemos. Insisto en ello para evitar caer en la trampa que a veces nos deparan las palabras. La palabra fe tiene muchas acepciones; y el vocablo amor no hace falta ni decirlo.

Si la esperanza tiene que ser verdadera y sin engaños, le hará falta que el amor, que es su punto de referencia, sea también un amor verdadero, no bastará un amor cualquiera. Todos sabemos que hay amores traidores, poco de fiar, que prometen y no dan, que defraudan bien pronto al incauto.

Si para dar a luz la esperanza, el amor debe ser verdadero, también debe ser de calidad la fe en la que el hombre cree en ese amor. Es preciso que sea una fe que no se agote y dimita, que no se estanque. Es necesario que sea una fe de una firmeza inalterable, una fe casi terca, tozuda. Lo que salva la esperanza es la fuerza del amor y la terquedad de la fe.

La esperanza, como fe en un amor, está sujeta a la fuerza de gravedad del egoísmo, del recelo, de la experiencia, de la previsión, del cálculo. Además tiene un techo, la muerte, que no le permite alzar vuelo con toda libertad. La esperanza es una virtud de la cual hasta Dios se extraña, el mayor prodigio de su Gracia, para decirlo en palabras de Péguy. Para que la esperanza no sucumba y se libere de esta fuerza que la arrastra contra su voluntad, necesita una fe y un amor que no le fallen.

Cuando afirmo esto, no deseo expresar desdén hacia nadie, ni hacia nada. Tampoco pretendo establecer comparaciones de valores, ¡Dios me libre! Tan sólo constato que aquel que quiera una esperanza plena, topará con obstáculos insalvables, a menos que cuente con un amor incondicional y perdurable en el que depositar su fe. Sólo para aquel que tiene una fe y un amor de tal consistencia, la esperanza puede ser una virtud que no engañe. Si no es así, la esperanza seguirá siempre un camino sin salida, unos senderos que nunca llegan a ninguna meta satisfactoria.

2.2. Algunas frases y algunos fragmentos

No es difícil sacar de aquí y allá, en todo tipo de literatura, frases que nos lo confirmen. Desde la conocida definición de Píndaro: *«el hombre es el sueño de una sombra»,* pasando por el desenfado de E. Fried: *«un perro que muere como un perro y que sabe que muere como un perro, y que puede decir que sabe que muere como un perro, eso es el hombre».* Hasta las frases seriamente desalentadas de Malraux: *«ya conocemos el dicho: son necesarios nueve meses para hacer un hombre y basta con un día para matarlo (...) Pues oídme; no nueve meses, no; ¡cincuenta años son necesarios para hacer un hombre! Cincuenta años de abnegación, de voluntad, de tantas cosas! Y cuando este hombre ya está hecho, cuando al fin es un hombre completo, no sirve para*

nada más que para morir». Podríamos acabar este rosario de textos oscuros con el final del poema *El humo*, de Bertold Brech, cuando, tras hacer hablar al abuelo y al padre, el poeta hace hablar a la nieta, la cual lo hace en el mismo tono de hundida resignación, si bien en un tono más joven:

Es viejo, oigo que dicen; ya nada espera.
Porque tan sólo el tiempo lo crea, y el tiempo lo destruye.
Pero nosotros, los jóvenes, oigo que dicen,
tenemos la puerta abierta de par en par.
Sí, reconozco, abierta de par en par hacia la nada.
También digo, pues: mira el humo grisáceo
que avanza hacia regiones cada vez más frías.
¡Así avanzas tú!

Que la espera es difícil es cosa harto experimentada, y la desesperanza puede ser tentadora y peligrosa por su apariencia razonable. Estamos tan rodeados de esperanzas fallidas, de ilusiones rotas, de esfuerzos inútiles, que dimitir de la esperanza puede parecer lo más sensato. Nadie nos los debería reprochar.

Vivimos en un mundo opaco, turbio, donde a menudo avanzamos a ciegas, llenos de barreras, de trampas y obstáculos. Estamos ya escarmentados y a veces no aceptamos arriesgar más. Para la esperanza, todo ello es como un campo minado.

J. Goldbrunner lo expresa así: *«Fracasos, decepciones, pérdidas de fortunas, muerte de personas queridas, una tras otra, estas desgracias llaman a la puerta de nuestro corazón, el cual, bajo los embistes del destino, se enrosca en sí mismo y acaba abandonando. Al final de esta sucesión fatal puede estar la desesperación. En el corazón germina la soledad, el aislamiento, la ausencia de salidas, la falta de esperanza y la conciencia del absurdo. Ya no reclamamos nada, ya nada esperamos, ni confiamos en nada. Se alza en nuestro interior un enemigo que todo lo mata».*

Y pese a ello, no son estos los obstáculos más duros con los que se enfrentará. Más que aquello que nos sucede, es la actitud de nuestro corazón lo que puede poner dificultades a la esperanza. Y precisamente por lo mucho que nos cuesta esperar, cosa de sobras experimentada, afirma G. Bernanos: *«El demonio de mi corazón se denomina: ¡no tengo ganas de hacer nada! Total, ¿de qué sirve todo?».*

Los obstáculos más infranqueables para la esperanza anidan en el corazón. Y bien es cierto que así lo sentiremos, si mantenemos que la esperanza es fe en un amor o, en aquellas otras palabras, la conciencia de ser alguien para alguien. Ello nos fuerza a no llamar nunca esperanza a la confianza en unos cálculos, al abandonarse a la suerte, a fiarnos de ciertos indicios. Pese a que a menudo se le llame esperanza, no es la esperanza de la que estoy hablando en estas líneas, que tiene como rasgos estructurantes la

gratuidad, el misterio, la pobreza, la bienaventuranza. No podremos andar por los caminos de la esperanza si vamos con las manos llenas, con la actitud estúpida de un comprador, con la sonrisa inexpresiva del hombre satisfecho, con las pretensiones del que se cree que todo lo tiene ya, con las maneras ingratas de aquellos que creen bastarse a sí mismos.

Todo aquello que suponga un obstáculo para creer en el amor, será un obstáculo para la esperanza. Todo aquello que haga difícil poder tomar conciencia de ser alguien para alguien, será, igualmente, un obstáculo para la esperanza. Todo aquello que mate, o dificulte la gratuidad, la pobreza, el misterio, puede matar la esperanza.

La actitud del que espera es una actitud abierta al otro, al amor del otro. Nos abrimos para que el otro pueda entrar con todo su misterio. Aquí podrían ser palabras clave *acogida*, *compartir*, *comunión*. Y una que las abraza todas es *disponibilidad.* Esta actitud pide un espacio interior que podríamos denominar vacío, pobreza, deseo. Vistas así las cosas, avanzaremos unas afirmaciones un tanto repetitivas:

— El hombre seco, de corazón frío o yermo, no tiene espacio disponible para nada, ni para nadie; no es bueno para la esperanza.
— El hombre de corazón cerrado, con espacio interior o sin él, es también un hombre imposible para la esperanza.
— Un corazón ahíto, seco o cerrado, corazones que no son aptos para dejar entrar a nadie con todo su misterio y sin poner condiciones, son impenetrables a la esperanza.
— La capacidad de acogida es condición para la esperanza, y esta capacidad pide un corazón abierto, espacioso y pobre.
— Todo aquello que cierre el corazón, o que lo llene, o que lo seque, será obstáculo para la esperanza.

Si deseamos de verdad la esperanza, tendremos que vivir el inmenso gozo de sentirnos queridos. Pero también significa otra cosa, o acaso la misma cosa vista desde otra perspectiva: si queremos ser comunicadores de esperanza o, más humildemente, sembradores de semillas de esperanza, tendremos que amar, demostrar que queremos. Es una consecuencia lógica.

2.3. Esperanza y espera

Hace ya un montón de años, en un encuentro de jóvenes se propuso como tema de reflexión la esperanza, con un título que quería ser una invitación: ¡*Entusiasmados*, *esperanzados*! Y se insistió mucho en la idea aquí tan repetida: esperar es tener fe en un amor, es estar seguro de ser alguien para alguien, es sentir que alguien nos ama.

En el momento del debate, un joven pidió: «Supongamos a una persona que no cree en ningún amor, que no se siente ni se ha sentido jamás nadie para nadie, que no puede creer que nadie le quiera. ¿Podrá ser una persona con esperanza?». Por lógica, por una cuestión de mera coherencia con lo que se había dicho hasta el momento, el ponente respondió que no creía que eso fuera posible, deseando en su fuero interno que alguien desbaratara aquel planteamiento tan triste. Parecía que la cosa tomaba aún un cariz más pesimista. El joven continuó preguntando: «Entonces, ¿qué? ¿Tendremos que marginarlo, abandonarlo, olvidarlo?». Esta vez, la respuesta coherente fue: «¡Yo diría que no, de ninguna manera! Más bien acerquémonos a él, amémosle, hagámosle sentir que es alguien para nosotros, y haremos de él un hombre de esperanza». Esta vez la respuesta parecía haber iluminado un poco aquel planteamiento tan triste.

Todos estuvimos de acuerdo, pero también, todos convenimos que era algo harto difícil de llevar a la práctica y que, si hacíamos de ello un punto de referencia en nuestras vidas, nos la complicaríamos enormemente. Fue entonces cuando pensamos en aquellas preguntas que se hacía Martin Luther King cuando se encontraba frente a alguien necesitado de ayuda. La primera que le venía era «¿qué me pasará si le ayudo?». Pero esta pregunta era rápidamente rechazada. A continuación se preguntaba «¿qué le pasará a él si yo no le ayudo?».

Hará ya unos ocho o diez años comimos, el abad y unos cuantos monjes, con un grupo de unos quince reclusos de la cárcel de la Trinidad de Barcelona, que se acercaron en una de aquellas salidas que de vez en cuando hacían. Al principio hubo un recelo mutuo, pero una vez roto el hielo, quedé impresionado por la cordialidad que se estableció entre todos nosotros, por el hambre de ternura que se notaba en aquellos jóvenes, por las ganas que tenían de constatar que alguien se preocupaba por ellos, un hambre de saborear con intensidad aquello que habían probado tan pocas veces. Todo

ello me ayudó a creer, todavía más, en la existencia de aquel fondo de bondad y ternura que todos —sin excepciones— poseemos en el interior de nuestro corazón y nos hace capaces de vivir en esperanza y de crear, a su vez, esperanza.

Es entonces cuando uno piensa: todos estos jóvenes allá en la cárcel tienen, quizás, lo que se merecen, o lo que se han buscado. Decidlo como queráis que a mí, en cualquier caso, no me gusta. Pero dejémoslo así: encerrados allá dentro, tienen lo que se merecen. Aquí, durante unas horas, tuvieron lo que necesitaban. Y la grandeza admirable de aquéllos que los acompañaban aquel día en la salida, consistía en darles, en aquel clima dolorosamente cerrado que suponemos merecían, lo que realmente necesitaban: afecto, atención, demostrarles que eran alguien, sentirse queridos.

La conclusión a esta reflexión es obvia: si todos nosotros, frente a cualquier persona que se acerca a nosotros, frente a cualquier persona que tenemos cerca, sea por la razón que sea, nos atreviéramos a preguntarnos: «¿qué necesita?», en lugar de decirnos: «¿qué merece?», el mundo cambiaría. Todos necesitamos gestos afectuosos, recibirlos y poder darlos; todos necesitamos ser alguien para alguien; todos necesitamos ser objetos de una estimación gratuita y ofrecerla; todos necesitamos saber que hay alguien a quien realmente le importa lo que nos pueda suceder. De aquí nacerá la esperanza.

Lejos ha quedado el pino robusto, grueso, aquel que yo solo no podía abrazar, ahora desgraciadamente quemado; la silla que no servía como tal y quizás fue a parar a una hoguera de San Juan; aquel médico, imaginario, que sabía mucho pero parecía insensible a nuestra persona. Sí, todo esto ha quedado atrás, pero son unos hechos que nos han introducido en la esperanza entendida como la fe en un amor, una esperanza que nacerá de la semilla que unos hombres y mujeres esperanzados, que sirven a los demás amando, habrán sembrado con espíritu de esperanza.

Semillas de esperanza, como un buen campesino que nunca siembra árboles; como la mujer, que cuando concibe, guarda en su seno dos pequeñas semillas sembradas con amor. Las semillas cumplen su cometido silenciosa y lentamente. El campesino y la mujer, modelos de esperanza, lo saben y no desesperan. Cada semilla tiene su ritmo propio, su ritmo eterno que hay que respetar. Como dice Alexis Zorbás: «¡Has de saber, patrón, que es un gran pecado forzar el ritmo eterno de las cosas!». Son ritmos personales de maduración, que no hacen ruido, ni reparten propaganda, ni se exhiben de forma llamativa; piden, simplemente, un voto de confianza; y nosotros, también simplemente, debemos creer en ello.

Vivimos en un mundo que sufre dolores y no sabe si son de parto o de agonía. ¿Qué nos impide pensar que son promesas de vida los dolores que sufre el mundo? Para ayudar a que así sea, sembrar semillas de esperanza que ayuden a retornar la ilusión a este mundo atormentado, es la espina dorsal de las diversas acciones que llevan a cabo aquellos que, como voluntarios, prestan un servicio a gente necesitada.

Cambiando un poco aquella frase sobre el amor, que ya es casi clásica, podemos también decir: «Allá donde no ves esperanza, siembra semillas de esperanza, y obtendrás esperanza». Pese a que nos parezca imposible, ya que bien cierta es la afirmación de Kierkegaard sobre la grandeza del hombre: consiste en ser capaz de ver lo imposible y de creer, pese a ello, en la posibilidad.

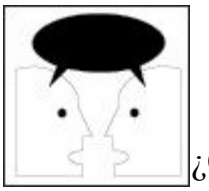
3. TEXTOS

Mounier desesperaba ante la «domesticación de la fuerza» que observaba en tantos jóvenes de su tiempo:

> *¡Sería tan desagradable que pudiéramos definir al hombre como animal doméstico! (...).*
>
> *Si queremos mantener la esperanza, no nos podemos dejar domesticar. Una condición para la esperanza es que el hombre sea hombre. Otra condición es que jamás se convierta en un animal de jaula (...).*
>
> *Cuando alguien intenta domesticarnos, debemos entender que nos quiere usar como si fuéramos máquinas, de las cuales conocerá el funcionamiento, podrá determinar la eficacia y dirigir el esfuerzo (...).*

Un texto clásico de Charles Péguy:

> *Yo soy, dice Dios, el Señor de las virtudes.*
> *La Fe es aquella que vela por los siglos de los siglos.*
> *La Caridad es aquella que vela por los siglos de los siglos.*
> *¡Pero mi pequeña esperanza*
> *es aquella que cada noche se arropa*
> *y cada mañana se levanta, en su cama de niño,*
> *tras haber hecho su plegaria,*
> *y que cada mañana se despierta y se levanta*
> *y hace su plegaria con una mirada nueva!*
> *La Fe es un gran árbol,*
> *un roble enraizado en el corazón de Francia.*
> *Y bajo las alas de este árbol, la Caridad,*
> *mi hija Caridad,*
> *abrigando todas las angustias del mundo.*
> *Y mi pequeña Esperanza*
> *no es sino aquella pequeña promesa de inicio*
> *que se anuncia justo al principio de abril.*



PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

¿Creéis interesante partir de la siguiente descripción de esperanza: «creer en un amor»?

2. ¿De qué manera podemos hacer entender que los fundamentos de la esperanza son el realismo y no los sueños, la coherencia y no la ambigüedad, la estima y no el desinterés?

3. ¿Podemos recordar alguna situación en que la espera ha sido posible al saber que alguien pensaba y confiaba en nosotros?

4. Cita algún ejemplo de lo que crees que no es esperanza. (Por ejemplo, ser un iluso, excesivamente inocente, etc.) Di por qué.

5. ¿Crees que la esperanza puede fundamentarse sobre un amor perecedero? Piensa la respuesta y razónala.

6. ¿Crees que en tu vivir *siembras semillas de esperanza*? Si no es así, ¿crees que puede ser por no amar lo suficiente?

7. ¿Crees que la experiencia supone un obstáculo a la esperanza? ¿Por qué?

8. ¿Crees que el realismo puede matar la esperanza? ¿Por qué?

9. A lo largo de nuestra vida, a menudo tenemos y nos dan lo que merecemos. ¿Nos dan y damos lo que necesitamos?

10. El fracaso puede hundirnos la esperanza. Sin embargo, el fracaso lo es del éxito, no de la persona. Di qué opinas de esta frase.

Capítulo 16

LA GENEROSIDAD

Francesc Torralba Roselló

Doctor en Filosofía y en Teología.
Profesor titular de Filosofía de la Universidad Ramón Llull.

1. LA HISTORIA DE QUIM

Quim es estudiante de informática; mejor dicho, es un mal estudiante de informática, porque ya hace dos años que intenta pasar de primer curso. Vive en Barcelona y tiene una especial predilección por coleccionar sellos.

Es delgado, rubio y enclenque. Camina deprisa y sin mirar atrás. Da la impresión de que siempre va muy ocupado de un lugar a otro.

Somos vecinos desde hace tiempo y lo conozco desde que era niño. Hacia las siete y media de la mañana baja corriendo por las escaleras y se dirige hacia la Facultad. Está todo el día fuera de casa y, por la tarde, vuelve cansado al hogar acompañado por un par de amigos.

El otro día, sin embargo, me lo encontré en un lugar muy diferente. Me lo encontré en el barrio del Raval de Barcelona. Me resultaba muy curioso verlo allí, en aquel entorno, y le pregunté si se había perdido. Me dijo que venía desde hacía tiempo a aquel barrio para visitar un hogar de jubilados que se encuentra cerca de la plaza de la Merced.

Me dijo que una vez a la semana iba a visitar a aquella docena de abuelos que residen allí. Durante su visita, Quim se sienta delante de un viejecillo y habla larga y tranquilamente con él, sin prisas, sin nervios, acompañando las palabras del abuelo con un gesto comprensivo y atento.

La mayoría de veces Quim no dice nada, se queda callado, pero escucha las historias que aquel anciano solitario necesita explicar. El silencio de Quim no tiene precio. Aquel día que me encontré a Quim en el Raval, me sentí muy aleccionado. Su disposición generosa hacia aquellos abuelos del Raval es una lección extraordinaria de generosidad.

Aquel día me di cuenta de que siempre es posible encontrar un espacio para los demás por muy agitada y ocupada que sea nuestra vida. Desde aquel día, miro a Quim con otros ojos y me reconforto pensando que hay muchos más que, como él, de manera anónima, están dispuestos a compartir su tiempo generosamente.

2. CONTENIDOS DEL VALOR GENEROSIDAD

En un conocido fragmento de las «Confesiones», San Agustín estudia el concepto de

tiempo y empieza su reflexión diciendo que el tiempo es una realidad unánimemente percibida, pero extremadamente difícil de definir. Sentimos el paso del tiempo, vemos el crecimiento de las personas, observamos el cambio y el envejecimiento, pero no sabemos propiamente qué es el tiempo, ni cuál es su naturaleza más íntima.

Lo mismo podríamos decir, en otro contexto, de la generosidad. Desde que hemos nacido hemos observado que hay personas que actúan generosamente y otras que no. Sabemos muy bien qué significa obrar con generosidad y hasta podríamos señalar con el dedo un acto generoso, pero resulta difícil definirlo con conceptos. Todos tenemos en la mente la imagen de una persona generosa, de un gesto gratuito, pero difícilmente podemos definir la generosidad como una idea abstracta. Nosotros mismos sabemos muy bien cuándo hacemos algo por generosidad o simplemente por interés, pero nos resulta una ardua tarea conceptualizarlo.

Y ello es así porque la generosidad, como la paciencia, la humildad, la tolerancia y otros valores de la vida humana, brotan fundamentalmente de la experiencia, del contacto diario con las personas. Definirlos teóricamente es desencarnarlos del espacio y del tiempo y, al hacerlo, fácilmente sesgamos la fecundidad del concepto.

Sin ánimo de agotar la riqueza de este valor, tratemos, a continuación, de dibujar sus características. Así pues, para acercarnos a la naturaleza de la generosidad, consideramos oportuno aproximarnos por círculos concéntricos. Es decir, empezaremos planteando la cuestión desde un punto de vista muy amplio, para irnos acercando lentamente al significado del término.

Decimos que una persona es generosa cuando en su relación con el mundo piensa prioritariamente en los demás y no en sí misma. La generosidad es una virtud que vela fundamentalmente por el bien del otro, por su prosperidad y por su crecimiento.

El egocentrismo es la antítesis de la generosidad, es su polo opuesto. El egocéntrico se dedica a cultivar su propio yo. Vela por sus intereses, lucha por su promoción personal, trabaja para su subsistencia y se rodea de bienes para consumirlos sólo él. El egocéntrico vive en un mundo aislado del resto de los hombres. Para él, los otros hombres no son nada más que instrumentos al servicio de su bienestar.

Un hombre generoso, en cambio, es un hombre abierto a la comunidad y atento a las necesidades de la misma. Es un hombre que piensa fundamentalmente en el otro y en aquello que puede necesitar. Y no sólo se limita a pensar en el otro y en sus necesidades, sino que está, por su manera de ser, entregado al otro y dispuesto a servirlo.

La generosidad se relaciona, pues, con la actitud de servicio. Un hombre generoso es un hombre servicial que vela por el bien del otro y por su realización personal. Servir al otro no quiere decir convertirse en su vasallo, sino ayudarlo a hacerse. Precisamente el acto de servir desinteresadamente es el que con mayor plenitud enriquece la propia conciencia. En la medida en que me doy a los demás, crezco como persona y como ser

moral.

La generosidad se relaciona con el servicio, pero con el servicio estrictamente gratuito. Un gesto es generoso cuando no espera respuesta, ni pago, ni aplausos, ni siquiera reconocimiento social. La generosidad brota del corazón de la persona y se plasma a través del gesto, de las obras, del servicio gratuito e incondicional. Un servicio calculado, retribuido o sometido a condicionamientos, no se puede considerar con propiedad un servicio generoso.

La generosidad es, pues, un valor ético que brota del corazón y se expresa a través del servicio comprometido a los otros hombres. La generosidad es real cuando se dirige a todo hombre y a toda mujer sin hacer distinciones, ni discriminaciones de ningún tipo, ni racial, ni nacional, ni de tipo sexista. La generosidad es firme y consistente cuando brota del amor gratuito y se proyecta, como un vector, hacia el otro, sin ningún interés compensatorio, sino por servicio y amor al otro.

La perfecta generosidad es un hito moral difícil de alcanzar. En el hombre pervive la tendencia al amor propio y al egoísmo. La generosidad abre el corazón del hombre y lo proyecta hacia el otro, pero siempre de una manera imperfecta e intermitente. La generosidad humana siempre puede crecer más y más; pero para ello, hace falta crecer interiormente y esto quiere decir hacerse pequeño delante de los demás y estar dispuesto a servir.

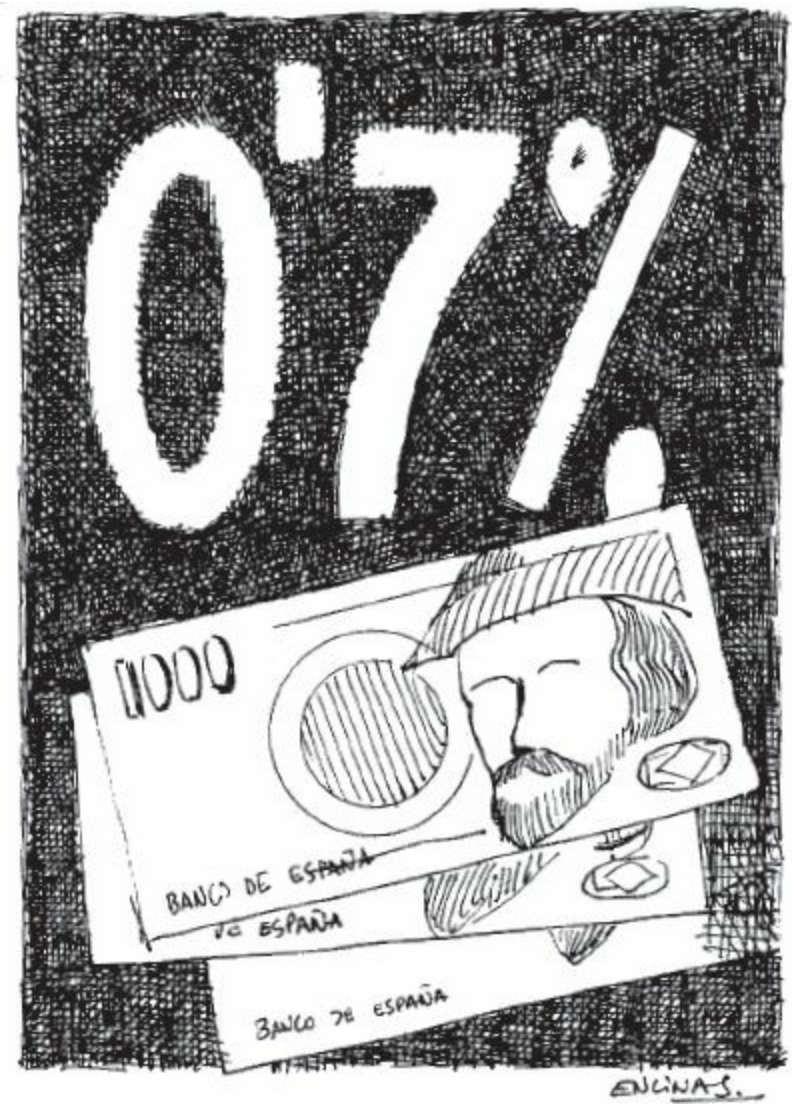
A través de la generosidad, la sociedad se vuelve más humana y más cordial. La generosidad es extremadamente eficaz para estrechar vínculos y cohesionar a las personas que constituyen el tejido social. Un gesto generoso alegra el corazón, ilumina la existencia y llena de sentido y de valor la vida de los hombres.

La acción generosa pone de manifiesto que el hombre no sólo se mueve por intereses personales, sino también por amor. La verdadera unión social nace de esta acción. La generosidad transforma la colectividad anónima, la masa incolora de la sociedad, en una comunidad de personas libres y responsables que velan por el crecimiento humano y ético de los pueblos. Una colectividad es amorfa, impersonal y está vacía porque entre los miembros que la constituyen no hay vínculos profundos. Una comunidad, en cambio, es un conjunto de personas que se quieren y se reconocen en su diferencia. El vínculo que une a la comunidad es el amor y la máxima expresión de este vínculo es la acción generosa.

Así pues, la generosidad es un valor trascendental en el marco de las relaciones interpersonales. Es también la máxima expresión de la libertad del hombre. Una acción generosa pone de manifiesto que el hombre rompe la lógica mercantilista, rompe el determinismo egocéntrico y se proyecta hacia el otro con un espíritu pleno e indomablemente libre. El hombre no es un esclavo del egoísmo, del amor propio, de los intereses particulares, sino que es capaz de romper esta cadena al mostrarse generoso,

inmensamente generoso.

La generosidad presupone una actitud de atención hacia el otro. Una acción generosa pone remedio a una necesidad ajena sin esperar ninguna recompensa. En definitiva, la generosidad se podría definir como una disposición interior que mira por el bien del otro y se expresa a través del servicio y del ofrecimiento. El hombre generoso no se hace rogar, sino que es receptivo a la necesidad y responde a ella antes de ser requerido o interpelado.



La persona verdaderamente generosa abandona su propia comodidad para servir al otro y dedicarle la ayuda necesaria.

La generosidad se puede expresar de diversas maneras. A continuación estudiaremos los diferentes tipos de generosidad.

2.1. Ser generoso en el tiempo

El tiempo es un bien escaso. En la sociedad occidental todos vivimos deprisa y pendientes de las agujas del reloj. La agenda de la mayoría de los ciudadanos está repleta de reuniones, de encuentros, de obligaciones laborales y familiares. También los niños y jóvenes tienen el tiempo cronometrado. Al salir de las escuelas, les espera un alud de actividades complementarias. Encontrar un espacio de tiempo libre resulta cada vez más difícil, porque esta sociedad hipercompetitiva obliga a formarse cada vez más y a aprovechar el tiempo hasta el último segundo.

De esta manera, el día se queda pequeño para hacer la cantidad de cosas programadas y uno tiene la sensación de vivir a contrarreloj, de cabalgar por las hojas del calendario empujado por una fuerza mayor, por un destino inexorable que preocupa y desasosiega.

En este vivir veloz y agitado al ritmo del dios Cronos, regalar una hora a un desconocido, dedicar dos horas a un necesitado, visitar durante toda una tarde a un abuelo que vive solo y conversar amablemente con él, sin prisas, sin mirar de reojo el reloj, es ciertamente difícil.

Ser generoso no quiere decir, simplemente, estar dispuesto a compartir los bienes materiales con los demás, sino estar dispuesto a compartirlo todo, empezando por el tiempo. La generosidad no se expresa sólo a nivel material, sino también a nivel interpersonal, a través del diálogo y de la mutua comprensión. La generosidad no se identifica con los bienes compartidos, sino fundamentalmente con este sentimiento que brota del corazón y que obliga a pensar en el otro y a quererle.

Ser generoso en el tiempo quiere decir estar dispuesto a dedicar tiempo a los demás. Hay muchas personas en nuestra sociedad que necesitan ser escuchadas y atendidas. Hay muchas que viven solas y aisladas, que subsisten en el más desamparado anonimato y están ávidas de amistad y afecto. Ser generoso en el tiempo significa compartir un espacio del propio tiempo con los demás, quiere decir hacer un hueco en la repleta agenda y ser capaz de escuchar durante un rato a una persona que necesita ser escuchada.

Esto quiere decir estar dispuesto a dar tiempo, a ofrecer tiempo. Algunos interpretarán este ofrecimiento de tiempo como una manera de perderlo, como un lujo que no pueden permitirse. Esta visión, sin embargo, no es exacta. Compartir las horas de un enfermo irreversible, compartir la soledad de un abuelo abandonado en una inmensa residencia, escuchar la voz angustiada de un preso, no es perder el tiempo, sino ganarlo infinitamente. En esta donación gratuita del tiempo, la persona aprende otra dimensión de la vida, conoce otra cara de la existencia, la cara oscura y amarga. Aprende a mirar la vida con otros ojos, a respetar a las demás personas y a entender sus problemas y preocupaciones. Aprende a relativizar sus propias ocupaciones, gestiones y prisas.

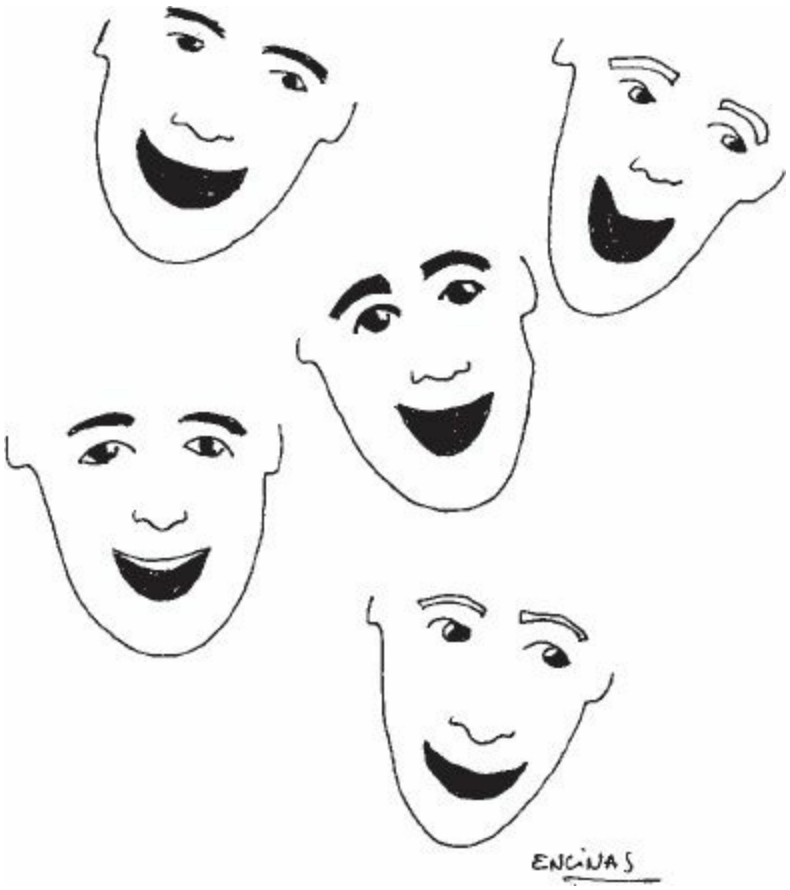
Por otro lado, también se puede ser generoso en el ámbito del trabajo y de las ocupaciones diarias. No hace falta desplazarse fuera de estos ámbitos para practicar la generosidad, ni abrir una tregua en la agenda. Cuando escuchamos al compañero de trabajo desinteresadamente, cuando regalamos una rosa a la esposa para expresarle el sentimiento de amor, cuando ayudamos a un hermano a arreglar su hogar, todas estas acciones expresan generosidad. Siempre hay espacios para mostrar la generosidad. Allí donde hay relación interpersonal, puede haber generosidad.

Compartir el tiempo con un indigente es aleccionador. Obliga a contrastar la propia biografía, a valorar la propia vida y agradecérsela a aquéllos que te la han dado. Ser generoso en el tiempo quiere decir estar dispuesto a escuchar. Y escuchar no es fácil, porque implica estar receptivo a la voz del otro y tratar de comprenderlo. Normalmente, los propios pensamientos desvirtúan la palabra ajena y la oscurecen. Para escuchar, hace falta poner los propios pensamientos entre paréntesis y hacer el esfuerzo de atender sus palabras.

La persona generosa no tiene prisa, ni calcula el tiempo que dedica a los demás. Está convencida, como el sabio del «Eclesiastés», que hay un tiempo para cada cosa y que, por lo tanto, hay un tiempo para escuchar y para compartir el sufrimiento del otro.

La vida humana no tendría sentido si el vivir se limitase a ser un cálculo programado de producción y consumo. Hay momentos de generosidad que llenan de ternura y de afecto la vida de las personas. En estos espacios robados a la agenda, el corazón del generoso respira, se oxigena, recupera el aliento y se da cuenta de la riqueza de la vida humana.

Las personas que desinteresadamente ofrecen su tiempo a los demás, nos muestran su respeto y su amor a la sociedad. Su testimonio es francamente iluminador, porque nos enseña a valorar el tiempo y a sentirlo de otra forma. Entonces, se dan cuenta de que el tiempo no solamente puede ser utilizado para reír, para divertirse, para consumir, para distraerse o simplemente para trabajar, sino que también se puede regalar, se puede dar gratuitamente a los demás. Y precisamente darlo a los demás es como el tiempo adquiere su valor más digno y más elevado, porque es entonces cuando realmente se pone al servicio de la persona.



2.2. Ser generoso en el espacio

Ser generoso en el espacio significa estar dispuesto a compartir el propio espacio. El espacio se puede concebir desde un punto de vista físico y desde un punto de vista afectivo. El hombre generoso no pone fronteras, ni límites a su espacio vital, sino que invita a los demás a entrar en su terreno, a compartir su espacio tanto en sentido físico como en sentido afectivo.

La mayoría de personas de nuestro mundo disfrutan de un espacio físico para vivir, para crecer y para madurar. En este espacio físico construimos nuestro hogar y nos relacionamos con las personas que más queremos. Este espacio, sin embargo, varía según el poder adquisitivo de cada uno y según el número de personas que comparten el mismo terreno.

En nuestra sociedad, sin embargo, hay también personas que no tienen espacio para crecer, ni para madurar. Son personas sin propiedades, sin bienes, que viven en la vía pública, con una bolsa de ropa como patrimonio.

La persona generosa vela para que estas personas tengan un espacio para poder

vivir en la intimidad y crecer dignamente como personas. El hombre generoso es sensible a las personas que viven sin techo y colabora para sensibilizar a la sociedad de este hecho.

Ser generoso con los amigos es relativamente fácil, pero serlo con los desconocidos tiene mucho más mérito. La generosidad en sentido profundo no tiene un destinatario definido, sino que se orienta a todo hombre y a toda mujer que necesiten ayuda o atención.

Ser generoso en el espacio físico quiere decir trabajar para que todas las personas y familias tengan un mínimo espacio para poder desarrollar su intimidad y crecer humanamente.

Existe, sin embargo, el espacio afectivo. Cada persona tiene un mundo interior, personal e intransferible.

El hombre generoso es un hombre afable y abierto a los demás. Esto quiere decir que no se cierra dentro de su propio mundo, sino que invita a los demás a compartir sus pensamientos y sus experiencias. Un hombre generoso no se guarda para sí mismo lo que sabe, sino que se preocupa para que aquello que sabe llegue al otro, siempre que le sirva para bien.

El hombre generoso no es tacaño con su espacio afectivo. Está dispuesto a abrir su círculo de amistades, a darse gratuitamente a los demás y a compartir sus sentimientos y emociones. El generoso no tolera la marginación ni la segregación de una persona. Tiene un corazón sensible al sufrimiento de los demás y siempre está dispuesto a abrir las puertas de su jardín interior, para regalarlo a otro.

La vida humana está repleta de barreras y distancias, tanto desde el punto de vista físico como afectivo. Uno tiene la impresión que cada cual vela por su propio espacio físico y por sus amigos históricos. Para asegurar el propio espacio, cerramos las puertas con cierres y cadenas. Lo hacemos así porque tenemos miedo del abuso del otro. La experiencia demuestra que siempre hay personas dispuestas a violar y destruir el espacio ajeno. Esta tendencia a la destrucción y al mal, forma parte del rostro oscuro del hombre.

Delante de esta realidad, la generosidad en el espacio cada vez es más difícil de practicar, pero más necesaria. Es totalmente necesaria para cohesionar la sociedad y para hacer de las ciudades verdaderos centros de vida.

Compartir el propio espacio, físico o afectivo, no quiere decir perder la propiedad más íntima, ni colectivizarla, sino enriquecerla con otra presencia, iluminar el mismo espacio con otra tonalidad. «Donde comen dos, comen tres», dice el refrán. Y es cierto. El hombre generoso abre las puertas de su corazón y de su hogar de par en par. Para él no hay extraños, sino personas que necesitan calor humano.

2.3. Ser generoso en el gesto

La persona humana es una realidad indefinible y misteriosa. Es un ser único, libre y responsable. Cuando decimos que es única nos referimos al hecho de que cada persona es un mundo y que no hay en el mundo dos personas iguales. Cuando decimos que la persona es libre, decimos que no está determinada por fuerzas mayores, sino que tiene la capacidad de escoger y de orientar el camino de la existencia según su criterio. Pero esta libertad no es arbitraria, sino responsable. Y esto quiere decir, que la persona humana se hace cargo de sus propias elecciones y actitudes delante de los demás.

La persona es una realidad abierta al mundo. Entra en relación con el mundo y establece una relación que admite un enorme abanico de posibilidades. La persona no es opaca a las vicisitudes del mundo, a las transformaciones sociales o cambios geopolíticos, sino que está plenamente comprometida y recibe las consecuencias.

¿Cómo se comunica la persona con el mundo? Fundamentalmente podemos distinguir tres canales de comunicación con el mundo: la palabra, el gesto y el silencio.

A través de la palabra, la persona comunica estados de ánimo, sentimientos, órdenes, alegrías, tristezas, deseos... La palabra es un vehículo de comunicación extremadamente polivalente que nos permite conocer a los demás y darnos a conocer a nosotros mismos.

El silencio es una actitud humana llena de significado. No es la negación de la palabra, sino un canal transmisor de valores, sentimientos y experiencias personales. Las grandes emociones de la vida no se pueden expresar con palabras, sino sólo con lágrimas y silencio.

El gesto es la acción del hombre en el mundo. La persona no es una realidad estática que se limita a emitir palabras, sino que, mientras habla, gesticula y obra en el mundo. El lenguaje de los gestos es tan o más rico que el verbal y admite una pluralidad de formas extraordinaria.

Está el gesto generoso, el gesto egoísta, el gesto despectivo, el gesto indiferente... Hay muchos tipos de gestos. El gesto generoso es un gesto lleno de amor y de comprensión hacia el otro. Es la expresión gráfica de un corazón generoso, de un corazón lleno de sensibilidad hacia los demás y hacia su sufrimiento.

En el vivir humano pronto se detecta el gesto generoso, porque el gesto generoso está lleno de luz y brilla por encima de todos los demás. Hay tantas circunstancias para expresar este gesto. Veamos algunos ejemplos de la vida cívica: El ciudadano que se levanta para ceder su asiento a una persona mayor; el profesor que prolonga su horario para explicar un problema a un alumno; el peatón que ayuda a una anciana a cruzar la calle; el conductor que cede el paso a otro vehículo; el vecino que ayuda a la vecina a subir las cestas hasta su piso... Hay tantas ocasiones para realizar un gesto generoso. La

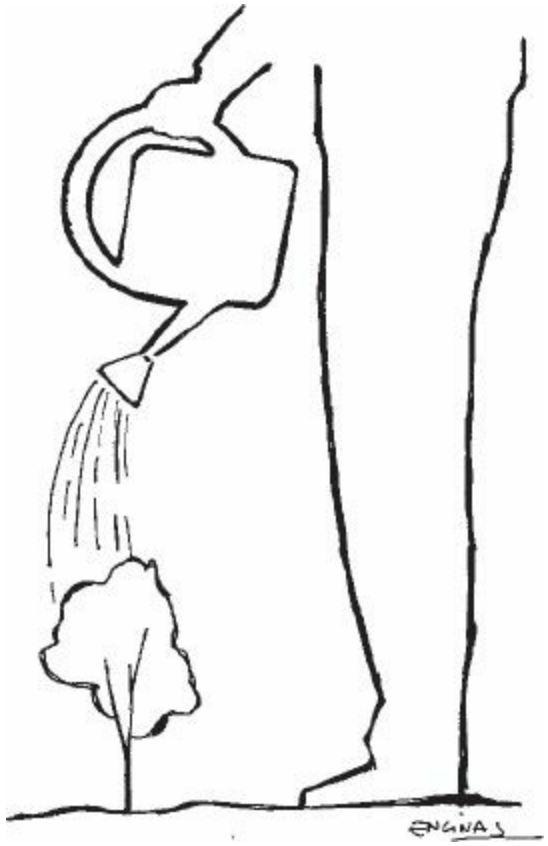
vida las ofrece en bandeja, pero muy a menudo la distracción, la prisa o el propio egoísmo, hacen que ni siquiera las percibamos.

Para realizar un gesto generoso hace falta, de entrada, estar atento a la circunstancia. La circunstancia es lo que rodea a la persona, es el lugar en que se encuentra. A lo largo de la jornada nos encontramos en diferentes circunstancias: el hogar, el trabajo, la calle, el mercado... En cada uno de estos sitios puede haber alguien que espere nuestro gesto generoso.

En segundo lugar, hace falta fijarse en las personas que hay en el entorno y pensar en sus necesidades y dificultades. La generosidad es una virtud interpersonal. Esto quiere decir que se pone en funcionamiento cuando hay otra persona en la circunstancia. Si sólo hay cosas, es imposible ejercitarse en la generosidad. Para realizar el gesto generoso hace falta fijar la mirada en las otras personas que hay en cada circunstancia, con el fin de estar atentos a sus necesidades.

El tercer momento del gesto generoso es la realización práctica, es decir, el ofrecimiento de la ayuda correspondiente invitando al otro a participar del gesto. Antes de realizarlo, hace falta esperar la respuesta del otro. La generosidad no se puede imponer a nadie, ni realizarse de manera coercitiva, sino que sólo se puede ofrecer. El otro recibirá el ofrecimiento y podrá ceder o no ceder. A veces un gesto movido totalmente por la generosidad, puede tener un efecto contraproducente cuando el otro no está dispuesto a recibirlo, o lo interpreta como una ofensa. En el gesto generoso, el otro es el verdadero protagonista.

Un gesto generoso enseña que no estamos solos en el mundo, sino acompañados por otras personas. Un gesto generoso muestra que hay personas que tienen un corazón grande y que no son ajenas a las necesidades de la comunidad humana. Un gesto generoso alegra la vida de la ciudad, hace la existencia más humana y más rica. El gesto generoso convierte la ciudad en un hogar fraternal.



2.4. Ser generoso en la palabra

El gesto generoso tiene mucha más fuerza que la palabra generosa, porque transforma directamente la realidad, porque interactúa totalmente en el medio. Este hecho, sin embargo, no quiere decir que la palabra generosa no tiene valor, sino que tiene menos incidencia que el gesto, aunque sea del todo necesaria.

La palabra es un vehículo comunicativo de gran potencia. A través de ella podemos emitir mensajes de diferente tipo. Podemos ordenar alguna cosa de manera imperativa, podemos también expresar un sentimiento, referirnos a un objeto concreto o expresar deseos de cualquier naturaleza. La palabra generosa es dócil, es suave y agradable a los sentidos. Es una palabra llena de vida que expresa amor y comprensión. Una palabra generosa es una palabra de soporte, de agradecimiento, de proximidad al otro, de entendimiento cordial y compenetración. Una palabra generosa, en el seno del tejido discursivo, alegra la conversación, da confianza y une cordialmente a las personas.

Ser generoso en palabras no quiere decir hacer un uso desmesurado del lenguaje verbal, sino utilizarlo para animar al otro y ayudarlo a crecer. En el camino del vivir, el ser humano atraviesa circunstancias personales llenas de amargura y de sufrimiento: el despido de un empleo, la muerte de un hermano, el sufrimiento físico o moral... En estos

instantes, una palabra generosa tiene una fuerza y una potencia impresionantes. Es un aliento de esperanza, una luz en la oscuridad, una chispa en la inmensa noche.

En la palabra generosa el yo queda suplantado por el tú o por el nosotros. La palabra generosa es discreta y atenta. Es aquella palabra que pregunta: ¿cómo estás?, ¿te encuentras bien?, ¿te puedo ayudar en alguna cosa?, ¿necesitas algo de mí? La palabra egoísta, en cambio, brota del yo y retorna al yo. Es una palabra muerta, un discurso solipsista que no comunica nada al otro. A través de la palabra egoísta, el yo se hincha de falsa grandeza y de absurda vanidad.

Hay un montón de ejemplos de palabra generosa. La palabra de consuelo a una viuda, la palabra de soporte a un enfermo, las palabras de agradecimiento a un amigo, las palabras amables entre cónyuges... son palabras generosas.

La palabra generosa busca el bienestar del otro y su felicidad. La palabra generosa es lúcida y transparente y no espera la respuesta complaciente, ni la captación sectaria del otro. Es una palabra agradable que no tiene en cuenta al interlocutor, ni a su situación económica o profesional. Es una palabra abierta que no hace distinciones y se muestra, en todo lugar y en toda situación, con la misma energía.

La sociedad está necesitada de generosidad. Uno tiene la impresión de que se podría cambiar la atmósfera de trabajo, el clima del hogar, de la calle, del mercado, si nos ejercitásemos más en el uso de la palabra generosa. Los conflictos sociales, laborales y afectivos que nacen en el seno de la vida cotidiana, se podrían resolver de otra manera si la palabra estuviera llena de generosidad y de comprensión.

Ser generoso en la palabra no quiere decir ser ingenuo, sino emplear el lenguaje en tono conciliador y pacífico, no con una intencionalidad discriminatoria o impositiva. La experiencia muestra que los debates públicos y privados están animados por un lenguaje tenso y amargo, lleno de sarcasmos y de ataques viscerales. Se puede disentir con generosidad, se puede discutir con cortesía y amabilidad, tratando de ver aquello positivo que defiende el oponente y sus razones para hacerlo.

La palabra generosa es un buen camino de reconciliación entre los ciudadanos. Es real y auténtica cuando va acompañada de un gesto generoso de igual intensidad. Si entre la palabra y el gesto no hay simetría, entonces la generosidad verbal se convierte en mera habladuría estéril y absurda.

La generosidad brota del corazón y se expresa a través de la palabra y del gesto. Sin gesto, la palabra generosa pierde su sentido y su fuerza. El gesto es la imagen plástica de la generosidad, mientras que la palabra es su vehículo fónico. Si no van coordinados, entonces pierden su sentido.

2.5. Ser generoso en el silencio

El silencio, como el tiempo, se compra caro en nuestra sociedad de consumo. En las ciudades cada vez es más difícil encontrar un espacio de silencio para poder pensar, reflexionar o meditar. El ruido de las máquinas, las prisas de la vida diaria, la preocupación de las ocupaciones y los impulsos publicitarios hacen cada vez más insólito un momento de silencio. Ni en un parque es posible encontrar este espacio. El eco de la maquinaria, el ruido estridente del caos circulatorio, se hacen plenamente presentes.

Si no hay silencio físico, difícilmente puede haber silencio interior, porque uno necesita la circunstancia idónea para iniciar el viaje hacia la propia interioridad. La vida agitada del hombre contemporáneo le obliga a marginar estos espacios de silencio y a priorizar otras ocupaciones más problemáticas.

El silencio, sin embargo, es totalmente necesario para crecer como persona y descubrir la propia vocación y responsabilidad en el seno de la comunidad. En el silencio uno se encuentra a sí mismo, sin máscaras ni falsificaciones. La presencia desnuda de uno mismo da miedo, porque obliga a pensar y a revisar los espacios de la propia vida: los buenos y los malos.

Ser generoso en el silencio significa muchas cosas. Significa, en primer lugar, respetar y ponderar el silencio de los demás. A veces es más fácil hablar que estar callado. El hombre generoso está atento a la situación del otro y comparte el silencio ajeno en lugar de echarlo a perder con sus palabras. Quedar en silencio no quiere decir desentenderse del otro, sino más bien al contrario, quiere decir entrar en íntima relación con él.

El egocéntrico no tiene presente la situación del otro porque se cree solo en el mundo. Esto quiere decir que no controla sus palabras, ni las atenúa delante del silencio del otro. Ante una frustración, un desencanto o una muerte, el silencio se hace omnipresente. El generoso comparte este silencio y lo hace suyo. A través del silencio se compadece del dolor del otro y lo interioriza. Esta presencia silenciosa es también una manera de ser generoso.

Ser generoso en el silencio quiere decir, también, invitar a los demás a vivir la experiencia del silencio. Hay toda una generación, la más joven de nuestra sociedad, que desconoce completamente la grandeza del silencio y su lección ética. Ser generoso en el silencio quiere decir iniciar a los demás en el silencio, quiere decir ayudar a los demás a hacer esta experiencia y a vivirla con plenitud. El hombre generoso no quiere quedarse el silencio como patrimonio personal, sino que está dispuesto a compartirlo con la comunidad.

2.6. Ser generoso en el perdón

El conflicto y el enfrentamiento entre personas, entre instituciones y pueblos es el pan de cada día. La conflictividad es una característica bien patente en las relaciones humanas. En el trato diario surgen discusiones, acusaciones, falsificaciones y hasta injurias. Delante de esta cadena de vituperios, la única solución real a la conflictividad es el ejercicio del perdón tanto a nivel interpersonal, como a nivel social.

Ser generoso en el perdón quiere decir estar dispuesto a perdonar y a pedir perdón. El generoso de corazón es un hombre humilde que se da cuenta de su fallo. Ser generoso en el perdón significa situarse delante del otro con las manos abiertas y pedirle el perdón, suplicarle la reconciliación. El arrepentimiento es una lección ética extremadamente edificante y ennoblecedora.

Ser generoso en el perdón quiere decir, también, estar dispuesto a perdonar gratuitamente al que ha cometido un mal o una injuria. Perdonar al enemigo o al oponente es difícil, porque el amor propio gobierna buena parte de nuestro espíritu y cuesta mucho abrazar a quien nos ha ofendido. El generoso no se hace rogar, sino que perdona sin poner precio a su perdón, sin esperar la humillación del otro.

Ser generoso no quiere decir sólo compartir una parte de los bienes materiales con los más necesitados, ni decir palabras dulces a los amigos, sino perdonar a los que nos ofenden. Esta es la generosidad más difícil, más ardua de alcanzar. Resulta mucho más fácil destinar una parte de nuestro capital a los marginados, que pedir perdón al injuriado. Este acto implica un gran esfuerzo de humildad.

La persona auténticamente generosa no guarda ningún resentimiento en el seno de su corazón, sino que se da íntegramente al otro, sin hacer diferencias ni discriminaciones. La generosidad no se basa en la afinidad, ni en la simpatía que despierta el otro. El que sólo es generoso con determinadas personas porque las encuentra simpáticas, demuestra tener un concepto muy bajo de la generosidad. Una generosidad de este tipo es imperfecta, porque depende de criterios subjetivos y afectivos.

El auténtico valor de la generosidad atraviesa la red de las prioridades y se revela de manera simétrica a todo el mundo. Desde este punto de vista, el indigente, el amigo, el enemigo, el anciano y el extranjero son igualmente destinatarios de esta generosidad. Ser generoso hasta este extremo implica un enorme esfuerzo ético.

Hace falta, de entrada, superar todos los prejuicios de carácter étnico, racial, lingüístico o social. Hace falta ser generoso con toda persona, porque la persona es sumamente digna y merece la máxima atención y respeto en todo el universo. Cuando decimos persona nos referimos a todo ser libre, racional, responsable y capaz de querer. La generosidad se proyecta, pues, a toda la humanidad, pero en cada hombre se expresa

de una manera singular y concreta. Esto es así porque cada persona es única y merece ser tratada de una manera diferencial, que no significa de una manera discriminatoria.

2.7. Generosidad y voluntariado

El voluntariado es una forma de participación activa en la vida de las comunidades humanas con el propósito de conseguir una mejor calidad de vida. Pretende llegar allí donde no llegan los poderes públicos y contribuir a una dignificación más grande de la persona. De esta manera, el voluntariado resulta una actividad óptima para llenar el tiempo libre de las personas, trabajando de una manera enriquecedora y mejorando el clima social y la calidad global de una sociedad.

El voluntariado se basa en el espíritu de generosidad y de amor. El voluntario es una persona que trata con otras personas y se esfuerza generosamente para ayudarlas a crecer y a realizarse como personas. El nervio de sus acciones es la generosidad y el amor al prójimo.

El voluntario es generoso en el tiempo, en la medida en que cede tiempo al otro de manera gratuita. El voluntario es generoso en el gesto, cuando se acerca a la persona necesitada para apoyarla. El voluntario es generoso en la palabra, cuando no ahorra palabras de consuelo ni de afecto.

Uno de los valores fundamentales del voluntariado es la generosidad.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

Relaciona el concepto de generosidad con el de libertad.

2. Pon ejemplos de generosidad auténtica y de generosidad simulada.
3. ¿Es posible ser generoso en nuestra sociedad?
4. ¿Es posible ser generoso en el mundo laboral y en la escuela?
5. ¿Cómo educar en la generosidad?

6. Analiza un diálogo entre dos personajes reales o ficticios y pon de manifiesto la generosidad en la palabra. Justifícalo.

7. Analiza la relación entre dos o más personajes de cualquier película y apunta los gestos llenos de generosidad. Justifícalo.

8. Cuando oyes hablar de la falta de generosidad, ¿piensas que siempre hablan de *otro*, que no es *cosa tuya*?

9. «Cuando soy generoso, nadie me lo reconoce...» ¿Crees que es motivo suficiente para dejar de serlo?

10. Piensa en las ocasiones en las que alguien ha sido generoso contigo. Analiza cuál fue tu reacción.

Capítulo 17

LA JUSTICIA

Josep M. Esquirol Calaf

Doctor en Filosofía.
Profesor de Ética y de Filosofía Política en la Universidad de Barcelona.

1. SE HABLA DE JUSTICIA

¿Cómo imaginamos la mejor de las sociedades? Por poco que hayamos pensado en ello, probablemente no habremos podido prescindir del adjetivo «justa»: la mejor de las sociedades tendría que ser una sociedad **perfectamente justa**. La justicia es, sin duda, uno de los atributos primordiales de una sociedad óptima.

Ahora bien, pese a que esta palabra —*justicia*— se utiliza con frecuencia, no siempre se tiene claro su contenido o su significado. Por eso es conveniente preguntarse: ¿qué es la justicia?, y no presuponer que se trata de algo sabido y meditado por todos. De hecho, esta es una de esas preguntas que han acompañado secularmente el camino de la humanidad y que, en cada nueva generación, conviene replantear como prenda de la sensibilidad y de la atención por el ideal de la justicia.

Es cierto que la complejidad y extensión de este vocablo es muy notable. Desde confesiones religiosas, desde opciones políticas diversas —conservadoras o revolucionarias—, todo el mundo invoca la justicia y nadie se atreve a escarnecerla o rechazarla. Se la invoca para reforzar la causa revolucionaria y para defender el orden establecido. Cada vez que hay un conflicto, los adversarios luchan en nombre de la justicia, tanto ante los tribunales como en el campo de batalla. Esta aspiración caracteriza los anhelos de los profetas judíos y la reflexión de los filósofos griegos. La ciudad soñada, la sociedad utópica es —como acabamos de decir— el reino de la justicia.

Constatamos, pues, que si bien la justicia es un ideal o un valor reivindicado por todos, también es una noción compleja sobre la que, a veces, puede hacerse un uso muy poco apropiado y más bien retórico.

Sin embargo, no nos ocuparemos ahora de los usos inadecuados, sino de encontrar un significado de fondo a las numerosas atribuciones pertinentes: es justo —decimos— que quien ha sufrido un daño o un perjuicio sea compensado; es justo que el maestro trate con igualdad —sin favoritismos— a los alumnos... Es injusto —decimos— que paguen justos por pecadores; es injusto que unos tengan mucho y otros muy poco.

¿Qué es, pues, la justicia? ¿Qué es común a todas las interpretaciones de esta palabra? Trataremos de responder paso a paso.

Una primera distinción básica consiste en ver cómo de la justicia, se puede hablar a dos niveles: **como virtud personal y como característica de una sociedad**. Podemos hablar de un hombre justo y también de una sociedad justa; de la justicia de una persona, o justicia personal, y de la justicia de una institución, o justicia institucional. En este segundo caso, cuando se atribuye a la colectividad en su conjunto, la llamamos **justicia**

política. La sociedad justa no es sólo una sociedad de hombres justos, sino también una sociedad de **instituciones** y de **estructuras políticas** justas.

Afinando un poco más, aún podríamos distinguir dos grados en cada una de las acepciones citadas. En efecto, por lo que se refiere a la justicia personal, empleamos el predicado justo e injusto para calificar acciones y abstenciones aisladas («Juan ha actuado justamente»); pero también lo utilizamos para calificar a una persona que, no ocasionalmente sino de forma regular, desarrolla acciones justas («Juan es un hombre justo»). En este segundo sentido, la justicia personal es la disposición fundamental de una persona, su carácter, su virtud moral.

Paralelamente, por lo que se refiere a la justicia política, tenemos que la justicia puede indicar actos puntuales de una instancia política, como por ejemplo una ley o la sentencia de un juicio; o bien, allí donde la acción pública tiende a ser justa de una manera general y «por esencia», puede ser atributo de instituciones y, en definitiva, del conjunto de la sociedad política.

Observamos, también, que hay una relación entre la justicia personal y la institucional. Hombres justos impulsan la existencia de instituciones justas; instituciones justas son favorables a la maduración de la justicia personal. Y al revés: hombres injustos promueven instituciones injustas; instituciones injustas favorecen la existencia de hombres injustos.

Ni que decir tiene que podemos encontrar una institución justa y, en cambio, que algunos de sus miembros cometan acciones injustas, por corrupción... Pero esto segundo no anula la justicia de la institución, sino que muestra la injusticia personal de un individuo. No han de ser rechazadas las instituciones sólo porque alguien haya hecho mal uso de ellas. Nos podemos encontrar también ante un Estado que promueva los campos de concentración, o que desprecie los derechos humanos —un Estado esencialmente injusto— y sin embargo ver hombres justos que, bien a su pesar, forman parte del mismo.

2. CONTENIDOS DEL VALOR JUSTICIA

2.1. La justicia como valor personal y la «regla de oro»

La justicia, como virtud, se manifiesta en las relaciones con los demás. Esta relación se ve justa cuando, a diferencia de la amistad o el amor, no se basa en una libre inclinación o una simpatía hacia el otro, sino en una clara noción del **deber hacia el otro**. La justicia

como rasgo personal no significa, pues, que se hace algo por apego; ni tampoco que se hace por temor a una sanción jurídica o una reprobación social. Una persona es justa cuando hace lo que es justo, porque lo es.

Precisamente por eso no se puede identificar la justicia con la obediencia a la ley ni con el amor. Pese a ello, no podemos dejar de apuntar que, como virtud, se halla muy cerca de la caridad y de la solidaridad/fraternidad. Hay que afirmar, incluso, que la motivación de fondo de la justicia es la caridad (en el sentido auténtico del *ágape* y no de la lástima).

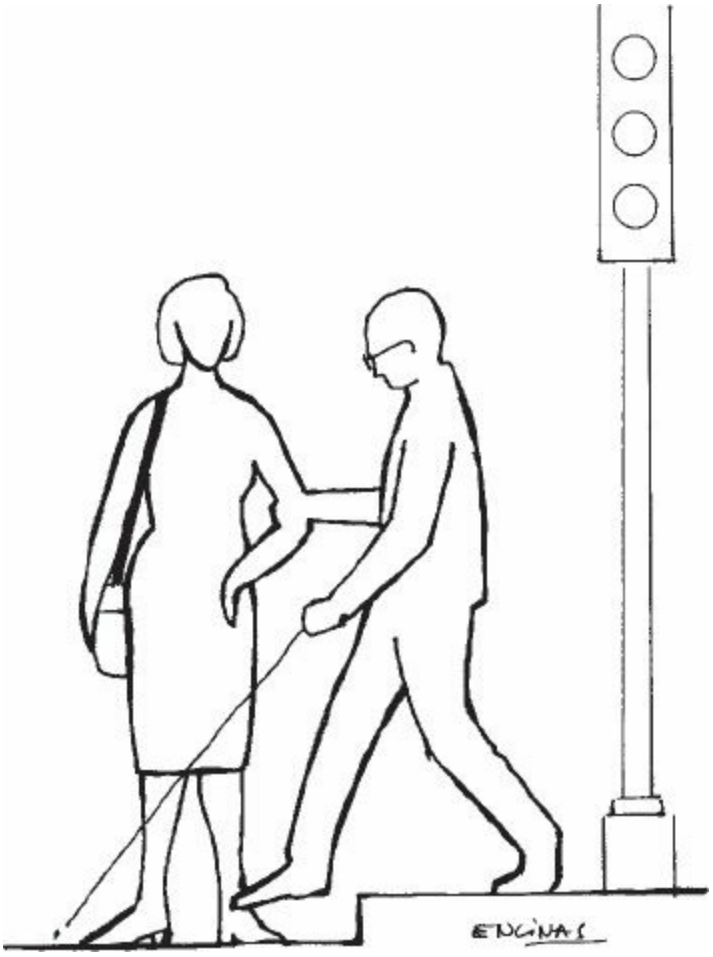
Se conoce como «regla de oro» una regla fundamental del comportamiento justo, que se encuentra en la mayor parte de tradiciones culturales (Confucio, los antiguos sabios griegos, en la epopeya india del Mahadharata, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento...). Una presencia —digámoslo de pasada— que supone una réplica a los relativistas, quienes afirman que no existen normas morales universales. La regla diría así: ***actúa con los otros tal como ellos querrían ser tratados. Trátalos tal como tú mismo querrías ser tratado si estuvieses en su lugar***.

La regla exige que uno mismo se sitúe en el lugar del otro y que, en función de ese emplazamiento, actúe. Démonos cuenta también de que la regla no dice lo que en concreto debe o no debe hacerse, sino que es una especie de criterio que puede servir para saber si lo que he hecho, estoy haciendo o puedo hacer, es justo o injusto.

Dentro de la complejidad del mundo moral, la regla de oro es de una simplicidad y efectividad extraordinarias. Evidentemente, no hay que ser un sabio, ni disponer de muchas teorías para actuar justamente: basta con seguir, consciente o inconscientemente, la regla de oro.

¿Captamos la carga de interpelación de esta regla? ¿Cuántas veces habríamos de rectificar nuestro comportamiento si nos atuviésemos a lo que prescribe?

Si alguien pregunta en qué se basa esta regla, habríamos de recurrir, una vez más, al fundamento de los fundamentos: la dignidad de todo ser humano. He de tratar al otro tal como querría que se me tratase a mí, porque tanto él como yo somos seres humanos.



2.2. El sueño de la sociedad justa

Imagina una sociedad justa (es decir: una comunidad, una ciudad, un país, un estado, un mundo... justos). Verás, con toda seguridad, hombres y mujeres justos —es decir, con la virtud de la justicia—, hombres que mantienen con los otros, con el prójimo, relaciones justas. Pero no sólo eso. También verás unas instituciones sociales y políticas justas; las instituciones tendrán la misma atención para todos; las educativas, garantizando a todos la educación y la igualdad de oportunidades; las judiciales —que seguramente no serían necesarias—, velando por los derechos de todos los hombres.

En esa sociedad no habría quien tuviera mucho y quien no tuviera prácticamente nada; todos respetarían las leyes y las instituciones; en las relaciones comerciales y económicas en general, aun existiendo el juego de los distintos intereses, no existiría el juego sucio ni el engaño, sino la competencia legítima de las diversas estrategias.

Casi todas las energías que en las otras sociedades se destinan al control social (persecución del fraude, del robo, vigilancia en general...), podrían destinarse, por el

contrario, al progreso social y a la mejora colectiva en todos los demás campos.

Alguien dirá —con razón— que tal sociedad jamás ha existido y que, probablemente, jamás existirá. En otras palabras, que la sociedad justa es un sueño, un bello sueño, una utopía. Pero aún así debemos responder que, pese a ser una utopía, no es estéril el esfuerzo para hacer que las sociedades existentes sean cada vez más justas, que nuestra sociedad se aproxime poco a poco al bello sueño. Así pues, la idea de la justicia tiene una función fundamental de orientación, de tensión: nos indica la meta, nos marca la dirección del camino. En cualquier caso, en la medida en que nos queramos esforzar por lograr una sociedad mejor, será preciso estar atentos para que la justicia esté cada vez más y más presente.

2.3. Significado esencial de la justicia

En estos momentos ya podemos delimitar los ejes del concepto justicia. No hay duda de que elementos como la **imparcialidad**, el **equilibrio**, la **rectitud**, la **armonía**, la **legalidad**... están incluidos en la idea de justicia. No obstante, hay uno que es el más nuclear: la **igualdad**. Los ejes de la idea de justicia son: el concepto de igualdad y el de (igual) dignidad de toda persona. Una comunidad política podrá calificarse de justa, cuando se respete en todo su ámbito comunitario, la dignidad de toda persona y cuando el criterio de igualdad impere en todos los órdenes (muy especialmente en el poder judicial).

La formulación de los derechos humanos es un ejemplo paradigmático de la condición nuclear de la idea de igualdad. En la *Declaración universal de los derechos humanos* del 10 de diciembre de 1948, encontramos que este concepto (y, por ende, el de justicia), constituye el centro de toda la declaración. Fijémonos en lo que puede leerse en el artículo primero: « *Todos los seres humanos nacen libres e* ***iguales*** *en dignidad y derechos*...». Y en el segundo: «*Toda persona tiene los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin ninguna distinción de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquiera otro tipo, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualesquiera otras condiciones*».

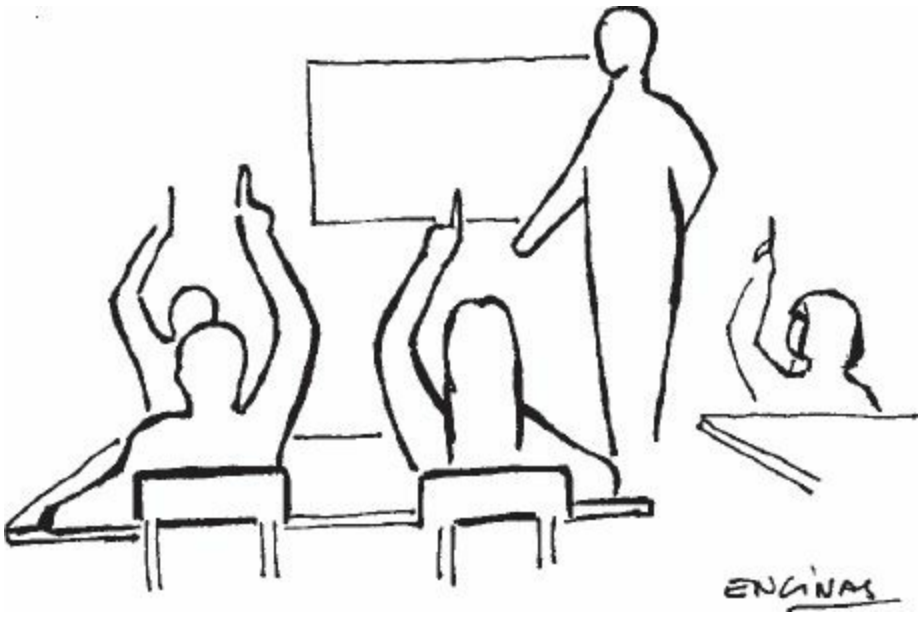
Dentro ya de la noción de justicia como igualdad, se ha distinguido tradicionalmente entre **justicia conmutativa** y **justicia distributiva**. La primera es aquella que regula los tratos e intercambios entre los individuos (compra-venta, contratos...). Para que estos intercambios y estas relaciones mutuas sean justas, el criterio que las ha de guiar es el de igualdad o equivalencia. Es decir, la justicia conmutativa se refiere al intercambio de cosas y se considera que un intercambio es justo cuando las cosas intercambiadas tienen el mismo valor. Cuando alguien piensa que ha sido estafado o maltratado, puede recurrir al juez —a los tribunales de justicia—, quien, de hecho,

tiene la función de arbitrar y restablecer una **igualdad**, bien sea haciendo pagar una multa, bien imponiendo un castigo como la prisión, etc.

En lo referente al conjunto de la sociedad, la justicia distributiva es la que tiene más implicaciones: se manifiesta en los repartos que se hacen entre varias personas.

Muchos problemas surgen, precisamente, a raíz de la justicia distributiva que, como decimos, es la que debe ser aplicada cuando se trata de repartir bienes, cargos, derechos o deberes. Pues bien, en la distribución de bienes se pueden utilizar, básicamente, tres criterios: **cada uno recibe lo mismo (igual)** en tanto que ser humano (todos han de ser tratados de la misma manera, sin tener en cuenta ninguna de las particularidades que los distinguen. Que se sea joven o viejo, rico o pobre, sano o enfermo, virtuoso o criminal, blanco o negro... no importa; todo el mundo ha de ser tratado de la misma manera. Es interesante ver cómo, en la comprensión «popular», lo único enteramente justo es la muerte, que llama a todos los seres vivos sin consideración de ninguno de sus privilegios); **a cada uno según su capacidad o rendimiento** (aquí se pide un tratamiento proporcional a las capacidades y al resultado de las acciones. En esta acepción se inspira el cálculo de los salarios, los concursos...); y **a cada uno según sus necesidades** (esta fórmula tiende a disminuir los sufrimientos que resultan de la imposibilidad de los hombres de satisfacer sus necesidades fundamentales. Para que esta fórmula sea aplicable, ha de apoyarse en criterios de medida de las necesidades [alimentación, salud, educación...]. Nos encontramos ante una fórmula que ha ido aplicándose cada vez más en las sociedades contemporáneas, para compensar ciertas deficiencias derivadas de la economía liberal y de las leyes de mercado de oferta/demanda. La protección del trabajo y del trabajador, las leyes del salario mínimo, la seguridad social... se inspiran en este intento de asegurar al ser humano la posibilidad de satisfacer sus necesidades más elementales).

Con mucha frecuencia conviene que la distribución contemple más de un criterio a la vez. Normalmente, el salario está en función de la competencia y de la capacidad de una persona. En cambio, la distribución de las ayudas sociales que puede hacer un estado, está en correlación con las carencias de las personas y del conjunto de la familia; por otra parte, los impuestos suelen calcularse en función de los dos criterios anteriores: salario y necesidad.



La importancia que se concede a la justicia distributiva y la forma de aplicar los criterios, determina buena parte de la distinción entre las diferentes ideologías políticas (comunismo, socialismo, liberalismo...). Es obvio que no se trata de un problema que ya esté resuelto.

2.4. La justicia y las leyes

La justicia no debe confundirse con las instituciones y las disposiciones legales que constituyen el derecho. A éste se le conoce como **derecho positivo** y está, precisamente, al servicio de la justicia.

Sin duda las leyes y el proceso constitucional han jugado un papel absolutamente decisivo en la promoción de la justicia en todas las sociedades. Por eso debemos otorgar tanta importancia al respeto y cumplimiento de las leyes. También es cierto —no lo olvidemos— que son importantes los problemas que surgen a raíz de la legalidad. Tenemos, por ejemplo, la posible arbitrariedad del legislador. ¿Toda prescripción del legislador merece ser respetada? O mejor: ¿por qué las leyes han de ser obedecidas? Y aún más: ¿de dónde viene su autoridad?

A menudo la autoridad proviene del origen. Históricamente la costumbre, la voluntad divina, la voluntad de los individuos o del estado, han constituido las cuatro fuentes de las normas y obligaciones legales.

En los regímenes democráticos, la autoridad de las leyes procede de la **voluntad** de los ciudadanos. Las constituciones habrían de considerarse, en cierto modo, como fruto de un contrato social. Por otra parte, los ciudadanos escogen unos representantes que

ejercerán de legisladores. Así es cómo las leyes obtienen legitimidad y han de ser obedecidas.

Al propio tiempo, para evitar que la **voluntad popular** (que en el mejor de los casos sólo es la voluntad de la mayoría) se convierta en una especie de dictadura, los regímenes democráticos prevén la posibilidad de la objeción de conciencia y de la desobediencia civil.

2.5. Justicia como orden y armonía

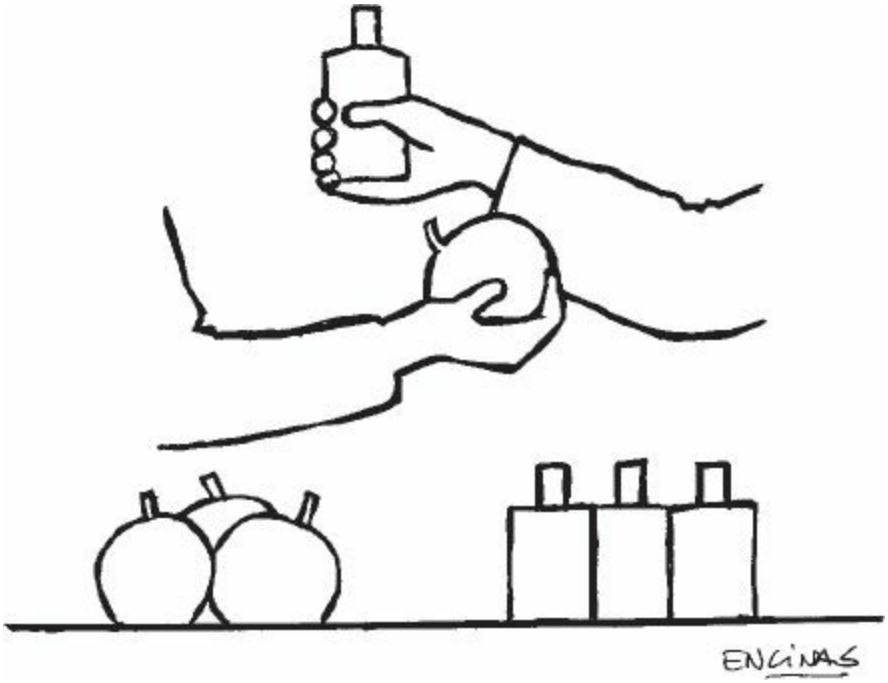
Finalmente, por su capacidad de sugerir, podemos destacar otro elemento de los contenidos en la idea de justicia: el orden y la armonía. Habitualmente, cuando una cosa encaja, es adecuada, es armoniosa con el conjunto, decimos que se «ajusta». Justicia se hace aquí equivalente a orden, armonía. Los antiguos griegos utilizaban la palabra *cosmos*, que quiere decir, precisamente, orden. Nombraban *cosmos* al cielo estrellado, porque veían en él un orden casi perfecto.

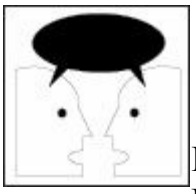
De hecho, la comprensión de la sociedad humana a partir del orden cósmico, es una idea destacada en todos los grandes imperios primitivos. Todos aquellos imperios se autodefinieron como representantes de un orden trascendente, del orden del *cosmos*. Tanto si examinamos las fuentes chinas más antiguas, como las inscripciones de Egipto, Babilonia, Asiria o Persia, nos encontramos con el orden del imperio interpretado como una representación del orden cósmico en el medio social humano. El imperio se presentaba como un cosmos analógico, un pequeño mundo que reflejaba el orden del gran mundo que lo contenía. Quien mandaba tenía la tarea de asegurar el orden de la sociedad en armonía con el orden cósmico; las grandes ceremonias del imperio, representaban el ritmo del *cosmos*; los festivales y los sacrificios eran liturgia cósmica, participación simbólica del orden humano en el *cosmos*. Se entendía, consecuentemente, que la perturbación de este orden comportaba la cólera divina.

Es evidente que no intentamos defender la pretendida armonía de aquellos antiguos imperios: queremos destacar una idea. ¿No es cierto que una sociedad desestructurada, con enormes diferencias materiales entre las personas, sin acuerdo en unos principios básicos de convivencia, sin una coordinación mínima que permita hablar de **conjunto** y no sólo de grupos e individuos aislados... no es cierto —decimos— que tal sociedad no podrá, de ninguna manera, calificarse como justa?

Así como el orden del universo es el resultado del ajuste de cada parte al conjunto, la «ciudad» justa será también la ciudad ordenada, y el hombre justo el que tiene todos los componentes de su alma en perfecto orden, de forma que ninguno de ellos ocupe el lugar de otro.

La **igualdad** de una balanza equilibrada; la **imparcialidad** de una figura femenina con los ojos vendados; la **armonía** del cielo estrellado. **Justicia**.





PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

Intenta conseguir el texto de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. A partir de él, comenta la gran cantidad de situaciones que hoy día suponen una violación de aquellos derechos y, por tanto, una injusticia.

2. Muy a menudo los «grandes hombres» han sido movidos por «grandes ideales». ¿No era el ideal de la justicia lo que daba fuerza a la vida de personas como Gandhi, Martin Luther King, el obispo Óscar Romero...? Añade los personajes que tú creas que entran en esta distinción.

3. En las sociedades desarrolladas de occidente existe —y cada vez de manera más acentuada— una sobrevaloración de lo que es mío, de la privacidad, de mi ámbito... y una minusvaloración de lo público, de la participación social... La privacidad y la

despreocupación por la cosa pública, conducen hacia una sociedad civil débil, con pocos ideales altruistas, con poca capacidad de iniciativa y reacción, poco sensible al valor de la justicia. ¿Qué opinas sobre ello?

4. «Sociedad dual»: el sector más empobrecido de la sociedad, radicaliza su situación y no tan sólo comparativamente. Las perspectivas de este sector son francamente malas. El paro no parece algo pasajero; los déficits crecientes de formación y las desventajas de todo tipo, hacen irrisoria la igualdad de oportunidades. Los que «están en el tren», cada vez estarán más lejos. Todo indica que la distancia entre los que viven bien y los que malviven tenderá a incrementarse. ¿Qué criterios de justicia distributiva sería necesario aplicar? ¿Cómo compaginar el crecimiento económico y la creación de riqueza con la justicia socio-política?

5. Históricamente, los hechos vienen demostrando que la persona que defiende públicamente la justicia, como los citados antes en el punto 2, suele tener un final **injusto** y **violento**. ¿Puede esto refrenar a la gente, a ti, en su intención de defender la justicia?

6. ¿Por qué creemos, con excesiva frecuencia, que el problema de la injusticia en el mundo tiene que resolverlo *otro*? ¿Por qué pensamos, habitualmente, que *ese no es mi problema*?

7. Cuando un tribunal dicta una sentencia, tras un largo juicio, se suele decir que ha impartido justicia. ¿Crees que el simple respeto a las leyes vigentes comporta una conducta justa? ¿Crees que imponer un castigo al infractor, es **hacer** justicia?

8. ¡Atrévete! Escribe los preceptos legales que recuerdes, cualquiera que sea su procedencia y que, a tu modo de entender, no sean justos.

9. Desde el *ojo por ojo, diente por diente*, hasta el *amarás a tu enemigo*, hay suficiente distancia ideológica como para promover un debate. Por tu parte, entre esos dos extremos citados, ¿cuál crees que se acerca más a la justicia? ¿Por qué?

10. Equilibrio (una balanza), imparcialidad (ojos vendados) y firmeza (una espada), son atributos adjudicados, desde siempre, a la Justicia. Según tu criterio, ¿podría añadirse el amor?

Capítulo 18

LA SINCERIDAD

Teresa Rossell Poch

Diplomada en Trabajo Social y Licenciada en Psicología por la Universidad de Barcelona. Es directora de la Escuela Universitaria de Trabajo Social de la Generalitat de Catalunya.

1. HISTORIA DE MARTA

Marta tiene catorce años. Es una chica alegre, inteligente, abierta, con muchos amigos. Todos valoran sus cualidades personales, su energía y las ganas de apuntarse a cualquier actividad recreativa o de carácter social. Su buen criterio y sobre todo la sinceridad la hacen ser querida por amigos, profesores y, naturalmente, por su familia.

Un día los padres de Marta reúnen a sus cuatro hijos: Alberto, el mayor; Marc, el segundo; Álex, dos años mayor que Marta, y ella misma. Les explican en tono serio y con claridad y valentía que el hermano mayor, Alberto, es portador del virus del SIDA. Seguramente la causa del contagio fue una jeringuilla infectada que utilizó en el consumo ocasional de heroína, cosa que la familia ignoraba hasta hace pocos días. Los padres dan toda clase de información a sus hijos. Expresan la pena que sienten, pero piensan que todos juntos tienen que ayudar a Alberto con su apoyo y afecto. Los padres consideran que es mejor no comunicar esta circunstancia (este problema) ni a los otros miembros de la familia ni a los amigos, ya que de alguna manera esto podría tener efectos negativos para Alberto y en definitiva es él quien tiene que decidir y ser responsable sobre a quién lo dice y cuándo cree que lo tiene que comunicar.

Después de esta larga conversación, todos creen que han entendido el problema y que aceptan y comparten la posición de los padres.

No obstante, Marta se siente muy afectada. Se plantea muchas preguntas y siente muchos miedos y angustias por su hermano, por los padres, sobre qué ha de hacer ella misma al no poder hablar con sus amigas. Aparentemente todo continua igual, pero Marta sabe que todo ha cambiado. Ella ha perdido la espontaneidad, finge que está alegre, que se lo pasa bien. No sabe qué hacer con su hermano y le evita. Le da mucha pena y también mucha rabia, no se atreve a preguntar. No entiende cómo no ha pedido ayuda si tenía problemas, tal como ella habría hecho. El hermano la ha decepcionado, se siente engañada, traicionada, duda de todo y de todos. Igualmente ella se siente rara y falsa con los abuelos, los primos y sobre todo con los amigos: si no puede ser sincera y no les puede hablar de aquello que más la preocupa, ¿cómo puede merecer su confianza? ¿También es hipócrita su madre? Si no, ¿cómo puede tener una relación natural con su hermano y pedir que todos hagan como si no hubiese pasado nada?

Marta se va cerrando. Cuando está sola llora a menudo por el más mínimo contratiempo, responde con evasivas y todo le da igual...

Su madre le insta a hablar sobre el tema. Ella acepta rompiendo a llorar y sincerándose de todo lo que le pasa y de todo aquello que no entiende: de sus sentimientos contrapuestos, de la rabia y de la pena que siente, de cómo es de mala y

falsa con todos y lo insoportable que es para ella no poder ser sincera con nadie. Su madre le explica que todos están muy tristes y confundidos, y que es la situación más difícil que ella y su padre han tenido que afrontar hasta ahora. Le explica que todo eso es natural que pase, dado que se trata de un hecho muy importante. Continúa diciendo que si bien es una realidad que la situación de su hermano les afecta a todos, no se sabe qué evolución tendrá el virus, y que sea cual sea, cada uno de ellos han de procurar que eso no invada toda su vida. Cada uno tendrá que aprender a convivir con los conflictos... el problema concreto de su hermano no niega ni pone en duda todos los aspectos buenos de su persona, el cariño que siempre se han tenido. Le explica que no hablar de este tema con los amigos no es decir una mentira, ni una falta de sinceridad, sino adoptar la postura que más puede beneficiar a su hermano, que pasa por momentos muy difíciles. Las conversaciones con su madre continúan y Marta se va tranquilizando. Va aclarando muchas ideas que tenía confusas y mezcladas. Poco a poco sus sentimientos vuelven a ser positivos y afectuosos. Se siente liberada de la culpa que sentía, y comprende que ha de reencontrar su relación con el hermano querido y con los amigos. Cuando se siente más segura, Marta puede pensar en cosas que no se había planteado nunca durante su vida básicamente feliz, espontánea y alegre. Ahora ve cómo el sufrimiento de los padres no le hace restar afecto hacia su hermano. Ve cómo él hace de tripas corazón y lucha...

Marta va integrando este hecho doloroso de su vida en su manera de ser habitual. Madurar sus ideas y sus sentimientos le ha permitido volver a sentirse ella misma, sincera, franca, abierta, fiel a los amigos como era antes, pero con una nueva dimensión: el sufrimiento, que ha hecho crecer y madurar los afectos y la comprensión de sí misma, de los demás y de la vida en su conjunto. Las conversaciones con su madre le han permitido recuperar una postura íntegra y coherente consigo misma y dar una respuesta de sinceridad y responsabilidad más adulta.

2. CONTENIDO DEL VALOR SINCERIDAD

Los valores de una persona pueden tener orígenes y raíces diferentes. Generalmente germinan en la infancia por identificación con el contexto de pertenencia: la familia, la escuela, los amigos y el entorno social más cercano. Los valores o las virtudes (término recuperado por V. Camps en su libro *Virtudes Públicas*) muy a menudo aparecen como una disposición innata, como una tendencia natural de la persona, la cual durante su infancia es valorada y estimulada por el núcleo familiar. Cuando el niño o niña ayudan espontáneamente, ordenan, manifiestan sentimientos de pena, de solidaridad y en definitiva tienden a conectar de manera positiva y altruista con las personas y los objetos de su entorno, se dice que el niño tiene «buen corazón».

Esta disposición innata se va reforzando y modulando con el paso del tiempo y con

la ayuda del pensamiento y la reflexión. Con estas capacidades humanas cada persona decide sobre sus ideales, qué quiere ser y qué quiere hacer de su vida. La capacidad intelectual y reflexiva puede afianzar y elaborar la disposición natural, darle sentido y orientación. En las personas adultas, los valores o las virtudes, además de «salir del corazón», son fruto de un razonamiento y de una decisión que implica la propia persona y las relaciones que establecerá con los otros y con la sociedad.

El joven o el adulto puede también, a través de la información que recibe y del contacto con determinados grupos, modificar sus ideas y sus tendencias espontáneas y orientarse hacia finalidades, intereses y valores que no había adquirido durante la infancia.

Los valores, en el momento en que se instauran y forman parte de la manera de ser de una persona, se consideran cualidades que la definen. Igualmente, aquello que se entiende como contravalores serán catalogados de defectos o dificultades que de la misma manera caracterizan al sujeto.

Los diccionarios definen *sinceridad* como una cualidad, y la persona sincera como una persona abierta que expresa aquello que piensa o siente, la persona franca, espontánea, ingenua, sencilla y candorosa. También hacen referencia al vínculo entre la sinceridad y la integridad y la honestidad.

Se considera *antivalor* de la sinceridad, la falsedad, la hipocresía, la persona calumniadora y que actúa de mala fe.

La sinceridad es, pues, un valor activo y alguna cosa más que la ausencia de aquello que le es contrario. Las diferentes acepciones nos dan como resultado una imagen que todos tenemos de determinadas personas en las cuales confiamos porque tenemos la seguridad de sus valores personales y de su integridad.

Como otros valores, la sinceridad se puede considerar más una disposición o una actitud que no un comportamiento concreto. Aunque el comportamiento, la conducta sincera, es coherente con la actitud del sujeto, podemos encontrar, por ejemplo, una persona que un día dice una mentira o esconde la verdad (comportamiento) y, a pesar de todo, no la podemos considerar mentirosa (actitud).

Las actitudes definen los rasgos de la personalidad, la manera de ser de un sujeto, y a pesar de que el comportamiento es en general congruente con las actitudes, diríamos que el comportamiento es mas coyuntural o dependiente de la situación. La actitud es un posicionamiento personal interno. Es una tendencia a actuar de determinada manera y se describe como una preconducta; aquello que orienta la conducta, pero que no siempre se llega a manifestar en un acto determinado, ya que hay personas más reservadas y otras más expresivas, aunque todas ellas puedan ser igualmente sinceras.

Cuando falta la disposición, cuando la sinceridad no forma parte de la manera de ser del individuo, éste debe hacer un esfuerzo para contrarrestar su tendencia a la insinceridad. Entonces la motivación y la convicción sobre el valor ha de ser más fuerte y consciente para abrirse paso y convertirse en acción. No hace falta decir que en este caso el ejercicio de la sinceridad y la satisfacción que comporta, irá modificando la falta de disposición inicial, y cada vez la actitud de sinceridad se irá instaurando en el sujeto y le será progresivamente más fácil ser sincero con él mismo y con los demás.

En caso de que una persona sea espontáneamente sincera, tendrá un camino mucho más llano y no hará falta que disponga de un argumento o una motivación específica en cada caso. Es preciso considerar que el «ser» sincero nos remite inicialmente a una forma consubstancial de la persona, como ser alto o ser rubio. De todas maneras, esta «forma de ser» hace falta que sea reconocida y valorada por el entorno, ya que la aprobación que recibe refuerza y estimula al sujeto a continuar practicando este valor.

2.1. La sinceridad con uno mismo

Para poder ser sincero con los demás hace falta que una persona esté en condiciones de ser sincera consigo misma. Esto parece fácil si se considera que todo depende de un acto de voluntad. Pero en realidad no lo es tanto, ya que la sinceridad es fruto de un proceso personal de maduración que se inicia en la infancia más temprana y se tiene que ir desarrollando durante toda la vida.

El niño sincero es aquel que puede pedir aquello que necesita o desea, que puede preguntar aquello que no sabe, que puede manifestar descontento o protesta. Para desarrollar la sinceridad, hace falta que el niño no sea reprimido excesivamente, que crezca en un ambiente de seguridad y de comprensión, donde sus necesidades sean entendidas y contenidas como describe el psicoanalista Winnicot.

A medida que el niño vaya creciendo se encontrará con un conjunto de normas de convivencia y normas sociales, con situaciones de juego, de escuela o familiares en las cuales no siempre sus gustos e ideas coincidirán con los de los otros y no siempre resultará cómodo mantener sus preferencias y opiniones.

Se tendrá que arriesgar a no estar siempre de acuerdo, a hacer cosas diferentes y a encontrarse con uno mismo. Ser sincero quiere decir siempre afrontar la posibilidad de no ser comprendido, quiere decir también superar el temor de contradecir la autoridad de los adultos, de los padres, de los maestros, y estar dispuesto a recibir las consecuencias.

Durante la adolescencia, la relación con los amigos es muy importante. La relación con las chicas y los chicos de la misma edad ayuda a salir del marco de referencia familiar y ofrece un conjunto de nuevas posibilidades de pensar, de hacer, de valorar aspectos personales, familiares, de la escuela y de la sociedad. Los compañeros y amigos son fuente de riqueza, de afectos y de experiencias compartidas. El grupo en la adolescencia generalmente ejerce una influencia y una presión sobre sus miembros que a veces coarta la sinceridad de sus componentes y les fuerza a someterse a las opiniones y las respuestas del grupo. Aunque el grupo atrae y condiciona a seguir unas normas de uniformidad, ofrece también múltiples ocasiones donde la personalidad del joven podrá expresarse, donde el individuo tendrá que tomar responsabilidades y donde su integridad y sinceridad se pondrá a prueba. Es, en definitiva, un verdadero aprendizaje social. También en las relaciones más íntimas con algunos amigos, hermanos o adultos, el adolescente irá contrastando las propias ideas, la calidad de los efectos y su relación y, en tanto que estas relaciones podrán manifestarse abiertamente y con sinceridad por ambas partes, el joven se enriquecerá e irá integrando nuevos elementos en su personalidad.

La sinceridad del adulto deriva de la formación y de la capacidad de poder confrontar los propios criterios, valores y sentimientos, y de poderlos integrar de una manera coherente. De poder tolerar las dificultades y las ambivalencias que permanecen en uno mismo o que son productos de las relaciones con los demás. Comprender, ser responsable y tolerante permite al adulto ser sincero consigo mismo y como consecuencia ser íntegro en sus respuestas y en la toma de posturas sobre diferentes aspectos de la vida. La sinceridad del adulto no es impulsiva, no es imperativa ni es agresiva. Es firme en el contenido y medida en su expresión.

2.2. La sinceridad con los demás

La sinceridad es una actitud básica que plantea y estimula un tipo de relación clara, abierta y franca entre dos o más personas. La sinceridad tiene como consecuencia directa la confianza y constituye la base más sólida para una buena relación de amistad, de

trabajo o bien amorosa.

Ser sincero con el otro no tiene que confundirse con la necesidad de explicar todos los detalles de un hecho, ya que esto podría implicar indiscreción, o falta de respecto a la propia persona que escucha o quizás a terceras personas. En la sinceridad hacia otro está implicado el respeto, cabe muy bien la reserva de aspectos íntimos, privados y esta reserva no interfiere ni enturbia la relación sincera. Al contrario, sustrae la relación de lo que podríamos llamar una excesiva verbalización que puede llegar a la chafardería. Por ejemplo: un chico explica a un amigo los problemas que ha observado entre sus padres que le hacen sufrir mucho. Al sincerarse no hace falta que llegue a verbalizar o a detallar los insultos que los padres a menudo se dirigen. Puede sincerarse explicando que incluso llegan a insultarse, pero repetir las palabras denigra todavía más la imagen que el chico tiene de los padres y de sí mismo en la medida en que se siente parte del núcleo familiar.

La sinceridad sobre aspectos que afectan al otro se confunde en algún momento con la necesidad de decir cosas que la otra persona no quiere saber: una enfermedad grave, una conducta inmoral o delictiva o una infidelidad matrimonial. La sinceridad del uno ha de tener en cuenta el respeto hacia el otro y la responsabilidad sobre aquello que su sinceridad pretendida puede llegar a desencadenar.

La sinceridad con los otros es posible sólo en una relación de correspondencia. Se va constituyendo mientras se practica. La confianza de uno estimula la franqueza del otro. La seguridad en el amigo, el compañero de trabajo, con un hermano hace una relación más abierta, más confiada, más sincera. La expectativa de ser escuchado y de ser comprendido, de ser tolerado a pesar de no coincidir exactamente con el criterio del otro, afianza la responsabilidad espontánea, abierta y sincera. Esta relación refuerza la persona, le permite considerar ideas y valores, considerar hechos sociales y posibilidades de acción. A través de los demás podemos ver cómo somos nosotros mismos, y ampliar posibilidades, fortalecer o reforzar comportamientos y compromisos para mejorar nuestra anticipación social.

2.3. La sinceridad en la sociedad

Si hemos definido la sinceridad como un valor activo, como una actitud ligada a la coherencia y a la integridad personal, es evidente que este valor se tiene que poner en práctica en la participación social en general. En algunos momentos de la vida de una persona, determinados hechos sociales o institucionales, de injusticia, discriminación, irresponsabilidad, corrupción, entre otros, piden y precisan la concurrencia, la manifestación y la toma de postura personal.

En nuestro país no hay todavía mucha costumbre de manifestar públicamente las opiniones personales o colectivas, sean estas de signo «positivo» o «negativo» ante

determinados hechos y situaciones. Aunque se ha avanzado mucho en el establecimiento de canales formales de participación y en la posibilidad y libertad de expresión en los últimos años, es más frecuente todavía hablar de hechos y personas de manera informal que no manifestar nuestras opiniones a las personas o instituciones objeto de crítica o de elogio de manera abierta y constructiva. Y esto forma parte de la sinceridad y la responsabilidad social. No se puede hablar de sinceridad cuando se tratan los temas y los conflictos fuera de contexto, «entre pasillos», y no hay una participación y una manifestación responsable y formal de la crítica, de la opinión o del reconocimiento. La disidencia, y la adhesión a determinados hechos políticos, religiosos, ecológicos y de otro tipo que comportan un compromiso con los valores personales y con la sociedad, tienen una escasa manifestación pública, aunque muchas personas dicen tener opiniones muy claras sobre esto.

La expresión de la sinceridad a nivel social a menudo ha sido y continúa siendo reprimida, por diferentes medios de control. Galileo (ss. XVI-XVII), a los setenta años, fue obligado por la Inquisición a abjurar de su teoría sobre el Sistema Solar porque la Iglesia no podía tolerar que la Tierra no fuese el centro del Universo. Fue obligado a manifestarse en contra de su convicción y se dice que, aún así, cuando se levantó gritó: «¡Y a pesar de todo se mueve!» (refiriéndose a la Tierra).

Rigoberta Menchú fue nombrada premio Nobel de la Paz, a los treinta y dos años, por haber denunciado la brutal represión de los indígenas en Guatemala y ha tenido que vivir fuera de su país para no ser torturada y asesinada como lo fueron su padre, su madre y dos de sus hermanos. Las represiones étnicas, políticas y religiosas favorecen la hipocresía y la falsedad que se instauran y perduran, incluso, cuando el sistema externo o social que las promueve deja de estar vigente. No obstante, la represión y el control a nivel mundial, vigente en todas las épocas, se contrarrestan, afortunadamente, con las voces y el esfuerzo en favor de la solidaridad, la sinceridad y la tolerancia.

2.4. Contravalor

Si la sinceridad es un valor que produce satisfacción, uno se puede preguntar por qué hay personas insinceras y qué sacan al serlo. En primer lugar, a todo el mundo le gusta la sinceridad y cree ser sincero. Por eso, la persona más bien falsa, hipócrita y retorcida (como vulgarmente se dice) frecuentemente no tiene conciencia de serlo. Y el que parcialmente lo reconoce, tiende a atribuir su comportamiento a las actitudes de los otros que le obligan a comportarse de aquella manera.

La persona insincera seguramente ha empezado su actitud de pequeña, movida por una inseguridad de ella misma o inseguridad en su entorno familiar. Si un niño no sabe si su comportamiento será aceptado o si la misma actuación un día es tolerada y el otro es motivo de castigo, se desorienta respecto del valor de su comportamiento, y sobre todo duda si merece el cariño de sus padres, y por este motivo no va adquiriendo la seguridad y confianza, que constituye la base de la sinceridad.

En esta situación, el niño intentará más bien gustar y obtener la aprobación de los padres antes que comprender el valor y la motivación de su comportamiento. La necesidad de gustar, de complacer a los otros para obtener su aprobación, impide inicialmente la expresión sincera del niño, e introduce en su mente confusión, y la incapacidad de saber cuáles son los propios sentimientos y criterios, porque estará totalmente supeditado al criterio de los demás. La relación inicial con los padres y familiares tiende a proyectarse y generalizarse en relaciones posteriores. Y es así como esta persona no podrá ser sincera con los demás, porque no puede serlo consigo misma.

Tal como encontramos en los diccionarios, el contravalor de la sinceridad no es la mentira, sino la falsedad y la hipocresía, la falta de claridad y de franqueza. Esto significa que igual que la sinceridad, la falta de sinceridad es una actitud que se traduce en comportamiento, y que a la vez puede ser considerada un contravalor. De todas maneras, la falta de sinceridad y la hipocresía pueden ser exponentes de algún problema durante una etapa determinada de la vida. Por ejemplo, puede estar motivada por los celos y la envidia, de un hermano, de otra persona, ya sean estimuladas por el entorno o a causa de las fantasías sobre la realidad que el niño o el adulto se «fabrica». Fantasías de ser excluido, de usurpación de su lugar en la familia, en el ámbito laboral, profesional o amoroso. En estos momentos en que una persona se siente insegura, es cuando intenta llamar la atención, actúa con doble sentido, el niño se porta mal, dice mentiras... ¡y lo pasa muy mal! Esta situación puede cambiar cuando el niño o la persona con problemas adquiere más confianza en sí mismo, con el entorno, y no necesita recurrir a conductas hipócritas para merecer la consideración de los demás.

Pero si la insinceridad se instaura como actitud habitual, se convierte en una «manera de ser» que puede llegar a definir a una persona de falsa e hipócrita.

La hipocresía o la falta de sinceridad puede ser también la expresión de la cultura

institucionalizada de algunos grupos y organizaciones, quienes con el pretexto de defender y ejercer unos valores, acumulan poder y control sobre sus miembros y sobre la sociedad. La doble moral entre lo que se anuncia, «aquello que tiene que hacerse» y «aquello que realmente se pone en práctica», es ostentosamente divergente: se predica la pobreza desde la opulencia, se manifiesta estar «al servicio de» mientras se ejerce el poder y la coacción «sobre». Las instituciones, en su evolución, ejercen siempre una influencia y un poder sobre sus miembros y piden que el individuo acepte y se adapte a sus normas implícitas. Esto no significa que todas las instituciones generen en su seno contravalores, más bien se podría hablar generalmente de limitaciones. Pero en caso de que las discrepancias entre los valores de los individuos y de la institución sean muy fuertes, cada persona tendrá que decidir si es fiel a su integridad o prefiere tomar parte de aquella cultura.

2.5. Ser superficial no es ser sincero

Hay personas que creen ser sinceras porque explican a los demás todo aquello que les sucede y con toda serie de detalles. Hacen de su vida y de sus relaciones una continua exhibición y tienen una necesidad imperiosa de que alguien les escuche. ¿Podemos aceptar que son personas sinceras?

Como se ha explicado anteriormente, la sinceridad es fruto de la reflexión sobre uno mismo, sobre los demás y sobre la sociedad. La sinceridad es también producto de la voluntad y del compromiso de ser honesto. La persona que tiene la necesidad de explicarlo todo, actúa más por complacencia, por aliviarse de la ansiedad que le

comporta su vida, que por hacer algo constructivo. A la explicación excesiva que tiene por finalidad despacharse a gusto, como vulgarmente se dice, sin una capacidad de autocrítica, no podemos atribuirle el valor de la sinceridad. La persona que habla de todo con todos, sin respeto a la intimidad de los que entran en el relato, sin respeto por los que oyen, no está guiada por el valor de la sinceridad, sino por egocentrismo, ya que no hay en su actuación ni la capacidad ni la voluntad de cambiar ni mejorar nada. La necesidad imperiosa de ser escuchado, comporta muchas veces la imposibilidad de escuchar y considerar al otro, del cual inconscientemente no se quiere saber nada. La aparente sinceridad en estas personas esconde la ausencia de preocupación real por uno mismo, y se trata más de un monólogo que de un intercambio. La relación es asimétrica y se produce un dominio del «sincero» sobre los otros.

2.6. La sinceridad exige respeto y autocrítica

Cuando las personas amigas o los familiares que amamos se encuentran con problemas económicos, de salud, o de otro tipo, tenemos tendencia a acercarnos y a ofrecer nuestra ayuda. Hay veces, en cambio, que el propio interesado no es tan consciente de su problema (crisis económica, enfermedad grave, deterioro mental, conducta problemática de un hijo o familiar próximo, etc.), como son las personas de su entorno, porque no está todavía en disposición de aceptarlo, o porque abiertamente niega tener ningún problema, o quizás porque sabe que manifestar su problema puede desencadenar un conflicto que será difícil de superar. En este caso hay amigos o familiares que creen que se tiene que hablar de manera abierta y directa con el interesado o interesada, y que si no lo hacen es porque no tienen capacidad de ser sinceros y lo consideran una cobardía. Otros optan por un comportamiento menos activo e incisivo, y a pesar de que están pendientes del problema del amigo o pariente, se ponen a disposición del otro y le apoyan sin obligar a tratar el tema abiertamente si la persona afectada no quiere o no puede hacerlo todavía. En el primer caso, la persona que se cree sincera actúa por un impulso personal que no puede reprimir, y obliga, e incluso puede «violentar» al otro a enfrentarse y tener que tomar decisiones sin que pueda hacer un proceso de reflexión y de verdadera elaboración personal interna. El motivo del primero es sincerarse y ayudar a manifestar su opinión sobre el problema que observa en el otro, pero la dificultad radica en que este acto «bien intencionado» racionalmente puede obedecer a una necesidad de dominio e imposición ante un tema que no se puede tolerar. En definitiva, puede obedecer más a necesidades de la persona que quiere ayudar, que no a las necesidades del momento de quien se pretende ayudar.

Si la sinceridad no va ligada a la prudencia y a la consideración del otro, podríamos, con una pretendida buena intención de ayudar, producir un mal o una distorsión difíciles de rectificar. En todo caso, es conveniente, en situaciones difíciles y

de grandes consecuencias, reflexionar sobre el momento y la manera de sincerarse.

No puede confundirse tampoco la sinceridad con la impertinencia. Hay quien se dedica a criticar y resaltar defectos, equivocaciones o errores de los demás. Son estas personas agresivas y agrias las que encuentran satisfacción descalificando y censurando a los demás, y esconden esta tendencia agresiva en la justificación de manifestar aquello que muchos piensan y que no se atreven a decir. No pueden reconocer en sí mismos la envidia y la intolerancia que inspiran sus críticas y se justifican en la conveniencia de su comportamiento.

2.7. No es fácil practicar la sinceridad

La sinceridad está relacionada, no sólo con la satisfacción de manifestar acuerdo con otra persona, sino también con la incomodidad de manifestar aquello que compartes con la misma. La sinceridad está relacionada con la capacidad de arriesgar, ya que frecuentemente, en nuestra cultura, uno piensa que no estar de acuerdo implica la posibilidad de perder la amistad y la aceptación de los demás.

La práctica de la sinceridad puede llegar a ser difícil y dolorosa, sobre todo cuando comporta una oposición a una persona querida, hijo, madre, marido, amiga, y se refiere a cuestiones básicas de las relaciones personales o de los valores sociales.

La sinceridad en estas situaciones será posible cuando: a) la persona que plantea el tema, la que se sincera, ha reflexionado y madurado su postura, b) cuando no lo hace por despecho o enojo, c) cuando esta persona puede afrontar el riesgo de no ser comprendida por el otro y de ser rechazada y d) cuando la sinceridad que ha motivado el planteamiento del problema corresponde a una actitud íntegra y honesta, y por tanto está al servicio y tiene la finalidad de promover un bien y una mejor relación.

2.8. Conclusión

La sinceridad es un valor y su práctica corresponde a una actitud básica de la persona que se traduce en diversas manifestaciones de comportamiento. El valor de la sinceridad no podemos imaginarlo solo, aislado, sino que necesariamente lo encontraremos asociado a otros valores de la misma persona, ya que, ¿puede haber sinceridad sin respeto? La sinceridad sin respeto dejaría de ser un valor y podría llegar a ser una impertinencia o una superficialidad. ¿Puede haber sinceridad sin solidaridad?, ¿o sin tolerancia?, ¿o sin generosidad? Los valores, cuando son producto de una reflexión y de una práctica, quedan necesariamente conectados a otros valores, se potencian entre ellos

y forman una especie de red que va enriqueciendo la vida afectiva e intelectual de la persona, y se convierten en la finalidad y la motivación más importante y básica. El valor orienta y dirige los objetivos concretos y es un medio para su consecución.

La práctica de los valores promueve también valores en los demás, por imitación, aceptación o identificación, y favorece la creación de espacios comunicacionales y de relación que se autoalimentan y se proyectan en otros núcleos de convivencia.

3. TEXTOS

«...vive con los hombres como si Dios te viera; habla con Dios como si los hombres te oyesen.»

(L. SÉNECA. *Cartas Morales a Lucilio*.)

«...retengo el vocablo aristotélico de «disposiciones» para subrayar el sentido etimológico de la ética como formación del carácter, modo de ser, costumbre, hábito. La ética vinculada a la autoeducación y al esfuerzo constante por lograr una excelencia en la manera de vivir. Pienso que el recuerdo de la virtud como noción central de la ética puede hacernos olvidar esa otra ética entendida sobre todo como deber, código o mantenimiento y materializada finalmente en una sola virtud, la de obediencia. Pues la ley —autónoma o heterónoma— siempre es eso: una obligación, una imposición contraria, en principio, a la voluntad. La virtud o disposición, en cambio, significa algo adquirido hasta el punto de que se convierte en hábito, algo querido por la voluntad y que acaba siendo asimismo objeto del deseo.»

(V. CAMPS. *Virtudes públicas.*)

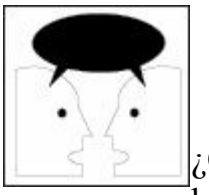
«Jacques. He intentado encontrar de mí mismo, desde el principio, de muy pequeño, lo que estaba bien y lo que estaba mal —ya que a mi alrededor nadie podía decírmelo—. Y ahora reconozco que todo me abandona, que necesito que alguien me muestre el camino, me acompañe y alabe, no según el poder sino según la autoridad, tengo necesidad de mi padre.»

(A. CAMUS. *El primer Hombre.*)

«Mi opción por la lucha no tiene límites ni espacio: sólo nosotros que llevamos nuestra causa en el corazón estamos dispuestos a correr todos los

riesgos (...). A mi madre, aunque no dormía en todas las horas de la noche, le gustaba dar de comer a los trabajadores como merecen. Regresan cansados entonces ella se preocupa de dar de comer bien, aunque nosotros comíamos mal en otro lado. Entonces, a los cinco años, cuando mi madre trabajaba en eso, yo tenía que cuidar a mi hermanito, todavía no ganaba dinero. Yo veía a mi madre que muchas veces, a las tres de la mañana, ya tenía la comida para los trabajadores que salen temprano a trabajar y a las once de la mañana, también ya tenía la comida, la comida al mediodía. A las siete de la noche estaba corriendo otra vez para dar de comer a la gente. En todos sus espacios libres tenía también que trabajar, en corte de café para ganar una ganancia extra de lo que ganaba. Entonces, ante esto, pues, yo me sentía muy inútil y cobarde de no poder hacer nada por mi madre, únicamente cuidar a mi hermanito. Y así es cuando a mí me nació la conciencia, pues. Aunque a mi madre no le gustaba mucho que yo empezara a trabajar, a ganar mi dinero, pero yo lo hacía y lo pedía más que todo para ayudarla a ella. Tanto económicamente, tanto en fuerza. Es que mi madre era valiente y lo enfrentaba muy bien. Pero llegaban momentos en que se enfermaba uno de mis hermanos y que si no está enfermo éste es el otro, entonces, casi todo lo que ganaba se iba en medicina de mis hermanos o de mi misma. Entonces, eso me daba mucha pena. Y así es cuando yo me recuerdo, que, cuando terminamos los cinco meses de estar en la finca, regresamos al altiplano y me enfermé y casi me iba a morir también. Tenía unos seis años y mi madre estaba bien preocupada porque casi me moría. El cambio de clima muy brusco para mí. Y, ya después de eso, yo hacía todos los esfuerzos para no enfermarme y aunque me dolía mucho la cabeza, no lo decía. (...) Y ya se fue cuando cumplí los ocho años que empecé a ganar dinero en la finca y fue cuando me propuse hacer una tarea de treinta y cinco libras de café al día y que me pagaban veinte centavos, en ese tiempo, por la tarea.»

(E. BURGOS. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia.*)



PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

¿Crees que habría sido mejor que los padres de Marta no hubiesen comunicado el problema de Alberto al resto de los hijos? ¿Por qué?

2. Si Marta hubiese explicado inmediatamente el problema de Alberto a sus amigos, ¿qué consecuencias habría tenido para ella?

3. ¿Qué consecuencias habría tenido para Alberto?

4. ¿Crees que Marta tiene el mismo concepto de la sinceridad al principio y al final de la historia?

5. ¿Se puede obligar a una persona a ser sincera?

6. ¿Se tiene que ser sincero siempre?

7. ¿Crees que podemos tener el mismo grado de sinceridad en todas partes? ¿Por qué? Cita ejemplos.

8. ¿A quién perjudica la falta de sinceridad? Razona la respuesta.

9. ¿Te consideras una persona sincera? ¿Cuándo y con quién te es más difícil ser sincera/sincero?

10. Recuerda alguna persona que tenga un cargo público y que te parezca sincera. Razona la respuesta.

Capítulo 19

LA TOLERANCIA

Miquel Marti Solé

Licenciado en Filosofía por la Universidad de Barcelona. Coordinador estatal del Plan de Escuelas Asociadas de la UNESCO.

1. UN ENCUENTRO EN BARCELONA

George es un joven palestino de 23 años, nacido en Belén y miembro de la comunidad cristiano-ortodoxa. Ha estado cinco veces preso y ha sido torturado por la policía israelita. Como consecuencia de las torturas recibidas es diabético. Se gana la vida haciendo de guía turístico por su cuenta.

Hamutal es una joven israelita de 22 años, judía creyente, estudiante de música en la universidad de Jerusalén.

George y Hamutal viven a pocos kilómetros de distancia, pero se han conocido en Barcelona, invitados por el Centro UNESCO de Catalunya a participar en un cursillo de formación para promotores de clubes de UNESCO.

Los otros siete participantes son: Abdelatif y Alma, egipcios musulmanes; Iván, eslovaco y luterano; Konstantin, albanés de religión ortodoxa; Huwaida, también de Palestina; Ana María y Anita, de Croacia y católicas. En total nueve jóvenes de seis países y cinco religiones, con un solo objetivo: crear clubes UNESCO para desarrollar una cultura de paz. Como coordinadores del cursillo, hace falta completar el grupo con Onno, holandés radicado en Catalunya y yo mismo.

Intuíamos que podía haber problemas y ya se veía venir por donde: en la relación entre George y Hamutal, entre aquellos que vivían más cerca, en un mismo estado, en un mismo territorio, pero perteneciente a dos naciones diferentes.

¿Estarían dispuestos a hablar libremente, sinceramente y a aguantar las palabras del otro?

Cuando George habló de las torturas sufridas, Hamutal lloró. Era la mejor repuesta. Desde aquel momento todos nos sentimos sumidos en un clima de tolerancia, dispuestos a enriquecernos mutuamente y a disfrutar de nuestras diferencias.

El cursillo fue avanzando durante tres semanas, con varias charlas y experiencias, con excursiones y visitas culturales, con actividades lúdicas y algunas copas. En la evaluación final quedó registrado el cumplimiento de los objetivos fijados y en el corazón de todos los participantes quedó fijada una cosa mucho más importante: una verdadera amistad.

La amistad entre George y Hamutal los ha conducido a elaborar un proyecto común: un club UNESCO en Jerusalén, abierto a jóvenes palestinos e israelitas para promover todo un conjunto de actividades con el sello de la «cultura de la paz».

2. CONTENIDOS DEL VALOR TOLERANCIA

2.1. Un año internacional para la tolerancia

La tolerancia no significa indiferencia, dejar hacer, dejar pasar el genocidio de Ruanda o la limpieza étnica de Bosnia, o hacer la vista gorda ante las discriminaciones por razones de raza, sexo o religión. En este sentido hay que ser intolerante con lo que es intolerable y hay que ser intolerante con los intolerantes.

El 21 de febrero de 1995, en la sede de las Naciones Unidas de Nueva York, el secretario general de esta organización, Boutros Boutros-Ghali, al declarar inaugurado oficialmente el Año Internacional de la Tolerancia, definió la tolerancia como «el respeto de la diversidad a través de nuestra humanidad común».

Somos iguales y somos diferentes, esta es la realidad humana. Hay que disfrutar conjuntamente de la igualdad y de las diferencias y enriquecernos mutuamente de estas diferencias. Esto es posible si sabemos crear un clima de tolerancia, como el que se creó entre los jóvenes participantes en el curso de formación de la UNESCO.

La intolerancia invierte estos términos: marca las diferencias en aquello que tenemos de iguales e impone la igualdad en aquello en lo que pretendemos ser diferentes.

En el mismo acto de inauguración del Año Internacional de la Tolerancia, el director general de la UNESCO, Federico Mayor Zaragoza, expresó su deseo «de una nueva forma de pensar y de unas nuevas herramientas, estrategias y leyes para hacer posible un clima de tolerancia».

2.2. Unos precursores

De hecho, esta nueva manera de pensar no es tan nueva.

Ramón Llull, en el siglo XII, era capaz de imaginar un encuentro de tres sabios (un judío, un cristiano y un musulmán), los cuales «... *se saludaron y agradablemente se acogieron, y cada uno pidió al otro de su estamento, y de su sanidad, cuál era su voluntad, y los tres acordaron de ir a buscar el ánima que era trabajada en el estudio en que habían estado*...».

Los tres sabios iban caminando y hablando de sus creencias, de la ciencia que enseñaban a sus discípulos, hasta llegar a un prado donde había una fuente que regaba

cinco árboles. En la fuente encontraron una doncella de nombre «Inteligencia», la cual les habló de su naturaleza y de las propiedades de los cinco árboles y de las flores.

Cuando la mujer se despidió, ellos permanecieron en aquel lugar, suspirando para que todos los hombres llegasen a un entendimiento, a una ley comunal, desterrando el rencor y la mala voluntad, disfrutando conjuntamente de las propiedades de los árboles y de las flores.

Entre los pensadores del Renacimiento los hubo suficientemente lúcidos como para demostrar la irracionalidad de las guerras de religión, generadas a partir de la Reforma protestante y de la Contrarreforma católica. Erasmo de Rotterdam lo hizo elogiando, en tono juguetón, la Locura: «*¿Hay algo más estúpido que emprender por no se qué causas una contienda en que las dos partes siempre salen más perjudicadas que favorecidas?*». Su amigo Thomas Moore, canciller de Inglaterra, a quien iba dirigida la obra, murió víctima de la intolerancia religiosa.

Contra esta intolerancia religiosa reaccionaron Locke y Voltaire, haciendo ver que ninguna iglesia podía tener la pretensión de ser depositaria de la verdad absoluta ni de representar al Dios único. Los dos defendieron vivamente la separación de los ámbitos religioso y político, denunciando la injusticia de toda la imposición de la autoridad sobre el ámbito de la conciencia personal.

En el fondo todos ellos venían a decir una sola cosa: nadie tiene el patrimonio de la verdad absoluta.

2.3. Unas acciones posibles

Cuando se habla de la necesidad de una nueva manera de pensar, enseguida dirigimos nuestra atención a la escuela, una de las instituciones que más tiene que ver con el modelaje de las mentes humanas.

El último documento de la UNESCO en materia de educación es la «Declaración de la 44ª Conferencia Internacional de la Educación», aprobada en Ginebra el 5 de octubre de 1994, la cual define la escuela como el «lugar por excelencia donde se ejerce la tolerancia, se respetan los derechos humanos, se practica la democracia y se aprenden la diversidad y la riqueza de las identidades culturales».

Del 12 al 18 de diciembre de 1994 se reunieron en Barcelona, convocados por la UNESCO, líderes religiosos de todo el mundo para estudiar la contribución de las religiones a la cultura de la paz. En la declaración final de este seminario se reconoce que las «religiones han contribuido a la paz del mundo, pero también han llevado odio, divisiones y guerras» y se establece que «si no reconocemos el pluralismo y no

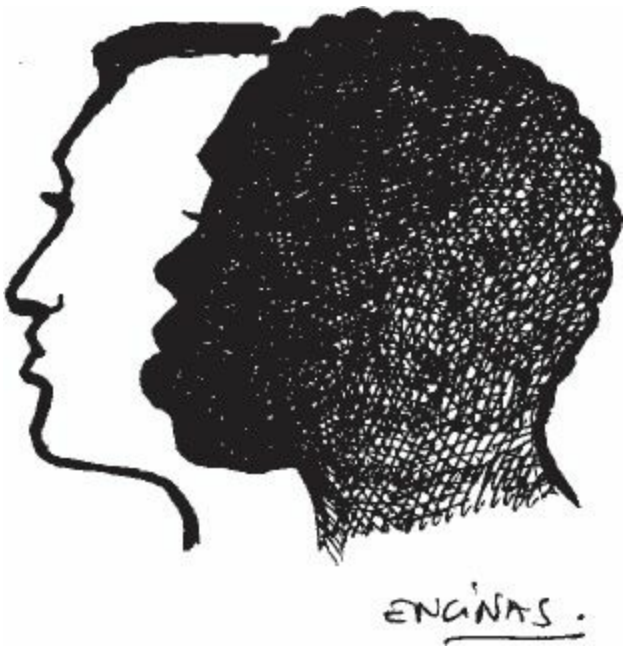
respetamos la diversidad, no puede haber paz».

Escuelas e iglesias, unidas a todos los otros agentes de la vida social (municipios, ONGs, entidades cívicas y culturales), tenemos que buscar las sinergías para responder a los retos planteados y crear el *clima de tolerancia* que haga posible una *cultura de la paz*.

Este clima de tolerancia hay que crearlo en primer lugar en el interior de nuestras instituciones. El hecho de que a una misma escuela acudan alumnos de distintas razas, de distintas culturas, de distintas religiones, de distintas situaciones familiares y sociales, representa un enriquecimiento colectivo y nunca tiene que representar un conflicto.

2.4. Los retos planteados

Para crear un clima de tolerancia, hace falta eliminar los factores que ponen en peligro la paz y la democracia, a saber: la violencia, el racismo, la xenofobia, el nacionalismo agresivo, las violaciones de los derechos humanos, la intolerancia religiosa, el terrorismo y la brecha creciente entre países ricos y pobres. Estos factores constituyen una muestra de antivalores de la tolerancia.



La violencia atenta en primer lugar contra el derecho fundamental a la vida y a la integridad física y psíquica de los individuos. Pero atenta también contra otros derechos: la libre autodeterminación de los pueblos, el desarrollo sostenible en sus vertientes económica, ecológica y cultural, etc.

La violencia establece la victoria y la hegemonía del más fuerte sin cuestionarse si

tiene o no la razón o la verdad.

La violencia y su expresión más globalizada, la guerra, utiliza los recursos humanos y económicos que se necesitan para luchar contra la pobreza, la marginación, la incultura y las enfermedades.

En una situación de violencia institucionalizada, unos pocos deciden las acciones violentas y una mayoría las sufren. Es la peor de las violencias. Se ejerce desde el poder para mantener, bajo una apariencia de orden, un sistema de opresión.

La violencia tiene muchas modalidades y connotaciones. Queremos resaltar una muy presente en la vida cotidiana: la violencia en el juego y en el deporte. Las reglas del juego son a menudo ignoradas o violadas en pro de la victoria a cualquier precio. Aparece nuevamente la fuerza como elemento decisivo y el simple contrincante se convierte en un enemigo a humillar o aplastar.

El racismo establece una jerarquía entre las diferentes modalidades físicas de la especie humana, según el color de la piel, la forma de los ojos, los rasgos del rostro..., que lleva a situaciones sociales de discriminación, rechazo, limpieza étnica, violencia, hasta llegar al genocidio.

En varias ocasiones se ha querido justificar el racismo con supuestas razones de carácter filosófico o científico, según los cuales el desarrollo y el progreso estarían vinculados a la pureza y predominio de unas razas superiores sobre otras inferiores.

Ejemplos recientes de racismo los tenemos en el movimiento antisemita de la Alemania nazi, en la estructuración del «apartheid» en Sudáfrica y en la llamada «limpieza étnica» en la antigua Yugoslavia.

Pero el racismo está presente también entre nosotros y afecta a las relaciones de convivencia con determinados colectivos de inmigrantes o grupos específicos (como los «gitanos»).

La xenofobia establece un rechazo generalizado contra toda persona o grupo humano considerado «extraño» o «extranjero» en relación al grupo que se autoconstituye como «autóctono». Este rechazo se hace extensivo a cualquier manifestación cultural lingüística, religiosa, etc., de dicha persona o grupo.

La actitud xenófoba hace difícil o imposible la integración de una persona externa al grupo social dominante, quedando así marginada social, cultural y económicamente.

El nacionalismo es una ideología que puede tener una vertiente positiva o negativa según sus objetivos, estrategias, métodos o expresiones.

Un nacionalismo positivo es aquel que lucha por la consolidación de las raíces históricas de un pueblo y de todos sus elementos culturales, lingüísticos y sociales que lo

constituyen como nación, y a la vez respetando las raíces históricas y culturales de los otros pueblos, vecinos y lejanos. En el caso de que una persona o grupo de otro pueblo decida establecerse en el ámbito territorial de una determinada nación, se le acoge con una actitud abierta, ofreciéndole un espacio que permita a la vez conservar las raíces que le son propias e integrarse plenamente en la vida social, económica, política y cultural de la nación anfitriona.

En el ámbito cultural, la relación de la cultura autóctona con la otras recibe el nombre de «interculturalidad» y consiste en un ámbito que puede ser enormemente enriquecedor para todos.

El nacionalismo agresivo, en cambio, es aquel que menosprecia o excluye a toda persona o grupo que no pertenezca al núcleo histórico-cultural autóctono de la nación. A menudo tiene connotaciones violentas, racistas y xenófobas.

En el año 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la «Declaración Universal de los Derechos Humanos», con el fin de proteger la dignidad humana de todos aquellos elementos o situaciones que la ignoran o la ponen en peligro. La Declaración Universal de los Derechos Humanos establece la «casa común» de este lugar denominado «La Tierra» y de todos sus habitantes. Cualquier violación de esta Carta Magna se convierte en una acción intolerable.

Si leemos los informes anuales de la organización «Amnistía Internacional», ningún país del mundo puede presentarse como ejemplo en cuanto al respeto a los derechos humanos se refiere, pese a que son evidentes las diferencias en grados y consecuencias.

La diversidad religiosa es un hecho y también es un hecho que muchas personas no se consideran religiosas. Es mala cosa cuando se establece, de derecho o de hecho, la religión de estado, la obligación a pertenecer a una religión determinada o la exclusión de aquellas personas o instituciones vinculadas a otra religión determinada. La intolerancia religiosa lleva, a menudo, a odios, divisiones y guerras, como reconocen los líderes convocados por la UNESCO en Barcelona (1994) y añaden: «Las personas religiosas demasiadas veces han traicionado los nobles ideales que ellas mismas han predicado».

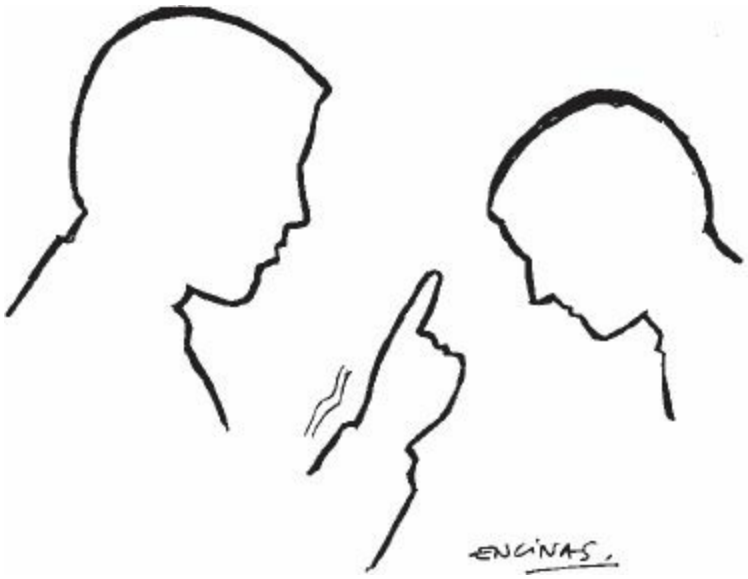
El terrorismo es una estrategia y un método al servicio de una ideología (política, religiosa, etc.). Quiere crear una situación de caos o inseguridad que favorezca los objetivos de un grupo ideológico militante. Según los terroristas, el fin justifica los medios y no se tolera ninguna otra alternativa. El terrorismo busca el efecto rápido, sin perder el tiempo en pactos o negociaciones que puedan debilitar o retrasar los objetivos del grupo militante.

La brecha creciente entre países ricos y países pobres constituye el marco de referencia o el «caldo de cultivo» que favorece todos los factores nombrados (violencia,

racismo, xenofobia, etc.).

Sería una falsa tolerancia permitir que las cosas continúen así, ser indiferentes al clamor de justicia de una mayoría de la humanidad hambrienta, sin unos mínimos de calidad de vida.

La verdadera tolerancia tiene que avanzar hacia la «solidaridad».



2.5. Unos objetivos comunes

El primer objetivo que fijó la UNESCO para el Año Internacional de la Tolerancia fue: «Sensibilizar a la opinión pública de la falta de tolerancia entre naciones, comunidades y personas».

La opinión pública es una forma de participación masiva de los miembros de una comunidad (nacional, ciudadana, religiosa, etc.) en los acontecimientos socio-políticos o en los fenómenos culturales, según unas pautas y orientaciones registradas puntualmente por los medios de comunicación.

Los romanos hablaban de «vox populi» para indicar las reacciones populares ante cualquier acontecimiento relevante; durante la Edad Media se usaba el término «consensus» cuando un veredicto de la autoridad judicial o política era aceptado por la mayoría. John Locke (siglo XVIII) llamaba «common sense» a la voz de la conciencia popular, que pasó a Francia con los nombres de «esprit général» (Montesquieu) y «volonté général» (Rousseau).

Los poderes establecidos con frecuencia pretenden controlar la opinión pública a fin de asegurar o perpetuar este poder. Con la aparición de los medios de comunicación

modernos, el control y la manipulación de la opinión pública es aún más factible. Para reivindicar un espacio de libertad y creatividad para la opinión pública hace falta tener muy presente el valor de la tolerancia. Una opinión pública tolerante es capaz de superar los temores infundados respecto de la «invasión africana», el contagio del SIDA, la relación con personas homosexuales. Una opinión pública tolerante es capaz de eliminar los estereotipos, como «gitano-embrollón», «sudamericano-indolente». Una opinión pública tolerante es capaz de establecer un espacio de convivencia entre los distintos pueblos que configuran un mismo estado o territorio, respetando las características históricas, socio-culturales y lingüísticas y valorando el enriquecimiento mutuo.

Es necesario denunciar a los medios de comunicación cuando intentan canalizar la opinión pública hacia actitudes intolerantes, con expresiones como: «Construir la fortaleza europea», etc.

Un segundo objetivo va dirigido a perfeccionar los sistemas educativos para preparar las generaciones futuras a vivir en sociedades cambiantes y multiculturales.

Insistiendo en lo que ya se ha dicho anteriormente con la definición de escuela, la UNESCO quiere fomentar la tolerancia mediante unas actividades educativas basadas en el intercambio, la libre circulación de ideas y los proyectos interculturales y de cooperación internacional.

Este objetivo forma parte del programa del «Plan de Escuelas Asociadas de la UNESCO», una red de más de tres mil escuelas, presente en 131 países.

En las escuelas públicas de Villablino y Bembribre (León) la mitad de los alumnos son portugueses. La programación de la escuela prevé clases y actividades de lengua y cultura portuguesas para todos los alumnos. Así, al mismo tiempo que los alumnos portugueses se integran en la realidad leonesa, los leoneses se enriquecen con el bagaje cultural que aportan sus compañeros portugueses. En las fiestas de la escuela siempre están presentes los elementos folclóricos de ambas culturas.

Los alumnos del colegio público «Isidre Martí» de Esplugues del Llobregat iniciaron una correspondencia con los alumnos de Ciudad Segundo Montes de El Salvador (Centroamérica). De la correspondencia se pasó al intercambio. Maestros salvadoreños y un grupo musical visitaron Cataluña en diversas ocasiones. Y del intercambio se pasó a la elaboración de un proyecto de cooperación internacional: la construcción de un mercado en Ciudad Segundo Montes, con la colaboración del Ayuntamiento de Esplugues.

La escuela de adultos «Samba Kubally», de Santa Coloma de Farners, es una escuela autogestionada por los inmigrantes africanos. Promueve toda una serie de actividades interculturales, que forman parte de la vida social de la población.

El sistema educativo suizo prevé un curso de asistencia para inmigrantes, con

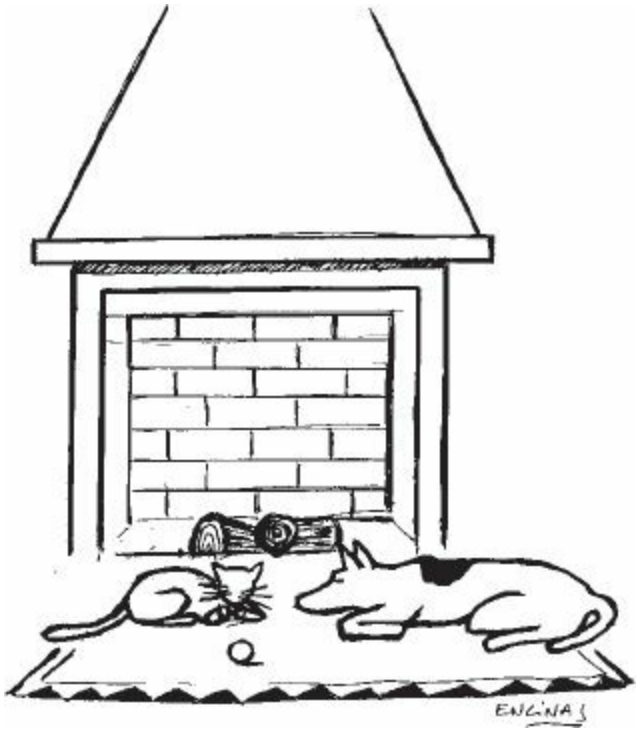
clases intensivas de la primera lengua de la región (alemán, francés o italiano) y formación de tipo profesional. En este curso conviven serbios, bosnios, croatas, eslovenos y macedonios sin ningún problema.

El tercer objetivo hace referencia a los medios de comunicación: «fortalecer la comunicación y la libertad de expresión contribuyendo a mantener o establecer dispositivos de comunicación que garanticen los intercambios y la libre circulación de informaciones y opiniones».

Con frecuencia los profesionales de la comunicación evitan compararse con maestros o educadores. Pero no pueden rehuir la necesidad de establecer un código deontológico o una escala de valores en su actividad. Muchas veces situaciones de intolerancia e incluso de guerra son generadas o fomentadas por los medios de comunicación, como se ha podido comprobar recientemente en Ruanda.

¿Quién establece el modelo axiológico de un determinado medio de comunicación?

En un primer modelo, en el que los valores se consideran «absolutos», los valores considerados deseables se imponen sin que puedan ser cuestionados. En un segundo modelo, que podríamos llamar «relativista», no hay valores buenos o malos, sino que cada individuo debe escoger sus propios valores y actuar de acuerdo con ellos. Un tercer modelo es el cognitivo-evolutivo, que promueve la capacidad del receptor para reflexionar críticamente sobre las situaciones, para llegar así a la construcción racional y autónoma de los propios valores.



Partiendo de la base de que la tolerancia es un valor que todos tenemos en mayor o

menor medida, los medios de comunicación pueden favorecer su desarrollo si se sitúan en el tercer modelo. Las diferentes maneras de pensar en los ámbitos político, económico, religioso, etc., deben ser presentadas en igualdad de condiciones y siguiendo un tratamiento igualmente respetuoso. Es necesario que el receptor esté dispuesto a admitir otras maneras de pensar o de actuar igualmente respetables y que, respetando la libertad de cada uno, puede llegarse a compartir unos determinados valores universales.

3. TEXTOS

(...) La tolerancia hacia los que tienen opiniones religiosas diferentes está de acuerdo tanto con el Evangelio y con la razón, que parece una monstruosidad que haya hombres tan ciegos en medio de una luz tan brillante.

(...) Consideremos ahora qué es la iglesia. La iglesia me parece que es una sociedad libre de hombres voluntariamente reunidos para adorar públicamente a Dios de la manera que creen que le complace, a fin de salvar sus almas. Y digo que es una «sociedad libre y voluntaria». Nadie nace miembro de una determinada iglesia. El hombre no está obligado por naturaleza a formar parte de una iglesia, a adherirse a una secta, sino que se une espontáneamente a la sociedad en el seno de la cual cree que se practica la auténtica religión y un culto complaciente a Dios. Y como la única causa de su entrada en la iglesia ha sido la esperanza de salvación que encuentra, también ésta será la única razón para permanecer. Ahora, si descubriera algún error en la doctrina o alguna incongruencia en el culto, hace falta que la misma libertad con la que entró le abra siempre la salida.

(...) Y aunque no sea éste el lugar para examinar los signos de la auténtica Iglesia, querría sin embargo advertir a quienes luchan con tanto ardor por los principios de su sociedad y que no paran de repetir el nombre de la Iglesia —con no menos alboroto y quizás con la misma intención que los argenteros de Éfeso cuando invocaban a Diana—, que el Evangelio testimonia, en numerosas ocasiones, que los verdaderos discípulos de Cristo tienen que esperar y sufrir persecuciones: pero no recuerdo haber leído en ningún lado del Nuevo Testamento que la verdadera Iglesia de Cristo tenga que perseguir a los demás, o atormentarlos, u obligarles a aceptar sus creencias e inculcarles la fe por la fuerza de las armas y del fuego.

(...) Ninguna persona privada ha de atentar contra los bienes civiles de la otra, ni destruirlos, con el pretexto que profesa otra religión o practica otros ritos. Todos sus derechos de hombre y de ciudadano le han de ser conservados como sagrados; no dependen de la religión: tanto si se trata de un cristiano como de un pagano, uno se tiene que guardar de violentarlo o de hacerle daño.

(...) Cualquier iglesia es ortodoxa por sí misma, desviada o herética por las otras; todas creen que sus creencias son la verdad y condenan como un error aquello que difiere. Así, cuando se trata de la verdad de los dogmas o de la rectitud del culto, la disputa está igualada por una parte y por otra, y ninguna sentencia puede ser dictada por un juez que no existe ni en Constantinopla ni en toda la tierra.

(JOHN LOCKE. *Carta sobre la tolerancia.*)

Durante mucho tiempo, la guerra fría justificó lo que es intolerable. Mientras el mundo estaba dividido en dos campos, se escondían o justificaban hostilidades, violencias y matanzas. Hoy día, en cambio, sabemos. En un mundo más transparente, ya no tenemos la excusa de la inocencia.

Actualmente, ya no hay campos opuestos y el mundo es uno solo. Pero al lado de la alegría y la esperanza, suscitadas por los progresos de la libertad, la democracia y la paz, la desgracia no para de avanzar con los diversos rostros de la violencia: purificación étnica, terrorismo, extremismo religioso y cultural, genocidio, exclusión, discriminación.

El mantenimiento de la paz después de las heridas de la confrontación y la ayuda humanitaria de urgencia ocupan todo el espacio de la acción internacional y sólo dejan recursos muy escasos para la construcción de la paz y para la prevención de los conflictos. Si no se ha invertido en el momento oportuno para evitarlos —cosa que habría constituido la mejor garantía de éxito— ya sólo se pueden hacer reparaciones y reconstrucciones. El fracaso cuesta mucho más caro que la prevención.

La violencia, sobre todo cuando se dirige contra la vida, no tiene ningún tipo de excusa. ¿Cómo se atreven a justificarla con argumentos «religiosos» cuando todas las religiones tienen su fundamento en el amor y la generosidad?

La violencia puede combatirse y se tiene que combatir como un insulto hacia lo que constituye la humanidad de la persona humana, como la expresión de una incapacidad de pasar del delirio de la hegemonía a la realidad de la independencia.

Desde hoy, la cultura arcaica de la guerra ha de ceder el paso a la cultura de la paz, en el cual el culto a la fuerza y el elogio de la competitividad han de ser reemplazados por la emergencia de nuevos horizontes de solidaridad humana, por la epopeya cotidiana de la libertad y la justicia, por una convivencialidad que englobe a la vez todos los seres y también las generaciones futuras.

Desde hoy la humanidad tiene que poder dedicarse a mantener, restablecer y edificar la paz, para la creación de espacios de diálogo, de concertación y reconciliación que tengan fuerza. Nunca más violencia. Sí a la divergencia, no a la violencia. Sí al debate, no a la violencia. Lo que exigen los principios democráticos —que se tienen que consolidar cada día— no es ni la docilidad ni la sumisión. Es, al contrario, la vía de debate y de la expresión de los ideales y de las ideas de cada uno, con energía y perseverancia. Pero no es nunca la violencia.

Si queremos corregir la asimetría del mundo, reducir las diferencias en el reparto de sus variados recursos, no tenemos que desfallecer en la lucha contra la ignorancia, la pobreza y la humillación. Se necesita, por el contrario, reforzarla, continuarla sin descanso para afrontar los intereses agresivos y para corregir la miopía, que siempre es una mala consejera. Pero de ninguna manera la violencia.

Desde hoy decretamos que los ciudadanos no han de sacrificar su vida, sino vivirla, que el homenaje más bello que podemos ofrecer a los muertos de todas las guerras de este siglo es la preservación de la vida de sus hijos.

Desde hoy, en la conciencia y el comportamiento de todos nosotros, la tolerancia tiene que entenderse en su sentido fuerte: no se trata solamente de la aceptación del otro en su diferencia, sino de la orientación hacia el otro para conocerlo mejor y para que cada uno se conozca mejor a través del otro, para compartir con él, para ofrecerle el gesto de la fraternidad y de la compasión, para que los valores universales, que nos pertenecen a todos, se enriquezcan con la especificidad preciosa de cada cultura y de cada lengua y con la irremplazable creatividad de cada persona.

(FEDERICO MAYOR ZARAGOZA. *A las puertas del Año de las Naciones Unidas por la tolerancia* —Declaración del Director General de la UNESCO —.)

1. *Vivimos en un mundo en el cual ya no es posible el aislamiento. Vivimos en una época caracterizada por la movilidad de los pueblos y por un cruce de culturas sin precedentes. Somos interdependientes y compartimos responsabilidades insoslayables respecto al bienestar del mundo entero.*

2. *Nos encontramos ante una crisis que nos podría llevar al suicidio de la especie humana o a un nuevo descubrimiento y a una nueva esperanza. Creemos que la paz es posible. Sabemos que la religión no es el único remedio para todas las enfermedades de la humanidad, pero que tiene que jugar un rol indispensable en este momento tan crítico.*

3. *Somos conscientes de la diversidad cultural y religiosa de nuestro mundo. Cada cultura representa un universo en ella misma, aunque no es un universo cerrado. Las culturas dan su lenguaje a las religiones, y las religiones ofrecen un último sentido a cada cultura. Si no reconocemos el pluralismo y si no respetamos la diversidad, no puede haber paz. Somos partidarios de la harmonía, que es el nervio de la paz.*

4. *Entendemos que la cultura es una manera de mirar el mundo y de vivir. También significa el cultivo de los valores y las formas de vida que expresan la percepción del mundo propia de cada cultura. Por esta razón, ni el sentido de la paz ni el sentido de la religión puede reducirse al concepto simple y rígido de la misma manera que el conjunto de las experiencias humanas no se puede expresar a través de un solo lenguaje.*

5. *La religión es para algunas culturas una manera de vivir que impregna todas las actividades humanas; para otras culturas, representa las más altas aspiraciones de la existencia humana; y, para otras, aún, las religiones son instituciones que se entienden como portadoras de un mensaje de salvación.*

6. *Las religiones han contribuido a la paz del mundo, pero también han traído odios, divisiones y guerras. Demasiado a menudo, las personas religiosas han traicionado los nobles ideales que ellas mismas han predicado. Nos sentimos obligados a hacer un llamamiento al arrepentimiento y al perdón mutuo, tanto a nivel personal como colectivo, respecto a las personas humanas, al conjunto de la humanidad, como también a la Tierra y a todos los seres vivos.*

Paz

7. *La paz implica que el amor, la compasión, la dignidad humana y la justicia sean plenamente preservadas.*

8. *La paz supone que entendemos que todos somos interdependientes y que estamos relacionados los unos con los otros. Somos responsables del bien común, incluyendo el bienestar de las futuras generaciones, tanto a nivel individual como colectivo.*

9. *La paz pide que respetemos la Tierra y todas las formas de vida, especialmente la vida humana. Nuestra conciencia ética nos pide que fijemos límites a la tecnología. Tenemos que dirigir nuestros esfuerzos hacia la eliminación del consumismo y la mejora de la calidad de vida.*

10. *La paz es un camino, un proceso que no acaba nunca.*

Compromisos

11. *Nos comprometemos a encontrar la paz en nosotros mismos; nos esforzamos en conseguir la paz interior mediante la reflexión personal y el crecimiento espiritual y a cultivar una espiritualidad que se concrete en la acción.*

12. *Nos comprometemos a proteger y fortalecer el hogar y la familia como cunas de la paz. En nuestros hogares y familias, comunidades, naciones y el mundo entero.*

13. *Nos comprometemos a resolver o ir más allá de los conflictos sin usar*

la violencia y a prevenirlos mediante la educación y la búsqueda de la justicia.

14. *Nos comprometemos a trabajar para reducir las escandalosas diferencias económicas entre los grupos humanos y las otras formas de violencia y amenazas a la paz, como son el despilfarro de recursos, la extrema pobreza, el racismo, el terrorismo en todas sus formas, la indiferencia, la corrupción y la criminalidad.*

15. *Nos comprometemos a superar cualquier forma de discriminación, colonialismo, explotación y dominación, y a promover instituciones fundamentales sobre la base de la responsabilidad compartida y de la participación. Se tienen que respetar los derechos humanos, incluidos la libertad religiosa y los derechos de las minorías.*

16. *Nos comprometemos a asegurar una educación verdaderamente humana para todos. Remarquemos especialmente la educación para la paz, la libertad y los derechos humanos, y una educación religiosa que promueva la abertura y la tolerancia.*

17. *Nos comprometemos a dar vida a una sociedad civil que respete la justicia y el medio ambiente. Este proceso ha de empezar localmente y ha de continuar a escala nacional y transnacional.*

18. *Nos comprometemos a trabajar por un mundo sin armas y a eliminar las industrias de la guerra.*

Responsabilidad religiosa

19. *Nuestras comunidades de fe tienen la responsabilidad de auspiciar las conductas caracterizadas por la sabiduría, la compasión, el arte de compartir, la caridad, la solidaridad y el amor; inspirando a cada uno y a todos con tal de que escojamos el camino de la libertad y de la responsabilidad. Las religiones han de ser una fuente de energía creadora.*

20. *Es necesario que nos mentalicemos de que nuestras religiones no se tienen que identificar con ningún poder político, económico y social, a*

fin de tener libertad para trabajar a favor de la justicia y la paz. No debemos olvidar que los regímenes políticos confesionales pueden acabar siendo muy perjudiciales tanto para los valores religiosos como para las sociedades. Hay que distinguir entre el fanatismo y el fervor religioso.

21. *Tenemos que favorecer la paz oponiéndonos a las tendencias de los individuos y de las comunidades que creen, o que incluso enseñan, que son intrínsecamente superiores a las demás. Tenemos que distinguir y animar los constructores de la paz no violentos. Rechacemos los asesinatos cometidos en nombre de la religión.*

22. *Tenemos que promover el diálogo y la harmonía entre las religiones y en el interior de cada religión, reconociendo y respetando la búsqueda de la verdad y de la sabiduría que tiene lugar fuera de nuestra religión. Tenemos que estar dispuestos a dialogar con todos y establecer una sincera colaboración amistosa con cualquier persona que comparta con nosotros el peregrinaje por la vida.*

Llamamiento

23. *Arraigados a nuestra fe, queremos construir una cultura de la paz basada en la no-violencia, la tolerancia, el diálogo, el entendimiento mutuo y la justicia. Hagamos un llamamiento a las entidades de nuestra sociedad civil, el sistema de las Naciones Unidas, a los gobiernos, a las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, a las empresas y a los medios de comunicación, a fortalecer sus compromisos en favor de la paz y a escuchar los gritos de las víctimas y de los desposeídos. Hagamos un llamamiento a las diversas religiones y tradiciones culturales a reunir esfuerzos y a colaborar con nosotros a fin de extender el mensaje de la paz.*

(Declaración sobre el rol de la religión en la promoción de una cultura de la paz, UNESCO, Barcelona 1994.)

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. Piensa en tus actividades lúdicas. ¿Crees que la mayoría de los juegos —de cualquier edad— fomentan la tolerancia?

2. Piensa si ejerces la tolerancia contigo mismo. Es decir, ¿eres tolerante con tus acciones? Recuerda que la tolerancia no implica aceptar cualquier cosa.

3. ¿Sueles resolver tus conflictos de forma tolerante? Piensa en los conflictos ordinarios del vivir día a día.

4. En tu grupo de amigos, ¿soléis ser tolerantes? ¿Hay algún integrante del grupo que creas que desarrolla actitudes de intolerancia?

5. Analiza el vocabulario de cualquier medio de comunicación (prensa, televisión, etc.). ¿Crees que nuestra sociedad potencia un vocabulario de tolerancia? Pon ejemplos.

6. ¿Crees que hay organizaciones que potencian la tolerancia? Piensa en las ONGs. ¿Hay alguna que se ajuste a tus inquietudes?

7. A veces, los principios personales entran en conflicto con la tolerancia. ¿Suele sucederte? Pon ejemplos.

8. ¿Crees que la religión institucional, es decir, las diversas Iglesias, fomentan la tolerancia? Razona tu respuesta.

9. ¿Cómo lo harías para que la tolerancia fuera algo presente en tu vida cotidiana —trabajo, estudios, familia, etc.—? Da ejemplos concretos.

10. Por último, cita ejemplos de personajes históricos que creas que suponen un ejemplo de tolerancia. Cita, por el contrario, otros que creas que han ejercido la intolerancia.

Capítulo 20

EVALUACIÓN DE LA EDUCACIÓN EN VALORES

Angels Marín Gracia

Licenciada en Psicología, doctora en Pedagogía por la Universidad de Barcelona. Profesora titular de Diagnosis Pedagógica.

1. INTRODUCCIÓN

Hace unos quince años, cuando empecé a interesarme por la educación en los valores, era prácticamente una novedad introducirse en este tema. Entonces se pensaba que este papel educativo estaba reservado a la familia o a la iglesia, y que no se tenía que hacer desde las aulas. Mucho menos se planteaba esta cuestión en el ámbito social. Ha hecho falta todo un proceso social para recuperar en las aulas y fuera de ellas el verdadero sentido de la labor educadora que no se dirige únicamente a la dimensión cognitiva de la persona, lo que llamamos transmisión de conocimientos, sino que es la totalidad de la persona con todas sus dimensiones el verdadero objeto de la educación.

Actualmente podemos decir que todo el mundo ve con naturalidad la educación en los valores. Y todavía podríamos decir más; hay una gran preocupación por hacerlo, al menos para salir de la llamada crisis de valores de nuestra sociedad occidental. Fruto de este interés han sido las numerosas publicaciones que han aparecido, un ejemplo puede ser esta que tenemos en las manos, dando a conocer diferentes enfoques y metodologías educativas.

Hoy en día, en cambio, se nos plantea otro problema: el de la evaluación de los valores. Si uno busca bibliografía sobre este tema, se encuentra con que no hay libros o artículos que lo traten de forma específica. Encontramos mucha documentación sobre cuestiones de fondo en torno a los valores, o de metodologías y programas educativos, pero en ninguno de ellos se especifica cómo evaluar estas intervenciones. Incluso hay quien cuestiona la posibilidad de evaluar esta dimensión de la persona argumentando problemas éticos.

Ante esta situación, en este opúsculo presentamos en una primera parte una panorámica de los problemas que tiene actualmente la evaluación de las actitudes y los valores, tratando de averiguar dónde están las raíces de esta problemática y justificando nuestra postura sobre la responsabilidad que tiene todo educador de evaluar, revisando para esto las finalidades y el concepto de evaluación educativa aplicados a esta dimensión. En una segunda parte, más metodológica, aclararemos algunos términos y describiremos algunas de las técnicas o procedimientos que se pueden utilizar para llevar a cabo esta labor evaluativa, en el supuesto de que se trata de poner al alcance de los educadores algunas estrategias para ayudarlos en su interpretación o apreciación del proceso educativo realizado.

2. ¿SE PUEDEN EVALUAR LOS VALORES?

Para dar respuesta a esta cuestión, en primer lugar tenemos que precisar qué quiere decir evaluar los valores. Muchos interpretan la evaluación como juicio de la persona, o bien creen que hay un peligro al evaluar los prejuicios sociales o ideológicos que pueden estar latentes. En algunos casos la función de control o sanción de la evaluación que se lleva a cabo en el ámbito de la enseñanza reglada se expone como argumento para justificar que no es posible la evaluación de los valores. Es urgente, pues, aclarar qué entendemos por evaluación de los valores.

BOLÍVAR (1995:21) nos señala que en la vida cotidiana, de hecho continuamente juzgamos actitudes y valores. Y esto en el sentido obvio de que todo ser humano, en diferentes contextos y situaciones, aprecia o evalúa acciones, objetos o hechos. Entonces el problema no se plantea desde una valoración o evaluación informal, practicada como seres sociales y morales, sino más bien cuando esta evaluación se tiene que hacer formalmente. Y esto nos lleva a otras cuestiones que son las finalidades de la evaluación y los destinatarios de la evaluación. Pero antes de abordar esta temática queremos comentar algunas de las raíces de la cuestión de la evaluación de los valores.

La división entre lo público y lo privado, que tiene los antecedentes en la Ilustración, significó un avance en la defensa del individuo ante las posibles arbitrariedades del poder estatal para posibilitar la libertad de expresión, de conciencia y de propiedad privada. Es lo que se ha llamado libertad de los modernos. En los dos últimos siglos, este liberalismo se ha convertido en la filosofía de la vida en el mundo occidental; la esfera privada se hace un ideal normativo y un espacio de soberanía individual, siempre que no impida la libertad de los demás (BÉJAR, 1988)[1].

Para BOLÍVAR (1995), la escisión de lo público y lo privado es una de las razones para las cuales, en la práctica, se mantiene que una educación en valores se tiene que limitar a la forma y dejar de lado los valores. Menos todavía se puede hacer una evaluación en este ámbito, ya que el carácter privado e íntimo de la moralidad no permite un juicio que tenga una validez intersubjetiva. Las acciones y decisiones individuales que se refieren a valores no se pueden evaluar porque no se pueden ajustar a patrones compartidos por la comunidad social.

En la actualidad el tema se aborda desde los planteamientos de la ética cívica, la cual establece estos valores compartidos por la amplia comunidad humana que sirven como referencia de aquello en lo que no se puede dejar de educar. Se prevé también la posibilidad de que se propongan modelos de felicidad que vayan más allá de estos mínimos valorativos comunes en torno a la defensa de los derechos humanos.

No es posible en este opúsculo entrar a fondo en esta polémica, más propia de una fundamentación ética que no de un libreto sobre evaluación de los valores. Ahora bien, no hemos querido dejar de comentar las repercusiones que tiene la evaluación. Aquí, en

cambio, nos centraremos más en las cuestiones relacionadas con el concepto actual y la práctica de la evaluación educativa, que también ha sufrido grandes cambios.

2.1. ¿Para qué evaluar?

Simplificando la cuestión planteada en el apartado anterior, podemos decir que si abordamos la evaluación de los valores que promovemos con la educación, es porque creemos que no todo vale lo mismo, ni que para una moral cívica, que se necesita en toda formación del ciudadano, esté todo permitido.

El compromiso con una educación crítica, sin dejar al arbitrio del azar la reproducción de unos valores, significa plantearse a qué tipo de sociedad, modelo de hombre, intereses-ideología, está sirviendo el tipo de relaciones sociales y educativas que proponemos, y en qué medida se tienen que introducir cambios orientados a una mejora (BOLÍVAR, 1995:112).

Hay que revisar en qué grado desarrollamos una labor educativa que promueve unos determinados valores y en qué aspectos tendríamos que mejorar o cómo podríamos favorecer la consecución de unos fines deseables. Fruto del interés de los educadores por la revisión de la propia práctica educativa (aunque no en el ámbito de los valores) se han desarrollado unas metodologías y técnicas de evaluación de tipo cualitativo que tienen como finalidad ayudar al profesional de la educación a llevar a cabo esta reflexión. Esta corriente ha tenido una influencia en el desarrollo y la prioridad que actualmente se da a la evaluación de los procesos y evaluación formativa. Antes de entrar en aspectos más metodológicos, abordemos primero el concepto actual de evaluación.

2.2. Significación de la evaluación

Hoy en día, todos los autores coinciden en definir la evaluación como un proceso sistemático para obtener información que ayude a tomar decisiones. Su función principal no es la medición de resultados, sino que más bien tiene como objetivo principal proporcionar datos sobre los procesos, posibilitar la reflexión sobre la práctica para ver cómo se puede mejorar ésta.

Se entiende la evaluación como integrada dentro de la práctica educativa, y por tanto es una parte más de este proceso. No se realiza al final para juzgar un producto o un resultado. A veces se ha confundido la evaluación con la medición, que es la cuantificación de un resultado. Sin ánimo de simplificar la cuestión, pondremos un ejemplo; si aplicamos un cuestionario a un grupo antes de comenzar una labor educativa, para conocer cuáles son sus valores, el resultado de la medición será el número de valores escogidos, pero esto no nos indica si son los mejores valores, si son suficientes, etc. La medición es objetiva e imparcial, mientras que toda evaluación depende de unos patrones de referencia con los cuales se juzga.

En educación, y menos aún en este campo, no es posible una medición exacta. Pero a pesar de que fuese posible hacerlo, siempre hace falta un juicio sobre el significado del resultado de la medición. La evaluación tiene como finalidad ver en qué medida se alcanzan los valores promovidos o cómo se desarrolla el proceso de valoración, no para dar una calificación, sino para planificar y decidir qué acciones estratégicas o actividades educativas se tienen que promover. Por tanto, no se trata tanto de cuantificar los valores

midiéndolos, en función de unos estándares o patrones, como de hacerse consciente del progreso de la acción educativa en los valores que se llevan a cabo y de ver la incidencia en el desarrollo de los valores en los destinatarios de esta acción.

Un sistema de valores se expresa en las correspondientes actitudes y comportamientos. Los valores tienen un lugar más central y de orden superior a las actitudes y comportamientos, ya que son sus determinantes y a la vez más difíciles de cambiar (ROKEACH, 1973). Los valores se refieren a creencias prescriptivas, que van más allá de objetos o situaciones específicas, mientras que las actitudes se focalizan en objetos, personas o situaciones concretas.

La evaluación de la acción educativa en los valores se juzgará por los progresos que se están alcanzando en los valores vividos. Juzgar en qué medida los sujetos de la educación saben aplicar, es decir, poner en práctica aquello que han descubierto y apreciado como importante para ellos, en las realidades sociales cercanas.

Por otra parte sabemos por experiencia que la adquisición de los valores y las actitudes se hace de forma lenta y progresiva, sobre todo si esto implica cambios o modificaciones valorativas. Por eso en la evaluación más bien lo que podemos obtener son indicios de posibles cambios, o de grado de desarrollo. Como conclusión, las características que definen a la evaluación son:

1. Requiere un proceso sistemático, no se hace de forma intuitiva, y por tanto implica aplicar principios, metodologías e instrumentos. El educador tiene que alcanzar unas habilidades y competencias mínimas para la planificación, recogida, análisis e interpretación de la información.

2. La aplicación del conocimiento técnico mejora la objetividad del proceso evaluador.

3. La subjetividad incluida en toda evaluación no significa arbitrariedad. La sistematización de todo el proceso impide el juicio arbitrario, ya que proporciona una descripción tan objetiva como es posible en este campo.

La evaluación es un medio que nos indica cuáles son las dimensiones sobre las cuales se tiene que reforzar la praxis educativa (por ejemplo, qué componentes del proceso de valoración se tienen que trabajar más), orientar sobre el tipo de estrategias o actividades más propicias para los destinatarios de esta educación en valores y finalmente detectar los progresos que se van haciendo (por ejemplo, el grado de desarrollo de los valores).

2.3. ¿Quién evalúa?

A veces el educador tiene la ilusión de que puede transferir la responsabilidad de tomar decisiones a un instrumento que, aplicado de forma mecánica, le resuelva el problema, eximiéndolo del juicio reflexivo y del compromiso que supone hacerlo personalmente (BOLÍVAR, 1995). De hecho, esto nunca es posible; no al menos desde la definición que hemos hecho antes de la evaluación. Es el educador quien diseña el plan de evaluación como una parte del propio proceso educativo.

De hecho, todo el proceso evaluativo es un proceso de toma de decisiones. El educador decide la finalidad de su evaluación, y con qué criterios, qué evaluará y por tanto qué información o qué datos son relevantes, de qué forma recogerá esta información, es decir, cuál será el instrumento o estrategia más apropiada, en qué momentos se tienen que recoger los datos y, por último, bajo qué patrones se realizará su juicio, qué considerará como bueno o como malo o en qué nivel se sitúa lo bueno y lo malo.

Dejaríamos a medias el tema si sólo tuviésemos en cuenta la perspectiva del educador. En todo proceso educativo intervienen unas personas como protagonistas principales de esta acción educativa: son sus destinatarios. Y también ellos están interesados en valorar el propio proceso seguido y cuál es el provecho que sacan. La toma de conciencia por parte de cada participante en esta educación en valores, de cómo se está en relación al proceso de valoración, o a la forma en que los valores se van encarnando en la propia vida, en los comportamientos cotidianos, en las decisiones, en las relaciones, en el trabajo, etc., es en sí mismo un procedimiento educativo. La autoevaluación contribuye así al desarrollo personal y social.

Los destinatarios de la educación en valores son una fuente de información para el educador. Ellos pueden hacer sus valoraciones respecto a las actividades, estrategias y dinámicas utilizadas, y también sobre la forma en que se han llevado a cabo. Toda esta información sirve al educador para mejorar el proceso educativo diseñado.

3. ¿CÓMO EVALUAR? ¿CON QUÉ TÉCNICAS?

Ya hemos señalado en la introducción que no existen manuales o artículos dedicados específicamente a la evaluación de los valores o de la educación en los valores. Esto no es un problema únicamente de este ámbito. Ya Taylor en 1986 se quejaba de que la mayor parte del trabajo sistemático en evaluación educativa se había dirigido a la dimensión cognitiva, es decir, a la adquisición de conocimientos, informaciones o habilidades académicas. Poco se ha avanzado desde entonces en la evaluación de las dimensiones afectivas y de comportamiento, con excepción de algunos trabajos desarrollados a partir de la taxonomía de Bloom.

Las aportaciones que tenemos en el campo de la evaluación de los valores hasta el momento son las siguientes:

a) Escalas de medida de actitudes y valores, como técnicas derivadas de la psicología social.

b) Técnicas de evaluación de programas de educación moral que no se pueden utilizar fuera del contexto de la aplicación de estos programas.

c) Técnicas de aclaración de valores empleadas como instrumento de recogida de datos.

d) Técnicas derivadas de la evaluación naturalista, como la observación de los fenómenos dentro y en relación a los contextos naturales en que se dan.

Hemos subrayado al principio de este capítulo que el objeto de evaluación depende de los propósitos del educador y de la concepción que mantenga sobre la educación en los valores. El educador puede tener interés en saber en qué medida las actividades que propone para educar en los valores son una ayuda para los participantes; en este caso, el objeto de evaluación son las propias actividades: querrá saber lo que piensan los asistentes sobre las actividades (cómo les han influido); en otros casos, el interés de la evaluación para el educador estará en el grado de adquisición de unos valores; o también ver la influencia en el crecimiento personal de los participantes de las actividades propuestas[2].

La técnica o estrategia de evaluación escogida depende de la formación o preparación del educador y del tiempo del que dispone para el registro y análisis de los datos. Hay que tener en cuenta que unos instrumentos son más largos de elaborar, como por ejemplo un cuestionario o una escala, pero permiten un rápido análisis de los datos, mientras que otros permiten recoger los datos de forma rápida, pero se tarda más en el análisis e interpretación. El contenido del instrumento para la recogida de la información se elaborará teniendo en cuenta el objetivo que se pretende.

No podemos hacer una relación exhaustiva de todas las técnicas que se pueden aplicar a la recogida de datos para la evaluación de los valores y de la educación en valores. No haremos tampoco una descripción de las características técnicas de cada uno de los procedimientos. Más bien nuestro propósito, desde la perspectiva de una evaluación integrada, es poner de manifiesto cómo se puede evaluar a partir de las metodologías empleadas en la educación en valores. Pretendemos ofrecer sugerencias prácticas sobre las formas y situaciones en que se puede realizar la evaluación en este ámbito. Mencionaremos lo que puede ser de mayor utilidad para el educador por la simplicidad de elaboración, análisis e interpretación posterior de los datos.

3.1. La observación natural durante el proceso de educación en valores

Este procedimiento se puede emplear con cualquier metodología de educación en valores que se ponga en práctica: debates, discusión de dilemas, aclaración de valores, etc. POSTIC y DE KETELE (1992) presentan la observación sistemática, que quiere decir estructurada, intencional y controlada, como uno de los mejores procedimientos de evaluación de las actitudes y los valores.

Todo educador está observando continuamente. La cuestión es cómo convertir las observaciones ocasionales y poco estructuradas en otras con mayor grado de formalización y sistematización para que puedan aportar datos relevantes. Para conseguirlo, se tiene que focalizar la visión desde un marco conceptual y desde unos intereses —EISNER (1991) la llama «tener un ojo ilustrado»— como también contar con unos instrumentos para recoger la información de forma adecuada. La observación requiere del educador que, previamente a su acción a observar, concrete aquello en lo que quiere centrar su atención y para qué quiere emplear el fruto de sus observaciones. El educador, como observador, no se limita a una actitud pasiva de registrar los fenómenos, sino que también puede provocar o crear situaciones (debates, trabajos cooperativos, salidas, dramatizaciones) que tienen como objetivo educar en los valores y a la vez sirven para recoger datos. Esto no quiere decir crear situaciones artificiales para provocar en los destinatarios una actuación determinada. Se trata de ver y comprender en el desarrollo normal de una actividad el proceso de la acción educativa en el comportamiento de las personas. En este sentido, todas las cuestiones puestas para la reflexión y trabajo en grupo en cada uno de los folletos de esta colección pueden servir para evaluar estos valores propuestos en ellos.

La observación en contextos naturales tiene la ventaja de que la persona no tiene que contestar a un cuestionario o a otro tipo de instrumento; no es consciente de ser evaluado y por tanto no modifica el fenómeno que se evalúa (WOODS, 1987). Pero también surge la cuestión de si se pueden inferir los valores de la observación del comportamiento. Como afirma DE KETELE (1984:13) la conducta tiene una parte externa (observable), una interna (no se puede observar directamente) y una dimensión temporal (antecedentes, concomitantes y consecuentes). Las dimensiones interna y temporal permiten dar una significación a las acciones observadas. De hecho, cualquier observación es inferencial, es decir, que atribuye un significado a aquello que se observa. Para que esto se pueda hacer con un mínimo de objetividad, la observación se tiene que planificar, no se tiene que hacer en un solo momento, y se tiene que registrar, para contrastarla con otras personas.

La interpretación y evaluación cuidadosas de los datos observados se facilita mucho si se utilizan procedimientos sencillos mediante los cuales se pueden recoger de manera sistematizada un número suficiente de informaciones (BOLÍVAR, 1955:107).

Los datos observacionales se pueden clasificar, según el tipo y la forma de recoger la información, en narrativas (como por ejemplo diarios o registro de debates), protocolos estructurados (como son las listas de control o las categorías de observación) y las escalas de observación (MCKERNAN, 1991:59).

a) Los diarios se utilizan con la finalidad de revisar el propio proceso educativo, si quien lo hace es el educador. Este procedimiento se utiliza también como un medio de autoevaluación, si son los participantes quienes lo elaboran. El solo hecho de escribir obliga al educador y el participante a la reflexión, y a la vez permite mantener los hechos tal y como han sido percibidos en el presente, sin las distorsiones que introduce la memoria con el paso del tiempo. Este segundo aspecto es importante si queremos evaluar prácticas educativas que tienen una duración larga. Se tienen que escribir con regularidad, en un contexto de secuencia temporal, y anotar hechos conjuntamente con interpretaciones y vivencias. Como señala MCKERNAN (1991:85), han de dar luz sobre las intenciones, las interacciones y los efectos de las dinámicas educativas propuestas, tanto en los aspectos positivos como en los negativos o insatisfactorios.

b) El educador puede elaborar instrumentos sencillos para ayudarse en la sistematización de los datos. Para hacerlo, selecciona los indicadores, o categorías que le interesa observar. Estos mismos instrumentos pueden ser empleados por los participantes y sirven como procedimientos de autoevaluación[3]. Según el grado de estructuración de los datos, distinguimos entre «pautas de observación» (recogen un conjunto de indicadores para diferentes valores o actitudes) y «listas de control» (en ellas se observa la presencia o ausencia de una categoría o conducta).

c) En las escalas de observación se da el grado en que se presenta la categoría seleccionada y se pueden recoger también matices de los aspectos observados. El educador o los participantes registran periódicamente sus observaciones o autoobservaciones en estos instrumentos. También se pueden emplear al finalizar una serie de actividades educativas para evaluar cómo ha ido el proceso.

3.2. Procedimiento derivado de la aclaración de valores

Es un enfoque con una metodología para la educación en valores. Los ejercicios planteados por los seguidores de este enfoque se han utilizado para educar en los valores desde el proceso de valoración. Las actividades desarrolladas por los diferentes autores

están pensadas para favorecer los procesos de elección entre alternativas, para ayudar a averiguar los motivos de las elecciones, y también para dar la oportunidad de expresar públicamente los propios valores o la propia jerarquía de valores.

Los defensores de esta metodología señalan que estos ejercicios no tienen finalidad evaluativa, pero es cierto que este tipo de actividades posibilitan el diálogo y la manifestación de valores y actitudes. Los encuentros en grupo después de realizar las actividades, los debates o las asambleas, ofrecen oportunidades al educador para observar y recoger datos sobre los valores de los participantes. En los debates y puestas en común se manifiestan los valores vividos y las creencias de valor en las razones y argumentaciones que se dan, en las actitudes que se adoptan hacia los otros miembros del grupo (por ejemplo, el grado de tolerancia y respeto de opiniones contrarias).

El educador, presente durante la realización de las actividades, puede recoger información sobre los valores escogidos y de la escala de valores de los participantes, bien escribiendo las aportaciones de cada uno de los participantes en las discusiones o dramatizaciones (lo que hemos llamado diarios o registro de debates), bien aplicando un cuestionario o una escala a los asistentes al finalizar la sesión o un conjunto de sesiones, o bien con un intercambio oral (entrevista). También se puede elaborar un registro de observación, para cada participante, de los valores que se están trabajando, anotando el grado de desarrollo. Seguidamente desarrollamos un ejemplo con una dinámica para trabajar el valor de la solidaridad con esta metodología aplicada al modelo de educación en valores desde el proceso de valoración.

3.3. Modelo de dinámica para trabajar/evaluar el valor de la solidaridad[4]

I. Parte: Individual

Lee el texto siguiente y responde a las cuestiones.

Te enteras de que algunos compañeros/as con los que no te relacionas mucho y que casi no conoces, atraviesan graves dificultades económicas en sus familias. Han intentado encontrar una solución, pero ya no saben qué hacer, porque nadie se ocupa de ellos.

1. ¿Qué piensas y qué sientes cuando te enteras? ¿Cuál es tu primera reacción? ¿Tienes que ocuparte tú?
2. Si crees que tienes que ocuparte, ¿qué crees que podrías hacer?
3. Si te ha pasado alguna vez una situación parecida, ¿qué hiciste realmente?

¿Por qué lo hiciste/no lo hiciste?

4. Imagina que dentro de este grupo se encuentran auténticos amigos tuyos. ¿Qué harías en este caso? ¿Qué valores entran en juego en esta nueva situación?

5. ¿Encuentras alguna diferencia entre tu actuación en el primer supuesto y éste? Explícalo.

II. Parte: Intercambio en el grupo

Por turnos, y voluntariamente, los participantes van explicando sus respuestas. No hay discusión. Sólo se pueden hacer preguntas si alguna cosa no se entiende, o bien para pedir que se expliquen más las razones.

III. Parte: Individual

1. ¿Has identificado algunos valores que rigen tus comportamientos actualmente? Señala cuáles.

2. ¿Existen otros valores que te gustaría que orientasen tu vida? Escribe cuáles son estos valores ideales que descubres.

3. ¿Cuáles son actualmente tus valores prioritarios?

IV. Parte: Intercambio en el grupo

Aquellos que queráis, podéis comunicar a los demás vuestras reflexiones.

Tal y como se puede ver en el desarrollo de la dinámica, el educador tiene diversas opciones para evaluar. Puede escoger entre ellas según su objetivo. Si le interesa recoger datos sobre los criterios y valores de los miembros del grupo, hará unas anotaciones a lo largo del tiempo dedicado al intercambio grupal. Pero también puede estar interesado en recoger información sobre la evolución de estos valores, ya que esta dinámica está inserta en un proceso educativo para reflexionar sobre este valor. En este caso puede tomar notas para redactar su diario al finalizar la sesión. Puede utilizar la escala de observación del proceso de valoración —que figura en el modelo 6 del apartado siguiente— para recoger datos de cada participante. O bien quiere que sean los mismos participantes los que hagan una autoevaluación de las sesiones realizadas. Para esto puede aplicar la escala que figura en el modelo 5.

Dentro de esta corriente de aclaración de valores, en la actualidad destaca como planteamiento educativo y como metodología evaluativa, que sean los propios destinatarios de la educación en valores los que expliquen historias de situaciones vividas por ellos, en que se vieron obligados a tomar decisiones comprometidas. Sin duda la metodología no es nueva. Ya desde la antigüedad se ha utilizado el cuento y la fábula como medio de educación moral.

La corriente de educación moral ha empleado las situaciones de vida, planteadas en forma de dilemas, para educar en el juicio moral y desarrollar las fases de pensamiento moral. Desde la metodología de la aclaración de valores, también se ha utilizado, como hemos visto en el ejemplo anterior, para favorecer el proceso de valoración, el descubrimiento, la expresión de los propios valores y el análisis de las contradicciones entre las creencias de valor y los valores vividos.

En la actualidad se ha incorporado una variación. Ya no son situaciones hipotéticas las que se presentan, sino que más bien se trata de emplear la reconstrucción de la propia experiencia vivida para ayudar a la reflexión sobre los propios valores y favorecer el desarrollo y la autoevaluación moral. Tal y como señala RICOEUR (1981), el filósofo contemporáneo que ha inspirado esta corriente, las vidas humanas son más inteligibles al ser interpretadas a la luz de las historias de vida que se cuentan sobre ellas, aplicándoles modelos narrativos. BOLÍVAR (1995) subraya el hecho de que al recrear narrativamente una historia, la persona da significado temporal a su vivencia y a su acción, reflexiona sobre aquello que hizo y como conclusión puede aprender una lección moral. Tiene la ventaja de que se puede dialogar sobre la situación, y por tanto se puede utilizar como instrumento de evaluación del grado de desarrollo moral. Cuando una persona da el propio juicio sobre aquello que hizo, está haciendo una estimación de lo bueno y de lo malo; da significado a sus acciones y alcanza las consecuencias. Los que proponen esta metodología educativa/evaluativa destacan la importancia de ayudar a la persona a que se aclare y evitar al máximo el juicio o la calificación de sus acciones por parte de los compañeros de grupo y del educador, sin caer, en cambio, en el relativismo moral.

4. EJEMPLOS DE INSTRUMENTOS DE EVALUACIÓN DE LOS VALORES Y DE LAS ACTIVIDADES DE EDUCACIÓN EN VALORES

A lo largo de los apartados anteriores hemos dado diferentes tipos de sugerencias para evaluar y hemos ido exponiendo cómo hacerlo. Aquí planteamos algunos modelos de cuestionarios, escalas de observación, etc., con la finalidad de que los educadores vean ejemplificado cómo se puede hacer en la práctica. Estos modelos no son para aplicarlos directamente, sino para ayudar a que cada uno, según sus finalidades evaluativas y según sus objetivos educativos, pueda tener más facilidad para redactar sus propios cuestionarios, escalas, etc.

No podemos olvidar que cada instrumento de recogida de información ha de ser elaborado para dar respuesta a una finalidad y objetivos educativos. Por tanto, en los cuadros siguientes se exponen algunos ejemplos de ítems de cuestionarios, escalas de evaluación y autoevaluación de los valores y de las actividades de educación en valores. Ninguno de estos ejemplos son modelos completos. Algunos son elaborados expresamente para esta obra, otros son adaptaciones de procedimientos empleados por otros autores para evaluar actividades insertadas en programas de educación en valores.

En el caso de los modelos 5 y 6, presentamos la variación que se puede hacer para la recogida de información de unas mismas categorías, según si la finalidad del educador es recoger datos de proceso (modelo 6, escala de observación), o que sea una autovaloración de los participantes (modelo 5). Esta variación se puede realizar en cualquiera de los modelos presentados. Sólo hace falta hacer unas pequeñas modificaciones en la redacción del instrumento, dependiendo de por quién ha de ser rellenado (educador o participantes). Esperamos que la presentación de estos ejemplos cumplan su objetivo de facilitar a cada educador la tarea evaluativa de la educación en valores.

• Modelo 1. ***Cuestionario para la evaluación de las actividades (ejemplos de ítems)***

Marca la letra correspondiente a la respuesta que elijas.

1. Influencia en el grupo:

a. He apreciado cambios positivos en el grupo como resultado de participar en estas actividades.

b. No he podido apreciar ningún cambio en el grupo.

2. Diálogo:

a. Las actividades mejoran la capacidad de diálogo.

b. No veo mejoras en la capacidad de diálogo de los participantes.

3. Compromiso:

a. Las actividades han permitido avanzar en el grado de compromiso social de los participantes.

b. El grado de compromiso social no se ha visto afectado por participar en estas actividades.

• Modelo 2. ***Escala para la autoevaluación del grado de alcance de los valores (ejemplos de ítems)***[5]

Nada / Poco / Bastante / Mucho

1. Soy más alegre.
2. Estoy más abierto a los demás.
3. Soy más responsable.
4. Ayudo más a los demás.
5. Tengo más cuidado del medio ambiente.
6. Aprecio más la belleza de las cosas pequeñas.

• Modelo 3. ***Escala para la autoevaluación del grado de madurez personal***

Marca cómo te ves a ti mismo:

Nada / Poco / Bastante / Mucho

1. Me conozco más.
2. Me he encontrado a mí mismo.
3. Soy más reflexivo.
4. Tengo más confianza en mí mismo.
5. Me siento más seguro.
6. Soy más coherente.
7. Tengo más conciencia de mis contradicciones.

• Modelo 4. ***Escala de observación***

Nombres

Categoría / número de intervenciones

Comportamiento Verbal:

— Expone sus opiniones y valores.

— Expresa sus contradicciones de valores.
— Escucha la opinión de los demás.
— Contrasta la opinión de los demás con la suya.
— Cuestiona a los demás miembros del grupo.
— Expresa sus valores en voz alta.
— Da la razón de sus decisiones.

• Modelo 5. ***Escala para la autoevaluación del alcance del proceso de valoración***

Nada / Poco / Bastante / Mucho

1. Me ha ayudado a descubrir nuevos valores.
2. Me ha ayudado a ver la distancia entre lo que querría hacer y lo que hago.
3. He podido identificar mis criterios para escoger y actuar ante opciones concretas.
4. Me ha ayudado a fortalecer mis valores.
5. Me ha ayudado a expresar públicamente mis valores.
6. He podido ver con más claridad mi orientación vital, metas y proyectos.

• Modelo 6. ***Escala de observación del alcance del proceso de valoración***

Nombre

Nunca / A veces / Siempre

1. Plantea nuevos valores descubiertos.
2. Explica la distancia entre lo que querría hacer y lo que hace.
3. Identifica sus criterios para escoger y actuar ante opciones concretas.
4. Se reafirma en sus valores.
5. Expresa públicamente sus valores.
6. Explica su orientación vital, metas y proyectos.

• Modelo 7. ***Pautas para la elaboración de diarios para los participantes***

Seguro que a lo largo de esta sesión han pasado por tu cabeza muchas ideas, sentimientos... Intenta hacer una síntesis y hacer tus anotaciones. Lo puedes hacer completando las siguientes frases:

«He pensado que...
«He aprendido...
«Mis sentimientos han sido...

«Me he dado cuenta de que...
«Me he cuestionado si mis valores...

---

[1] En el primer capítulo de esta misma colección, este tema está más desarrollado y nos muestra cómo se está abordando en la actualidad.

[2] Recordemos lo que decíamos en el primer capítulo de este libro sobre la relación de los valores con la maduración personal.

[3] En el último apartado de este capítulo se presentan como muestra algunos ejemplos de este tipo de procedimientos.

[4] Esta dinámica fue elaborada para la investigación sobre los valores y la madurez personal de los universitarios realizada por M. A. MARÍN (1987).

[5] Cada uno de los ítems se puede redactar de forma genérica, o bien mediante frases con comportamientos, que son indicadores del valor que se quiere evaluar. El mismo grupo de participantes, a lo largo de las actividades, ha podido ir presentando conductas que son ejemplos de valores vividos. Al final sólo falta juntarlas todas en un pequeño cuestionario, que también puede servir para una autoevaluación.

Bibliografía

Bibliografía comentada

CURWIN, R. y CURWIN, G. *Cómo fomentar los valores individuales.* Barcelona: CEAC, 1985.

En esta obra se plantean dinámicas para trabajar la educación en los valores. Las técnicas son para edades diversas desde niños pequeños hasta adolescentes y jóvenes. En cada una de ellas se describen los objetivos, el material necesario para su aplicación y una descripción aproximada del tiempo que se precisa para llevarla a cabo.

HOWE, L. y HOWE, M. M. *Cómo personalizar la educación. Perspectiva de la educación en valores*. Madrid: Santillana, 1977.

Presenta un enfoque de clarificación de valores como técnica para favorecer el desarrollo del proceso de valoración. Contiene numerosas estrategias para trabajar con diferentes edades y situaciones.

I.E.P.S. *Estudios y experiencias sobre educación en valores*. Madrid: Narcea, 1981.

Analiza el proceso de valoración durante la infancia y la adolescencia. Presenta diversas experiencias de educación en valores, realizadas por educadores de diversos centros bajo la supervisión del equipo que trabaja en el Instituto Pedagógico que publica la obra. Contiene un apéndice con material para trabajar.

SIMON, S. B., HOWE, L. y KIRSCHENBAUM, H. *Clarificación de*

valores. Manual de estrategias prácticas para maestros y alumnos. México: Avante, 1977.

Es una de las obras más importantes entre las que tratan el tema de la clarificación de valores. En la primera parte del libro se orienta al lector sobre la forma de aplicar las técnicas de clarificación de valores. En la segunda parte se describen muchas estrategias aplicables a diferentes edades y grupos.

Bibliografía general

CAMPS, V. *Los valores de la educación*. Madrid: Anaya, 1994.

KING, A. y SCHNEIDER, B. *La primera revolución mundial. Informe del Consejo al Club de Roma.* Barcelona: Plaza y Janés, 1991.

RENAU, J. *Irrenunciables utópicos en la educación*. Barcelona: Cristianismo y Justicia, 1989.

KUNG, H. *Proyecto de una ética mundial*. Valladolid: Trotta, 1991.

ROGERS, C. *Libertad y creatividad en la educación*. Buenos Aires: Paidós, 1975.

COMMONER, B. *En paz con el planeta*. Barcelona: Crítica, 1992.

HERNÁNDEZ, A. J. *Temas ecológicos de incidencia social*. Madrid: Narcea, 1987.

ALIER, J. MARTÍNEZ - SCHLÜPMANN, K. *La ecología y la economía*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.

DE SEBASTIAN, L. *Mundo rico, mundo pobre*. Santander: Sal Terrae, 1993.

GEREMEK, B. *La piedad y la horca*. Madrid: Alianza Universidad, 1989.

CÁMARA, H. *Pobreza, abundancia y solidaridad*. Madrid: Zero, 1970.

RÉGAMEY, P. *La pobreza y el hombre de hoy*. Madrid: Marova, 1971.

AA.VV. *Los pobres en las sociedades ricas*. Santander: Sal Terrae, 1974.

BÉJAR H. *El ámbito íntimo: privacidad, individualismo y modernidad*. Madrid: Alianza, 1988.

BOLÍVAR, A. *La educación de valores y actitudes*. Madrid: Alauda-Anaya, 1995.

HOUSE, E. *Evaluación, ética y poder*. Madrid: Morata, 1994.

PASCUAL, A. V. *Clarificación de valores y desarrollo humano*. Madrid: Narcea, 1988.

Colección **EDUCAR**

1. **Psicología evolutiva**
   Antonio Arto.
2. **Escuela y valores**
   Anselmo P. Bosello.
3. **Educar(nos) en tiempos de crisis**
   José L. Corzo.
4. **Educar en la diversidad**
   Eugenio González.
5. **El grupo de preadolescentes**
   Vincenzo Lucarini.
6. **Aproximaciones al hombre**
   Ronaldo Camozzi.
7. **Estrategias para educar en valores**
   Mª Ángeles Hernando.
8. **Experiencias de innovación pedagógica**
   Isabel López.
9. **La evaluación en Educación Primaria**
   José L. Gómez.
10. **Cómo librarse de la tele y sus semejantes**
    J. A. López Herrerías.
11. **Proyecto Educativo de Centro**
    J. L. Estefanía / Avelino Sarasúa.
12. **La evaluación en Educación Secundaria**
    José L. Gómez.
13. **Manual legislativo de educación**
    Mª Jesús Ortega.
14. **El tutor**
    Francisco Menchén.

15. La evaluación en Bachillerato
José L. Gómez.

16. Cómo gestionar un Centro de Secundaria
Felipe Díaz Pardo.

17. Cómo ser eficaces en la escuela
Mª José Meilán.

18. Evaluación interna del centro y calidad educativa
José Luis Estefanía / Juan López Martínez.

19. El despertar de la violencia en las aulas
José Luis Carbonell / Ana Isabel Peña.

20. Escuela, familia y medios de comunicación
Javier Ballesta / Plácido Guardiola.

21. Comprensividad, desarrollo productivo y justicia social
Benjamín Zufiaurre (Coord.).

22. Superdotados y talentos
Esteban Sánchez Manzano (Coord.).

23. Introducción a la psicología comunitaria
Fátima Cruz / Mª José Aguilar.

24. Aprovechar la crisis con creatividad
Carlos Díaz.

25. Educar para la participación en la escuela
Víctor J. Ventosa.

26. El consumo de medios en los jóvenes de Secundaria
AA. VV.

27. La mediación escolar
José Antonio San Martín.

28. Evaluación externa del centro y calidad educativa
José Luis Estefanía / Juan López.

29. Educar en la no-violencia
Joaquín González-Pérez, Mª José Criado (coord.).

30. La evaluación sin exámenes
Jesús Mª Nieto.

La animación lectora en el aula
31. José Quintanal Díaz.

32. **Padres, hijos y amigos**
Eugenio González.

33. **Claves de la orientación profesional**
Mª Ángeles Caballero.

34. **Una antropología educativa fundada en el amor**
Javier Barraca.

35. **El placer de educar**
Flora Bresciani.

36. **Adolescentes en riesgo**
Manuel Tarín / José Javier Navarro.

Índice

Anteportada 2
Portada 5
Página de derechos de 7
Índice general 8
Presentación 10
1. QUÉ SIGNIFICA EDUCAR EN VALORES: Mª Ángeles Marín Gracia 13
1. LA SOCIEDAD DE LA TRANSICIÓN 15
1.1. Interdependencia de las naciones 16
1.2. La explosión demográfica 16
1.3. La actividad humana y el desarrollo 17
1.4. El avance de las tecnologías 17
1.5. La pérdida de valores 18
2. FUNCIÓN DE LOS VALORES EN LA MADURACIÓN HUMANA 18
2.1. El proceso de valoración 19
2.2. Valores y antivalores 20
3. LA EDUCACIÓN EN LOS VALORES 20
3.1. La educación en los valores desde el proceso de valoración 21
3.2. La educación en los valores desde la realidad social 23
4. TENDENCIAS VALORATIVAS DE LA NUEVA SOCIEDAD 23
5. SER ACTORES DEL CAMBIO 26
2. LA ALEGRÍA: Jaume Sitjar Traveria 29
1. UN DÍA LABORABLE VESTIDO DE FIESTA 30
2. LOS CONTENIDOS DEL VALOR DE LA ALEGRÍA 31
2.1. La alegría es posible y no vale mentir 32
2.2. La alegría espontánea de pequeños y mayores 32
2.3. El placer del trabajo bien hecho y el gozo de hacer el bien 33
2.4. Si quieres fiesta, organízatela 33
2.5. Se puede compaginar con el trabajo 33
2.6. ¿Y los afligidos? 34
2.7. ¿Es la alegría un negocio? 35
3. HA SIDO UN LARGO CAMINO 35

4. TEXTOS 37
3. LA BELLEZA: Jaume Aymar Ragolta 43
1. CARMEN Y EL MAR 44
2. DESARROLLO DEL CONTENIDO 46
2.1. ¿Se puede definir la belleza? 46
2.2. Belleza, verdad y bien 46
2.3. Belleza y razón 47
2.4. Belleza y libertad 47
2.5. Belleza y apertura a lo transcendente 47
3. POSIBILIDADES DE ACCIÓN 48
4. UNA MUESTRA DE ANTIVALORES 50
5. SELECCIÓN DE TEXTOS 50
5.1. La experiencia de la estética 50
5.2. Tiempo de contemplación 51
4. EL DIÁLOGO: Mª Dolors Salat Torras 53
1. EL HECHO REAL 54
2. CONTENIDOS DEL VALOR DIÁLOGO 54
2.1. Niveles de comunicación en el diálogo 56
2.2. Reglas de comunicación 57
2.3. Tipos de diálogo 59
2.4. Posibilidades de acción 60
2.5. Muestra de antivalores 61
3. PALABRAS PARA PENSAR 62
5. LA ECOLOGÍA: Pere Codinachs Verdaguer 65
1. EL NIÑO Y EL JILGUERO 66
2. CONTENIDOS DEL VALOR ECOLOGÍA 66
2.1. Ecología, el «hogar del hombre» 67
2.2. Atentados contra el «hogar del hombre» 69
2.3. La ecología humana, ¿también se degrada? 72
2.4. Factores históricos del problema ecológico 73
2.5. Propuestas ecológicas 74
6. LA GRATUIDAD: Tadeo Albarracín Montáñez 81
1. LA HISTORIA DE JUAN 82
2. CONTENIDOS DEL VALOR GRATUIDAD 83
2.1. Dar las gracias y la gratuidad 84

2.2. La gratuidad como valor 84
2.3. ¿Dónde se esconde la gratuidad para ir a buscarla? 85
2.4. La complejidad y la interdependencia de nuestra sociedad 87
2.5. La gratuidad debe complementarse con la «graciosidad» 89
7. LA PAZ: Natalia Pla/Marta Burguet 92
1. LA PROFUNDIDAD DE UN GESTO 93
2. DESARROLLO DEL CONTENIDO 94
2.1. Glosario de actitudes que impiden la paz 96
2.2. Posibilidades de acción 98
3. SELECCIÓN DE TEXTOS 99
3.1. Carta de la paz, dirigida a la ONU 99
3.2. ¿Guerra y paz? Alfredo Rubio 103
8. EL RESPETO: Josep Alegre Villarroya 107
1. PONERSE EN LUGAR DEL OTRO 108
2. CONTENIDOS DEL VALOR RESPETO 109
2.1. Dignidad por principio 110
2.2. Crecimiento sincronizado 111
2.3. La armonía deshecha 114
3. TEXTOS 116
9. LA RESPONSABILIDAD: Joana Noguera Arrom 123
1. FIN DE CARRERA 124
2. CONTENIDOS DEL VALOR RESPONSABILIDAD 126
2.1. La responsabilidad como respuesta 126
2.2. Por un mundo responsable 129
2.3. ¿Os imagináis un mundo no responsable? 132
3. TEXTOS 133
10. LA SOLIDARIDAD: Eduard Romero Pedra 137
1. NO SABÍA DÓNDE ESTABA 138
2. CONTENIDOS DEL VALOR SOLIDARIDAD 139
2.1. ¿Hemos hablado de solidaridad? 140
2.2. Entonces, ¿qué podemos hacer? 142
2.3. ¿Soy solidario o no lo soy? 144
11. LA AUSTERIDAD: Manuela Pedra Pitar 148
1. EL GRUPO DE AMIGOS 149
2. CONTENIDOS DEL VALOR AUSTERIDAD 150

2.1. Una palabra antipática 150
2.2. Motivaciones para la austeridad 151
2.3. ¿Qué es ser austero? 152
2.4. La fuerza de la austeridad 154
2.5. ¿Ha quedado claro qué es la austeridad? 155
2.6. Propuestas para una vida austera 157
12. LA COHERENCIA: Josep Miró Ardévol 161
1. LA PARADOJA 162
2. CONTENIDOS DEL VALOR COHERENCIA 163
2.1. La coherencia es un valor modesto 163
2.2. El valor de obrar 164
2.3. La coherencia, un gran valor para los dirigentes públicos 167
2.4. La coherencia se educa en el sacrificio 169
3. UNA ULTIMA REFLEXIÓN 170
13. EL COMPROMISO: Alex Masllorens Escubós 174
1. COMPROMETIDOS CON LA FELICIDAD 175
2. CONTENIDO DEL VALOR COMPROMISO 179
2.1. Hombres y mujeres comprometidos 180
2.2. No sólo voluntarios 181
2.3. Una muestra de antivalores 182
3. TEXTOS 183
14. LA DISPONIBILIDAD: Josep M. Galofré Vilagut 186
1. DISPONED DE MI SABIDURÍA 187
2. CONTENIDO DEL VALOR DISPONIBILIDAD 188
2.1. Un valor muy alto 188
2.2. ¿Quién está «disponible»? 189
2.3. Cómo estar disponibles 190
2.4. Personas light 191
2.5. «Yo trabajo para los demás» 192
2.6. Es mejor dar que recibir 192
2.7. Plantear bien la cosa 193
2.8. Saber detenerse 194
3. TEXTOS 195
15. LA ESPERANZA: Miquel Estradé Ciurana 200
1. SABER ESPERAR 201

2. CONTENIDO DEL VALOR ESPERANZA 202
2.1. La esperanza: fe y amor 203
2.2. Algunas frases y algunos fragmentos 204
2.3. Esperanza y espera 206
3. TEXTOS 210
16. LA GENEROSIDAD: Francesc Torralba Roselló 212
1. LA HISTORIA DE QUIM 213
2. CONTENIDOS DEL VALOR GENEROSIDAD 213
2.1. Ser generoso en el tiempo 217
2.2. Ser generoso en el espacio 219
2.3. Ser generoso en el gesto 221
2.4. Ser generoso en la palabra 223
2.5. Ser generoso en el silencio 225
2.6. Ser generoso en el perdón 226
2.7. Generosidad y voluntariado 227
17. LA JUSTICIA: Josep M. Esquirol Calaf 229
1. SE HABLA DE JUSTICIA 230
2. CONTENIDOS DEL VALOR JUSTICIA 231
2.1. La justicia como valor personal y la «regla de oro» 231
2.2. El sueño de la sociedad justa 233
2.3. Significado esencial de la justicia 234
2.4. La justicia y las leyes 236
2.5. Justicia como orden y armonía 237
18. LA SINCERIDAD: Teresa Rosell Poch 241
1. HISTORIA DE MARTA 242
2. CONTENIDO DEL VALOR SINCERIDAD 243
2.1. La sinceridad con uno mismo 245
2.2. La sinceridad con los demás 246
2.3. La sinceridad en la sociedad 247
2.4. Contravalor 249
2.5. Ser superficial no es ser sincero 250
2.6. La sinceridad exige respeto y autocrítica 251
2.7. No es fácil practicar la sinceridad 252
2.8. Conclusión 252
3. TEXTOS 253

19. LA TOLERANCIA: Miquel Martí Solé 256
1. UN ENCUENTRO EN BARCELONA 257
2. CONTENIDOS DEL VALOR TOLERANCIA 258
2.1. Un año internacional para la tolerancia 258
2.2. Unos precursores 258
2.3. Unas acciones posibles 259
2.4. Los retos planteados 260
2.5. Unos objetivos comunes 263
3. TEXTOS 266
20. EVALUACIÓN DE LA EDUCACIÓN EN LOS VALORES: Angels Marín Gracia 274
1. INTRODUCCIÓN 275
2. ¿SE PUEDEN EVALUAR LOS VALORES? 276
2.1. ¿Para qué evaluar? 277
2.2. Significación de la evaluación 278
2.3. ¿Quién evalúa? 279
3. ¿CÓMO EVALUAR? ¿CON QUÉ TÉCNICAS? 280
3.1. La observación natural durante el proceso de educación en valores 282
3.2. Procedimiento derivado de la aclaración de valores 283
3.3. Modelo de dinámica para trabajar/evaluar el valor de la solidaridad 284
4. EJEMPLOS DE INSTRUMENTOS DE EVALUACIÓN DE LOS VALORES Y DE LAS ACTIVIDADES DE EDUCACIÓN EN VALORES 287
Bibliografía 291